GALERÍA HISTÓRICA

DE

MUJERES CÉLEBRES

B-3124 6191

GALERIA HISTÓRICA

DE

MUJERES CÉLEBRES

POR

PON EMILIO CASTELAR

2034

TOMO QUINTO

MADRID
ESTAB. TIPOGRÁFICO DE ÁLVAREZ HERMANOS
15 — Ronda de Atocha — 15
1888

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquineto, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su prèvio consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.

HERO

Pocas tierras hay en el mundo tan hermosas como las que unen Europa y Asia por el Bósforo tracio, por el antiguo Helesponto. Para nosotros, los occidentales, allí brilla con todo su resplandor el Oriente. Y la cuna del sol, como las primeras flores, como las primeras alboradas, como el amanecer de la esperanza en el pecho, como el latido fuerte de la sangre juvenil por las venas, como todo lo que significa presentimiento y es profecía, nos atrae y nos cautiva, teniendo parte principal en la común levadura estética guardada por todos los mortales dentro de nuestra mente, la cual se mezcla con todos los afectos y con todos los sentimientos de nuestra múltiple vida. Cuando se dice Oriente, oriental, parece decirse fábula de riqueza incalculable, centro de resplandor indecible, comienzo de la humanidad, alba de la histo-

ria, país de cuentos fantásticos donde los palacios de oro sembrados por brillante pedrería elevan á las alturas sembradas de astros, en sus estalactitas, misteriosos surtidores de azogues que vuelven á caer sobre tazas de perlas, entre cadencias de músicas invisibles exhaladas misteriosamente por las paredes y coros de huríes, componiendo el harén de donde bajan á nuestra zozobrosa y triste vida, en raudales copiosos, el primitivo manantial de todos nuestros placeres. Para que parezca todavía más hermoso á las miradas y á las ideas nuestras el Oriente, ha colocado allí naturaleza uno de los lugares más cantados por la poesía humana y más queridos por el sentimiento universal, aquella cinta del Bósforo de Tracia, donde comienza el cielo asiático; y las ondas azules, por riberas de cármenes ceñidas y estrechadas, mueren al pie de las colinas, cubiertas por los terebintos y por las palmas, embalsamadas por las rosas y por los jazmines, donde las velas blancas de las naves oscuras se mezclan con los aleteos de los pájaros orientales y los gritos de las gaviotas con los arpegios de los ruiseñores, y mientras cerca se ven edificios coronados de diademas áereas que diríais soñadas, descúbrense á lo lejos las cumbres ceñidas de nieves y ornadas con todas las reverberaciones del sol, cumbres tan hermosas á la vista por sus cortes increíbles como al pensamien-

to por haber de allí descendido las musas de todos los poetas y los dioses de todos los templos. Además, desde las edades antiguas, desde los siglos inmemoriales, desde las épocas aquellas que frisan con la prehistoria y con la fábula, el Bósforo ha representado como la encrucijada misteriosa en que tropiezan los representantes de todas las razas y donde se cruzan Europa, y Asia, y África en brillante y poderoso núcleo. Los griegos del Asia Menor, coronados por sus gorros frigios y tañendo sus sonoras cítaras; los lidios y los frigios, acompañados por sus divinidades ebrias y ejercitadísimos en sus cultos sensuales; el mercader fenicio, que trae púrpura de Tiro y oro de Ofir; el hijo de Israel, meditabundo y calculador, que sabe mezclar á las ideas más sublimes los cálculos más prácticos y útiles; el egipcio, que parece, según sus rituales vestiduras, un ídolo andando; el arquero de las mesetas centrales asiáticas, unido á su caballo cual si formase parte de su cuerpo; los árabes y los nubios del desierto, que despiden miradas semejantes al centelleo de los ojos del tigre y del león; los sátrapas de Babilonia y de Nínive, cargados con las riquezas que han recogido en sus batallas y conquistas; los mismos indios cazados en aquellos ojeos de pueblos que intentaban y emprendían Cambises ó Ciro; todos estos representantes de las

diversas regiones antiguas han pasado por allí en procesión misteriosa, ya como argonautas en pos del áureo vellocino, ya como irruptores en pos del humano imperio. ¡Cuánto y cuánto mágico poder no tendría en mundo tan estético, cual siempre lo fuera el viejo mundo, estos bellísimos territorios, á los que podríamos llamar propíleos del Asia! Hoy es, hoy, en que la razón pura se ha sobrepuesto por todos los caminos del pensamiento á la vieja fantasía, hoy es, y no podemos nombrar el Bósforo, Constantinopla, Tracia, sin que veamos los caiques flotando sobre las aguas al són de los laúdes, las mimosas abriendo sus corolas y derramando sus esencias en las colinas ornadas por jardines sin cuento, los kioskos de color lila irguiéndose airosos junto á los minaretes de mármol blanco y rosa, el softá vestido de sedas y el muecín cantando en la torre las oraciones monótonas del desierto inmenso, la mezquita junto á la cual se cimbrean las palmas con los cipreses y huelen jazmines y rosales, las celosías de oro, la pajarera canora, el harén misterioso donde la sultana se tiende sobre los cojines de Persia, junto á los surtidores de aromadas aguas, para ver cómo vuelan, bajo los techos de cedros incrustrados en marfiles, todos los ensueños, y para oir mezclados con el latido de las ondas y con el aleteo de las brisas los ecos de las

voluptuosas sinfonías y los acentos de las palabras ardientes, de los suspiros enamorados, de los besos resonantes.

El mundo antiguo, que llenaba de fábulas y poesías todos los sitios capitales del planeta, no pudo echar en olvido este sitio excepcional verdaderamente, donde brillaban con brillo tan extraordinario las alturas celestes sembradas de un éter espléndido y la misma baja tierra cubierta de cien razas diversas. La conjunción allí entre dos continentes como el asiático y el europeo atraía con seguridad el pensamiento humano á su seno por la virtud y eficacia de los prestigios varios encerrados como una fuerza magnética en los puntos singulares del espacio. Las fuentes y desembocaduras del Nilo, el cauce de ríos como el Tigris y el Éufrates, el estrecho de Mesina, el Vesubio de Nápoles, el archipiélago helénico, la vega de Granada, el Cáucaso y el Caspio, cuantos territorios ofrecen alguna particularidad excelsa en la tierra, se han poblado siempre de ideas y de fábulas que sirven á esmaltarlos y embellecerlos. ¿Cuánto más no debía suceder esto con el Bósforo de Tracia? El Asia y la Europa vivieron de antiguo en discordancia perpetua. El joven mundo europeo rechazó con mayor y más viva repugnancia y más porfiado combate al viejo mundo asiático que rechazara en su día

el joven mundo americano al viejo mundo europeo. Los combates de las divinidades en el Olimpo, las guerras entre los cultos, las irrupciones de los Nabucodonosores y de los Ciros, el viaje de los argonautas, la conquista de Troya, expresan este irreconciliable antagonismo entre Asia y Europa, que todavía late hoy en cuestiones contemporáneas, como la cuestión del canal de Suez, como la cuestión del Herat de Afgania, como la misma cuestión del Bósforo de Tracia. Cuando el inglés en los desiertos egipcios combate insurrecciones como las insurrecciones de Arabi, cuando el italiano cae muerto á las orillas del mar Rojo, cuando extiende su protectorado el francés con arte sobre la regencia de Túnez, cuando rompen los españoles por las costas de África en guerra con Marruecos ó asaltan los fortines de Joló, cuando el ruso toma Kiva ó Sarrachs, cuando el austriaco sueña con Salónica y el griego pugna por disputarle así al esclavón como al turco su antigua Macedonia, repiten indeliberada é inconscientemente las hazañas de Jasón, de Aquiles, de Milcíades, de Jenofonte, de Alejandro, en fin, de todos aquellos que han combatido al mundo asiático, imprimiendo en sus viejas ruinas con hierro candente la indeleble marca de nuestra superioridad europea. Pues bien, el territorio donde Asia y Europa, tan enemigas

moralmente se reunen materialmente, tocándose como puedan tocarse los órganos de un mismo cuerpo, debía ser en el mundo antiguo un territorio muy apropiado para llamar á sí enjambres de fábulas como ha sido en el mundo moderno un territorio para llamar azotes de guerra. El Bósforo brilla todavía entre las grandes porciones del planeta con resplandor propicio y suave de una oriental poesía y con resplandor siniestro de una guerra continua, pareciéndose á ese planeta que los astrónomos han llamado Marte, porque sus rayos tiran indudablemente, pues con solo mirarlo se reconoce, á color de sangre. Hay muchos elementos de inspiración en el Bósforo; pero también hay muchos gérmenes, muchísimos, de angustia y de dolor.

Helesponto llamaron los antiguos al angosto y largo estrecho que separa el mar Egeo del mar de Mármara. Teniendo cincuenta millas de largo, su anchura mayor es de seis millas y su anchura menor baja en algunos puntos á menos de una milla. Imaginaos qué impresión debía producir en los ánimos antiguos, tan impresionables de suyo, por más sensibles y más estéticos que nuestros ánimos, estas tierras y estas aguas, donde se besaban los dos enemigos continentes, el Asia y Europa. La parte más estrecha de todo el Bósforo es la parte donde pasa la escena que nosotros vamos á des-

cribir ahora, de los amores entre aquel joven asiático llamado Leandro y aquella joven europea llamada Hero. De Abydos era Leandro y de Sesto Hero. La distancia entre ambos puntos, en el extremo de Asia el punto Abydos, y en el extremo de nuestra Europa el punto Sesto, la distancia era muy corta, como hemos dicho, y aun á la simple vista lo parecía más por esas ilusiones ópticas, muy frecuentes en montañas y riberas. Lo cierto es que para trasladarse del uno al otro mundo, Xerxes puso allí un puente de barcas, el cual ha venido con extraordinario renombre á nuestras historias y á nuestros días. Estas dos tierras, que hoy están bajo el cetro único de los califas bizantinos, llamáronse con nombres diversos en las edades antiguas. Querroneso de Tracia decíase la parte á Europa perteneciente, y Troada, ó Abydos, ó Lasusaco la parte perteneciente al Asia. ¿Por qué se llamó el Bósforo en aquellos tiempos viejos mar de Heles ó sea Helesponto? Heles era hija de Atama, y su madre Nefelec, queriendo libertarla de los malos tratos que le daba una madrastra suya, bajó de las alturas celestiales y se la llevó consigo en el lomo del cordero que tenía los vellones de oro, para darle allá en las moradas celestiales inmortal tranquilidad. Pero estaba escrito que la mísera Heles no podía tenerla en el mundo, y al pasar sobre las

aguas del Bósforo cayó en ellas y se ahogó tristemente. De aquí proviene, pues, que llamaran los antiguos á tales aguas con el conocido nombre de Helesponto, nombre que les ha durado hasta nuestros mismos días. Sitio tal, abre paso á muchos y muy importantes territorios. Necesario, muy necesario al cambio, y necesario, muy necesario á la comunicación universal, debía tener en el comercio la importancia que tienen todas las verdaderas factorías y en la política toda la importancia que tienen los verdaderos puntos estratégicos. Lo cierto es que para los primitivos griegos el áureo vellocino generador de los cambios estaba en aquellas regiones, y atraía por ende á los navegantes como atrajo á los guerreros occidentales la posesión de Troya en antiguas guerras y á los guerreros orientales la posesión de Tracia en las guerras médicas y en otros tantos extraordinarios encuentros. Manzana de Paris debía llamarse por ley natural el Bósforo, puesto que su posesión, disputada eternamente por asiáticos y europeos, debía ensangrentar sus aguas celestiales y claras. En esta guerra continua, en esta oposición irreconciliable de dos enemigos territorios, parece que debía el uno mandar al otro efluvios múltiples de odios implacables. Los huesos por aquellas tierras sembrados, las sombras mortuorias difundidas por aquellos horizontes, pa-

rece que debían mantener en enemiga irreconciliable y en horror mutuo y perpetuo las dos regiones. Cascos abollados, espadas y lanzas rotas, escudos hechos trizas, piedras ciclópeas á las fortalezas enormes arrancadas, humos de incendios, cadáveres disyectos: he ahí todo cuanto presentaban una y otra tierra desgarradas por los combates, y exhalando, en tal situación y estado, miasmas ponzoñosísimos de rencores inextinguibles. Este centro de horrores debía despedir un efluvio de amor. Nada tan bello como que las fuerzas generadoras de las especies, que acercan y juntan á los dos sexos para conservarlas y reproducirlas, provengan de las fuerzas destructoras, demostrando así cómo se identifican en el fondo íntimo de nuestro sér conceptos tan contradictorios como el amor y la muerte. ¡Cuántas veces, al penetrar en los cementerios, creyendo ver, como en los naufragios y en los combates recientes, ruinas y cadáveres, pedazos de naves y pedazos de cuerpos, el horror, el silencio, el frío, descubrís la hierba verde, que surge brillantísima y por el rocío esmaltada entre las piedras funerarias, llamando á sus colores y á sus aromas las aves y los insectos que de vida se embriagan, y se tiñen de colores, y elaboran mieles, y muestran por doquier, en vuelos, en aleteos y en arpegios, las glorias y las excelencias del amor uni-

versal! Todos los grandes poetas han tallado en sus inspiraciones varias obras de primer orden, arrancadas á esta situación sublime del odio generando el amor. La inmortal poesía, que se tiende como una hiedra misteriosa por las rejas y por los balcones de la ciudad llamada en Italia, como nuestra Teruel en España, la ciudad de los amantes, Verona, proviene de haber nacido amor tan grande y sublime de odios irreconciliables y eternos. Juntar con los lazos de una pasión como el amor aquellas tierras tan enemigas, resulta idea bellísima, que no debe maravillarnos, si ha tomado todos los esmaltes de las más hermosas leyendas y ha tenido entre sus cantores primeros y más inspirados á poetas de tal magnitud como Virgilio y Ovidio.

La leyenda ésta se remonta de suyo á tiempos muy remotos. Aunque gramáticos de la decadencia griega, como el célebre Museo, hayan puesto su argumento en poema después de haberlo puesto en sus Heroídas Ovidio y en sus Geórgicas Virgilio, transmitiéndolo por tal modo á la posteridad, lo cierto es que representa la historia de Leandro y Hero una pasión amorosa de los tiempos heroicos en Grecia. Y esta pasión amorosa demuestra la eternidad santa del amor y lo invariable de sus caracteres naturales. Mil vulgares nociones, allegadas en juicios falsos y convencionales, divulgan la idea

de una diferencia entre la pasión del amor, tal como la concebían los antiguos, y la pasión del amor, tal como la conciben los modernos. A creer tan falsas nociones, repetidas en escuelas y academias, el amor antiguo provenía de los sentidos y en los sentidos se paraba, muy al revés del amor cristiano, todo del alma, para el alma, en el alma. Cuantos disertan así, después de olvidar que cierto sensualismo clásico no excluye la idealidad y que cierto idealismo cristiano tampoco excluye los sentidos, parangonan tipos ideales, como la Beatriz del Dante, con tipos encontrados en la vida real, y por ende oscurecidos con todas las impurezas naturales á la viviente realidad. El amor es eterno, y cuando verdaderamente se apodera de un sér, cautiva por igual su cuerpo y su alma, sus sensaciones y sus ideas, sus afectos y sus recuerdos, su vida y su muerte. La hermosísima é inolvidable leyenda poética de nuestra Hero está viva en el pensamiento humano para desmentir tan infundados asaltos. La ternura, la compasión, la caridad, el amor puro que se apodera de todo el sér, y llena toda la existencia, y desciende con nosotros á la muerte, y entra en el sepulcro, existe donde quiera que la humanidad se levanta por su propio esfuerzo á esferas superiores de sentimiento y de idea. El tipo más bello de hija y hermana que guardan los hu-

manos anales brota en el teatro de Sófocles, y es la dulce Antígona dejándose la corona de su reino y los palacios que le ofrecen príncipes y reyes poderosos para servir de báculo á su padre ciego y enterrarse viva con su hermano muerto. Pues lo que decimos de la dulce Antígona debemos decirlo también de la enamorada Hero. El amor único, el amor eterno, el amor de toda la vida y de toda el alma, prendido á un solo sér, lleno de angustias y de zozobras por lo fugaz de nuestra existencia individual, aspirando á lo eterno y creyendo el tiempo todo cortísimo y pasajero para desarrollarlo, ese amor que se acerca de suyo á la muerte, porque allá en la muerte no hay ni cambios ni alteraciones, el amor de Julieta y Romeo, el amor de Marsilla é Isabel, se halla completo y puro en la hermosa y desgraciada pareja que se llaman Hero y Leandro. Y no se diga que habiendo quedado fija la hermosa leyenda en dramáticos del siglo quinto, inspirado por las ideas cristiánas, este amor debe pertenecer de suyo á nuestro pensar y á nuestro sentir común respecto de tal pasión. Las tradiciones relativas á Leandro podrán haberse fijado tarde ó temprano en la historia humana; pero no debe desconocerse que provienen de tiempos muy remotos y suben hasta las edades heroicas.

El amor, tal como aquellos jóvenes lo sentían, apa-

rece muchos siglos antes que lo describiera el dramático y poeta Museo. Entre los poemas naturalistas que nos ha legado el viejo mundo latino, como la naturaleza de las cosas y las metamorfosis de los seres por Lucrecio y Ovidio, ninguno como las Geórgicas de Virgilio. El perfecto músico y poeta de la creación y de los campos acierta por modo maravillosísimo á unir la realidad viviente con la poesía ideal. De la menta que puede crecer entre las piedras en los cercados, del espliego que aroma los riscos en el cerro, de la blanca leche que rebosa en los odres, de los aceites destilados por la oliva y de las mieles cortadas en la colmena, extrae con arte divino ideas poéticas en canoros enjambres, sin que pierdan por eso tan reales y vivos objetos su realidad y su vida. El cántico tercero de las Geórgicas está consagrado al instinto que reproduce los seres. Ceñido el poeta con una corona de oliva, desdeña los cantores guerreros y exhala como de pastoril zampoña ó de flauta recién cortada en las cañas, idílicas armoniosas cadencias. Y estas cadencias se han impregnado en el calor vivaz, cuya virtud, por primavera, lo mismo puebla los nidos que los apriscos. Y al ver cómo la leona cruel, que parece para el odio engendrada por los dioses, ama, y la jabalina feroz que destroza el monte y arremete al pastor, se ablanda y enternece al celo, el poeta

siente las afinidades misteriosas que llaman unos seres á otros seres y entona un himno lleno de casta voluptuosidad á todos los amores. Y cantando la savia que se despierta en la yema, el aleteo de la mariposa tenue sobre los ramos aromáticos, la mirada profundísima de las lunas á los soles, la serenata del ruiseñor, el relincho de la yegua, el mugido de la vaca, el arrullo de la tórtola, recuerda que dos almas se han querido como si concentraran en su seno todos estos amores y han llevado tan encendida pasión hacia más allá de la muerte. Poco después de habernos presentado el jabalí de la Savina, en cuyos durísimos huesos y en cuya piel impenetrable entra el amor como en los seres más tiernos, pinta en versos imortales, de una perfección absoluta, modelos eternos del hermoso decir, aquel joven frigio abrasado hasta en sus tuétanos por el soplo ardoroso de un amor infinito, y que solo, abandonado á sí mismo, escondiendo su cariño en los senos del corazón y en los senos del mar, nada y nada por el Helesponto en oscura tormentosa noche, sin curarse del hervor de las olas que braman y palpitan bajo su cuerpo, ni del estruendo de los cielos que truenan por cien nubes relampagueantes sobre su cabeza, ni de sus padres, á quienes ha dejado, para buscar tan sólo, impelido por el amor y llamado por la muerte, aquella hermo-

sísima virgen, con la cual no podrá dormir en paz, á causa del exceso de su temeridad y de su pasión, sino bajo el sueño de la eternidad y sobre la tierra del sepulcro.

Ovidio mismo, ese gran representante de los sensuales amores, por los que perdió su patria Roma y por los que juntó á un renombre ilustre una infamia eterna, parece como que se purifica cuando trata de esta tierna historia y describe con su elocuencia natural estos dulces amores. Bien es verdad que pocos idilios tan melancólicos, tan elegíacos y tan bellos como este idilio marítimo. Abydos y Sestos, aunque se miran complacientes en las mismas aguas y viven felices bajo el mismo cielo, están separadas, por hallarse la una en Asia y la otra en Europa, compartiendo así los odios mutuos entre aquellas regiones y llevando el peso de las guerras históricas entre aquellas razas. Las familias de uno y otro pueblo no podían unirse tan fácilmente con sus sendas familias rivales, como lo podían entre sí, cumpliendo las leyes y las tradiciones patrias. Pero el amor no conoce la historia, no estima la diferencia de razas, no sabe cosa ninguna de los odios seculares que hayan podido dividir á dos familias en guerra; él salta los abismos, suprime las distancias, convierte un suspiro en el aire necesario al espíritu y de la mirada despedida por unos ojos ena-

morados hace un cielo eterno, en el cual no pueden reinar ni el triste olvido ni la implacable muerte. Celebrábanse las fiestas de Venus en los jardines de Sestos. La diosa resplandecía en su ara y los coros de sus sacerdotisas la saludaban en himnos amorosos sin fin. Entre las sacerdotisas de Venus brillaba con brillo singular la hermosa Hero. Verla, oirla entre las llamas sacras, las guirnaldas votivas, las cítaras armoniosas cantando el amor y á la divinidad del amor, ofreciendo puros holocaustos, era un espectáculo demasiado bello para que no tentase á un joven marino de alma pura y de sentimientos ardorosos. A no dudarlo, en cuanto se vieron los dos jóvenes se enamoraron, y en cuanto se amaron debieron reconocer la imposibilidad completa de unirse legítimamente y legítimamente satisfacer aquel amor intenso. Ya fuese por odio entre sus dos familias, ya por triste recuerdo y conmemoración de pasadas guerras, ya por diferencia de religiones, ya por odiosidades mutuas de raza, no podían verse y hablarse á su arbitrio para convenir la unión legal de sus nombres, que debía responder á la unión eterna de sus almas. Habitante de Abydos él, vivía ella en una torre de Sestos. Él no tenía confidente alguno de su amor: compatriotas, familia, padres, amigos, todos lo ignoraban. En cambio ella tenía la vieja nodriza,

que hace papel de confidente allá en todas las letras y en todas las artes griegas. Dentro del alma suya vertía Hero las lágrimas y al seno suyo confiaba sus secretos. Ella, la nodriza, encendía todas las noches la tenue luz que brillaba como una estrella de amor sobre la torre donde residía Hero. Los dos jóvenes se amaban con igual intensidad, y siendo suspiros y ojos los pregoneros inconscientes é indeliberados del amor, tenían que ocultar esta pasión del alma, la cual trasciende por toda la exterioridad del sér como si fuera un crimen. Leandro no podía ver á Hero sino de noche, y Hero no podía sino de noche aguardar á Leandro. Una barca, deslizándose, aunque fuese al amor de las sombras, entre las dos riberas, podía traicionar al barquero y desvanecer el misterio. Los dos amantes por tal manera estaban seguros de la mutua imposibilidad alzada entre los dos amores, que se convinieron, el uno en ir nadando á la torre de Sestos, y la otra en la torre de Sestos aguardar al intrépido y enamorado nadador.

¡Cuántas dificultades! En primer lugar necesitaba Leandro que la población de Abydos llegase á profundo sueño y no advirtiese de ningún modo su fuga, cosa poco asequible sino á las altas horas de la noche. Después debía burlar la doble vigilancia que por tierra y por agua empleaban contra los

vecinos y contra sus rivales aquellas poblaciones heridas por tantas guerras y atravesadas por una continua invasión. Luégo que ya hubiese todos estos obstáculos vencido y superado ¡cuántas celadas terribles podía el mar tenderle, y cuántos abismos de muerte abrían sus fauces en torno suyo para devorarlo! Un viento súbito, una onda traidora, la zozobra inesperada de cualquier cambio repentino, los monstruos varios que corren por las infinitas soledades del mar, los mil accidentes propios de una peligrosa natación, amenazábanle con las amenazas más terribles y le tendían por doquier amagos de muerte. Luégo, podía conocerse la marcha entre las aguas, bien por un relámpago en tormentuosa noche, bien por un rayo de luna en noche serena, bien por la estela y el fosforeo que su propio cuerpo produjera en las luminosísimas y esplendentes aguas. Aunque había menos de una milla entre las dos riberas, el frío nocturno entumecería mucho los músculos y la corriente opuesta resistiría mucho también á los esfuerzos del nadador, aunque hábil y diestro fuera. Estas distancias marinas ¡ay! si quier corta en estrechos angostísimos, cual el Bósforo, se agrandan en cuanto, después de haberlas medido con la vista, queréis medirlas á nado. Todo lo que se acortan al contacto del ojo se alargan al contacto del cuerpo. Hay un poeta, lord

Byron, que ha tendido su éter de poesía sobre todas estas costas y sobre todos estos mares de Grecia. El Egeo, el Jonio, el Bósforo, las islas del Archipiélago que parecen madreperlas, el puerto de Atenas, las canteras de Paros, los desfiladeros de Lacedemonia, los cercados de Arcadia, las montañas de Tesalia, todos aquellos territorios llevan como una corona de ideas ceñida por el poeta seminormando y semisajón, que no habiendo podido nacer de Grecia como lo deseaba su alma y lo merecía su genio, murió jóven é inspirado en los brazos de Grecia. Bogaba un día por el Bósforo, acompañado de varios marinos ingleses, cuando se les ocurrió una disputa sobre la verosimilitud ó inverosimilitud reales del paso de Leandro á nado por aquel extremo de la mar Tracia. Sostenían unos la facilidad manifiesta, sostenían otros la dificultad insuperable. Aquellos aguijoneos que sentía el poeta inglés por todas las aventuras poéticas, lanzáronlo al mar, donde ensayó el viaje que hacía Leandro todas las noches á su regreso de Sestos. Pasó, pues, desde las riberas europeas á las riberas asiáticas. El experimento no se frustró. En una hora y diez minutos llegó el nadador normando, ilustre lobo marino, á las costas asiáticas desde las costas europeas. Pero no pudo abordar al sitio donde supone la leyenda que abordaba Leandro; lleváronle más

lejos las corrientes. El joven enamorado griego hacía todas las noches dos expediciones, una de ida y otra de vuelta. Si á la expedición atractiva de ir le impulsaban los ardientes deseos y las esperanzas de hallar al otro lado satisfacciones indecibles á su amor, todo esto se tornaba en contra suya naturalmente á la vuelta, oponiéndole invencibles obstáculos, así las satisfacciones halladas como el amor intenso que lo retenían en las costas donde residiera su amada. ¿Pero qué resistencias no superan las pasiones humanas?

Ocultar el amor é ir todas las noches á la torre de su amada ¡terrible situación verdaderamente dramática y muy propia para despertar las grandes emociones que avivan en nosotros siempre todos los combates del alma! ¡Cuán importuna le debía parecer á Leandro la población entera de Abydos interpuesta en el canimo de su felicidad! Estos pueblos mediterráneos duermen poco y están siempre al aire libre. Dificilísimo, pues, el esquivar á su natural nervioso y curiosísimo un secreto de suyo tan interesante como un secreto de amor. Las noches en que no podía Leandro emprender su expedición pasábalas entre insomnios más procelosos que todas las tormentas y más fatigadores que todos sus nados. Para él más tranquilidad ofrecía la onda y la brisa que la cama. Así, cuando robaba con faci-

lidad el cuerpo al hogar y al pueblo natales, ponía-se en escollos altísimos columbrando la esperada luz que debía encender Hero en la torre de Sestos. ¡Cómo aguzaría la vista para penetrar en las tinieblas, deseando á un tiempo que las sombras llegaran á espesarse para no ser visto y á esclarecerse para ver! ¡El náufrago perdido no vió nunca el faro con la emoción despertada en Leandro á la vista del fanal encendido por la nodriza de su hermosa Hero en la torre de Sestos! ¡Cuántas veces, ya resuelto, se volvería para ver si en el hogar paterno alguien velaba, ó si en la ciudad natal le seguía sospechoso y vigilante algún vecino rival! Cerciorado por sí de los hombres, no podía con la misma seguridad cerciorarse de los elementos. ¿Quién le decía que la brisa más suave no se trocara en súbito huracán? Las aguas palpitaban siempre, y á estas palpitaciones entregaba su cuerpo. ¡Cuántas veces, aterido de frío, daba diente con diente sintiendo esparcirse por todo su cuerpo el helor de los cadáveres! ¡Cuántas veces llegaba fatigado y sudoroso á las opuestas arenas, después de haber pasado como un pez bajo las tumultuosas olas y tenido, al arribar, una especie de síncope que le presagiaba la muerte! A veces la hermosa luz que riela con tanto esplendor sus rayos de plata en las aguas celestes le hacía verdadera traición y le inspiraba recelo de revelaciones y ad-

vertencias que hubieran podido traerle, de seguro, irreparables dolores á él y á su amada. Recordando entonces que la casta y virgen Diana también había querido, como los mortales y los inmortales quieren, bien ó mal de su grado, y también había puesto sus puros labios en la frente de su Endimión, dormido sobre la roca del Atmos, rogábale de hinojos, tendiendo sus dos brazos en acción suplicante al plateado disco, tan hermoso en el cielo azul como en el mar callado, á que le favoreciese y prosperara su difícil carrera entre los vientos y las aguas. Todo parecía conjurarse contra su amor, y no le quedaba más refugio que su propio deseo ni más impulso que los movimientos y los latidos de su corazón enamorado.

Por fin deslizábase cauto en el mar. Aunque mil rumores produjeran las aguas y las costas, él sólo atendía solícito al rumor que hacían sus remos naturales hendiendo las olas. A veces, fatigado, se tendía inerte y se dejaba llevar como un alga por la corriente. Mas súbito el eco de cualquiera brisa le fingía un suspiro de su Hero y el centelleo de aquel fanal tan adorado le derramaba un calor vital nuevo en sus venas. Y entonces ganaba con ímpetu el espacio perdido en los anteriores desmayos. Cuanto más cerca estaba el término de su viaje, más combatía el atleta hermoso con las resistencia

de todos los elementos, y más milagros operaba con las fuerzas de sus músculos impelidas por las fuerzas de su amor. Al fin los rayos del fanal puesto en la torre caían sobre su cabeza, y la figura de aquella divina Hero se aparecía cerca del nadador estático. A la vista de aquella luminaria y á la presencia de aquella mujer, aguas y tierras, montes y valles, los astros del firmamento y las estelas del mar, se transformaban, como si participasen de su propia felicidad y sintiesen su intenso regocijo.

Inútil decir las emociones apoderadas del corazón de la joven mientras recorría su amado el paso de Abydos á Sestos en combate y guerra con las ondas. Siempre la mujer supera de suyo al varón en todos los dolores, compañeros de una pasión amorosa. Prescindiendo por completo de la mayor capacidad que para todos los afectos tiernos del alma posee la mujer, su condición doméstica y social sugiérele sentimientos mucho más vivos y mucho más numerosos que los sentimientos del hombre. Social éste, sí, eminentemente social, en el trato con los suyos encuentra olvidos y consuelos imposibles para la mujer, que dentro de su casa reducida sólo tiene por distracción el propio pensamiento. Las faenas del hombre lo divierten á continuo de toda idea fija, mientras las faenas del sexo hermoso á una idea fija lo atan. Caza, pesca, na-

vegación, viajes, comercio, exigen una cantidad tal de actividades y piden un movimiento tan continuo, que alejan las ideas fijas y ahogan las sensaciones singulares y perpetuas en los múltiples cambios y en las indecibles ocupaciones. Pero una mujer, sobre todo una mujer griega, ya presida ó haga las faenas familiares, ya cuide como sacerdotisa del fuego sacro, ya se consagre á la conversación ó á la lectura, sale difícilmente de su cárcel y mira los lejanos seres ú objetos queridos, de quienes la separan en el gineceo paredes y cerrojos, como el ave prisionera mira el cielo y la luz, chocando con los hierros al abrir sus alas para correr y volar por los espacios infinitos. La sacerdotisa de Venus, la enamorada Hero, cuando tornaba de los ejercicios de su culto, recluíase dentro de la torre para curarse tan sólo de su pasión ardorosa, en la cual arrojaba el combustible de todas sus ideas y de todos sus recuerdos. Su cabeza inclinada tristemente, sus ojos entornados, sus cejas fruncidas, sus brazos caídos, su actitud de abandono y desmayo en la sede habitual, indicaban bien cómo la poseía un solo afecto. Pues al salir de sí para encontrarse con algún sér extraño, veía solamente á su nodriza, con quien hablaba de su amor y de su amante á la continua. Mas el objeto de sus miradas perpetuo era el mar. No señalan pléyades y cabrillas, si-

rios y arcturos las vías marítimas como las señalaban sus presentimientos. Creeríasela un ave nocturna de las que pasan, como los agoreros alciones, la vida entera en los escollos rodeados por las olas, anunciando á gritos el cambio de los vientos. ¡Con qué sumo interés estudiaba los cielos y las aguas! ¡Cómo su escudriñadora mirada se hundía en el horizonte profundísimo! ¡Qué placer le daba el buen tiempo! ¡Cómo sus nervios vibraban desconcertados y se dolían á modo de las cuerdas recién rotas de un arpa sonora en cuanto cualquier ráfaga de viento, una palpitación de olas, un culebreo de relámpagos alteraban el seno azul de la mar tranquila, cuyas celestes aguas servían como de lecho á su amor! Hero llegaba en su pasión á odiar el día y la luz. Estrella tan hermosa de suyo semejábase á un ave nocturna. Para ella todo el éter se condensaba en el fanal puesto sobre la cima de su torre, cual faro misterioso que designaba el viaje procelosísimo de Leandro. ¡Cuántas angustias mientras atravesaba éste su Helesponto! Muchas veces tomaba el fosforeo de las olas por sus ojos y el salto de los delfines por sus brazos. Sentábase, levantábase maquinalmente, corría de un lado á otro como loca, interrogaba inoportunamente á los astros, hacía por detener las brisas desfavorables con sus delicadas manos, y puesta de hinojos ofrecía

en oraciones sin fin á los dioses del mar, y del cielo, y del campo, y del aire, sacrificios y holocaustos sin término. Al fin de tales inquietudes, los nervios sacudían todo su cuerpo como el huracán al arbusto, y una especie de sueño magnético penetraba en su espíritu asaltado por obsesiones mágicas semejantes al delirio en sobreexcitación de la demencia.

Hero solía encomendarse principalmente al dios Neptuno. Aquel mar surcado por Leandro tenía todos los caracteres de un mar nefasto á las pobres doncellas. Hele había caído en sus ondas desde los cielos y ahogádose allí, como diciendo cuán funestas y nefastas sus aguas para las vírgenes. Hero creía naturalmente que se necesitaba una oración continua para desarmar á los dioses encolerizados. ¡Cuántas veces decía la infeliz á Neptuno, mientras Leandro nadaba en su busca, dudando, por su mal, del arribo y del encuentro, que no estaba el dios para oponerse á los amores ajenos ni para permitir á los vientos nefastos que los combatiesen y los contrastasen, cuando él mismo amara perdidamente á Tiro, tan alabada por sus gracias; á Circe con todos sus hechizos; á la incomparable Alción, que va siempre pareada con su compañero y roza los mares y llena de gritos los vientos; á la hija de Alimón, á Medusa, no obstante su cabellera de cule-

bras; á la blonda Laodicea y á la misma Celeno, puestas con sus uñas y garras entre los astros del cielo! Quien así ha sentido el amor, no puede negárselo á los demás sin renegar de sí propio. Después de todos estos recuerdos, le observaba que un dios tan grande y tan fuerte como él puede combatir á los altos navíos y á las flotas ricas, pero no á un pobre nauta, más mísero y más oscuro cuando va por el seno de las aguas que los últimos peces de un estanque. Tras estas oraciones, Hero atizaba la torcida luminosa de su lámpara brillante. Y si al atizarla chisporroteaba, signo fausto, deshacíase la joven enamorada en suspiros tiernos de santas esperanzas y en acciones amorosas de merecidas gracias. Después coge su copa sacra, y vertiendo en ella el hidromiel consagrado á Venus, la bebe y apura entonando mentalmente un sacro y armonioso himno. ¡Qué regocijo tras haber orado y ofrecido las libaciones litúrgicas encontrarse con que Leandro arriba y se arroja en sus brazos abiertos! Desnudo como un atleta heleno, curtido por las ondas saladas, á las cuales añade para más adobar el cuerpo los aceites de Minerva, ceñido y coronado por algunas algas que se prenden y enredan á sus ensortijados cabellos, iluminado por la luz de los astros que se juntan con el resplandor de la querida lucerna, los ojos arrobados por el amor, los latidos

del corazón moviéndole como si fuese una fuerte armadura el pecho, fuera de sí por el regocijo que le causara la felicidad increíble de su llegada entre tantos daños y entre tantos peligros y procelas, diríasele un dios marino que sube impulsado por una especie de ascensión providencial desde las aguas á los aires para volar después desde los aires al cielo.

¡Cuánta efusión á la llegada y encuentro! La misma incertidumbre del arribo y las horribles luchas con los elementos sostenidas, prestan fuerzas á la satisfacción y al placer. El deseo cumplido y satisfecho de la llegada feliz adormece por un instante toda otra sensación y apaga toda otra idea. Tras estas emociones vivísimas llega el éxtasis de la mutua vista. Entrelázanse los brazos, confúndense los senos. Cada cual de los amantes parece buscarse á sí mismo en los respectivos ojos del amado, y los labios demandan besos al par que despiden suspiros. Entre los arrobamientos de la pasión exaltadísima, refiérense uno á otro aquellos dos extáticos amadores todo cuanto les ha sucedido en su ausencia. Y aunque sea siempre lo mismo, pensar cada cual en la mitad de su alma, convertir desde las opuestas orillas cada cual sus sendas miradas al punto donde cree hallarse su amor, y repitan la expresión de los mismos duelos por las des-

pedidas y del mismo regocijo por los regresos, es lo cierto que les parece todo nuevo y todo por vez primera sentido. Tanta es la viveza de las emociones momentáneas en el seno de la felicidad recentísima, que pone olvido de las emociones pasadas y concentra la vida en un minuto. Pero ¡ah! que la noche pasa pronto. Avecínase tras la rapidez vertiginosa de aquellos encantos la traidora luz que debe ahuyentarlos. Y como Leandro viene después que la población de Abydos se duerme, y ha de volverse antes que despierte, las horas consagradas al amor ¡ay! resultan pocas y pasan pronto. ¡Qué sensación tan áspera é ingrata la del ruido menor que anuncie, ya el aletear de las aves canoras, ó ya el zumbar de los insectos diurnos! La riente alba que tiñe de luz perlada los bordes hasta entonces oscuros del Oriente y derrama por doquier alegría, paréceles á ellos una sombra negra de nefastísima tristeza. Por fin Leandro tiene que irse y quedarse la infeliz Hero. Las lágrimas riegan la tierra que les ha visto ha poco tan satisfechos, y los suspiros de felicidad se truecan en sollozos de amargura. Leandro huye del crepúsculo matutino y Hero sigue á Leandro desde su torre con los ojos fijos y los brazos abiertos. Así transcurrieron noches y noches de amor. Pero en una tristísima ensoberbeciéronse los vientos, alteráronse las aguas, y las fuerzas del

joven que atravesaba el Helesponto le faltaron y los adversos elementos le rindieron. Leandro se ahogó. Hero, para quien la vida no tenía precio, muerto su amado, lanzóse á las aguas, y murió á su cuerpo abrazada, despidiendo con su postrer beso su postrer suspiro. En aquel Bósforo, donde se juntan las regiones más célebres del planeta, donde se miran las ciudades populosísimas del extremo de Asia y del extremo de Europa, donde vagan desde los recuerdos que despiertan la memoria de los argonautas en las primeras navegaciones hasta los recuerdos de los héroes en las guerras médicas, donde se asentaran califatos é imperios inmensos y se alza Constantinopla, la capital del planeta, no hay nada tan recordado y tan querido como las sombras de Leandro y Hero, que vuelan en los giros del aire y se retratan en los cristales del agua.

ASPASIA

Muy variamente juzgada esta mujer extraordinaria. Y el juicio recaído sobre su persona y sobre su vida, juicio muy acreditado entre las gentes vulgares, proviene aún de apasionamientos contemporáneos, trocados por obra del tiempo en seculares supersticiones. Todas las grandes y excelsas mujeres griegas llevan una marca indeleble sobre sus hermosísimas espaldas, impresa por la comedia, esa inmortal sátira en acción, tan poderosa en Grecia. Se genera el ridículo y brota la risa de cualquier contraste manifiesto entre las costumbres vulgares y los actos de una persona. Risa y ridículo requerían los cómicos en el teatro, cual requerían lo bello y lo sublime así el genio de la tragedia como el genio de la poesía lírica. La familia griega se fundaba, igualmente que todas las familias arias, en el culto religioso á la

mujer; mas la mujer no aparecía respetable y no estaba en realidad circuída por las gentes de supersticioso respeto, sino cuando se recluía en el seno de su hogar y se consagraba, juntamente con los suyos, al culto conmemorativo de los muertos y al culto religioso de los dioses. El gineceo, es decir, el santuario de la mujer helénica, parecíase mucho, en lo cerrado y recatadísimo, al harén oriental; á pesar de una diferencia soberana, en el harén oriental había muchas mujeres, en el gineceo griego una sola mujer. Pero esta mujer, señora casi absoluta en su hogar y jefe casi único de su familia por la dulzura de aquellas costumbres y por la civilización de aquellas gentes, debía, para el recato de su honra y para el seguro de su virtud, quedarse dentro de su casa é influir muy poco en la vida externa de aquella sociedad, no obstante la refinada cultura y artística delicadeza con que ha brillado en la historia y ha esclarecido á nuestra humanidad.

Aspasia es una mujer pública. Después de haber leído esta calificación deben mis lectores desechar el vulgarísimo juicio encerrado en el concepto que las dos palabras expresan, y considerar la mujer pública en Atenas como un oficio correlativo al de hombre público, según llamamos á los estadistas en los modernos tiempos y en el habla corriente.

Mujer pública no significa en Atenas la que vende su amor y sus favores por dinero; significa la que interesa en la vida general su pensamiento, influye sobre los guías del gobierno, pertenece á un partido, ilustra con sus observaciones al artista y al filósofo, critica las obras recién estrenadas en la escena, presta el fuego de su elocuencia incomparable al orador, provoca en el taller con sus actitudes académicas el estudio y observación de los escultores, dirige á un maestro profundo las observaciones finísimas y delicadas propias de su exquisito sexo, y va por las Asambleas como una especie de musa viva fluyendo ideas melodiosas por sus labios sonrosados y dejando á modo de luminosísimas estelas, como las áureas trirremes del Pireo en los mares del Jonia, por donde quiera que pasa. Todos estos oficios desempeña y todos estos deberes cumple, oficios castos, deberes verdaderamente sociales, una mujer tan bella é inspirada como Aspasia, cuya presencia entre los ciudadanos y cuyo influjo en la política eran indispensables de todas suertes, si Atenas debía llegar al cenit espléndido de su gloria y al pleno desarrollo de su espíritu. Pero, como quiera que tal oficio repugnaba por completo á las ideas fundamentales de Grecia en estas materias del destino y del papel reservados á la mujer en sociedad, Aspasia

resulta para los que admiten el juicio vulgar histórico sin discernimiento y sin examen una mera cortesana, cuando en realidad vivía ella circuída de corte y merecíala por mil conceptos y por mil títulos. Mas, al herir con su vida completamente derramada en los estadios públicos las costumbres atenienses, atraíase de la malicia cómica por fuerza un concepto deshonroso, el cual concepto deshonroso ha confirmado ligeramente la posteridad, convirtiendo la mujer tipo de la inteligencia y de la hermosura helena en vulgar y triste prostituta. Decimos de Aspasia lo mismo exactamente que de Safo; el mal concepto con que aparece ante la sociedad nuestra, débese á vulgarísimas supersticiones de los antiguos tiempos, no bien conjuradas ni bien desvanecidas en los tiempos modernos.

Mas no hubo esta razón sola en abono de tan falso juicio: hubieron muchas otras. Aspasia fué la mujer de Pericles, y Pericles el jefe incontestado é incontestable de la democracia helénica durante medio siglo. Atenas había pasado por todas las fases necesarias y lógicas del espíritu social en su lento y continuo desarrollo. Teocrática y monárquica en sus comienzos, como sucede á todos los pueblos cultos del mundo, llegó evolutivamente y por grados á la república. Mas, como ningún poder histórico y ningún organismo político bur-

lan de modo alguno las leyes universales, á que todo se halla sujeto en el mundo, la república en Atenas pasó por un período de reacción tiránica, representado por los pisistratidas, y se organizó en una especie de oligarquía por medio de su aristocracia ó patriciado, cumpliendo así las leyes lógicas de su necesaria evolución. Pero nunca brillara como brilló de no haber entrado en la plenitud completa de una democracia libre y progresiva, según la comportaban aquellos antiguos tiempos. Pericles impelió á Atenas hacia la democracia, triunfante y organizada bajo su poder, más bien moral que material, poder de la palabra, poder de la elocuencia, poder de la idea. No se intentan estas grandes innovaciones en el mundo sin atraerse la persecución y la calumnia. Hombres tan grandes como Heródoto y como Esquilo, viejos republicanos, enemigos de la monarquía y de la teocracia, que á una con sus manos inmortales coronaran la república en su historia y en sus tragedias, viendo al ocaso de su vida y al tiempo de su vejez alborear la nueva edad resplandeciente sobre una cima tan alta como la cabeza de Pericles, verdadera eminencia social dorada por la nueva luz, no acertaron á comprenderla, temiendo se anegaran en los oleajes de la democracia sus viejas instituciones republicanas sostenidas hasta entonces por

una poderosa oligarquía. Este partido terrible de los oligarcas y de los aristócratas perduró largo tiempo, y en su perduración declaró guerra cruel á Pericles. Mujer Aspasia de tan grande hombre, consagrada, como él mismo, á la transformación social nueva, mereció el odio de los patricios y aristócratas. Este odio se desahogaba en la sátira principalmente, y esta sátira hería en su honor á la esposa, cuyo espíritu y cuyo seno servían como de regazo blando en que depositar la cabeza herida, y como de seguro en que defenderse contra la injusticia y la pasión, al estadista ilustre, destinado por su pensamiento esclarecido á señalar la plenitud completa del genio ateniense. De consiguiente, los calificativos deshonrosos que ha lanzado la posteridad sobre Aspasia, provienen de pasiones políticas anejas á su tiempo, y resulta el desquite cruel tomado por aristocracia verdaderamente soberbia del triunfo conseguido por una democracia verdaderamente progresiva.

Pero hay más. Coincide con la república libre y democrática la plenitud así del saber como del arte. Cuando Grecia funda las instituciones que han de caracterizarla en el mundo y que han de darle aquel su incontrastable influjo, el pensamiento llega, como la inspiración, por ley natural á su respectiva plenitud. Mas no puede, no, el

pensamiento desarrollarse cuando se le sujeta por cualquier poder coercitivo y material á las estrecheces y angosturas de un dogmatismo absorbente ó de una liturgia tiránica. La idea necesita para volar el espacio inconmensurable de la libertad. Si en su vuelo interponéis los límites arbitrarios trazados por una iglesia oficial ó por un gobierno metido á definidor de dogmas y principios, creedlo, el pensamiento perderá toda su originalidad y toda su fuerza intrínseca, reducido á pobre y servil comentario de ideas y de doctrinas impuestas. No representara Pericles el cenit de la inteligencia helénica si no trajese la libertad pura del espíritu y el derecho á su manifestación externa de la idea. Pero esta ventaja enorme del desarrollo social jamás se aquista sin herir los privilegios más formidables de las aristocracias intelectuales, aquellos privilegios arraigados á una en la vieja fe y provenidos, como algo sobrenatural, del seno de los mismos dioses. Nada tan batallador como el privilegio religioso. Un sacerdote, que se cree dueño de la verdad eterna, os mata sin escrúpulo, imaginando que puede quitaros á su sabor la vida de un día en aras de la vida eterna. Los filósofos pensaban libremente bajo la inmortal autoridad y poder del demócrata Pericles; por consecuencia, decían lo que pensaban, y al decirlo extraían de

las entrañas del espíritu humano estos nuevos ideales, á cuya luz y á cuyo calor nosotros vivimos, pero que no han podido, no, formarse jamás en la conciencia universal, sino con riesgo y detrimento de los viejos ídolos y de las viejas idolatrías. Bien lo saben las aristocracias intelectuales, que se llaman sacerdocios; y como lo saben de antiguo, bien apelan á todos los medios para defenderse á sí mismas y herir en la vida, en la honra, en todo su sér, á quienes revelan nuevas ideas y exploran cielos nuevos. Teniendo contra sí Aspasia y Pericles el patriciado político y el patriciado religioso, no debe maravillar á nadie la injusticia con ellos cometida por el espíritu resistente y tenaz de los viejos tiempos. Pero debe maravillarnos mucho el que tales ideas hayan trascendido á las generaciones hoy vivientes y dominado en los senos del mundo moderno. Aristocracia, oligarquía, iglesia oficial, clero, habían impuesto á sus secuaces un odio contra los innovadores que debía buscar explayo y desahogo en esas invectivas y en esas calumnias circulantes por las viejas supersticiones, á cuya letal influencia obedece muchas veces el vulgo, transmitiéndolas por medio de sus decires populares á la más remota posteridad, aun contra los mismos que han ilustrado y esclarecido á las ingratas muchedumbres.

¡Cuán poco sabemos de Aspasia! La historia, en los tiempos clásicos, no se parece á este historiar anecdótico de hoy que tanto priva entre nosotros. Los viejos historiadores clásicos apenas comprendían el fenómeno transitorio de la vida interior y doméstica, ocupados en trazar la poderosa vida pública. El cuentecillo y el escándalo no se anteponen á todo y lo llenan todo hasta que vienen los tiempos tristísimos de la decadencia imperial, y como actores y protagonistas de la historia los Césares. Aunque Xenofonte deje un trazo aquí, Tucídides una conmemoración allá, Sócrates un fragmento de discurso, Platón una incidencia de sus inmortales diálogos, Plutarco algunas tradiciones, no tenemos, no, los datos bastantes á juzgar con buen acuerdo y con perfecto juicio de una mujer tan extraordinaria. Necesitamos ahondar en los abismos del tiempo y abrir el panteón de las viejas historias, recorriéndolo y visitándolo todo entero, para lograr la reconstrucción de una estatua, en la cual, dentro de su forma perfecta y de sus líneas correctísimas, ardía la centella de una inspiración, que así animó la poesía como la elocuencia y la elocuencia como la libertad. Naturalmente, al griego historiador le costaba tanto trabajo casi como al griego vulgar el extraer de su gineceo á la recatada mujer y colocarla en pedestal aislado al cie-

lo y al aire libres. Para ellos la historia se concentraba en el hombre, como en el hombre se concentra el Estado, y no debía compartirla con mujer ninguna. Si tal moralista deja caer una idea sobre los conceptos fundamentales que de la moralidad alcanzaba en su ánimo Aspasia; si tal retórico apunta los muchos inapreciables servicios que le debe la elocuencia de Atenas, tan perfecta y armoniosa como su misma escultura; si este filósofo la remembra en alguna de sus obras creyéndola resplandor celeste que pasa por las profundidades oscuras é insondables del humano espíritu, no constituye todo eso, no, la personalidad histórica por nosotros buscada en los estudios nuestros, y no procura los esbozos y los apuntes indispensables á un verdadero retrato. Pero el consentimiento universal llámala hermosísima, y ya sabemos lo que por hermosura entienden nuestros padres los griegos, y cómo la significan, y de cuál suerte la sienten. La hermosura femenil á sus ojos aparece como armonía perfecta por la mezcla de una gracia delicada con una corrección austera. Como el pentagrama y el iris se parecen, como la onda luminosa y la onda sonora se identifican, y vibraciones de átomos resultan así el sonido como el éter, llamaremos á la hermosura femenil helena hermosura melodiosa. El pie proporcionado con el

conjunto, porque allí están en las proporciones las armonías, y en las armonías la hermosura se asienta sobre la tierra como la estatua sobre su pedestal, no queriendo el griego, ni desproporciones feas de suyo, ni desequilibrios temibles, ni gracia ninguna que riña ó se contraponga con aquel encanto espiritual que á los verdaderos goces del alma presta la seguridad completa de su continuación. Sí, las proporciones, la correlación entre los órganos, las armonías del conjunto, un regazo apacible, un seno tranquilo, unos hombros anchos, el cuello semejante á erguida columna, la cara en perfecta elipse, la barba graciosa, las mejillas ni demacradas ni llenas, los labios gruesos en señal de franqueza, muy afilada la nariz, grandes y profundísimos los ojos, largas las pestañas, sombrías las cejas, espaciosa la frente, esférico el cerebro: he ahí los rasgos característicos de la belleza griega que nos ha transmitido la Venus de Milo y que debían resplandecer, como resplandecen los tipos en las copias, y que debían resplandecer con toda su luz y vivir con toda su perfección clásica en la inmortal figura de nuestra incomparable Aspasia.

Hija del jonio Axioco, nació en Mileto, ciudad fabricada por un descendiente de Apolo en el Asia Menor. Estas ciudades jonias habían dado su dialecto y su género arquitectónico á la divina ciudad de

Minerva, y por lo mismo ejercían en su seno una grande influencia, nunca desmentida ni eclipsada, siquier cayesen con facilidad todas estas regiones helénicas en rivalidades y en guerras, no embargantes á la idéntica unidad de sus almas. Situada en la desembocadura del Meandro, y al Sur de la bahía látmica, dominaba con verdadera soberanía en los continentes y en los archipiélagos jonios. Varios títulos presentaba Mileto de distinción particularísima entre todas las poblaciones helenas. Su hermoso territorio, sus pañerías, sus ganados, sus colonias en el Euxino, el ser madre de Thales, primer filósofo griego, el ser cabeza de aquella liga jonia que iniciara la guerra inmortal contra los asiáticos, no le daban importancia tanta como el renombre de sus mujeres, las cuales reunían con una gracia sin igual una inteligencia digna de su gracia. La reclusión del bello sexo en Grecia debía remediarse por cualquier camino, y de aquí el buscar y encontrar esa especie de anómala institución que se conoce con el nombre muy expresivo y muy singular del hetairado griego. La hetaira representa, ya lo hemos dicho, como la personificación del influjo debido á la mujer en la vida pública. Naturalmente, las mujeres de su casa, tras las costumbres antiguas abroqueladas y en el recinto de su hogar tristemente recluídas, sublevá-

banse contra tal institución, y la confundían sin escrúpulo con otras degradantes é infames que significan y representan el residuo y detrito asqueroso de todos los vicios sociales. Pero ya hemos dicho antes y lo reiteramos ahora, cómo tales conceptos dimanan de una perversión del juicio, ayudada por una mala voluntad en el alma. No todas las mujeres de Mileto debían ser pervertidas, como no todas las cabras de Mileto debían ser cojas. Cierta mayor expansión dada por estos jonios, más arios todavía que los atenienses, á la vida femenil, explica el mal concepto que de las miletenas guardaban las atenienses. Decidle á una joven española, tan recluída en su casa y tan guardada siempre, que no sale á la calle sino en compañía de su familia, decidle cómo la joven yankee pasea sola y emprende viajes donde le place á su albedrío con toda independencia, y no comprenderá ese género de vida, creyéndola expuesta de suyo á tropiezos y á desgracias sin número. Pues algo de lo que pasa en la educación de nuestras mujeres latinas pasaba en la educación de las mujeres atenienses, lo cual inclinábalas á no creer compatible una virtud austera con una vida independiente. Confirma el vulgar lenguaje tal concepto. A pesar de que nosotros hemos dado al habla moderna la palabra liberal y liberalismo en demostración

de nuestro amor á la libertad, decir de una vida que es libre tanto vale como decir de una vida que es licenciosa. Mucho hemos insistido en esto ciertamente, pero no podemos menos de insistir, porque no hay otro medio de conocer y de calificar el papel que representa la inmortal Aspasia en el mundo helénico.

No decimos nosotros que la moral más pura y austera predominase con absoluto predominio en el coro de mujeres á que la hetaira griega pertenecía. Realmente los sentidos y sus voluptuosidades determinaban mucho estas relaciones públicas entre los dos sexos. La mujer de mundo, como ahora se la llama en Francia, ó de sociedad, como la llamamos nosotros, se halla mucho más expuesta que una mujer de su casa, por ley natural, á las tentaciones y á los asaltos del vicio. No pretendemos que las Aspasias fuesen puras ni siquiera castas. Pero sí pretendemos que no llegue á confundirlas de ningún modo la malicia con el rebujo de mujeres perdidas que yace allá en el hondo seno de las sociedades modernas. El sentimiento moral ha seguido, como todas las manifestaciones de la vida humana, su evolución lógica en ascendente progreso. Y si estas mujeres de los teatros, de las escuelas, de las asambleas helénicas, no pueden, ciertamente, compararse con la mujer cristiana en

pureza, tampoco pueden confundirse con aquellas desgraciadas que asistían á las fiestas lividinosas de los templos asiáticos y que tomaban la prostitución por una virtud en las orgías sin fin de sus sensuales ritos. El mundo había caminado mucho cuando Atenas, tras el florecimiento producido por las guerras con persas y medas, madura bajo la dirección sapientísima de Pericles; y si aun se veían estas mujeres de vida no muy casta influyendo en la política, en la ciencia, en la sociedad, no se ven las pobres doncellas asentadas en las piedras del camino requiriendo al viandante de amores y puestas allí para convertir en culto religioso la vil profanación. Aquellas noches de Babilonia, donde, al resplandor de lámparas alimentadas por aceites olorosos y al són de cítaras tañidas por mujeres ebrias, se cometían toda suerte de torpezas en promiscuidades horribles, so pretexto de plañer la muerte ó celebrar la resurrección de Adonis, con los ojos puestos en signos vergonzosos y los nervios agitados por excitaciones impúdicas ¡oh! no se podían ver, no, en la republicana y libre Atenas de la democracia, en que las esposas se alzaban sobre la piedra del hogar como las divinidades sobre las aras, y las mismas mujeres de influjo público y de vida externa valían todas, no tanto por su hermosura como por su ingenio, por su

ciencia, por su palabra. En toda Grecia no encontraréis tipo alguno que pueda compararse por su torpe sensualidad con aquel Salomón de la Biblia, en cuya vida se reproduce la vida sensual de los más voluptuosos sirios, y en cuyo palacio rebrotan los harenes más poblados y más voluptuosos del Oriente. La familia está ya fundada en Grecia y pocos griegos había capaces de vender sus esposas á los tiranos como Abraham vendiera la propia Sara tan tristemente á los egipcios. No cabe dudar que así como la flauta líbica resuena en las majadas y en los oteros de Grecia, la barca fenicia surca la aguas de Jonia, los dioses indios con sus coronas de lotos llegan bajo los olivos y los laureles de Colonna, el culto sensual y orgiástico del Asia viene también con toda esta serie de indispensables transformaciones y metamorfosis al seno de aquella Grecia, cuyos templos primitivos, cuyos dogmas rudimentarios, cuyos dioses primeros, cuyos gérmenes de vida todos se habían recogido y tomado en el seno inmenso de la grande Asia, que llevara el género humano todo entero en sus inmensas entrañas.

Difícil, muy difícil que la buena fama y renombre coronen á mujeres lanzadas al peligro de una vida tan procelosa como la que traen consigo los públicos deberes y oficios. Ninguna de las excel-

sas damas que presidieran los salones literarios en Europa exéntase del receloso murmurar que sigue siempre á la mujer fuera de su casa. Nadie ha creído que las relaciones de Chateaubriand con madama Recamier, ni que las relaciones de madama Stael con M. de Narbona se redujesen á puros coloquios platónicos. En el mundo se contrastan y compensan con desventajas todas las ventajas, y se sufre mucho por el envidiado privilegio de una excelsa é incontestable superioridad. La hetaira griega no puede, pues, confundirse, siquier un renombre adverso la persiga, con la prostituta moderna. Las historias cuentan y no acaban los servicios prestados por estas mujeres extraordinarias, y la excelsitud del puesto que varias ocupan y la utilidad de algunos ministerios que desempeñan. Abydos en cierta ocasión debió, asediada, su libertad á una joven de este linaje. Hetaira llamaron los griegos á cierto simulacro de Venus, y sería inútil añadir que no lo decoraran ciertamente con tal nombre, si tuviera el torpe sentido allegado en todas nuestras lenguas y en todas nuestras literaturas contemporáneas. La mujer, que se hallaba de venta en aquellos pueblos y en aquellos tiempos, había sido proscripta casi de la sociedad por leyes verdaderamente rigurosas. Ninguna joven ateniense podía caer en la prostitución sin dejar sus privilegios y

prerrogativas de ciudadanía. Oficio tan odioso no podía ejercerse allí sino por extranjeras de origen ó por infelices que, chocando con el vicio, cayeran á una en triste y adquirida extranjería. Barrio especialísimo se les designaba fuera del recinto y en sitio de tantas confusiones y mezclas como el Pireo, por cuyas playas pululaban ya los pilluelos clásicos de todas las marinas y se oían los discordes vocablos de todas las lenguas. Sólo muy entrada la noche, y en sitios muy velados por las sombras, aparecían estas mujeres marcadas con sello de infamia verdaderamente indeleble y vestidas con traje uniforme, designado por los rescriptos de aquella legislación y por las ordenanzas de aquella policía. Las leyes, pues, perseguían y castigaban el vicio. Un adulterio llevaba consigo la interdicción de ingreso en el templo. Los bastardos no pertenecían á la población libre, con cuyos hijos no se criaban ni educaban en las escuelas públicas. El bastardo no estaba por ningún deber obligado con sus padres, por ninguno. Al darles una vida triste y deshonrosa, relevábanlos de toda obligación. Cualquiera que prostituía una mujer ó la enseñaba de algún modo á claudicar y perderse, allí, en aquella legislación durísima, quedaba reo de muerte y merecía el supremo y deshonroso castigo. Por consiguiente, la tolerancia tenida con mujeres

del carácter y del ministerio que habremos de reconocer en Aspasia, sólo muestra su diferencia y separación de aquellas otras descendidas mucho más abajo en la escala social y marcadas con sello indeleble de verdadera infamia. Y no lo decimos esto por Aspasia solamente, lo decimos por otras muchas de su condición y de su sexo, colocadas en estados análogos á su estado.

Las infelices de última condición se dividían en dicteriadas y flautistas. Nuestro nombre dicterio lleva en su sentido vulgar de hoy el infame sabor de su origen etimológico. La dicteriada permanecía en el Pireo, la flautista iba en coros y en orquestas á los festines y á las festividades. Pero la hetaira vivía de otra suerte. La hermosa región ateniense designada con el nombre de Cerámica le servía de asilo. En la Cerámica se veían los plátanos celebrados por los diálogos de Platón, radicaban las tumbas de los héroes cantados por Píndaro, lucían los largos atrios y los armoniosos intercolumnios que preservaban del calor á los atenienses y daban abrigo á las estatuas y á los cuadros. El joven enamorado en su alma y conciencia de aquellas distinguidas mujeres, colocaba en una pizarra su nombre propio con su voto amorosísimo, y luégo tenía que aguardar aceptación ó negativa. Lo cierto es que junto á cada hombre

ilustre se alza en los antiguos tiempos una mujer de esta clase. La tolerancia con ellas extendióse al extremo de que Temístocles, un general como Temístocles, el vencedor de Salamina, se dejara esculpir en cierto bajorelieve célebre, de pie sobre una hermosísima carroza tirada por cuatro jóvenes hetairas. Éstas habían llegado á un tan grande influjo, que obtuvieron estatuas en Atenas. Baste decir que la joven amiga de Harmodio, el célebre tiranicida tan celebrado por la poesía y por la elocuencia clásica, Leena, se vió representada en forma de leona sobre la puerta de los fuertes atenienses por haberse cortado con los dientes su lengua y escupídola con furor á la cara de sus verdugos antes que revelar los cómplices de aquel á quien había consagrado su vida. ¿Cuál de los ilustres atenienses no tuvo su hetaira? El puro y castísimo Platón amó en su vejez á una vieja como él; Sófocles, el inmortal Sófocles, amó á Teoris, que perteneciera de antiguo al sacerdocio de Neptuno y mezclara esencias y mixturas para componer embriagadores filtros. Sócrates trabó largas relaciones con Teodota, de quien también Aristófanes un día se prendara en grado tal, que su célebre comedia de las nubes, cuyas gracias mataron al filósofo, se inspiró, no tanto en sus creencias religiosas como en sus celos rabiosísi-

mos. Menandro vivió con Gliceria, quien despreció nada menos que un trono en Egipto por los brazos de su poeta. En los versos por éste dedicados á tal musa descúbrese la naturaleza moral de unas relaciones en las que prevalecían los afectos nobles sobre los instintos físicos y la inteligencia sobre las propensiones sensuales. Vivir juntos en el comercio y cambio continuo de las ideas, envejecer al mismo tiempo, morir de la misma muerte, así eran los votos y aspiraciones de aquellas dos nobles almas, unidas en esta especie de particular matrimonio griego. Luciano, tan mordaz, Luciano, que se burlaba de todo el mundo y de todo el mundo maldecía, elogia en sus diálogos una mujer de este linaje, Pitias, de la cual dice que nunca renunció á la sencilla naturaleza y nunca hirió las costumbres honestas. Egnatenes mereció que poetas ilustres la consagraran largas biografías y recogieran sus menores dichos y sus más vulgares hechos. Por tal manera debía parecer entretenida la conversación de todas estas mujeres, que Linceo anduvo toda su vida tras las frases manadas de sus rosadísimos labios, y las reunió en célebre colección conocida con el nombre clásico de apotegmas. No cabe dudarlo; en Grecia la hetaira resulta un tipo intermedio entre la cortesana y la esposa.

El carácter principal de la prostitución se halla

en la merced material aceptada por el favor ofrecido. Así no puede confundirse la condición de Aspasia, por ejemplo, con la condición de Lais. Aunque muy hermosa ésta y por todo extremo influyente con algo de influencia superior y espiritual ¡ah! los pagos recibidos por sus favores la condenan al infierno perdurable de la infamia. No estará demás, pues, el detenernos en su presencia para estudiar y advertir su condición y los caracteres que separan esta condición de la conseguida por Aspasia, con la cual suelen muchos injustamente confundirla. Siciliana, tenía en su sér algo de aquella mezcla de lavas con olas, de mieles con sales, de idilios con tragedias que constituye los caracteres capitales de Sicilia, Sujeta en aquellos tiempos á las catástrofes de los combates continuos, como sujeto su hogar á las catástrofes y erupciones del Etna, un día, rendida su patria tras un asedio de Nicias, cayó en los despojos del vencedor y entró en los mercados de siervas. Proporcionada y armoniosa desde su infancia, con espaciosa frente, con cabeza esférica, con párpados negros, con dientes blancos, de palidez mate contrastada por sus labios rosáceos, ligera como las cabras al andar, firme como las estatuas al pararse, un día que tornaba de la fuente con su cántaro en guisa de corona, la vió un pintor como Apeles y la puso, des-

pués de haberla rescatado, entre sus más hermosos modelos. Entrada en la pubertad, después de haber pasado medio lustro en compañía del artista, fijóse allí donde se fijaban las cortesanas más célebres, inmensa mancebía, en la ciudad voluptuosa de Corinto, por donde iban y venían los más poderosos y los más ricos navegantes y mercaderes del antiguo mundo. La tarifa de sus gracias había subido en tal modo, que su fama y renombre se difundía por todo el continente asiático, del cual muchos se apartaban tan sólo para tratarla, y salidos como potentados volvían como pordioseros. Una vez Demóstenes llamó á sus puertas ganoso de saber cuánto valía esta cortesana extraordinaria. Después de haber arramblado con todo el dinero disponible, se dirigió en su busca y le preguntó su precio. Mas como ella le demandara diez mil dracmas, contestó el ateniense que no podía comprar tan cara la fatiga de un hastío y la vergüenza de un arrepentimiento. «Por no arrepentirme yo, le respondió Lais, os he demandado las diez mil dracmas.» A pesar de tal desprecio á un hombre tan ilustre, Lais prefirió siempre á los amantes vulgares los amantes de reputación y renombre. A sus puertas llamaron desde la elegancia del refinado Aristipo hasta la brutalidad del cínico Diógenes. Por una libertad de costumbres, en estos nuestros tiempos incomprensi-

ble, Diógenes iba en compañía de Lais á las fiestas de Neptuno, en Egina. Los filósofos, los escultores, los poetas, la seguían, unos para recoger sus ideas, que brillaban como relámpagos; otros para estudiar sus inspiraciones, que parecían materia de odas y de himnos; otros para copiar sus líneas, que le daban el aspecto y la forma de una estatua viva. Contábase como una gran maravilla el que dos hombres la hubieran en el mundo resistido, el filósofo Xenócrates, á quien ella brindara con sus amores, y el atleta Euvates que, prendado y enamoradísimo de su casta mujer, una cirenaica, rehusó traicionarla con tan fáciles y vulgares amores. Una vez la puso en escena cierto autor trágico, dirigiéndole con furor este apóstrofe: «apártate de mi lado, infame.» Al salir de la representación dirigióse la joven al poeta y le dijo que uno de sus versos decía esta sentencia: «sólo es vergonzoso aquello que hace uno estimándolo antes por tal.» El interés puesto por los antiguos en estas mujeres se demuestra con sólo decir cómo un biógrafo tan amable y recatado como Plutarco nos cuenta que Lais murió en el cumplimiento y observancia de su triste ministerio.

Hemos dibujado este personaje y tipo de Lais tal como nos lo presenta Dufour en su curiosísima *Historia de la Prostitución*, para que se vea cuánta

diferencia la separa de Aspasia y cómo no puede confundirse una con otra. Aspasia, siquier llegara circuída por un coro de jóvenes bellas al seno de Atenas, jamás tuvo por profesión el infame comercio á que Lais toda su vida se diera. Más pagada ciertamente de su ingenio y de sus estudios que de su hermosura y de sus gracias, abrió escuela de retórica y enseñó el arte de bien decir en griego, destinado á señorearse con espiritual y merecido señorío de una ciudad libre, democrática, republicana. Los antiguos no admitieron oradoras, como no han admitido predicadoras los católicos. Y, sin embargo, la elocuencia y sus grandezas naturales acaso brillan más en el sexo de la pasión, de las inspiraciones, de la estética inconsciente que en este nuestro sexo del raciocinio, del cálculo, del valor frío, en que predominan las facultades intelectuales sobre las facultades intuitivas. Pero si la natural y consiguiente correlación que hay entre los métodos y artes propios de la palabra y los métodos y las artes propios de la política, dan por natural resultado que la mujer no entre de ningún modo en las asambleas populares y legislativas, basta con oirlas para sorprenderlas en plena y natural elocuencia. Y así no es mucho que Aspasia, ejercitando su natural oratorio, llegase á dar lecciones y á ofrecer ensayos de retórica en su

hogar á los jóvenes atenienses, necesitados todos ellos de un arte como aquel, mediante cuyas virtudes ejercían dominio natural sobre su pueblo, y sobre las tormentas, y sobre los huracanes á que los pueblos están con tanta frecuencia sujetos. Pero no cabe duda que ningún arte se presta de suyo tan poco á la enseñanza como este arte de la palabra, el más espontáneo y el menos aprendido de todos. Cabe la dominación soberana por medio del estudio sobre las lenguas, tan difíciles de someter y sujetar; cabe un conocimiento de las letras que os granjee buen gusto; cabe una contemplación de los modelos que os industrie allá en los secretos sumos de la técnica y de la estrategia oratoria; cabe un ejercicio dialéctico en el raciocinio que os robustezca, cual robustece á vuestro cuerpo la gimnasia; pero en vano estudiaréis todo esto si os falta, por vuestro mal, aquella suma de fuerzas físicas, de facultades creadoras, de inspiración súbita, de sentimiento inspirado, de raciocinio intuitivo que constituyen al orador, artista, lógico, sabio, poeta, necesitado de un conjunto tal de dones, que muy difícilmente los hallaréis reunidos en la singularidad superior de una persona. Por eso el arte oratorio no se aprende, pero se enseña. Y Aspasia, en su trípode á manera de pitonisa, valiéndose tanto de la seducción que le da-

ban sus gracias personales como de la facilidad proveniente de sus afectos profundos y de sus inspiraciones súbitas, dió lecciones de retórica, y más por éstas que por las gracias y por la hermosura de su cuerpo se asentó en el coro de las glorias griegas y dominó así en el ánimo de Pericles como en el entendimiento de Sócrates.

En estas conferencias encontró á su Aspasia Pericles. Tan sublime repúblico debía representar en la historia humana el cenit de la gloria helénica, el florecimiento y la fructificación de Atenas. Imposible que la península brillara en todo su natural esplendor, si aquella ciudad, en cuyo Cefiso crecían los laureles de Dafne y en cuyos campos los olivos de Minerva, dejaba de representar esa hegemonía, es decir, ese predominio y poder naturales á los superiores sobre los inferiores, que se ganan y aquistan por títulos ennoblecidos con los esfuerzos del trabajo y con los esplendores del genio. Después de haber Atenas dirigido la inmortal campaña contra los persas por mar y tierra; después de haber dado en sus ginnasios asilo á los filósofos y en sus templos altares á los dioses que más agrandaran y embellecieran el genio helénico; después de haber fijado los poemas homéricos y de haber producido las sublimes tragedias donde recitaban versos inmortales Hércules y Prometeo; después de dadas

las liturgias que servían como de disciplina incomparable á los espíritus y hasta la geometría que levantaba esos himnos en mármoles compuestos por sus armoniosos edificios; habiendo legislado Solón, escrito Heródoto, bajado del Hibla y del Himeto los enjambres de abejas que traían en sus aguijones la miel ática; entonado sus versos Esquilo, y levantádose del sepulcro de sus muertos heroicos la sobria elocuencia clásica, una incontestable superioridad le granjeaba la suma de todas estas riquezas intelectuales, tan propias para constituir una soberanía moral, base de toda verdadera soberanía política. Siempre que una grande tendencia social se manifiesta, concluye á la postre por ceñirse y revestir su forma necesaria en hombre superior. Y las tendencias sociales de Atenas se personificaron en Pericles; noble, pero sin que su nobleza excluyese los sentimientos de igualdad indispensables á un demócrata; sabio, pero sin que su sabiduría cayera en aquella especie de fórmulas hiératicas y misteriosas de que se sirven las teocracias para sojuzgar á las muchedumbres; guerrero, pero con aquel heroísmo reducido á servir la causa de los pueblos; general victorioso, que no creía sus victorias bastante á darle sobre los ciudadanos aquella militar autoridad ejercida sobre los soldados; de un patriotismo que no excluía cierta universalidad en su espíritu

á pesar del estrecho límite donde se hallaba recluída la patria griega; de un amor á las artes que no le traían molicie ninguna y no le privaban del culto á la severidad; genio completo, en quien las ideas resplandecían como rayos del alma y la palabra se levantaba por su intrínseca virtud al mismo nivel de las ideas. Tal era Pericles.

El cuidado enorme de los negocios públicos le había hecho severo sin crueldad y meditabundo sin hipocresía ni tristeza. Mezclado por la condición de sus deberes y por la influencia de su autoridad, como levadura necesaria, el pensamiento suyo en toda la vida griega, predominaba sobre las demás fases de su espíritu y sobre las demás inclinaciones de su sér el oficio severo de político y estadista. Veíasele, por ende, acudir diariamente desde su hogar á las Asambleas, donde con su palabra señalaba el camino á las muchedumbres, después de haberlas juzgado en los altos tribunales públicos. Un hombre así había menester naturalmente de casa que resultase para él una especie de recatado santuario, y en cuyo seno encontrara las compensaciones apetecibles á quien topa con tantos obstáculos en el estadio de la política y recibe tan crueles golpes en el combate con los partidos. A pesar de que todos aceptaban su incontestable superioridad y tenían que sufrirla, no la sufrían cierta-

mente sin murmuraciones y sin protestas. El pueblo ateniense recelaba mucho de sus primates, y con frecuencia solía premiar en el ostracismo las mayores virtudes. Arístides, el ciudadano por excelencia, sufrió estas duras leyes, y no pudieron á ellas exentarse individuos compiscuos de la familia y estirpe á que pertenecía Pericles. Sus enemigos le acusaban de tirano, por el ascendiente natural conseguido á fuerza de trabajo, y decían para vejarlo por todos los medios imaginables, cómo se asemejaba su rostro al rostro de Pisistrato, y cómo se descubrían en todo su aspecto los rasgos propios de aquellos acostumbrados á oprimir las muchedumbres so color de servirlas. Todo estadista devoto de las innovaciones políticas y sociales riñe con fuerzas tan vivas como las propias de un patriciado reaccionario y de un sacerdocio supersticioso, sin hallar, á cambio de tan poderosas y terribles enemigas, el necesario apoyo en muchedumbres levantiscas, indóciles, tumultuosas, tempestuosísimas, fáciles de reducir por el sofisma y por el halago, difíciles en aceptar la natural dominación de los superiores, y que no suelen comprender todo cuanto han hecho por ellas sus profetas, sus tribunos, sus estadistas, sus reveladores, sus partidarios, en fin, sino después de haberlos malherido, y verse privadas, tristemente, de un amparo por ellas mis-

mas conspuído y roto. Se necesita conocer las democracias, tan llenas de vida como el mar, pero como el mar tan sujetas á tempestades y procelas, para comprender cuántas virtudes morales, cuánta fuerza intelectual, qué don de palabra, qué género de prudencia, qué alto espíritu de conciliación, qué mesura en sus procedimientos y qué riqueza de ideas necesitaba Pericles si había de dirigir una democracia como la democracia griega y personificar una ciudad como la ciudad de Atenas.

Hombres así necesitan de un hogar habitado por la felicidad. Y, sin embargo, la felicidad no habitaba en el hogar erigido por Pericles. Casado con una parienta suya viuda, no quería ésta de ningún modo habituarse á las tristes asperezas propias de los hogares donde residen poderosos repúblicos. No había en la mansión de Pisistrato aquellas molicies habituales en una patricia que corriera su vida entre ricos y riquezas. Desde un hogar inaccesible, la primera esposa de Pericles había pasado á un hogar accesible á todo el mundo, y desde una familia sin cuidados á una familia cuidadosa de todo un pueblo. La rica egoísta no se conformaba con la difusión de una vida mezclada de suyo á toda vida popular, y la patricia de abolengo no veía con buenos ojos las invasiones plebeyas en sitios recatados á tan irreverente profanación. De sangre aristocrá-

tica, de cultura verdaderamente reaccionaria, de añejas costumbres, de orgullo patricio, de religión tradicional y ortodoxa, no se avenía la mujer del estadista con aquellos retóricos gárrulos, aquellos demócratas irreverentes, aquellos filósofos audaces, que traían á mal traer las viejas instituciones y fundaban en una ciudad regida de antiguo por viejas aristocracias una especie de nuevo derecho, contradictorio con todo cuanto había pasado hasta entonces por superior y óptimo. Estas luchas dentro del hogar acaban siempre por oscurecer las inteligencias más claras y por quebrantar las voluntades más firmes. El hombre, que ha combatido todo un día en la plaza pública y debe continuar combatiendo toda una noche, por su desgracia, en el hogar doméstico, se fatiga de tal adversidad y concluye por sacudirla del modo mejor que le depara la suerte. Y en tal estado triste de ánimo, con semejante familia, divorciado ya, muy divorciado Pericles de su mujer, encontró á la musa de su vida y á la diosa de su existencia, encontró á Aspasia, cuya condición tanto se diferenciaba de la condición que tenía su mujer propia, y cuyo espíritu, en vez de cerrarse, como una flor que se marchita y cae, á los nuevos ideales, recibíalos en su próvido seno, alentándolos con el soplo de su inspiración y difundiéndolos con el calor de su palabra.

Pericles, pues, llegó á divorciarse de su esposa y á recibir en su propia casa y familia, como un dón de los dioses, á la feliz Aspasia. La triste adustez anterior quedó por completo desvanecida con el natural amable de la nueva esposa. Su hermosura perfecta embellecía el hogar como las estatuas armoniosas embellecen el templo. Cuando más absorto en los cuidados traídos por los negocios públicos estaba el gran orador, más le sonreían las gracias femeniles, ora valiéndose de amorosas sonrisas, ora de aladas palabras. Y no se reducía, no, á esto sólo el cambio aportado por aquella joven singular al seno de tan ilustre familia; después de halagarlo en su interior, distraerlo de los altos asuntos con las futilezas naturales á la vida ordinaria, encantarlo con todas las seducciones intelectuales y morales de su sexo, Aspasia, sociable, muy sociable, á todo atenta, con todos familiar, conocedora de las artes y circuída de los artistas, departiendo á la continua con los filósofos, admirada y seguida por una juventud gozosa con recoger los ecos de sus labios y los rayos de sus ojos, llevaba su influjo de tal suerte al exterior de aquel hogar, que contribuía y cooperaba muchísimo, por su hermosura y por su ingenio, á las facilidades múltiples halladas en la dirección moral perpetua de aquella ciudad extraordinaria, tan complicada por sus com-

plejos afectos y tan rebelde á todo verdadero yugo.

Imaginaos qué contraste para un alma como la de Pericles, tan abierta de suyo al viento de todas las ideas, después de haber oído refunfuñar á la mujer propia en casa, de donde le despedían reconvenciones y despegos, encontrarse, allá en certamen de retórica, rodeada por coro de jóvenes hermosas, sobre su cátedra, como una estatua sobre su pedestal, como una divinidad sobre su ara, como una pitonisa sobre su trípode, á la mujer, cuya elocuencia flúida se aumentaba al recogimiento gravísimo de su carácter, en el cual se unían las propensiones artísticas con las filosóficas, y á la severidad escultórica de su rostro, que parecía una verdadera efigie de Minerva. ¿Dónde podría encontrar un maestro de retórica semejante? Díscipula de Anaxágoras, amiga de Sócrates, compañera de Fidias, admiradora de Sófocles, debía reunir su elocuencia, este arte necesitado de todos los demás, el conjunto de perfecciones asequibles en el comercio y trato con tantos genios extraordinarios como esclarecían el cielo de Atenas en aquel entonces. Lo cierto es que, so el influjo de Aspasia, y antes de que apareciera Demóstenes, la palabra de Atenas había llegado á su completa plenitud y á su altísima perfección.

En el concepto universal pasa el elogio de Peri-

cles á los muertos en aquellas guerras del Peloponeso por la oración entre las oraciones. Y Platón dice que obra tan perfecta se debió á la elocuencia de Aspasia. Tucídides lo ha reproducido en el libro segundo, capítulo trigésimocuarto y siguientes de su *Guerra del Peloponeso.* Veamos estas honras fúnebres. Tres días antes de su celebración expónense los huesos á honrar en una tienda, bajo la cual brillan todos los holocaustos ofrecidos por los conciudadanos á sus héroes y á sus mártires. Llegado el instante de la celebración, hermosos carros conducen ataúdes tallados en cipreses y lechos funerarios ceñidos de santísimas reliquias. Junto al sepulcro que los aguarda lloran sus parientes más cercanos y se congregan todos los atenienses. Pericles debe hablar, por una disposición litúrgica del Código trazado para las ceremonias fúnebres, que previene tales arengas, encargadas á los primeros oradores. Pocos exordios tan hermosos como aquel en que presenta las dificultades múltiples de su arenga, porque unos creen, los conocedores de aquellos hechos heroicos, las palabras muy por bajo de las acciones; otros, los ignorantes, muy por encima; reinando sobre todos la desconfianza, por natural propensión á no comprender aquello que no podemos imitar. Desde tal exordio elévase Pericles al elogio de sus antepasados.

Una raza misma ocupa de tiempo inmemorial el territorio de Grecia, conservado por sus virtudes. Y después de aseverar esto, conviértese á las causas de tan milagrosa conservación el orador, y las encuentra todas á una en aquellas instituciones y en aquellas costumbres. El ateniense no ha copiado ningún modelo, ha servido de modelo él. Su gobierno se llama democracia, porque depende todo poder del mayor número. En las diferencias entre los ciudadanos, todos resultan iguales ante las leyes. Respecto á la consideración, no el origen, el mérito granjeaba los cargos públicos. Francos y rectos en su administración, los atenienses no recelan ni sospechan de los demás; no se irritan, envidiosos, porque los amigos den algo á sus placeres, y huyen de severidades, las cuales, sin merecer el nombre de castigo, penan y humillan. Sin rudeza en sus relaciones privadas, conforman todos sus actos á las leyes y obedecen de grado á sus autoridades. Los descansos tras las fatigas de una faena diaria, los goces en común por medio de públicos espectáculos, el movimiento y circulación de todas las especies, facilitan y encantan la existencia en Atenas. No temían á nadie los atenienses ni de nadie se recataban, porque lo ponían todo en su valor. Atenas jamás se prepara por largo tiempo á la guerra, y á pesar de inadvertida y descuidada, no

cede á nadie cuando suena la hora de un verdadero peligro. Ella gusta de lo hermoso con medida y de lo artístico sin molicie. Tiene riquezas para esparcirlas y no para ostentarlas. Nadie se avergüenza en ella por pobre, si trabaja lo posible por sustraerse á la pobreza. Quien á la vida pública se niega recaba nota de inútil. El discurso no puede obstar en Atenas al acto, y nadie se resuelve á nada sino después de haber deliberado mucho. El valor no está reñido en los atenienses con la calma, ni las inspiraciones con la reflexión. Cuanto más ciertos están del peligro con mayor coraje lo desafían. Más gustan de obligar que de obligarse. Prefieren conservar el afecto de los obligados á recibir el importe de sus préstamos. Atenas quedará de escuela en Grecia por su ingenio y por su flexibilidad incomparables. Ella sola en el mundo supera con mucho á su renombre. Los vencidos créense honrados por de sus manos recibir la rota, y los súbditos libres al verse comandados por ella. Sus héroes han sabido guardar la esperanza en medio de las adversidades más terribles y combatir y sacrificarse por puro amor á la patria. Al deshonor de huir han siempre antepuesto la muerte. Cuando todo les halagaba en el mundo, lo han abandonado sin pena, seguros de dejar asentada sobre sus sacrificios la patria. Contemplar el poder de la ciudad, inflamar-

se de amores puros por ella, considerar á qué rasgos de audacia se ha debido su fortuna y á qué prudencia su conservación, he ahí el deber de todo ciudadano. Los jóvenes han de saber el ejemplo dado por los viejos. El padre ha de instruir á su familia en el amor patrio; el viejo, viendo cuán corto espacio le separa del sepulcro, ha de legar el honor á sus nietos. Ningún vivo debe aguardar los loores alcanzados por los muertos. En todos los contemporáneos laten otros tantos rivales, y sólo el mérito pasado, incapaz de oscurecer ningún otro y de suscitar competencias, obtiene honras fúnebres y estima universal. En cuanto á las mujeres, lo mejor que pudiera pasarles sería no oir su nombre en ajenos labios ni con vejamen ni con elogio. Por lo demás, la patria cuidará de la educación de sus huérfanos, pues allí crece la virtud en mayor pujanza donde se la cultiva y abona con más justas recompensas.

Indudablemente, la oración fúnebre por los muertos, en las competencias entre Atenas y Esparta, quedará siempre como un acabado modelo de apologías elocuentísimas, según el fallo inapelable de la posteridad. Su estilo breve y conciso no excluye a más alta elocuencia, y sus pensamientos, á pesar de profundos, no adolecen de la oscuridad con que uelen recatarlos al público muchas gentes superio-

res, cual si temieran difundirlos después de manifestarlos. Corre por toda esta oración una filosofía que no se descubre á primera vista, cual no se descubre á primera vista la sangre que circula por el cuerpo y que mantiene su vida. Un mérito extraordinario alcanza esa tan célebre arenga, inaccesible á toda primera lectura. La ironía está en sus párrafos distribuída con tan sobrio gusto, que no pica ni amarga. Cada elogio directo al genio ateniense tributado resulta indirecto vejamen al genio lacedemonio. Vencedor Pericles, y teniendo que hablar de los vencidos, un exceso en las acusaciones pudiera parecer desquite bajo de las batallas mantenidas y jactancia pueril por los triunfos alcanzados. Con arte de una excelsitud indecible, lo sumo del arte humano, esta inmortal arenga, critica duramente la política y la organización de aquella soberbia Esparta, sin advertirse otra cosa que las justas alabanzas de Atenas. El elogio á la igualdad bajo las leyes, el encarecimiento de la república frente á frente de una monarquía tan soberbia, los loores á la democracia, contradictoria de todo en todo con el patriciado lacedemonio, los encarecimientos del trabajo, los sólidos raciocinios contra un régimen de guerra que sólo prepara para los combates al hombre, toda esta suma de grandes ideas, dichas en aquella forma sencilla y ateniense, dan al dis-

curso fúnebre de Pericles todos los caracteres de un perfectísimo y acabado modelo, en el cual no sabe uno qué admirar más, si la proporción, si el estilo, si la dialéctica, si el arte, si la delicadeza. Esta última indudablemente, cualidad por todo extremo excepcional y soberana, demuestra cómo ha intervenido Aspasia en obra de tanto mérito, y le ha impreso muy hondamente, mucho, la marca de su genio. Sólo á una mujer se le ocurren finuras como la contenida en su indirecta sátira de la vieja Esparta. Y sólo una mujer superior puede con tanto acierto enajenarse de sí misma y poner en boca del estadista, que dirige la ciudad, palabras condenatorias de su propio ministerio y encomiásticas del ministerio por las esposas atenienses cumplido en el seno sacro de su gineceo recatadísimo. Esta oración de Aspasia resulta la obra maestra de su vida y el título mayor con que ha pasado entre loores múltiples al juicio y aprecio de la posteridad más remota.

Aspasia no ejerce la retórica tan sólo, ejerce también la filosofía. Esta ciencia consigue un poder verdaderamente social en Atenas. Quizás por la filosofía se distingue del Oriente antiguo el Occidente. Aunque hubo escuelas filosóficas entre los indios, no alcanzaron el influjo político de las escuelas atenienses, tan semejantes de suyo á nues-

tros partidos de ahora. El filósofo en Oriente ó toma el aspecto de profeta cual Isaías y Jeremías, ó el de legislador cual Buda y Zoroastro. Un pensador aislado, discurriendo por calles y plazas todo el día, sin más objeto que discurrir, y allegando á lo sumo por señal de su poder una cohorte de discípulos, tipo es perteneciente por completo á las islas jonias, á la magna Grecia y á la incomparable Atenas. La filosofía es dogma en Oriente, sus libros como Biblias, sus sacerdotes como reveladores y santos. La filosofía resulta religión en Oriente. Necesítase una más pronunciada individualidad que la permitida por los privilegios de teocracias y castas, si ha de aparecer el pensamiento filosófico ajeno á toda superstición y contrario al espíritu general de los pueblos y de los tiempos. Donde no hay posible contraposición entre la fe popular y la idea individual no hay ciencia. Inmóvil el Asia, móvil Grecia por este movimiento, brota luz de idea nueva y calor de vida espiritual. Pues á pesar de todo esto, enlázanse los sistemas griegos con enlace tan vigoroso, y ocupa cada cual un momento en el tiempo tan oportuno y un término en la serie tan vigorosamente dialéctico, que parece obra de un hombre solo y manifestación reveladora de un solo espíritu, desarrollándose por su interno crecimiento. El carácter de su primer

período resulta, después de bien examinado, la unidad de principio y la unidad de fin. Busca la inteligencia el elemento generador de todos los seres, tentando explicar con fórmula y clave singulares todo el universo. Thales de Mileto habita las islas jonias, y al ver por todas partes el agua que las rodea con sus celestes colores y sus blancas espusmas, cree, con la inocencia propia del pensamiento en su niñez, al agua origen de las cosas. Detenida la inteligencia un corto espacio en esta primera fase, pero consagrada con empeño á buscar el principio de todo, lo espiritualiza y no admite ya el agua por generador universal, admite algo menos tangible, admite un elemento como el aire. Tal creyó Anaxímenes de Mileto. Y tras Anaxímenes de Mileto vendrá Heráclito, quien, espiritualizando todavía más el principio primero, verá las cosas generadas por el éter y su calor, é impelidas á un movimiento sin fin. Y así que la idea entra en esta fase de su desarrollo interno, aparece, al amanecer la grandeza griega, un pensador como Anaxágoras, quien desde un principio como el principio de movimiento se alza sin esfuerzo al principio de un motor, y desde la llama ó el éter se alza también á la inteligencia ó el espíritu. La filosofía está fundada. Del agua pasó al aire, del aire al éter, del éter, principio material, á

un principio semiabstracto como el número, y del número al espíritu, encontrando en esta manera de bellísimo esbozo la mónada sublime, de donde Sócrates derivara muy pronto la idea del Dios único y supremo, en quien fundamos nuestra moral y de quien recibimos nuestra vida. Yo pregunto: ¿puede una filosofía superior darse, habida cuenta del estado en que los ánimos se hallaban y del desarrollo que tenía nuestro espíritu entonces? Pues así como Aspasia llegó en arte oratorio hasta componer la oración inmortal por los muertos ilustres, llegó en ciencias filosóficas á proteger esta filosofía de Anaxágoras, mediante la cual surgía sobre la cuna del universo la unidad espiritual, y en esta unidad espiritual se contenía y encerraba la idea de nuestro Dios.

Con la filosofía de Anaxágoras mezclábase otra especie de filosofía designada en el común lenguaje por sofística. Una especie de retóricos, antes pagados, en su vanidad y ufanía, del brillo de las formas que del brillo de las ideas, sustentaban el pro y el contra con igual facilidad y á un mismo tiempo, importándoles, no la verdad y la justicia, el ejercicio gimnástico de sus espíritus, robustecidos por la constante argumentación filosófica. Moralmente pervertían los sofistas á la juventud griega, imbuyéndole un escepticismo de pésima ley, en

cuyo seno iban los miasmas de todos los errores; pero intelectualmente, y en la disquisición de todos los principios, referían las cosas y las ideas al sujeto, y, refiriéndolas al sujeto, levantaban sobre nuestro universo material el espléndido sol de la conciencia humana, y establecían sobre sus controversias y disputas la libertad completa del humano pensamiento. Mas la democracia no se había extendido en términos, ni la ciencia cobrado poder tan enorme, que pudiera el pensamiento libre desarrollarse á sus anchas en el seno de aquella sociedad sin tropezar con obstáculo ninguno y sin estrellarse contra ninguna superstición. La idea de unidad en el universo, la idea de Dios en el alma, borraban á una con su luz espléndida todas las divinidades fragmentarias en el cielo social de Grecia, esparcidas con tanta copia y en tanto número como las estrellas y sus constelaciones diversas en el cielo material ó físico. Desde la hora y punto en que Anaxágoras descubriera la unidad sobre tantas variedades como en la creación pululan, el motor inmóvil, impeliendo todas las cosas al movimiento universal, aquella inteligencia suprema y aquel supremo poder concertando todos los seres en armonías y distribuyendo como vida de la vida su propia sustancia por lo infinito, el paganismo quedaba como herido en su propio corazón de muerte, y la

multiplicidad incalculable y suprema se anegaba en las olas de aquel Océano inmenso é insondable. Por consecuencia, el instinto conservador, tan despierto en las sociedades humanas, instinto indispensable á su continuación y perpetuidad, debía contra tales sistemas alzarse airado y ver de ahogarlos en su cuna por atentatorios á los dioses patrios y á las religiones tradicionales. El Areópago, representante de los antiguos patricios, los sacerdotes adscritos á las seculares liturgias y al culto verdaderamente ortodoxo, los patriotas acostumbrados á vincular el poder de la ciudad en su religión y en sus hábitos, el espíritu de resistencia tenaz, tantos y tan varios factores como los que componen la suma de una sociedad compleja, debían levantarse contra la doctrina de Anaxágoras, pretextando el hastío y el asco generados por las temeridades y las irreverencias sofísticas, á fin de preservar leyes políticas, religiosas, civiles, de aquellas inundaciones causadas por el prurito universal en los genios superiores de una innovación profundísima. El espíritu de Anaxágoras, á medida que iba contemplando las ideas eternas y concibiendo el sér absoluto, presentábale cualidades arquetípicas en disonancia y hasta en pugna con la religión dominante. El Sér Supremo tenía, según su pensar y sentir, estas cualidades: la suprema sustancia y entidad,

el poder sumo, la ciencia omnímoda. Él prestaba de suyo á todos los seres la esencia simplísima de que se forman y sobre la cual tejen sus urdimbres todos los organismos y todas las manifestaciones externas del sér y de la vida. No puede, no, dudarse; á tal ciencia el paganismo se derrumbaba, y á tal idea las estrellas lucientes sobre los cráneos de cada dios particular anochecían y apagaban en su noche también el fuego de los sacrificios y el culto en los altares. No había remedio; el espíritu de la ciencia subía, y subía como batido por el viento de la libertad, y amenazaba tragarse, allá en las espirales de sus abismos, los viejos trofeos del patrio culto.

¿Y quién debía responder de todo esto? ¿A cuál personaje había que imputarle políticamente la responsabilidad principal de unas alteraciones amenazadoras al mismo cielo y á las divinidades múltiples que lo pueblan? Pues á Pericles. No contento con haber innovado las leyes de Solón desde sus raíces hasta su copa; no contento con haber abierto el seno sacro de las aristocracias al pueblo; no contento con pagar las funciones públicas á fin de que todos pudiesen ejercerlas, dejaba erguirse la conciencia individual contra la religión y contra la idea del Estado, hasta permitir á los pensadores el destronamiento de los dioses y la sustitución de

su particular filosofía y credo al símbolo consagrado y litúrgico de la tierra griega. Estas resistencias de los viejos poderes á la renovación espiritual y científica tomaba fuerza mayor en una democracia que iba gustando mucho de sus avances y ventajas; mas ciertamente no quería por ello desasirse de su fe secular y divorciarse de sus divinidades nacionales. Toda cuestión religiosa y litúrgica se agrava mucho en el seno de las democracias, dotadas de un grandísimo apego á las creencias paternales y poco apercibidas y preparadas, en la natural inferioridad proveniente de su oscura condición, á las fórmulas científicas y teológicas que señalan hondos y reales progresos. El patriciado intelectual y político de Atenas logró lo que por aquellos momentos y en aquel estado crítico de las cosas se había propuesto; logró desterrar al pobre y desgraciado Anaxágoras, nutrido de ideas, en las cuales consistía su principal manutención, y revelador de unos dogmas cuya trascendencia no comprendía él mismo en su natural candor, en aquel candor nativo propio de todos cuantos se consagran al culto de la filosofía, privados, por mirar á lo infinito, de la vista con que se alcanzan y escudriñan los hechos ordinarios y múltiples de la vida real y política. Decimos esto porque lo abona un verídico relato de Plutarco respecto del filó-

sofo Anaxágoras, puesto en su biografía célebre de Pericles. El filósofo había dejado su hogar sin familia y su campo sin cultivo para dedicarse á poblar con todas las ideas el hogar íntimo de su alma, y á cultivar con todas sus faenas el campo inmenso de su pensamiento. Pero este abandono de los deberes anejos á la realidad, en cuyo seno todos vivimos, no le traía tan miserable cual pudiera creerse á causa del amparo que le dispensaban muchos magnates, conocedores de su genio altísimo. Entre tales magnates hallábase Pericles, natural protector de ciencias y de artes. Mas Pericles, solicitado por atenciones tan opuestas y por oficios tan difíciles, olvidaba de vez en cuando la obligación adquirida en conciencia de alimentar á su filósofo. Y una vez que llegó á término de olvido ingrato, y hasta de criminal indiferencia, este irreparable descuido, Anaxágoras decidió morirse por hambre. Envuelto en su capa raída como en pobre sudario, tendido á lo largo en tierra como en su propia tumba, echóse á morir desalentado sin murmurar una palabra de reconvención y mucho menos sentir un afecto de ira ó de rencor. Mas los que veían extinguirse tal llama de ciencia y tal título de gloria para su Atenas, avivaron al estadista, quien corrió solícito en busca del maestro, arguyéndole de olvidadizo á él, víctima

de su olvido, cuando sabía cómo embargan á los repúblicos de autoridad los cargos y oficios del Estado. Riñéndole por su excesiva modestia, què no le permitía comprender cuánto necesitaba de su luz el político, respondióle con amargura el filósofo: «quien ha menester de una lámpara, le pone aceite.» Sobre sabio de tal fuste las iras patricias descargaron, desterrándole allende la mar en castigo de sus ideas progresivas y de su ciencia reveladora.

Pero no deseaban tanto molestarle á él como al político representante de la innovación y del progreso. Importábales á los aristócratas y á los reaccionarios de Atenas poco, muy poco Anaxágoras, por lo mismo que les importaba tanto Pericles. Y como Pericles á sus dardos apareciera invulnerable, por la profunda estima en que lo tenía el pueblo, trataron de molestar á quien más podía dolerle, trataron de molestar á su mujer Aspasia. Ocupada ésta en las altas concepciones científicas, pues la retórica, su arte favorito, no anda si no la mueven historia y filosofía, congregaba los sabios en torno suyo y controvertía con ellos los más abstrusos problemas. Soberana influencia debió ejercer en el pensamiento griego Aspasia cuando Sócrates, el mayor entre los ilustres conversadores de su tiempo, no la desdeñaba, antes la requería en sus con-

troversias y le daba participación suma en el arte de alumbrar ó hacer alumbrar á una inteligencia sus ideas, y en la higiene, y en la medicina del alma. Y esos diálogos de Platón, sobre cuyas enormes bases todavía se levantan las ciencias metafísicas hoy, por haber entrevisto las ideas primeras cual modelos y arquetipos eternos en la mente divina, esos diálogos mencionan varias veces á la incomparable Aspasia, cuyas menciones la evocan á nuestros ojos como la Pitonisa inspirada del pensamiento y del saber. Cuando Anaxágoras empezó á remover todos estos pensamientos, la curiosidad natural de Aspasia se dirigió á él en demanda y requerimiento de aquella ciencia que alimentaba y mantenía todas las artes. Y, por consiguiente, los enemigos jurados, muy poderosos todos en sus respectivas posiciones, de tal ciencia nueva, persiguieron á la musa, hiriendo con esta persecución al filósofo innovador y al innovador político. Sostenidos en sus odios de antiguo por los propósitos firmes del combate á muerte con la innovación religiosa y política, el influjo de Aspasia herían en una y otra materia. Lo cierto es que una imputación de libre pensamiento y libre conciencia la persiguió y la alcanzó. Lo cierto es que se presentó ante los jueces. Lo cierto es que corrió grave peligro de atraerse una sentencia condenatoria. Lo cierto es que tal

sentencia condenatoria pudo imponerle un destierro irreparable, cuando no el último suplicio, que no las gastaban menos aquellos magistrados, enemigos de las innovaciones peligrosas. Privado por un sí Pericles de su inteligencia superior con el destierro infligido al maestro Anaxágoras, y amenazado por otrosí también de perder su corazón al castigo que amagaba la frente de su esposa, creyó perder el seso á los golpes de tantos dolores intensísimos, y no perdonó medio alguno de alejar aquella desgracia, la cual podía herirle hasta en su vida y podía traerle una muerte violenta, pues nada tan malo y nocivo al estadista, embargado en altos negocios políticos, cual un profundo y amargo disgusto doméstico. ¿Y cuál mayor que la separación de aquella mujer, á quien había confiado la felicidad entera de su vida, y cuyo espíritu formaba y componía la mitad lo menos de su espíritu?

Acostumbrábase á poner el influjo de Aspasia como causa eficiente de todas las determinaciones tomadas por Pericles. Nada tan espontáneo y natural como la guerra llamada del Peloponeso y surgida naturalmente de la rivalidad entre Atenas y Esparta. Doria la una, jónica la otra; Esparta monarquía de antiguo, Atenas república; sustentada ésta por su democracia progresiva, y la otra por su patriciado guerrero, había entre

ambas la indeclinable oposición que resulta siempre de contradicciones irreductibles y de antimonias manifiestas. En la guerra contra los asiáticos, Esparta, no obstante aquel increíble sacrificio de Leonidas y sus trescientos guerreros, no había procedido con toda la resolución indispensable para casos de tal monta y para intereses de tal gravedad. Vencedora Grecia, en realidad había vencido Atenas. Milcíades, Temístocles, Arístides, Simón pertenecían al generalato ateniense. Las palmas de Maratón, de Platea y de Salamina ornaban las sienes de Minerva, producidas tanto por su cetro como por su lanza. El sublime cantor de la victoria se llamaba Esquilo, y se llamaba Heródoto el sublime historiador. Atenas había crecido y tomado por su crecimiento la dirección de todos los pueblos helenos. Organizada en una república sabia y liberal, artes y ciencias obedecieron á los conjuros de su voz y á los mandatos de su voluntad soberana. Tales ventajas le daban incontestable predominio sobre la tierra helénica, y tal predominio le atraía los celos de su rival Esparta. Quemadas una gran parte de las ciudades griegas, destruídos sus templos, rotas sus estatuas, necesitábase la reconstrucción estipendiada por el común tesoro helénico. Pericles, procurando esto, á fin de granjearselo, había expedido embajadores á

todas las regiones y armado una especie de confederación, tanto militar como civil, encargada de ocurrir á tantas necesidades y de traer un acuerdo común, al cual pudiera someterse todos los griegos. Jónicos y dorios del Asia, isleños de Lesbos y Rodas, tracios del Helesponto, agrícolas de la Beocia y de la Fócide, ilustres aqueos denominadores de los héroes homéricos, tesalios, hasta los habitantes de Acarnania y Ambracia recibieron embajadores encargados de promover la confederación helénica. Y nada escucharon y nada hicieron porque se opuso el envidiosísimo rencor de la celosa y recelosa Esparta. Nada más natural que una guerra entre las dos regiones por el predominio sobre Grecia. Pues á pesar de hallarse tal conflicto en el orden natural de los hechos, atribuíalo tristemente la malicia vulgar á influjo de Aspasia sobre Pericles.

Comprendiendo el inmortal magistrado cuánto conviene á una democracia que sus jefes no adolezcan de soberbia militar, parecía un general completamente civil. Entraba, como todos los hombres en los antiguos tiempos, dentro de los empeños bélicos, pero sin llevarlos allende las necesidades supremas de conservar el predominio ateniense y combatir á los numerosos enemigos de Atenas. Cierto que todos los generales griegos resplandecían

á una con iguales ventajas. Los vencedores en aquellos inmortales encuentros, á que van las más inmarcesibles glorias vinculadas, no parecen tanto héroes cual magistrados, y no porfían por una ofensiva conquistadora empeñada en allegar territorios y dominios, sino por una defensiva encaminada de suyo á resguardar y defender la común patria. El general heleno se parece al general americano en eso; su carácter de ciudadano supera en él á los caracteres de milite y de *imperator,* á los caracteres militares. Cuando Grecia tomó la índole militar, organizándose para una conquista, pasaron sus democracias, cayeron sus repúblicas, extinguióse la santa libertad en ella, enmudeció su agora, saltó en mil pedazos el buril de sus artes, las áureas cuerdas de aquellas cítaras con que difundieran la poesía por el mundo estallaron, y sólo quedó un campamento, el cual se apoderó primero de Asia y más tarde cayó en poder de los romanos tristemente para no tornar jamás á levantarse. Pericles, filósofo, artista, orador, gobernante, hubiera sido incompleto en aquellos procelosos tiempos de no sumar á sus extraordinarios oficios y cargos el oficio y cargo de guerrero. Pero en la guerra se dejaba dirigir más por la prudencia que por el arrojo, y quería más fama de previsor que de temerario. Disuadía siempre de todo conato guerrero á los su-

yos, asegurándoles que los deseaba inmortales y no devorados por las hambres voraces de una guerra sin término.

Expediciones como la del Quersoneso, tan brillantes, más se movieron al propósito de paz que al propósito de guerra. Pericles quiso granjear en ella una colonia y no una victoria. Expuestos los griegos á perdurables combates por las correrías de los tracios, detúvolos, no tanto para someterlos, como para sosegarlos. Su paso por el Peloponeso, donde brilló á un tiempo cual Milcíades y Arístides en tierra, y cual Temístocles en mar, obedeció al deseo de amedrentar á sus rivales, no para domarlos con la superior fuerza de Atenas, para tenerlos á raya. Por el Ponto primero, después con los sinopeses durante la guerra sacra en Delfos, guiando Pericles soldados ambiciosos que soñaban hasta con una expedición á Sicilia y á Cartago, supo retenerlos en los límites de la disciplina más severa y contentarlos con satisfacciones modestas y restrictas. Su vasta mente de repúblico, su penetración profundísima de verdadero filósofo práctico, su fuerza persuasiva, valiéronle para conservar íntegra la robustez de Atenas, erigiéndola en fuerte áncora de la paz helénica. Los acontecimientos sucesivos demostraron cuál certera previsión le asistía en el estudio de las cosas públicas y en el cuidado

de los negocios patrios. Indispuestos los eubeos con los atenienses primero, y más tarde los de Megara; violado por los lacedemonios el territorio ático, prefirió tan excelso tribuno captar sus enemigos á vencerlos, y seduciendo, quizás cohechando por medio de hábiles sobornos, al ministro principal de Lacedemonia, evitó catástrofes terribles, en las cuales hubiera quizás padecido aquel maravilloso desarrollo del espíritu ateniense, á que debemos las glorias mayores y los títulos más sobresalientes de nuestra humanidad. Pactada una tregua de treinta años entre Atenas y Esparta, decretó la expedición á Samos. Y como quiera que tal expedición injustificada no apareciese congruente con todas las propensiones propias del ilustre repúblico, ni se concertase con su sabia política, imputáronla sus enemigos, como ya hemos dicho, al poder é influjo de Aspasia. No hay dato ninguno que justifique semejante aserción. El partido reaccionario y aristócrata no pudo perdonar al gran patricio republicano y demócrata la elevación del pueblo á las magistraturas por medio de libérrimas elecciones, y la retribución de tales cargas que les facilitaba mucho y los ponía por completo á merced de la democracia. Sometidos por la necesidad é inhabilitados para derrocar al jefe de la plebe, calumniábanlo torpemente y le dirigían y le asestaban tan ponzoñosos

dardos como el de su obediencia y sumisión al influjo de Aspasia en guerra iniciada solamente por el deseo de castigar una desobediencia de Samos, cuando intimada tenazmente á fin de que cesase pronto en su conflicto con Mileto, desoyó estas intimaciones y desacató así la noble autoridad y el superior poder de Pericles.

Pero Aspasia era nativa de Mileto, y á tal circunstancia se agarró la calumnia para nutrirse y cebarse. El instrumento de oposición más esgrimido en Atenas fué siempre la comedia, que no perdonó á Pericles. Un hijo de Jantipo, el que venció á los generales del rey en Micala, y de Agorista, cuya familia expulsó á los Pisistratidas y fundó la libertad con sus propias cualidades, bien merecía universal respeto. Pero los pueblos libres nunca se creen tales sino después de haber dirigido algún cargo más ó menos justo á sus primates y jefes. Nada tan fácil como ridiculizar desde abajo á los puestos en las eminentísimas alturas. Muy bien conformado Pericles, adolecía de un solo defecto, de cierta desproporción entre su desmesurada cabeza y el resto de su cuerpo. Albarrana le llamaron, lo cual quiere decir tanto como cabeza de cebolla. Cratino fué quien cometió esta irreverencia en su comedia *Los Quirones*. Otro poeta cómico, llamado Teleclides, dice que, á la vista de su

cabeza tan sólo, se movían por doquier populares alborotos. Eupolis, en sus *Populares*, al citarlo entre otros demagogos, díjole que parecía tener en su cabeza las cabezas de todos. Pues si á un defecto físico lo vejaban de tal suerte, imaginaos cómo vejarían sus relaciones morales con Aspasia. Targelia llamaban á ésta en público, designándola con el nombre de aquella cortesana, cuyas impúdicas gracias enloquecieron á varios magnates helenos, obligándolos al traicionamiento de su patria y al servicio en las legiones persas. Unos la llamaban Onfala, es decir, la seductora mujer, aquella que dió su rueca y huso á Hércules, envolviendo su cuerpo en la piel de tigre que llevaba este semidiós sobre sus hombros. Llamábanla otros Deyanira, la hermosa joven robada por el centauro Neso, y que tan funesta resultó á su raptor, causándole súbita muerte. Quien la trataba con mayor consideración, decíala Juno, para mostrarla celosa de su Júpiter olímpico. Cratino la injurió con el apodo de combleza, el cual quiere decir tanto como querida ó manceba del hombre casado, quien dentro de su casa la guarda y á vista de su mujer. Para más vejarla tristemente le imputa la generación y parto de un hijo espurio. No creo tales acusaciones justas. Legalmente Pericles repudió á su mujer primera para casarse con la segun-

da y última. Una combleza equivale á una concubina que habitase bajo el techo donde se guarece la mujer propia, y esto nunca lo hizo Aspasia. Entró en casa de Pericles, verdad, pero cuando las leyes habían arrojado á su antigua propietaria. De consiguiente, no hay razón para vejarla de tal modo y menos para ponerla en el teatro, ya como una vil cortesana, ya como una impúdica mancebа. El renombre de la influencia intelectual, moral y artística por la hija de Mileto alcanzadas sobre su rendido amador, creció tanto y llegó tan lejos, que muchos reyes pusieron á sus favoritas y aun á sus esposas el nombre de Aspasia. La comedia griega, ya lo veremos, solía cebarse con suma saña en todos los seres superiores de Grecia. Ella puso la cicuta en labios de Sócrates, extinguiendo aquel espíritu que brillara con tanta luz y con tanto calor en las cimas del universo moral, y ella, la comedia, como ya hemos indicado muchas veces, quiso acabar con Aspasia. Y hubiese acabado. El destierro de Anaxágoras indudablemente se completa con el suplicio de la que fuera su inspiración y su musa. Los jueces ya estaban apercibidos á darle tal golpe, que la tendiera y la derribara por delito de libre pensamiento á sus piés. Mas Pericles, sin fuerzas acaso para sobrevivir á tal desgracia, presentóse delante del tribunal y habló por

ella con la elocuencia que con ella compartía, como compartía su corazón y su alma. Y no se contentó con su elocuencia, que tanto influjo ejerciera sobre su tiempo y sobre su patria; soltó á llorar mares de lágrimas, acompañados por plañideros sollozos. Viendo los jueces al hombre que personificaba la democracia y la libertad en Atenas rendido, angustiado, lloroso, casi exánime, como un joven recién asaltado por el amor, se movieron á compasión y le reintegraron en su felicidad, como si de nuevo le regalaran aquella mujer, sin la cual apenas concebía su vida. Tales eran, y no las dichas por los cómicos, estas relaciones de Aspasia y Pericles.

Pero, ¿qué no imputarían á la hermosa mujer, cuando le imputaban la guerra, emprendida siempre contra la voluntad manifiesta de Pericles? Éste se guardaba de los fondos públicos todos los años diez talentos para emplearlos en evitar á su Atenas un conflicto. Tal resolución trajo la tregua de los treinta años entre los dos pueblos rivales. Y merced á la tregua de los treinta años reinó saludable paz en toda Grecia. No podía culpársele si Corinto recelaba de Atenas; si Corcira ejercía oficios más de piratería que de navegación y de comercio; si Epidauro no toleraba rival ninguno en los senos de Ambracia; si Esparta quería un predominio im-

posible sobre toda Grecia; si acordado un punto al enemigo, surgía otra exigencia; si las ligas helenas vacilaban entre los dos Estados fortísimos de la Hélade; si Beocia se conmovía profundamente por la capitalidad de Tebas; si Platea, consagrada por sus victorias á la inmortalidad y ceñida por los artistas de templos armoniosísimos, se veía injustamente asaltada por la envidia; si Megara expedía sus naves en busca de codiciados despojos; si grandes plagas venían sobre las costas; si retaba Epidauro; si los espartanos, traicionando su historia, demandaban socorros á Persia, ninguna culpa cabía de tales hechos á Pericles, y mucho menos á su mujér Aspasia, enemiga jurada de la guerra y amiga de todas las artes conducentes al brillo intelectual de Atenas. Pero no pueden los poderosos espaciarse, ni siquiera en los goces más naturales y sencillos, sin que la envidia les clave sus venenosos aguijones y procure su muerte, no tanto la material como aquella otra moral que acaba y aniquila por siglos de siglos á una personalidad en la historia. Existía por aquel tiempo en Atenas un magnate llamado Pirilampo, el cual coleccionaba, como se dice ahora en el habla corriente, aves rarísimas. Ornitomanía se llama tal afición en la historia. Su pajarera, de inmensas proporciones y de una población cantora y alada numerosísima, tenía tal crédi-

to, que la mostraba el primero de cada mes, como los museos de nuestros tiempos, á ciudadanos y extranjeros. El ave que por aquella sazón más despertaba la curiosidad pública era una muy vulgar hoy, pero bastante rara entonces, á pesar de llevarla Juno á su lado, era el pavo real. Porque tal rico regalaba ejemplares de sus pavos á Pericles, la malicia se apoderaba del presente para reirse á sus anchas de tales dones, como de cosa reprobable y ridícula. Con tal motivo, bordaban aquellas sátiras en acción aproximaciones más ó menos donosas entre la mujer de Júpiter y la mujer de Pericles, llamando á su hogar Olimpo con verdadero intento de suscitarle cóleras y envidias. Irreverente hubo que llegó á decirle general instruído por su mujer en las artes guerreras. El natural comercio de Aspasia y Pericles con Fidias, Sófocles de las artes plásticas, dió margen y ocasión á nuevas calumnias. Dijeron que marido y mujer iban allí, no tanto en busca de los recreos honestos, á cuyos encantos las almas á lo ideal suben, como en busca de mancebos y mancebas con quienes mitigar su sed insaciable de goces y voluptuosidades. No había ningún amigo suyo perdonado. A Meticos se le llamaba general, ingeniero y celador del pan, todo porque le protegía Pericles y le daba muchos cargos. El escándalo llegó tan lejos, que se propuso una ley con-

denando la presentación de personas vivas en el teatro. Pero entonces los poetas cómicos se agarraban á su política y decían que había incendiado á Grecia para complacer á su Aspasia, la cual arrojó la centella que todo lo inflamara en los hacinados combustibles. Hasta un curtidor se levantó en medio de la plaza y puso muchas veces en peligro su autoridad y su nombre, hiriéndole por el lado aquel donde sabían que se hallaba su corazón, hiriéndole por el lado de Aspasia.

Pericles no dejaba de volver por sí mismo y por su esposa en aquellos momentos angustiosísimos. El gran historiador Tucídides nos ha dado, con más ó menos fidelidad, las arengas dichas por él en aquellos momentos. Contra los que le motejaban de tímido y débil, decía que colocaban en él su propia timidez y debilidad. Hombres de corazón bajo y de vista corta llamaba con arrojo á los pusilánimes que le maldecían con desvergüenza. Indignábase contra los que se atrevían á imputaciones como aquella del influjo de Aspasia en la guerra, cual si la guerra no hubiese á la postre resultado universal obra de todos los atenienses. Romper paces honradas sin motivo ceguera y locura, pero declinar superioridades incontestables sin combate, vergüenza y suicidio. Nadie puede abandonar con cobardía lo aquistado por sus padres

con gloria. A pesar de su elocuencia, como en los incidentes de una guerra lo favorable y adverso frecuentemente suelen sucederse á intervalos, sin gran interrupción, sus enemigos aprovecharon un viaje adverso á Potidea de su escuadra para llevarlo á juicio, destituirlo de su poder y hasta despojarlo de su ciudadanía. A mayor abundamiento, la peste se desencadenó sobre Atenas, y dos de sus hijos murieron en ella. El día que puso la corona mortuoria sobre las heladas sienes del segundo se demayó y estuvo largo tiempo sin vida ni sentido. Atenas, muy mal gobernada por los rivales de Pericles y muy herida por las desgracias de éste, cediendo en parte á la propia piedad y en parte al público interés, le devolvió al cabo el gobierno. Afligido éste por la pérdida irreparable de los suyos, presentó una ley para declarar ciudadanos á los hijos engendrados en extranjera. Precisa comprender bien los matices de las leyes y de las costumbres atenienses, si hemos de cohonestar esta proposición del inmortal patricio con las aserciones anteriormente dichas respecto del estrecho y legítimo lazo que le unía con Aspasia. Era ésta su mujer, mas como nacida en Mileto, no tenía derecho, á causa de su extranjería, para dar ciudadanos á su Atenas. Los hijos de un ateniense y una extranjera quedaban extranjeros. No adole-

cían, pues, del carácter de bastardos, y las inferioridades á este carácter anejas tenían otra condición más extraña. Pericles quiso hacer ciudadanos á la generación habida en Aspasia, no solamente por el horror que todos los helenos tenían á ver su estirpe y raza extintas, por el deseo de, ampliando así la familia de los demás como la suya, repoblar el Ática, despoblada indudablemente á causa de la peste y destituída por el rigor legal de muchos ciudadanos útiles.

Pero nunca se conoció tanto lo que valía Pericles como después de su muerte. Los contemporáneos no fueron jamás justos con este hombre inmortal, cuya gloria crece con los siglos. En él concluye para Grecia la hora del cenit y suena la hora de una declinación que se acerca rápidamente hacia el ocaso. Atenas degeneró con gran facilidad en cuanto se viera falta de aquella dirección reflexiva y concienzuda. Cleón, sucesor de Pericles, representaba los excesos de la democracia, que tan caros cuestan á los pueblos libres y que tan profundamente llegan á quebrantar las repúblicas, Todas las supersticiones, por Pericles combatidas, renacieron tras su muerte, y todas las oligarquías, quebrantadas por aquel genio poderosísimo, se levantaron cuando faltó una mano firme que las sujetase y las rindiese. En cuanto á su mujer, Plutarco dice, con una

bien concisa brutalidad, que se casó en segundas y últimas nupcias con un carnicero. Algo hay de esto, y no puede, no, excusarse la debilidad en dar á un esposo altísimo un sucesor grosero. Muerto Pericles, ni Cleón ni el mismo Nicias acertaron á levantar Atenas. Si hubo un estadista y un general capaz de sucederle y de contrastar el destino que pesaba como una gran fatalidad sobre Atenas, fué indudablemente aquel incomparable Alcibiades, quien, á pesar de sus debilidades y hasta de sus traiciones, bajo una ligereza meramente superficial, guardaba condiciones de gran político y gran estratega, único verdaderamente capaz de continuar las gloriosas tradiciones dejadas por Pericles. Él, cuando Esparta y Persia se ligaron á una contra la incomparable Atenas, y las escuadras del Peloponeso bloquearon al Pireo, y los descorazonamientos llegaron á sus últimos límites, él, generalísimo de los ejércitos atenienses, salvó la gran ciudad en medio de tantas alternativas como trajeron las fortunas y los reveses varios de tan diversos conflictos. Y aunque Aspasia no pudo ejercer en Alcibiades la influencia ejercida en Pericles, fué amiga suya toda la vida y le asistió con sus consejos, semejantes á verdaderas inspiraciones. Para comprender todo el valor de aquella extraordinaria sibila, no hay sino mirar á las amistades que contrajo y que guardó hasta su muerte.

Un alma vulgar ó pervertida hubiera cautivado cualquiera de aquellos hombres por el poder inmenso de sus gracias y por las fascinaciones á una tal belleza propias y naturalísimas; pero la mujer que ha pasado á los diálogos de Platón, que ha compartido vida y alma con Pericles, que ha sojuzgado la juventud tormentosa de Alcibiades, que ha ido al taller de Fidias, que ha puesto comentarios sapientísimos á las ideas de Xenofanes, que ha vertido de sus fluyentes labios elocuencia tan extraordinaria en aquel pueblo de oradores, que ha conversado con Sócrates, merece un lugar alto, muy alto, en los altares de la humana historia.

Lo cierto es que Atenas llegó á un esplendor no conocido jamás en el mundo. Bajo aquel cielo clarísimo, sobre aquella tierra semejante á fuerte y armonioso pedestal, veíase la más bella cristalización del pensamiento producida jamás por el doble impulso de los tiempos y de las ideas. El hermoso espacio en que por una parte brillaban las ondas del Egeo y por otra parte las cimas del Himeto; con las canteras del Pentélico y con los olivares de Colonna, ornado y henchido de la música, cuyas melodias acompañaban en sus tristezas á la infeliz Antígona, y de los zumbidos, cuyos rumores anunciaban mieles del Hibla recogidas en labios canoros como los del feliz Anacreonte; por las teorías ó pro-

cesiones cortado, que semejaban cintas y estelas del arte, ó por las ciencias esclarecido como por una lumbre, junto á la cual creeríais sombra la misma lumbre del sol; ofrecía tal base á los más bellos edificios y tal abrigo á las más inspiradas ideas, que deslumbradas inteligencias y vista hoy mismo, cuando todo hase reducido á escombros y los escombros á polvo, lo miran como el mayor y más hermoso templo del humano espíritu. Allá, en las aguas, aquellas trirremes doradas, sobre cuya popa suben al cielo en aromosas nubes los humos del sacrificio grato á los dioses, y aquí, en las orillas, aquellas escuelas sabias congregadas entre las ramas de los plátanos y el lino de los velámenes, exhalando conceptos cuyos condensados vapores forman y componen otras tantas almas parecidas á espirituales luminosísimas estrellas. Como los árboles, con su misma espontaneidad, se levantan del suelo columnas, que diríais con raíces profundamente arraigadas, según su incontrastable solidez y firmeza. Las volutas de sus chapiteles forman tales armonías con los plintos de su base y con las estrías de su fuste, que, al contemplarlas, por esas relaciones entre los ojos y los oídos, os parecerán una oda en piedra de Píndaro y Simónides. Sus combinaciones han compuesto esos Propíleos que parecen un coro; ese Partenón per-

fectísimo, donde se juntan los cálculos geométricos y la inspiración estética, sin que la ciencia dañe al arte ni la mesura y el orden á la espontaneidad; esa grande y fuerte Acrópolis de suyo semejante sobre Atenas al casco de una diosa; la Pinacoteca, en que buriles y pinceles han dejado á porfía esos cuadros y esas canéforas cuyas líneas componen el dechado acabadísimo de la forma y cuya serenidad revela cómo el alma y la naturaleza se habían compenetrado é indisolublemente unido en los senos de Grecia. Donde quiera que volváis los ojos y donde quiera que apliquéis el oído, la hermosura tranquila os absorbe y recrea. En la frente de una colina el templo y el túmulo en la base. Los mosaicos de piedras, que dicen preciosas, cubren aquellos suelos, y los mármoles y los alabastros más relucientes componen aquellos altares. La estatua diviniza el cuerpo humano y le devuelve una felicidad edénica, no gustada ni por los colosos ni por las esfinges orientales que parecen como enredadas en las raíces del inferior mundo animal y abrumadas por enorme pesadumbre. La cariátide aquí no es aquella leona descomunal ó aquel hipógrifo enorme de los templos asirios, sino la hermosa doncella sosteniendo cornisas y triángulos como pudiera sostener un ánfora llena con agua del Cefiso y un cernacho de higos. Aquí en la pales-

tra los jóvenes desnudos, caballeros sobre las cabalgaduras sin sillas ni bocados, recorren las designadas carreras en celosas competencias, y allí los atletas presentan actitudes escultóricas en gimnasios regidos por música y geometría. La grande agora, de arenas alfombrada y abierta de todo en todo al cielo azul y al aire libre, oye discursos como el discurso de Pericles por los muertos, discursos acabados, cual esos intercolumnios del Propíleo y cual esas estatuas de líneas melódicas y de actitudes serenas. El hipódromo presenta estadios de competencias á los carros, y el semicírculo de los teatros estadios de competencias también á los trágicos. Como quiera que las representaciones dramáticas hayan brotado al amor del mosto, en las vendimias áticas, sobre las carretas cargadas de cubas y las cubas cargadas de racimos, entre los evoes inspirados por una especie de borrachera cuasi divina, ornadas con la hiedra y los pámpanos y los racimos de Baco, á este dios del tirso y del címbalo están consagrados los teatros, que llevan, como el de Atenas, su nombre, y ofrecen altares al dios de los cánticos voluptuosos y de los placeres desordenados. A un lado los farsantes ejercían la mímica indudablemente con arte sumo y actitudes cadenciosas. Los jóvenes danzaban el baile orgíastico; los dióscuros el pírrico, semejante á militar

esgrima; y hasta los sacerdotes creían agradar á los dioses con danzas litúrgicas. A todo esto se unían las procesiones exaltadas por alegres himnos de versos y melodías incomparables, compuestas de numerosísimos devotos, esclarecidas por antorchas bien olientes rociadas por aguas lustrales, ceñidas de laureles y flores, donde al són de los instrumentos más armoniosos componían compasadísimos y concertados movimientos en torno de la trípode santa, sobre que ardía el fuego sagrado, iluminando las innumerables libaciones compañeras de las religiosas plegarias. Serían de ver, á la cabeza de aquellas teorías ó procesiones, los citéridos y los auletas entonando coros; tras éstos los vencedores en el hipódromo, primeros en tocar la meta sobre sus desnudos caballos; luégo los sacerdotes, vestidos de blancas túnicas, alrededor de las hecatombes, y los caballeros con sus ofrendas en las manos; por último, las vírgenes coronadas por canastillos de flores, y los efebos cargados con obras de arte; al terminarse tanto cortejo la trirreme áurea, bajo el peplo riquísimo, con la imagen de Minerva, pasando ante la incomparable Acrópolis, entre los espléndidos Propíleos, dentro del Partenón, cuyas columnas, mantenedoras del friso, donde se repetían en mármol de Paros por los buriles clásicos todas estas cere-

monias piadosas y que ostentaban escudos de oro, parecían cantar, uniendo los hexámetros de sus compasadas piedras y de sus admirables proporciones, el himno triunfal de todo un pueblo. Poned allí en todas estas maravillas los cuadros de Polignoto, las estatuas de Fidias, en las agoras discursos de Pericles, en los teatros perfectísimas tragedias de Sófocles, en los gimnasios atletas que han servido á los escultores de modelos, en los puertos naves dejando tras sí las estelas de una colonización maravillosa, so los plátanos las ideas de Anaxágoras y los diálogos de Sócrates, que ora descubren lo infinito al espíritu, ora llueven revelaciones divinas sobre la conciencia universal, y decidme qué pueblo ha llegado á estas grandezas y ha merecido tal divinización á la historia.

LYSISTRATA

Hemos visto la mujer griega con Helena en la epopeya de los combates y con Penélope y Leucotea en la epopeya de los trabajos. La hemos visto con Ceres en el Olimpo y con Medea en el teatro. La dulce Antígona de Sófocles nos ha parecido la virgen aria por excelencia. Engendrada en las altas mesetas del Asia, crecida en las riberas del Indo, puesta sobre los altares de Grecia, llenando con sus tiernos suspiros desde los giros del aire hasta los susurros del follaje y del arroyo, coronada con las perlas del mar y con los rocíos del cielo, vestida de iris y alada como las mariposas, el trágico Sófocles nos ha presentado sus dolores y sus sacrificios morales en la más acabada y más perfecta entre todas sus obras. Así como Esquilo nos ofrece las tormentas, adonde la curiosidad íntima de saber y el logro de las invenciones conduce, pre-

sentándonos su Titán ó Prometeo, atado á eterno suplicio en el Cáucaso por haber traído luz desde los cielos al mundo, nos ofrece por su parte Sófocles en Antígona los holocaustos impuestos por piedad y delicadeza y virtud á una joven tierna y hermosísima. Lo mismo al entrar en el valle de Colonna, saludada por las abejas escondidas en los olivos y por los ruiseñores anidados en los laureles y en los mirtos, sirviendo como de báculo á su padre rey, Edipo, criminal por disposición del destino é inocente allá en su alma, que al encerrarse viva dentro de la caverna donde por amor fraternal debe dar sepultura sacra y ritual á su hermano muerto, Antígona se nos aparece como la imagen fidelísima de un sacrificio cruento, agitando en sus manos virginales las palmas del martirio y luciendo en su cabeza el nimbo de una santidad sublime. Lo que la Minerva de Atenas, desde los mares por los navegantes bendecida cuando el sol relumbraba en su casco de oro, y lo que la Venus de Milo, adorada hoy como divinidad incontestable de la hermosura plástica por todos cuantos aman el arte, se nos aparece Antígona, dechado perfectísimo de virtud alzada sobre las crueldades y horrores de los tiempos heroicos, cual una hermana de la eterna caridad contenida en los sentimientos más ingenuos y más recónditos de su sexo. Para nosotros

Antígona representa el ideal de la virgen griega tallado por el Fidias de la poesía en el Paros armonioso y reluciente de sus perfectos hexámetros. Pero no basta, no, haber contemplado á la mujer en el Olimpo y en el teatro, como diosa y musa unas veces, como heroína tocada por la fatalidad otras; ahora como hechicera y maga, y ahora como amante tierna; precisa estudiarla en otro de los aspectos más importantes del genio antiguo, importa estudiarla en el teatro cómico y distinguirla entre los tipos ofrecidos por las letras bufonas y sarcásticas, que tanto han hecho reir á unos y tanto llorar á otros en el mundo clásico. Nos faltaría indudablemente algo si nos faltase tal manifestación de la vida humana en nuestra extensa galería de femeniles retratos. Hay quien sólo descubre de las cosas y de las personas el lado poético, así como hay quien descubre sólo el lado ridículo. En torno del objeto que os parezca más prosaico vuelan y cantan enjambres de ideas poéticas ocultas á muchos, mas lúcidas y resonantes para quienes poseen el dón adivinatorio de una interna poesía. Pues todo tiene su lado rídículo también. Y hay quien posee la facultad íntima de verlo fácilmente, como Luciano en los antiguos tiempos, como Voltaire en los modernos. El martirio de un santo cristiano en las catacumbas y el esfuerzo de una Juana de Arco

por la patria se prestan poco á risa ó chacota, y, sin embargo, tropieza con su aspecto ridículo en sus *Peregrinos* Luciano y Voltaire en su *Doncella*. La propensión cómica es una de las fundamentales propensiones en el hombre, que sube á las sublimidades hasta parecer un Dios y desciende á las ridiculeces hasta parecer un bufón.

Desde luégo la comedia debe llamarse una sátira en acción, y esta sátira en acción proviene de ciertas disonancias entre la realidad viva y los ideales de moralidad que lleva cada cual en su inteligencia. Por eso la comedia, con todas sus burlas, con todas sus risotadas y chacotas, siempre se propone un fin moral y siempre trata de corregir las costumbres. Como producto del arte inferior á la tragedia tiene ya un fin, al cual nunca puede aspirar la tragedia, encerrada como está en la representación serenísima del ideal, á manera de perfecta estatua. Lo grotesco, lo ridículo, tientan mucho al hombre. La risa le retoza en el cuerpo á las muchedumbres. Una gran parte de las gentes adolece, á no dudarlo, de vino muy alegre. Y los vendimiadores, emborrachados al mosto que destilaban sus cubas, debían decir frecuentemente gracias múltiples y dicharachos copiosos en la irresistible alegría y en el jolgorio intenso de sus fiestas campestres. Y como los altos personajes se prestan más al

ridículo, por su misma posición altísima, que los personajes del vulgo, tras ellos daba la comedia, y de sus vicios se reía con ganas y á su pleno sabor. La invectiva surgía naturalmente de todos estos apasionamientos y de las porfías entre los rústicos ebrios, muy dados á insultarse con frecuencia en sus avinados diálogos. De aquí subióse á ridiculizar, con las licencias propias de una democracia libre, los hombres públicos, caricaturando, por medio de sarcasmos brutales y soeces, la vida política, tan llena de dificultades y tan expuesta de suyo á contener, más que ningún otro aspecto de la impura y grosera realidad, múltiples imperfecciones. Esta comedia política es la comedia por excelencia de Aristófanes, el cual castigaba con furor en ellas todos los excesos de los dos grandes poderes que fundó el genio incomparable de Pericles, la ciencia y la democracia. Pero ¡ah! que le sucede al buen Aristófanes en su papel histórico mucho de lo que al buen Horacio le sucede también; perteneciendo por su nacimiento, por su educación, por su altura intelectual, por su gusto depurado, á una época de perfección clásica, les toca señalar el tristísimo período de una incipiente decadencia. ¡Ay! Así como el arte simbólico, digámosle oriental, concluye, según las profundas observaciones de Hegel, cuando el símbolo y lo por él significado se apartan, con-

cluye, á su vez, el arte clásico cuando se divorcian las serenas armonías, en él reinantes, entre la forma y el fondo, entre la idea íntima y su expresión perfecta. La risa, la caricatura, lo grotesco, lo ridículo, caen abrumadoramente sobre la paz y serenidad antiguas. Desconciértase la incomparable armonía que ha hecho compenetrar la forma con el fondo en todo el teatro y en todo el arte clásico. Lejos de acercarse la realidad al ideal, se divorcia de él y presenta, por lo mismo, un desconcierto muy contrario á la plenitud de tranquilidad representada por aquellos bajorelieves armoniosísimos, por aquellas estatuas serenas, que caracterizan con caracteres indelebles el clasicismo. La comedia griega, como la sátira latina, señala el comienzo de un desconcierto entre la realidad y la idea, desconcierto que ha de concluir tarde ó temprano por un irremediable decaimiento.

Aristófanes, como los primeros fundadores del teatro cómico, se nos ofrece y presenta poseído por una borrachera, no de vino como ellos, de genio ciertamente. Pocos escritores guarda la historia dotados tan largamente de gracia infinita, tan dispuestos á la carcajada ruidosa continua, tan idóneos para descubrir el lado ridículo de todos los individuos y de todos los objetos, tan ricos en verdaderas indignaciones é invectivas. Cierto que la desver-

güenza del cómico llega, en su desenfreno, adonde pueda llegar la brutalidad asquerosa del rústico peneque. Quiere con licencias de lenguaje corregir licencias de costumbres. Los actos más carnales y los vicios más inmundos allí aparecen todos á una, en desnudez incomprensible á nuestro gusto moderno. Entablan marido y mujer conversaciones sobre temas de alcoba que no podemos leer hoy sin asco, y que no podría presenciar el público nuestro sin levantársele á una la conciencia y el estómago.

Entre los estiércoles y los detritus de tantas indecencias, no quiero deciros cómo estarán de sucias y manchadas las pobres mujeres en su escena. Pero bajo la suciedad se descubre, muy principalmente aquí en el tipo de Lysistrata y en el argumento de la comedia que preside y caracteriza ella, todo el importante papel representado en las sociedades helénicas por sus hermosas mujeres. Aristófanes quiere mostrar á la sociedad cuánto importa para el concierto mejor de los negocios el influjo de la mujer, no sólo en la vida privada, en la vida política también. Y su método peculiar de manifestar todas las verdades que cree y que siente por medio de la caricatura grotesca, de la ironía cruel, de los sarcasmos amarguísimos, presta un relieve indudable á todos sus pensamientos y les da un ca-

rácter cómico muy asequible á todas las muchedumbres.

Mucho ha reído la humanidad hasta verter lágrimas á fuerza de reirse. Y en todas las épocas que representan las verdaderas transiciones históricas aparece un satírico encargado de poner en contraste la sociedad que se va con la sociedad que se acerca. La vejez ríe tanto cuanto la juventud llora. El amor, que tiende á lo trágico en el púbero, tiende á lo cómico en el anciano. Cuando una sociedad se ríe mucho, esta sociedad se halla en los umbrales de la muerte. Ved cómo los satíricos romanos, vedlos, Juvenal, Marcial, señalan el tránsito de las edades clásicas á las edades cristianas. Ved los satíricos del siglo décimocuarto señalando otro grande tránsito, el de las edades teocráticas al Renacimiento. Ved Erasmo, Hutten, Rabelais, Pulci, Ariosto, Cervantes, señalando la transición de los siglos medios al mundo moderno. Ved Voltaire señalando la transición de los siglos monárquicos á los siglos revolucionarios. Pues bien, Aristófanes, con sus burlas y con sus carcajadas, también señala el tránsito desde las edades áticas á las edades macedónicas, desde la república organizada por Pericles al imperio terrible organizado por Filipo y por Alejandro. Tal ministerio le toca representar en el mundo á los que se ríen mucho. La carcajada epi-

léptica de todos estos burlones resulta más triste, mucho más triste que los lamentos de todos los poetas elegíacos. Cuando uno lee Jeremías ó Isaías, cree oir en sus lamentaciones y en sus trenos el acento de un mundo en plena conciencia de la suerte que le aguarda y con la compostura y la tristeza dignas de sus trágicas agonías. Pero cuando ve uno al buen Aristófanes riéndose á todo reir, entristecerse, ya porque no encuentra en él aquella penetración de su triste suerte, ya porque agobia más el dolor cuando se burla y ríe que el dolor cuando se plañe y llora. Mas no insistamos en esto y busquemos los principales tipos de mujer en las comedias de Aristófanes.

La índole capitalísima del genio aristofanesco hállase por consentimiento universal en su carácter político. Las caricaturas nuestras de los periódicos batalladores, las invectivas del artículo de oposición diaria sugerido por sentimientos exaltadísimos, las arengas vehementes dichas en las izquierdas y en las montañas de todos los congresos, cualquier proclama de las muchas vertidas por labios populares en los clubs facciosos de nuestros días, os granjearán la noción precisa de la comedia verdaderamente aristofanesca, tan propia para provocar á un tiempo risas y tempestades. Pero la política de Aristófanes ciertamente responde á ideas y

afectos de conservación más que á ideas y afectos de progreso. Grecia, organizada por Solón, había recibido profundas alteraciones en la guerra con los persas, cuando el enemigo común, que hollara el suelo helénico, demostró cómo necesitaba el territorio aquel de todos sus hijos si quería vencer. La severa lógica de los hechos dijo que si valían todos los atenienses para el combate, valían también todos los atenienses para el comicio. Así es que la guerra de su independencia, no solamente puso á la divina Hélade aparte y fuera del influjo extraño, sino que también la inspiró una idea bien luminosa, la idea de regirse á sí misma democráticamente. Arístides, el virtuosísimo Arístides, llamó todos los ciudadanos á las asambleas. Y cuando ya estaban todos en las asambleas, Pericles, el gran Pericles, retribuyó el ejercicio de las funciones políticas, lo cual abríalas de par en par á las democracias las puertas del poder. Tal política no andaba tan fuera de camino como pretendían los reaccionarios, cuando, merced á ella, gozó Atenas de una larga paz, y en esta larga paz acertó á coronarse con la diadema de todas sus glorias. Mas, á la vuelta de algunos lustros, se desnaturalizó, alterada por las grandes irrupciones demagógicas. Una democracia, siquier tuviera esclavitud y esclavos, no podía vivir á sus anchas ni desarrollarse

con verdadera pujanza sino en el trabajo y en la paz. Ya lo dijo Pericles en su maravillosa oración á los difuntos. Empeñada una guerra, las democracias tenían que divertirse de su actividad trabajadora y empeñarse por su mal en competencias á cuyo fin y término sólo podía encontrarse la muerte. Sacada de su quicio, metida en los combates, desnaturalizada por el cambio de su finalidad propia en otra finalidad extraña, los hondos sacudimientos guerreros le generaron una demagogia desconocedora del freno de las leyes, tentada por sus malos hábitos de una irremisible holganza, con todos los vicios del campamento y todos los extremos del combate, falta poco á poco de aquellas nociones jurídicas y de aquella eficaz actividad que dan á las repúblicas libres la necesaria complexión para gobernarse á sí mismas y todas las virtudes naturales en una progresiva democracia.

Aristófanes sintió las desgracias de Atenas y el decaimiento que aquejara en la guerra del Peloponeso á la excelsa ciudad, atribuyéndolos sin fundamento, no á la degeneración y enfermedad agudísima del gobierno democrático, al gobierno democrático en esencia. Para él, Cleón, es decir, la demagogia, equivale á Pericles, ó sea en puridad, á la democracia. De aquí, de tal idea, parten sus invectivas terribles al pueblo, sus movimientos desorde-

nados contra toda la igualdad democrática, sus acerbos discursos, sus sátiras, lanzadas, no sólo sobre todo cuanto hay de perturbado y excesivo en los gobiernos democráticos cuando se pervierten, sino sobre todo lo que hay de justo y recto en esa plena vida de la libertad y del derecho. Confesemos, sin embargo, que hombres como Cleón, elevados á las alturas sin méritos propios, tenían que halagar las malas pasiones del pueblo para sobreponerse á él, alzándose tristemente sobre sus defectos y sobre sus vicios. ¿Quién podía reemplazar la elocuencia de Pericles? ¿Quién podía ejercer aquella fascinación ejercida por su alma? ¿Quién podía dirigir una guerra con su incomparable prudencia? Tucídides nos ha descrito en rasgos admirables la sociedad demagógica que reemplazara tristemente al mundo de Pericles. La temeridad considerada como valor, la declamación como elocuencia, la mesura como subterfugio, la previsión como mengua, mientras que un hipócrita demagogo, alardeando de popular, un ciego adulador de independiente y severo, un ambicioso de humilde, soltaban las riendas á todas sus pasiones, y con tal de vencer, importábales poco deshacer su patria en las ráfagas de todas las pasiones y bajo las plantas de todos los partidos. En tal situación, indudable que prestaba un servicio verdadero á Grecia el cómico extraordinario, consa-

grado al recuerdo constante de los bienes múltiples que traen consigo una paz bien establecida y una libertad bien ordenada. Pero muchas veces, falto de mesura, empeñado en ver por su pesimista naturaleza de satírico el triste y deforme lado que todas las cosas tienen, desgraciadamente llevó Aristófanes su celo hasta una violencia bien punible, hasta manchar el nombre ilustre de su patria y extinguir, confundiéndolo con los más vulgares sofistas, el genio inmortal que había fundado la ciencia en las certidumbres más inconmovibles de nuestro espíritu, había distinguido del Estado la conciencia libre, y había iluminado con la idea de Dios los espacios infinitos del alma. A pesar de todos estos extravíos, del exceso pesimista, siempre dañoso, y del ataque á la fundamental filosofía griega, no puede negarse que un vivo deseo del bien y un profundo amor á la patria movían el genio de Aristófanes. Pero confundiendo el bien patrio con la reacción hacia las instituciones aristocráticas que no convenían á una sociedad adelantada, y con el culto á unos dioses que comenzaban á eclipsarse ya en la conciencia humana, su espíritu resistente y reaccionario levantó y suscitó muchos obstáculos al curso natural y sosegado de los hechos, que se turban cuando quieren los directores de la sociedad y de la vida, ó impelerlos violentamente, ó echarlos atrás.

Un sentimiento, sin embargo, había en este poeta extraordinario que merece todo el aplauso de la historia y todos los lauros por la posteridad ceñidos á los esfuerzos por el bien común. Aristófanes amaba sobre todo y ante todo la paz. Predicándola, sosteniéndola, rescató muchas faltas y consiguió el perdón de muchos y muy graves errores. En el tipo suyo, que vamos nosotros á recoger de sus comedias y á delinear para esta galería, se halla, como compendiado, todo el esfuerzo puesto en favor de la paz. Enemigo del gran trágico Eurípides por su desafección á la mujer, no deja de imitarle muchas veces Aristófanes, maldiciendo á la continua del bello sexo y vejándolo en sus más fundamentales instintos y hasta en sus más claras virtudes. Pero al presentarnos á Lysistrata en escena preséntanos lo esencial que será siempre á las sociedades humanas la mujer, y lo mucho que podrá servir al pro de todos ésta cuando al caer en la cuenta de su imprescindible poder y fuerza los vuelva contra el perverso y en favor de los virtuosos. Lysistrata representa el dolor que Atenas siente allá en su interior, viendo la despoblación de sus ciudades, la triste aspereza y esterilidad de sus campos, la mengua y disminución de su nombre, la viudez de sus hijas por causa de una guerra nutrida en

las pasiones demagógicas. Y cansada ya Lysistrata de su hogar vacío, de su lecho solitario, de su mesa destituída del goce superior entre todos los goces domésticos, recuerda la importancia suya en lo político cual en lo particular, y se propone aprovecharla para su Ática, triste y yerma. Esta idea de Aristófanes, idea verdaderamente dramática, la cual se hubiera desarrollado lo mismo en cuadro de más altura que en una sencilla comedia, prueba todo cuanto valía y todo cuanto importaba la mujer en el antiguo mundo. Allá por los palacios del Oriente semita, cuando la mujer se aloja sólo á guisa de ave prisionera en el harén, completamente imposible la idea de su magna importancia, por tan maravillosa suerte demostrada en el teatro de Aristófanes. Verdad que la caricatura en muchos lances aparece por desgracia violentísima y extrema; verdad que la desvergüeza traspasa frecuentemente allende todos los límites; verdad que lo cómico degenera en grotesco y bufón; pero verdad también lo instructivo del contraste presentado entre la horrible anulación que le han traído á la mujer sus resignaciones y el poder aquistable por un propósito firme de darse á sí misma el debido valor y la necesaria importancia. Bajo este aspecto ninguna obra del mundo antiguo tiene una trascendencia tan grande, ni pinta con colo-

res tan vivos el papel providencial representado por las mujeres en todas las sociedades verdaderamente adelantadas y cultas. Lysistrata representa y personifica todo cuanto podrían emprender y todo cuanto podrían allegar las mujeres, ejerciendo en las sociedades humanas el influjo que por su naturaleza y por su posición les corresponde. Pocas veces hase con tanta profundidad estudiado lo que resultaría en el mundo si las mujeres llegasen á concertar contra los hombres una grande huelga.

Lysistrata quiere decir licenciamiento de tropas. Y puesto que los hombres abrazan todos á una el estado beligerante, abraza ella el estado pacífico. A este fin se abre la comedia con una convocatoria expedida por la cabeza del movimiento á sus compañeras y camaradas. Por espacio de algún tiempo está enteramente sola. Si á una fiesta de Pan citara llena de festines, y á una fiesta de Baco llena de borracheras, y á una fiesta de Venus llena de crápulas, todas acudieran solícitas en busca de varias y voluptuosas emociones; pero como las congrega en bien de la patria, no acude ninguna. Al cabo, la primera en llegar, que oye sus invectivas, trata de calmarlas, diciéndole cómo las mujeres no pueden acudir á las citas con tanta facilidad como los hombres, ocupadas en despertar al esclavo remolón, vestir al niño lloroso, arreglar las cuentas del día,

barrer las estancias empolvadas, lavar los rostros sucios, inevitables pero largas futilezas. Pues he ahí lo que trata Lysistrata de impedir: el empleo en oficios ridículos y vanos, cuando reunidas todas las mujeres y al bien dispuestas pueden salvar su malherida Grecia en este trance de muerte. Nada ya de recluirse dentro de casa, perfumarse con aromas, vestirse de amarillo, calzarse peribarides, adobar el rostro con mixturas y la piel con pomadas; todo esto debe ceder al deseo de servir una patria tan grande como Grecia y sacarla de su terrible angustiosa guerra. Aunque despiertas muy de mañana y metidas en sus barcos para surcar el corto estrecho, las salamineses no llegaban. Tampoco las sacarnienses, la mujer de Teógenes, que se hallaría consultando á Hécate, ni las beocias ni las poloponesias. Por fin, tras mucho aguardar, llega Lampito, que representa Esparta. No obstante sus ideas aristocráticas, Aristófanes jamás llegó en todas sus retrogradaciones á la monarquía. Como procediera Pericles en su oración á los difuntos, procedió Aristófanes en su comedia *Lysistrata.* Con muchísimo donaire se mofa de las mujeres hombrunas, educadas por los ejercicios espartanos, y les dice, tras un elogio á su fornido cuerpo y á su color púrpura, que podrían con sus puños desjarretar un toro. Y no solamente se burla de su complexión demasiado

vigorosa para mujer, sino de sus costumbres, del ejercicio gimnástico que les da tanta fuerza y de los saltos en los cuales se golpean con los talones las nalgas. Así va pasando en revista las mujeres de Beocia, que huelen á poleo; las de Corinto, que cojean siempre, y todas cuantas puede haber á mano. Esta se duele de tener en Tracia á su esposo; la otra de tenerlo en Pilos siempre vigilante; quiénes de verlo entrar tan sólo para ceñirse su escudo y largarse; quiénes de no quedarles ni un miliesio para consuelo de la viudez, ni un escudo para granjearse algunas copas de vino. En cuanto las lamentaciones han concluído, Lysistrata propone un medio fácil y pronto, el cual conduce á segar la causa del mal en términos de impedir su reaparición y su recrudecimiento. Con su natural curiosidad alargan las mujeres el cuello á guisa de cisnes arrullados ó de corceles piafadores, y abren el oído para saber la fórmula de su esperada y salvadora receta. Los aires de una pitonisa, en el momento de bajar la inspiración á su seno y transmitirla entre arrebatos epilépticos al pueblo, toma Lysistrata para revelar su recatado secreto.

Mas, en cuanto lo dice, promueve una sublevación universal. ¿Pues no propone á las mujeres abstenerse y separarse de los hombres? Al oir esto vuélvenle todas la espalda. Y vueltas de espalda

unas mueven la cabeza, otras mudan de color, éstas se muerden los labios, aquéllas derraman copiosas lágrimas y las más convienen airadas en que dure y continúe la guerra. Lysistrata llega, viendo esto, á enfurecerse, y les dice cómo achacosas de tal incurable lascivia, no deben dolerse y quejarse por modo alguno si las maltratan y las denuestan en el teatro. Avergonzadas y heridas al reclamo de tales reconvenciones, todas ceden por último y se disponen á la extraña huelga. Recluiránse, como las diosas en el santuario, ellas en su alcoba; pintarán de iris sus uñas para más hermosearse; vestirán transparente túnica de Amorgos; y resueltas á no caer, excitarán todos los deseos, negándose por completo á saciarlos hasta tanto que hayan desistido de sus guerras y entrado en el seno de blanda y segura paz. Tras tales propósitos sucede lo que naturalmente trae consigo aparejada la costumbre de los antiguos tiempos: un verdadero juramento religioso con todas las formas rituales ofrecido y prestado. Arde la pira del holocausto, corre la sangre del cordero, rebosa el vino de Tassos en la copa de oro, suenan los versos armoniosos á la soberana persuasión, y después de haber visto la roja color del hirviente líquido, y haber abierto las narices para olerlo y aspirarlo, juran todas no rendirse á hombre ninguno mien-

tras se hallen los soberbios é ingratos metidos en la guerra. Mas no basta con tal juramento, que, aun después de cumplido y observado por ellas, quizá en ellos no ejerza ningún influjo; se necesita cerrarles todos los caminos, cortar todos los medios guerreros, detener provisiones, impedir levas y reclutamientos, acaparar el Estado, ejercer el gobierno. Una vez resueltas á tamaña empresa, no se detienen las subvertidas en barras. Hay en la fortaleza de Atenas, en la inmortal Acrópolis, un tesoro guardado por Minerva, del cual sacan los guerreros el oro indispensable á la sustentación y alimento de sus combates. Mientras tenga tal resina, de seguro no se apagará nunca esa tea de la guerra, cuyo fuego incendia las ciudades y tala y destroza los campos. Dicho y hecho: las mujeres en pelotón corren al castillo, atraviesan por sorpresa sus puertas, invaden sus senos, y declarándose propietarias de aquel elevado seguro, dispónense á una redonda negativa de todo recurso, para ver si, atribulados los hombres, en la penuria de medios ceden al cabo y firman la saludable paz pública. Imaginaos el espanto de todos, pero con especialidad muy particular de los ancianos, viendo cosa nunca vista, cómo el matriarcado revenido tras tantos siglos á las alturas sociales, y las amazonas vencidas por Teseo y por Aquiles, entrando rehe-

chas en el castillo fuerte de Atenas para restablecer una dominación secular destruída por un esfuerzo doble de los hombres y de los siglos. Frotaban sus ojos, abrían sus oídos, preguntaban unos á otros, convertían las miradas y alzaban las manos al cielo sin dar asenso á todo cuanto sucedía, cual si, presa de un sueño, todos á una sufrieran irremediable pesadilla. Pero las mujeres, gracias á Lysistrata, quedan poseedoras de su fortaleza.

Los viejos atenienses no pueden, pues, consentir el predominio de las mujeres en los negocios públicos, y se aprestan á recobrar su Acrópolis. ¿Cómo? Las mujeres, gobernadoras arbitrarias del hogar, nutridas con tanto esmero, adornadas de preseas tan costosas, tiranas de la familia, no hartándose con las ventajas conseguidas por debilidad y complacencia del sexo fuerte, suben á mayores y acaparan tesoro de la ciudad, recinto de la ciudadela, estatua de Ateneas, echando barras y corriendo cerrojos como en su alcoba y en su baño. Así hacinan haces de leña muy combustibles y les pegan fuego para que formen una inmensa pira y abrasen á las demagogas irreverentes, creídas, por su mal, de haber proscrito á los hombres y destinadas á salir de la fortaleza como el rey espartano Cleómenes, debelador suyo por casualidad, y constreñido á dejarla con todos sus humos lacedemonios, tras deshonrosa

capitulación, desarmado, escuálido, harapiento, como un mendigo á quien muerden los perros. Peste de Lemos parecía el humo exhalado por aquellas faginas, según lo que ahogaba el pecho y hacía llorar á los ojos. Pero las mujeres no solían desconcertarse por tan mínima cosa. Cogiendo los cántaros habidos á su disposición, apagan unas el fuego, mientras cogiendo otras las armas, esgrímenlas como amazonas en su defensa. Los viejos atenienses alzan sus báculos para descargarlos sobre las costillas de aquellas insurrectas; pero los detiene un temor natural, el de indisponerse con sus propios hijos, hiriendo á sus amadas, mientras ellas no temen á nadie, y mojan los enemigos con el agua, los apalean muy bonitamente con las lanzas y les rompen sobre aquellos sus huesosos cuerpos los fuertes y pesadísimos cántaros. En esto viene un prolonlos, como si dijéramos, un corregidor, lamentándose de que las mujeres, acostumbradas á vociferar en los terrados por la muerte de Adonis, sonar el címbalo en las fiestas de Baco, soplar el caramillo en las fiestas de Pan, tañer la cítara en las fiestas de Apolo, conviertan la política griega en bacanal desordenada, y truequen aquella incomparable Acrópolis, semejante al casco de Minerva sobre las sienes de Atenas, en recinto de sus desaforadas asambleas, donde vierten agua sucia de

sus cántaros y sucias injurias de sus labios. Y así pagan las mujeres el que unos las regalen costosamente con broches para sus collares, otros con correas para sus sandalias, otros con gasas para hermosear sus desnudeces. Por manera que los viejos de la ciudad y los magistrados por igual se duelen del arrojo que han tenido las mujeres en aquella ocasión, y por igual deciden llevarlas á la debida obediencia.

Pero ¿quién pondrá el cascabel al gato? Cuando el magistrado las amenaza, jurando y combatiendo, resisten ellas con resistencia invencible. Inútilmente los arqueros corren á sujetarlas por la cintura y meterlas en el calabozo. Un escuadrón compuesto por verduleras, bailadoras, taberneras, cierran á una con los escitas y les dan terribles magullones, á manera de un enjambre de abejas que cualquier atrevido provoca y enrabia. Los hombres tratan de ver cómo deshacen aquel entuerto y recaban nuevamente su Acrópolis y su tesoro, puesto que sin aquélla no hay seguridad para los ciudadanos y sin éste no hay recursos para la guerra. La necesidad es tanto mayor cuanto que las mujeres, cuando los hombres les dicen que curen del huso é hilen, contéstanles cómo son ellos los que deben rodear la cabeza de velo, ponerse al cuerpo ceñidores y mascullar habas. En estas porfías de

los dos sexos muchos viejos atenienses se desesperan y creen no haber podido llegar á menos que á verse de sus esclavas esclavos, y recluídos en la ciudad por éstas, como éstas habían estado recluídas por ellos en el gineceo. Mas digan lo que quieran y hagan lo que hagan, las mujeres pretenden llamarse lisimacas, ó sea terminadoras de la guerra. Y si por haberse reunido en asamblea, sumádose á una en legión, puesto sus personas en cobro, parecen ellas coribantes asaltando fortalezas, en cambio es ridículo que un jefe de caballería se coma los higos del mercado, sin apearse siquiera, ó compre míseros pececillos embrazando un escudo sobre cuyo centro resalta formidable gorgona. Aunque los magistrados les digan la imposibilidad para ellas de poder desenmarañar la enmarañada cosa pública, ellas responden que, así como convierten los vellones en hilos de lana, y los hilos de lana en urdimbres, convertirán la política en facilidades bien múltiples, pues, como en la política es donde más flexibilidad se pide, resultan las mujeres árbitras de los pueblos. Todas las atenienses parecen doncellas por casar, pues, merced á la guerra, no ven un hombre para un remedio, y se pasan la vida igualmente solitarias, viudas y doncellas, cosa tanto más triste cuanto que las mujeres pasan pronto y los hombres duran muchísimo.

El coro entona himnos republicanos contra la dominación absolutista de la mujer, muy semejantes á los entonados en otros tiempos contra la dominación absolutista de los reyes. Hay quien coge un puñal, como el puñal de Harmodio, aguzado contra los hijos de Pisistrato, y cubriéndolo de mirto, se coloca para esgrimirlo junto á la estatua de Aristógiton.

Las mujeres, por su parte, se defienden con sublimes invocaciones á todo cuanto han hecho en pro de la común patria. Ellas, apenas de la infancia salidas, llevaban en sus manos holocaustos á Minerva, sin tener siete años; á los diez molían cebada sacratísima en las muelas litúrgicas; ya mayores, entraban, ceñida la flotante vestidura de azafranado color, en los santuarios de Diana; y nubiles, ponían sobre su cabeza las cestas rituales, y alrededor de su cuello los higos sacros, para cantar y danzar en las procesiones, como relumbran y ruedan las estrellas en los cielos. A tal sublevación temen los hombres que las mujeres los reemplacen, construyan naves y las remen, organicen legiones y las comanden, cabalguen sobre los corceles y los domen, vibren las lanzas y concluyan sustituyéndolos en todo y los inutilicen. Mientras así hablan los hombres, Lysistrata se queja de lo poco propensas que resultan las mu-

jeres para estas severas abstinencias en la saludable huelga. Unas abren agujeros para irse como las liebres por bajo de tierra, otras se descuelgan por medio de poleas, hay quienes les piden sus alas á los pájaros, ésta da por falso motivo para irse los apolillamientos de las lanas de Mileto, la otra su descuido en macear el lino, la tercera sus dolores de parto. Generala de todas aquellas facciosas, no hay para qué decir cómo tratara primeramente Lysistrata de persuadirlas por la razón, á fin de refrenarlas después por la guerra. Pero el genio cómico de Aristófanes encuentra bien pronto el lado ridículo de la emancipación intentada ya por las mujeres de aquellos lejanos tiempos. Un sér sujeto por las enfermedades inevitables de que la mujer adolece, no puede aspirar á trabajos tan pertinaces y continuos como los anejos á todo cargo público. Aquella heroína, por los dolores de parto asaltada en medio de la sublevación, indica bien claramente la imposibilidad absoluta de que las mujeres lleguen á igualarse con los hombres jamás en una empresa política. Y no digamos nada, ya que describimos los más salientes obstáculos con que tropieza la obra de Lysistrata, no digamos nada ni del miedo de las unas, ni del vocinglerío de las otras, ni del estado nervioso en que todas caen asombradas, ya porque las golon-

drinas llegan, ya porque vuelan los murciélagos, ya porque relucen los ojos fosforescentes de las lechuzas en el seno de las tinieblas. Pocas escenas tan cómicas y tan profundas al mismo tiempo como la escena de los obstáculos insuperables con que tropieza Lysistrata para desempeñar su gobierno sobre gentes ingobernables y ejercer un generalato, al cual se resisten, y con resistencia invencible, sus inquietos milites.

A lo mejor, no obstante contar miles de instructivos ejemplos, un esposo impaciente que grita desde fuera, levanta de cascos á la más viril amazona y la inhabilita para el servicio. Aunque Lysistrata intente retenerlas, no lo consigue. El joven que huyó á las selvas por escapar al matrimonio, y el misántropo que prefirió morir á tratar con un médico, aparecen cual verdaderas excepciones inaplicables al caso este de todo un sexo indispuesto con el otro y en huelga. Por fin llega un embajador lacedemonio que, ostentando su escítala, ó sea su bastón de honor, pide parlamento y por ende venia para decir á todo el mundo cosas importantísimas. Aplican el oído las insurrectas con los sitiadores, y aprenden cómo allá, en Lacedemonia, van de atribulados y doloridos los hombres por faltarles factor á su vida tan indispensable como las mujeres, todas en huelga. Las heri-

das que tal despecho abrieran en los corazones varoniles no se pueden saber sino después de haberlas experimentado y sentido. El dolor de aquellas gentes conmueve á los magistrados atenienses, los cuales aconsejan á los heraldos traer gentes de mayores poderes y títulos revestidos al objeto de pactar una paz tenida ya por inevitable. Y efectivamente, los embajadores lacedemonios llegan. Sus barbas tienen proporciones tan grandes, que parecen como camellas colgadas del rostro. Escasos en palabras y decididos á las altas resoluciones, apenas murmuran otro vocablo que paz, paz y paz. Cuando les preguntan el motivo de apetecerla con tan porfiado empeño, dicen cosas tales respecto á su forzoso ayuno del amor, que no podemos traducirlas. Ni en los burdeles se oyen especies semejantes. Pero todas ellas convergen á un fin, al de granjear paz entre Atenas y Lacedemonia. Lysistrata, pues, aparecerá en este momento árbitra entre los beligerantes. En ella confían los griegos y á ella libran el arreglo de sus mutuos agravios. Lysistrata ordena que le presenten primero á los lacedemonios, quienes de seguro no recibirán ahora los agravios de otros tiempos al encontrarse con mujeres, cuyo apacible natural repugna las violencias. Tras los espartanos vendrán los atenienses, y colocados en coro unos frente á otros

alrededor de Lysistrata, oyen de sus labios que no puede comprender cómo los reunidos en sus desfiladeros de las Termópilas para los mismos combates, en sus agoras de Olimpia para las mismas asambleas, en sus templos de Delfos para las mismas liturgias, riñan ahora, cual vientos encontrados, y arrastren, por desgracia, en las espirales de sus remolinos, el suelo alteradísimo de su común patria. Luégo les recuerda cuando llegaron suplicantes sus reyes vestidos de púrpura y coronados de diademas á las sacratísimas aras atenienses, porque Mesenia los apuraba y Neptuno los combatía, yendo Cimón á socorrerlos y salvarlos. Y como en tanto decía estas palabras los atenienses se regocijaban, dióles en rostro con su olvido criminal del auxilio prestado por los lacedemonios contra Hipias y sus secuaces tesalios, trocando así la tiranía en libertad y vistiendo á los amortajados en sudario servil con el honroso manto de verdaderos ciudadanos. Los discursos de Lysistrata valieron mucho, pero no alcanzaron en favor de la paz todo cuanto alcanzó aquella su industria de amotinar las mujeres en huelga y encender la sangre así en el corazón de los hombres. Ya no podían vivir más tiempo sin ellas. Por consecuencia, firmóse la paz. Los loores tributados á ésta parécenme uno de los más bellos trozos poéticos

guardados en las antiguas letras. Las mujeres visten á sus hijos é hijas con túnicas rozagantes y los coronan con vasos áureos para que vayan á las procesiones como canéforas; abren las puertas de sus casas á los viandantes y dan á los pobres limosnas y á los esclavos banquetes; óyense, lanzados por los enemigos, cánticos unísonos, en cuyas estancias resuenan idénticos votos por la madre Grecia; las musas descienden de los cielos á inspirar coros en que se cantan los holocaustos de Leonidas y el combate de los lacedemonios, furiosos como jóvenes jabalíes que todo lo arrasan con sus agudos colmillos; Diana, la virgen celestial, corre por las selvas y las platea con sus rayos argénteos y las aroma con sus esencias deliciosas; el dios Baco ríe á todo reir, ceñido de pámpanos, en compañía de las bacantes que gritan evoe por las majadas y por los oteros, mientras en las orillas del Eurotas las doncellas hieren el suelo con pie rápido y sueltan al viento la rubia cabellera, cantando á la hija de Leda, graciosa como la cierva, y se oye la flauta en las majadas, la cítara en los templos, los himnos en las palestras, porque al amor de la paz el universo entero se rejuvenece y las armonías descienden concertando como notas las ideas sobre nuestra baja tierra.

Lysistrata, pues, justificó su glorioso nombre.

Pero no fué tan sólo en esta comedia donde Aristófanes presentó la mujer griega. En otras de sus obras aparece también. Irritado con las asambleas populares y con aquel continuo asistir de los jefes á los juicios públicos, y con la retribución de los cargos, y con las instituciones democráticas, ridiculízalas en su obra de las mujeres congregadas ó en asamblea. Naturalmente, los vicios de la democracia, y no sus virtudes, reinaban por los tiempos de Aristófanes. La demagogia se había con Cleón apoderado por completo del gobierno, y no teniendo ideas removía las pasiones, y no teniendo elocuencia reemplazábala con brutalidades y juramentos de taberna. Así el gran cómico pudo cebar su ironía, rayana con el sarcasmo, en los vicios de su tiempo, que le daban sobrado motivo para sus burlas y para sus críticas. Pero Aristófanes, aun perteneciendo al partido conservador, nunca perteneció á la monarquía. En más de una ocasión hiere con la férrea maza de sus argumentos la cabeza y la tiara de aquel imperio persa que se oponía, como un oscuro contraste, al resplandor etéreo de las repúblicas helenas. Los palacios áureos, los festines orgiásticos, los cultos voluptuosos, los eunucos elevados á ministros, las cadenas puestas sobre las espaldas de los pueblos, arrancan á su ira carcajadas tan terribles como

aquellas con que persigue á la misma demagogia. En verdad, el inmortal cómico erraba cuando quería una reacción terrible á las instituciones aristocráticas y patricias de la Grecia doria; pero acertaba, y con gran acierto, cuando combatía los excesos de una demagogia que asesinó al fin y al cabo la república. Las veleidades múltiples de una emancipación imposible á que tendían las mujeres en aquellos desórdenes traídos por la funestísima guerra del Peloponeso, los abusos de la palabra, los intentos en las asambleas de cambiarlo todo sin estimar ni las costumbres, ni las circunstancias, ni las creencias, bien merecían lo acerbo de su crítica. Proxágoras, después de dirigir una invocación á su lámpara de barro, que, formada por la rueda del alfarero así esclarece, á guisa de sol, su tocador lleno de menjurjes en que rebosan los perfumes, y su despensa llena de botellas en que rebosan sus vinos, dirige á las mujeres el consejo de presentarse disfrazadas con los mantos y cabellos de sus maridos para soplarles el gobierno. Con su número podían sumar votos, pero ¿cómo podrían con sus voces componer oradores? Aunque todas rompen discordemente á hablar, ninguna consigue componer una oración verdadera. Proxágoras la pronuncia, pidiendo el poder para las mujeres. Y como quiera que tal discurso enardezca

y entusiasme á las reunidas, dirígelas en su disfraz de hombres al sitio de las asambleas. Cuando los respectivos esposos de aquellas mujeres en deserción se despiertan en la madrugada de tal facecia, no dan los cuitados con sus trajes y tienen que vestirse de mujeres. Imaginaos cómo se hallará la ciudad, cambiadas así las opuestas vestimentas. Mientras tanto cada cual pone como digan dueñas á los hombres en general, y en particular á sus respectivos esposos. Después de llamarlos delatores, ladrones, y decirles que jamás ellas revelaron los secretos de sus templos y de sus cultos, mientras ellos revelan los secretos de sus asambleas y de sus consejos, piden para sí el gobierno, proponiendo fórmulas demagógicas propias para concitarles el favor de las alteradas muchedumbres, y contenidas en estos tres cánones anárquicos: comunidad de hijos, comunidad de bienes, comunidad de mujeres. La crítica cruel contra estas tres comunidades parece dictada en vista de los horrores y de los excesos más connaturalizados con este nuestro tiempo. Los cándidos llevan sus bienes al acervo común y no reciben los ajenos, mientras las viejas acaparan el favor de los jóvenes á nombre de la comunidad de mujeres. Muy cruel se muestra este Aristófanes, tan grande, con la democracia griega, tan gloriosa y fecunda, sin com-

prender que de haber nacido en una ciudad aristocrática y doria, despojada por cualquier oligarquía de las libertades atenienses, jamás ejerciera la vena de su crítica ni levantara la obra de su teatro.

OLIMPIAS

Con tal nombre pasó á los siglos la madre de Alejandro, la esposa de Filipo, y el estudio de su temperamento, de su educación, de sus creencias, deben servirnos para conocer temperamento, creencias y educación en el guerrero que llevara por todo el viejo mundo la cultura y la civilización helenas. Grecia creció tanto en el siglo de su madurez, que no podía contener las ideas y las inspiraciones dentro del cauce de su territorio propio. Tantas riquezas intelectuales y artísticas, sumando una cantidad enorme de sustancia éterea, espiritual, sublime, debía desbordarse como la corriente del Nilo y regar con su luz el mundo asiático. Nuestro joven Occidente se hallaba entonces en estado tal, que cumplía su ministerio civilizador Grecia en su seno, erigiendo colonias por sus costas, ya juntas con las colonias fenicias, ya sobrepuestas á las colonias

fenicias. Pero en el mundo asiático necesitaba seguir otros diversos procederes. Aun sembrándolo de colonias, había menester una gran fuerza para defender y salvar su siembra. Los occidentales no podíamos pensar en invadir á Grecia, mientras que los orientales no lo pensaban, lo hacían. Estados griegos, extendidos por los mares de Jonia y por el Asia Menor, eran puestos á cada paso en litigio cruento, merced á demandas en guerra y á irrupciones terribles de los reyes asiáticos. En estas esfinges de la casta y de la magia no podía entrar la idea de que hubieran podido vencerlas y desacatarlas tristemente los gárrulos retóricos de Atenas, tenidos allá en los templos y en los palacios asiáticos por unos despreciables histriones. El desquite de Maratón, Platea y Salamina, perturbaba la inteligencia de los déspotas y corría como una consigna sagrada de labio en labio entre los sátrapas. Grecia tenía que defenderse, y para defenderse no había otro remedio sino atacar. Imposible la pura defensiva en el eterno combate entre ambos mundos enemigos. Las victorias de Grecia sobre medos y persas quedaran todas sin resultado ni sentido si no siguiera la dominación permanente al triunfo transitorio. Una dificultad enorme, sin embargo, había para todo esto. La condición de aquellas repúblicas mercantiles, que se prestaba mucho al

arte, al comercio, al saber, al trabajo en todas sus actividades, no se prestaba ya, en cambio, al temperamento guerrero y al organismo militar. El asiático, para emprender estas conquistas, había sacrificado su libertad. Los dioses tomaban aspecto de fuerzas destructoras, las naves componían batalladoras escuadras, las liturgias eran como interrogaciones corporales previas para el combate, los palacios como cuarteles poblados de numerosos ejércitos en armas, la sociedad como una fortaleza, los emperadores como generales, la vida entera como una batalla perpetua, la finalidad de todo aquel universo la guerra y la conquista. No podía revestir igual forma ni obtener igual temperamento la democracia helénica. Componíase de ciudadanos que trabajaban á una con su alma y con su cuerpo. La navegación serena, la industria creadora, el cambio y el comercio perpetuos, constituían las ocupaciones de su vida, en sumo grado armoniosa. Aquellas trirremes doradas y ceñidas de guirnaldas, aquellos productos elaborados como elaboran mundos los dioses, el gobierno electivo, el parlamento resonando elocuencia y acompañado de música, los acompasadísimos hexámetros, las perfectas estatuas, el teatro por tipos como el de Antígona ocupado, el intercolumnio parecido al coro, la columna saliendo de su plinto á su chapitel

en guisa de una estrofa, el discurso tan inspirado como el himno, sus ejercicios bélicos encerrados en palestras y en hipódromos, sus asambleas acompañadas por los juegos píticos, sus lecturas de historias al aire libre, sus atletas armados de lanzas áureas y ceñidos de cimeras multicolores, sus dioses tranquilos, todo su sér, en fin, estaba dispuesto para la ciencia, para la paz, para la libertad, como cumple á una democracia que debe revestir la forma perfecta de olímpica república. La parte de Grecia donde predominara el elemento aristocrático, dorio, guerrero, se hallaba constituída bajo una realeza, y no divertía su pensamiento de la guerra en consonancia plena con su particular complexión. Pero contra esta parte de Grecia protestó la Grecia jonia, democrática, republicana, y con ella luchó en el conflicto supremo conocido con el nombre característico de guerra del Peloponeso. Esta guerra puede bien definirse con la fórmula siguiente: resistencia del elemento jonio y democrático al elemento dorio y monárquico para que no representara éste con sus caracteres de guerrero y de conquistador á toda Grecia.

La rivalidad entre Atenas y Esparta debía traer el predominio de cualquier otro estado fuerte y vigoroso. Entre los que se iban formando, ninguno dotado de las facultades y medios para levantarse

con el ministerio altísimo de unir Grecia y lanzarla sobre Asia como la formidable Macedonia. Colocada en las regiones del Norte, su frío clima y ásperos declives le daban cierto vigor, conducente á establecer allí una severa disciplina que aunase muchas fuerzas y las dirigiese contra el común enemigo de la patria griega. Ésta, dotada con facultades eximias, que tan brillantes lauros le granjearon, así en artes como en ciencias, no había conseguido jamás aquella unidad interior de su espíritu bastante á impelerla en sus trabajos y en sus esfuerzos contra una región enemiga tan extensa y enorme como Asia. Cada ciudad pretendía tener la hegemonía sobre todo el territorio heleno, y cada partido la dirección y gobierno de su respectiva ciudad. Esparta unas veces, Atenas otras, ya Corinto, ya Tebas, pugnaban por el predominio absoluto en porfías inacabables, las cuales engendraban largas y ruinosas guerras. El Anfictionado, asamblea federal, hecho para coordinar todos aquellos elementos discordes, no conseguía, ni autoridad en sí mismo, ni mucho menos obediencia en los demás. El desacato á Delfos complicaba las guerras verdaderamente regionales con guerras verdaderamente religiosas, á las que se unía un profundo y terrible malestar social. Sólo el heroico valor de la raza helena pudo intentar expediciones como las dos célebres del esparta-

no Agesilao y del ateniense Xenoponte. Pero estas increíbles audacias, productos de temeridades aisladas y no de sistemas rigurosos, servían, á lo sumo, para hurgar en vez de vencer y subyugar á Persia. El pensamiento heleno se recogió en Macedonia; pero Macedonia no podía, no, asimilarse tal fruto de la común cultura patria sin destrozar á ésta como se destrozan en las asimilaciones todos los elementos asimilables. Macedonia, para encender en el genio griego la inmortal antorcha que iluminara el Asia y consumiera todas sus escorias en bien de la civilización universal, necesitaba romper la trípode maravillosa en cuyo centro aquel genio brillara y ardiera. El espíritu heleno tenía un calor tan derivado íntimamente de su brillo, que había trascendido al Oriente y modificado con sus rayos activos y eficaces, desde tan apartado centro, la vida misma y el espíritu interior de sus mayores enemigos. Y si esto pasaba lejos de su centro y de su acción, imaginaos lo que pasaría cerca, en regiones unidas á su tierra y en razas excelsas de su propia sangre. Macedonia estaba en el Norte de Grecia, y aunque la proximidad á Tracia é Iliria le hubiese prestado mucha parte de su vida, todo el fondo suyo quedaba íntimamente griego. Aristóteles nos cuenta que de los pueblos helénicos, tres tan sólo mantuvieron monarquías, á saber: los molosos, los

macedonios y los espartanos. En Esparta la monarquía dominaba por su debilidad, y en Macedonia por su fuerza. Las leyes fundamentales habían puesto un freno muy férreo al poder monárquico en Esparta, y las costumbres seculares habíanle dejado una fuerza muy viva en Macedonia. Los montañeses aquellos, dirigidos por su monarca, empezaron bien pronto á pagarse de la cultura helénica, y cuando ya estaban de semejante superioridad bien pagados, podían fácilmente dirigirse contra las regiones del Asia en representación y nombre de Grecia.

Filipo tuvo desde los albores de su espíritu y desde los comienzos de su reinado esta inclinación, á representar Grecia en el mundo y lanzarla sobre Asia. Penetrado profundamente de que no podía cumplir tamaño ministerio sino en una organización militar, dióse á las armas con todo el empeño de las naturalezas que á un mismo tiempo resultan emprendedoras y tenaces. Un Estado tranquilo en medio de la intranquilidad general; unido cuando todo se rompía entre fraccionamientos; disciplinado cuando todo alrededor suyo se disipaba en terribles anarquías; militar, y sujeto por ende á la obediencia más regular, tenía las condiciones más necesarias á un predominio soberano é incontestable. Pero desde luengos tiempos, aquel pueblo militar, aque-

llas costumbres bélicas, el vigor de la complexión macedónica fueron terriblemente contrastados por lo confuso del principio hereditario y por lo indeciso de las regias herencias. Nunca estuvo claro, ni en la legislación macedonia, ni en las costumbres, el modo y manera de suceder en la monarquía. Las usurpaciones y los asesinatos menudeaban como en cualquier palacio de Oriente. Además de tal nativa indecisión, perturbaban la corte macedonia los empeños de atenienses, corintos, tebanos y lacedemonios en dominar allí. Todo príncipe ambicioso y todo pretendiente decidido encontraba contra los reyes más legítimos y contra los sucesores de mejor derecho protección activa en las ciudades helénicas. Si Filipo no tuviera ninguna otra razón para combatir el Atica y Atenas, tuviera el encuentro diario de las intrigas maquinadas en la corte de sus abuelos. Discípulo Filipo del gran Epaminondas, proscripto durante algún tiempo en Tebas, admirador y devoto de ciencias y artes que resplandecían hasta penetrar en los ojos más cerrados á toda luz espiritual, Filipo debía envanecerse mucho con la dirección suprema del movimiento helénico. Y comprendiendo que no podía tomarla sino mediante una fuerte organización militar de su patria, convirtióla en lo que ha pasado con tanto esplendor á todos los siglos y ha precedido

á la legión romana, en falange macedónica. Todos cuantos podían guerrear y someterse á las duras condiciones de un organismo verdaderamente fuerte, guerrero, conquistador, todos, sin excepción alguna, entraron en aquel ejército de tanta fortuna por su vigor y por su pujanza, que pudo someter á los bárbaros circunstantes, y á pesar de las ciudades helénicas y sus ejércitos, arrogarse la hegemonía griega, y en su virtud y con su eficacia dirigirse á las regiones de Oriente, vertiendo en ellas, como una especie de agua lustral, todo el vivaz espíritu de los incomparables helenos. Cierto que Grecia resistió mucho tiempo á esta imposición, valiéndose de la fuerza mayor que tenía en sí, valiéndose del verbo de su Demóstenes; pero la incapacidad mostrada por su democracia para unirse dentro de sí misma y encaminarse en armas al mundo asiático, auxilió mucho el empeño y el trabajo de Filipo, el cual más tarde lo transmitió á uno de los hombres que levantarán siempre su frente coronada de laureles sobre todas las edades, y que resplandecerán en los cielos del tiempo con luz y con gloria inextinguibles. Hablamos de Alejandro.

El predominio de Persia y Media en el mundo engendró la superioridad macedónica en Grecia. Una gran parte de los griegos no quería en su

seno autoridad tamaña, pero á los ojos de muchos indudablemente representaba Filipo lo que Napoleón III á los ojos de Italia durante su esclavitud, y lo que Alejandro I, el czar, á los ojos de Grecia durante sus esfuerzos por reconstituir en guerra con los turcos su gloriosa nacionalidad. Filipo seguía con los pueblos griegos, resistentes á su trabajo de unificarlos y someterlos, una política muy semejante á la que sigue Prusia con los pueblos alemanes, indóciles á la unificación sistemática. Así necesitábase para cumplir un ministerio como el que había tomado Filipo, deseoso de transmitirlo íntegro á sus herederos, una mezcla bien difícil del valor con la prudencia. Y teniendo ambos medios tan grande rey, tendió á los griegos sus cadenas como tiende araña tenaz á las moscas su tela, sin perjuicio de levantarse formidable como un león herido y despedazar á cuantos se preservaban de sus hábiles urdimbres. Heredero Filipo de reyes y generador de conquistadores, movíase por una idea, cuya virtud creadora le permitía todos los arrojos del héroe unidos con toda la paciencia del filósofo. Primero quiso apoderarse por fuerza de los vecinos bárbaros y luégo dirigir por fuerza ó por astucia los vecinos ilustres y civilizados. El genio de un hombre pocas veces ha reunido esta mezcla de ductilidad y de fuerza que se creerían

de todo punto incompatibles en el mismo sér é inconciliables en la misma vida. El disimulo de los conspiradores no se aviene con el empuje de los guerreros. Parece la mañosa y hábil astucia un atributo de los débiles. Quien se cree fuerte usa de la fuerza y no retrocede para herir con mayor facilidad, como suelen los traidores y los cobardes. Todos aquellos que han á mano el hierro, no emplean el oro. Conquistar le parece digno á un héroe y corromper indigno, pues la corrupción pudre y envilece así al corruptor como al corrompido. Pero Filipo, que dispusiera de tanto hierro en sus falanges macedónicas, no desdeñaba los usos y empleos del oro. Mil veces ganó á los que no pudo vencer; mil veces corrompió á los que no pudo sojuzgar. Montañés de nacimiento, había conservado en su cuerpo la salud que presta el aire de las montañas; pero esta salud no le había servido á la preservación de su alma, en la que penetró un tanto así la corrupción de Atenas, á quien quiso absorber, como la corrupción de Asia y sus imperios, á quienes quiso combatir. Esta doble naturaleza moral del rey Filipo explicará muchas de aquellas contradicciones inexplicables que resaltan con tantos relieves en su hijo Alejandro: la piedad más caritativa y las crueldades más feroces; la reflexión de un filósofo sumada con las inspiraciones

de un artista; la ceguera del apasionamiento y de la embriaguez en maravillosas combinaciones con los presentimientos del artista más inspirado y con la previsión del político más diestro; una especie de locura como aquella que atribuían los antiguos á la obsesión de algún dios, con el cálculo más hondo, más frío y más exacto que pueda concebirse; un escepticismo crítico y una iluminación mística; la voluptuosidad con todas sus intensidades, y la mortificación extrema con todos sus dolores; el aspirar constante á la poesía más alta y el vivir en la realidad más prosaica; neurosis de mujer histérica y resistencias de férreo montañés; concentración maravillosa de oposiciones irreconciliables y de términos contrarios é irreductibles, como si fuera el hombre más hombre de la historia, tanto merced á sus grandezas como merced á sus miserias, las cuales tocaban en los dos extremos de nuestra excelsa y desgraciada humanidad.

Pero no comprenderemos al grande Alejandro si estudiamos á su padre Filipo como si estudiamos á su madre Olimpias. Los hijos suelen tener más de la madre que del padre. Aparte tal indicación fisiológica, muy acreditada vulgarmente, las condiciones del sexo débil dan á éste un predominio natural sobre la generación de ambos sexos. La madre instruye y educa durante la mayor influencia sobre

las criaturas, durante la edad tierna é impresionable de su niñez, que conserva sellos inextinguibles y marcas indelebles. Olimpias comprendió desde bien temprano cómo su principal carácter y su principal prestigio debían derivarse de haber parido á su Alejandro. Así concentró en este hijo de sus entrañas todo el calor de su alma. Mientras la guerra y la política distraían á Filipo, llevándole muy lejos del hogar y de la familia, su mujer se quedaba perennemente allí para imprimir en el alma del hijo su alma personal. Luégo un maestro educa la inteligencia, lo que piensa en nosotros. Y educa una madre amantísima el sentimiento, lo que ama en nosotros. La voluntad crea la vida y determina con sus actividades varias una constante acción. Pues sobre la voluntad ejercen imperio mayor los afectos que las ideas. Y en el caso este, y en la educación de Alejandro, por circunstancias especiales, tenía que ser superior á la participación del padre la participación de Olimpias. Reñidos y separados muchas veces los esposos, en estas riñas, en estas separaciones, Olimpias llevábase consigo su Alejandro, y podía modelarlo á su imagen y semejanza. El héroe admiraba mucho á su padre, pero quería mucho á su madre, y nunca el sentimiento de admiración puede compararse con el sentimiento de cariño, y de cariño filial. Alejandro lloraba una vez,

diciendo cómo su padre, con tantas glorias, le había dejado poco que hacer; pero tratándose de su madre, decía que no le costaba ningún sacrificio verter toda la sangre de sus venas con tal de ahorrar á sus ojos tan amados una lágrima. Soberana, pues, la influencia de Olimpias sobre su hijo.

Olimpias era epirota. Estas mujeres del antiguo Epiro semejábanse á fuertes amazonas. Los altos montes dan muchor vigor al cuerpo y muchos vuelos al espíritu. Si añadís á esto que Olimpias había nacido en un trono, tendréis idea de la eminencia de su espíritu; y que tal trono había pasado por cruentísimas porfías, tendréis idea de su temperamento belicoso. El sitio donde se meció su cuna le sugirió ambiciones de mando, y la guerra que lo ensangrentó afectos de venganza, movidos todos por el soberano impulso de una voluntad activa y sin descanso. Alzada la tierra de Olimpias entre Iliria y Macedonia por el Norte, la pastoril y abrupta Tesalia por el Oriente, Acarnania y Ambracia por el Mediodía, al Occidente por los mares Mediterráneos, participa en mucho de todos los caracteres helenos y tiene una luminosísima síntesis en su medio ambiente. Los felices valles abiertos en las arrugas de sus montes y coronados con mirtos y adelfas; los tranquilos y celestes lagos que sirven como de un espejo á sus ciudades coronadas por

las diademas luminosas de aquellos cielos clarísimos; las crestas del Pindo en los lejos del paisaje eterizadas y henchidas de armoniosos cánticos; las cordilleras de Grecia que brillan en lontananza, unas veces en transparencias de cristal y facetas de pedrería, otras veces como tapices de raso lila tornasolado con rayas de rosa y violeta; sus jardines plantados en los naturales anfiteatros no bastan á contrastar aquellas rocas áridas y abruptas, donde se afilan con facilidad las espadas y donde tenían los guerreros, trepando por las laderas y saltando sobre los abismos, el valor y la crueldad de combatientes y rapaces águilas. Pues la mujer no se diferencia mucho del hombre aquí en estos territorios agrios y en estas tribus guerreras. Y tan cierta es mi observación, que muchas veces, en los asedios y sitios terribles por donde han pasado las poblaciones del Epiro, vueltas, á fuerza de retroceder, hasta el estado salvaje de una guerra inextinguible, los hombres se han ido al combate duro en campo abierto, dejando guarnecidos los hogares por los pechos varoniles de sus heroicas y mártires mujeres. En la guerra última de Grecia, en esa guerra promovida por Goethe, y por Byron, y por Chateaubriand, por la tribuna de Londres y por la tribuna de París, por el aliento de nuestro fuego, que resucitaba los pueblos enterrados al pie de la Santa Alianza con el

clarín apocalíptico de la revolución, cuyos estruendos resonaban como un repique de Pascuas; cuando en cada cima de monte griego relumbraba un volcán de odios, y en cada recodo de sus ensenadas flotaba una escuadra rota, destruída, incendiada; el cielo nublado por las humaredas despedidas de los rifles y alumbradas las costas por los incendios de las ciudades desesperadas y delirantes, las mujeres del Epiro se lanzaban una tras otra, en sublime suicidio, desde las breñas á los abismos, abrasadas, no como Safo en su Leucades siniestro, por amor carnal, abrasadas por santo afecto á la religión y á la patria. Semejábanse tales hembras á las encinas de Dodona, maridadas con robles y malezas, de cuyos ramajes pendían escudos y trofeos férreos que, agitados por el tormentoso viento de las crestas y de los oleajes, acompañaban los trágicos ósculos de sus viejas y siniestras sacerdotisas, semejantes á parcas, lanzando de sus bocas, con espumarajos de hiel, gritos de combate como aullidos los cuadrúpedos carniceros de sus oscuras cavernas y como graznidos los voraces cuervos de sus cruentos campos. La mujer del Epiro, que hoy mismo enciende la mecha, por el epirota semisalvaje aplicada en los espasmos de guerra perdurable, al rifle, que así le sirve para el pirateo en las costas como para el secuestro en los montes, lleva todavía el pensamien-

to y la voluntad terribles de Olimpias en sus almas cargadas de vida como la eléctrica nube de relámpagos. Esta persistencia del tipo, que ha pasado de una edad á otra edad, nos releva casi de profundizar en el espíritu, verdadero abismo, de la mujer que dió vida y sér al conquistador Alejandro. Ella no sabía nada, en su temperamento, ni de piedad, ni de dulzura, ni de amor, que no fuera el amor á su cachorro. Lo mismo le daba conspirar contra su marido que conspirar contra sus hermanos. La vida beata y dulce de una esposa correspondida y de una madre adorada le hastiaba por su triste conformidad. Contra las paredes angostas de un hogar, aunque fuera este hogar el palacio de los reyes, chocaba su alma y se partían sus alas. Gustábale más mandar una falange que urdir una tapicería. Sus manos estaban hechas, más que á hilar en las ruecas ó tejer en los telares propios de su débil sexo, á urdir conspiraciones políticas y soplar sobre guerreros incendios. Alejandro dominó al mundo y Olimpias al dominador.

Descendía de Aquiles. Por consiguiente, la guerra estaba, no sólo en su educación, en su fisiología. Heredóla como heredan sus uñas los tigres y sus melenas los leones. El heroísmo le parecía tan congénito á la mujer como al hombre. Pero ya que, á pesar de todos estos altivos pensamientos,

no pudo ejercitarlo directamente y en toda su fuerza por su condición de mujer, siempre inferior en estos achaques al hombre, se casó con un conquistador y engendró después otro que no hubiera podido vivir fuera y lejos del trono. Pero estos tronos en las edades heroicas no estaban de tal modo seguros que pudieran las familias regias, después de recibirlos por herencia, gozarlos y sostenerlos con autoridad. Sus hermanos lucharon por el trono heredado; su marido pasó una parte de la juventud en el destierro. Y cuando Filipo alcanzó la corona de Macedonia, no podía decirse que la consiguiera por más legítimo, consiguióla por más digno. Tanto número de conjuraciones había en el corazón de tales cavernas, y tanto número de príncipes caían sacrificados antes de tocar el poder, que la fantasía no encuentra hilo conductor en las tortuosidades é intrincamientos de los hechos laberínticos. Veamos algunos. Alejandro II llevó la corona de Macedonia por este tiempo. Mas le odiaba de muerte su propia madre con esos odios contra naturaleza que resultan verdaderamente devastadores en toda la historia. Esta mujer desnaturalizada se había prendado de su propio yerno, marido de su hija mayor, y le amaba con la misma intensidad que aborrecía en su corazón al hijo de sus entrañas. Ptolomeo se llamaba el

yerno amado, á quien Olimpias conjuró para que fuera contra su propio hijo en guerra. Merced á esta horrible traición obtuvo Ptolomeo, en las alternativas de aquellas batallas continuas, un principado á mandar. Pero esta diminuta monarquía solamente le sirvió para codiciar la grande, la que regía y mandaba con derecho el infeliz Alejandro. Un día celebraba éste regia fiesta y convidó á todos sus vasallos, que muchos llevaban corona, en aquella especie de satrapías imitadas del Asia. Entre los súbditos coronados estaba Ptolomeo. Y efectivamente, la terrible suegra le concitó á matar su propio hijo. En medio de un baile concertadísimo y alegre lo mató. La parricida entregó la mano con mengua y el trono con crueldad al matador siniestro de su hijo. No podía el criminal gozar en paz mucho tiempo su presa. Los tebanos, amigos del asesinado, le armaron guerra y tuvo que darles rehenes escogidos entre príncipes de la sangre. Quizás con tales rehenes fué á Tebas Filipo. Entre tanto Perdicas III, hermano del muerto, vengó á la ilustre víctima, destruyendo al usurpador. Enemigo de Tebas, unióse al partido de los atenienses tras su venganza y su victoria. Pero en una de las batallas promovidas por estos incidentes guerreros encontró sepultura. Un hijo dejó el muerto, y á nombre de tal hijo tomó Filipo

la regencia. Entró éste, pues, en el reino macedón, merced á un canje, y por un mando militar penosamente obtenido pudo conseguir el reino entre las hordas de ilirios y tracios que lo asaltaban y el cortejo de príncipes legítimos y bastardos que lo pretendían. El joven príncipe comprendió muy pronto que su título capital, entre tantas pretensiones y tantos pretendientes, habría de hallarse por fuerza en una guerra heroica y en una victoria definitiva. Así corrió contra los bárbaros, y combatiéndolos con tanta fortuna como inteligencia, los derrotó desde su carro triunfal, que le condujo hasta las alturas del trono. Pero no satisfecho con este título fundado en la necesaria sumisión del elemento bárbaro, metióse dentro de la red urdida por los pretendientes, y la desató con habilidad indecible. Hijos de Alejandro, hijos de Perdicas, hijos de príncipes macedonios competían á una con Filipo y le cerraban todo camino al deseado logro de sus intensas ambiciones. Filipo trató de ganarse al rey, en cuyo nombre mandaba, cohonestando la posesión del trono, al fin y al cabo arrancado á su derecho, con la posición altísima de yerno suyo, adscrito á sus intereses, los cuales él, y sólo él, podía dirigir con verdadera fortuna. En tales incidentes dramáticos templó su carácter Olimpias, que, ansiosa de reinar, vió su

reinado puesto en competencia y en litigio por tantas y tan diversas porfías.

Allí aprendió á combatir y á pasar una vida entera de combatiente. Pero en otros estados y términos de su vida, tal mujer aprendió á soñar, y á soñar con lo imposible. Desde la primera juventud mostró propensiones incontrastables al culto de los dioses desconocidos y al encierro dentro de los misterios religiosos. En esta religión espléndida y reveladora, que profesaban los griegos, caía del cielo espiritual á torrentes el sol de las ideas, como caía el sol material, con su alma luz, del cielo clarísimo. A consecuencia de tal claridad espiritual se frustraba en el conjunto de sus dogmas y en el procedimiento de sus liturgias todo misterio. Las montañas más luminosas, que parecían guardar absorbido en sus aristas y en sus cumbres el éter celestial; y las riberas más celestes, por cuyas aguas iba disuelto en estelas, en fosforescencias, en coleteos de peces semejantes á iris movibles, en la transparencia natural del Mediterráneo, un eterno día; las ideas religiosas paganas andaban volando como enjambres de insectos pintados y como bandadas de aves canoras, y revestían formas humanas perfectamente dibujadas y muy concretas en los simulacros de sus divinidades, perfectísimas estatuas talladas en marfiles, en mármoles, en oro, así como en los es-

pacios de sus abiertos templos, por los cuales á su arbitrio circulaban en movimiento perpetuo las revelaciones y se oían resonantes y armoniosos los himnos y los coros. El misterio no estaba en lo escondido y oscuro del dogma religioso, no; estaba en la separación que allá dentro de algunos templos, cerrados á la comunicación y comercio con los no iniciados en su liturgia particular, había. Los órficos, es decir, aquellos poetas semilitúrgicos y semisacros que representaban principalmente una tradición oriental, constituían algo de lo que han constituído entre nosotros los masones. Su adoración al sol, sus himnos teológicos, su panteísmo naturalista, sus fórmulas de cábalas, sus prácticas de magia, sus asociaciones misteriosas, su iniciación difícil, su carácter completamente oriental, hacían de Orfeo y del culto y dogma órficos una derivación del Asia, metamorfoseada sobre la tierra escultórica y bajo el cielo divino de Grecia. Por consiguiente, allí, en aquellos misterios órficos, debió aprender Olimpias esos ensueños asiáticos, de los cuales parece como una cristalización gigantesca el genio y el pensamiento de su hijo Alejandro. En cuanto estudiáis á Olimpias veis que hay en ella mucho de lo que hay en Semíramis, una mezcla de sacerdotisa y de amazona, en cuyas combinaciones entran elementos de suyo tan varios y de formas tan diver-

sas, que no podéis fijarlos con exactitud ni definirlos con claridad. El espíritu de Asia es un espíritu verdaderamente colosal, de titánicas desproporciones, como aquellos dioses que meten los piés en las raíces del más bajo y triste organismo mientras la cabeza en los astros del cielo. Pues todo este oriental espíritu, que luégo se transmite al conquistador de Oriente, quien jamás hubiera podido someter tan vasto imperio, y menos amoldarlo á su idea, sin esta índole asiática junta con su índole griega, todo este oriental espíritu, decía, se lo infundió al gran Alejandro su madre Olimpias con la sangre de sus venas, con la leche de sus pechos, con los besos de sus labios, con la infusión de su alma, con esa infusión, verdadero secreto de la maternidad, cuyas primeras iniciaciones perduran toda la vida y nos acompañan hasta la puerta del sepulcro.

Con los misterios órficos uníanse las prácticas religiosas de Samotracia. Tal isleta del mar Egeo, coronada por un templo desde cuya cima se veían los campos donde Troya fué, guardaba misterios litúrgicos también de primera importancia. Los dioses cabires, gérmenes primeros del paganismo, estaban allí en su seno, aun después de haber esta religión tomado muchas otras fases y recorrido muchos otros espacios y zonas del humano espíritu, como están las figuras arqueológicas en frío y re-

gular museo. Pero animábanse y volvían de nuevo á la vida cuando entraba en el abandonado templo un verdadero creyente y lo esclarecía con la vívida lumbre de su fe interior. Entonces diríase que aquellos dioses cabires recobraban las fuerzas misteriosas con que han producido cohesiones en los átomos, y volvían de nuevo á tejer con los hilos brillantísimos de la vida universal aquellas formas de que se revisten los seres para brillar y revelarse á los humanos ojos. Lo cierto es que aquella religión de las primitivas divinidades, muerta en los metamorfoseos sucesivos que tomaran las ideas religiosas de Grecia, renacían y rebrotaban á una en el espíritu de Olimpias. Muchos historiadores dicen que yendo allí acompañada por las mujeres de Tracia, quienes volvían sus ojos de continuo á la isleta sacra y gustaban de recorrerla en procesiones ó teorías semibáquicas, Olimpias conoció á Filipo y ambos á dos hallaron allí, en aquel sitio verdaderamente litúrgico, los sendos complementos de sus respectivos caracteres y de sus respectivos espíritus. Imaginaos una mujer nacida en las montañas del Epiro, donde resuenan las encinas de Dodona que parecen dar por fruto las espadas pendientes de sus misteriosos ramajes; criada en medio de la guerra que ciertos régulos declaran á otros en los estremecimientos de aquel suelo volcánico y en las tempestades múlti-

ples de su atmósfera eléctrica; iniciada en los misterios órficos, que á una concentran todos los filtros goteados por las antiguas teogonías y por las asiáticas liturgias; descendiente de Aquiles por su estirpe y creyendo que ha heredado con su sangre, á pesar de femenil, un secular heroísmo; frecuentadora en su juventud más tierna de aquella isla, desde cuyas cimas descubría los campos troyanos y escuchaba los versos homéricos en una especie de religioso deliquio, su alma debía crecer y agigantarse hasta fingir posible lo imposible y mezclar, como en confuso caos, creencias, ambiciones, ensueños místicos, tramas políticas, monarquía, sacerdocio, la joven Grecia y el viejo colosal Oriente, á cuyos dos mundos tocaba desde la desembocadura del Hebro, cargado de ideas, y desde las cumbres de Samotracia, coronada por misterios, viviendo en las fronteras donde acaba un continente y empieza otro, por aquellos territorios llenos de históricos héroes y por aquellos cielos poblados de antiguos reguladores dioses. Realmente, la educación de Olimpias, los espectáculos que ha visto en su niñez y su juventud, explican el espíritu de Alejandro, como el medio ambiente á su vez explica la fauna y la flora de una especial región.

Olimpias tenía, cual todas las heroínas del Asia, un animal predilecto. En sus animales respectivos

échase de ver el origen asiático de todas las divinidades helenas. El águila de Júpiter ha batido sus alas en las montañas del Oriente. De la India viene aquel pavo real que ostenta sus multicolores plumas al pie de Juno en rueda brillantísima. Montada en toro pujante vino Europa, y conducida por palomas Venus. Siguen los perros á Diana cazadora, y atisba la lechuza de Minerva con su estrecha retina las espesas sombras. Pues bien, de todas las plantas, de todos los litúrgicos animales, ninguno tiene la importancia que aquella tentadora serpiente, consagrada en el simbolismo universal con tantos y tan diversos caracteres. La serpiente, después de haber recorrido las orillas de los ríos sacros en la India, tienta nuestra primera madre lo mismo en la Biblia judía que en la Biblia caldea; escupe todos los males sobre la tierra empapada en su ponzoña; contrasta el poder de Jehovah por los desiertos de Madián, á la vista misma de Moisés; se arrastra por las orillas del Nilo y por los santuarios de Siria; entra en los poemas cosmológicos del Asia y del África; cae herida en el territorio helénico á las flechas de Apolo; sube al peplum de Minerva en Atenas y á la vara del divino Esculapio para significar la ciencia, y concluye por presentarse quebrantada bajo las plantas de María en nuestra liturgia católica. Pero la serpiente aun sobrevive á todas

estas metamorfosis y aun deja de sí hoy mismo símbolos parecidos á las pieles de que periódicamente se desviste y desase. Olimpias amaba con todo su corazón este animal simbólico. En su frecuencia de los templos y en su iniciación de los misterios había la princesa del Epiro tomado esta incontrastable afición al animal simbólico. Unida con aquellas mujeres tracias, dadas al culto del divino poeta Orfeo, que revelara los dogmas religiosos y las prácticas litúrgicas del Oriente á nuestra Europa; encontrando en tan extraordinarios servicios un martirio inolvidable, por estas mujeres inferido, las cuales despedazaron su cuerpo y divinizaron sus despojos, lanzándolo á las ondas del Hebro, que llevaron larguísimo trecho sin sumergirla su cabeza inspirada y sublime hasta el mar, desde cuyos senos tales reconvenciones les dirigió en lengua inspirada, que creyeron necesario sus mismas sacrificadoras y enemigas redimir la culpa y rescatarla, sintiéndose poseídas por completo de su espíritu y exaltadas por sus ideas, al extremo de danzar en bailes parecidos á las espirales del torbellino y llevar sobre la cabeza en cestas de flores y de frutas serpientes, cuyos cuerpos, movidos también al estruendo de sus gritos enfurecedores, enroscábanse á los tirsos de oro que blandían aquellas bacantes en sus manos y bajaban hasta ingerirse, silban-

do, en su seno, y tomar allí el calor de su vida y escuchar allí los resonantes latidos de aquellos corazones entusiasmados y ebrios. Olimpias por tal modo se aficionó á la serpiente, que solía mantenerla con su propia mano, acompañarse de su frío y pintado cuerpo, meterse con ella en su lecho. Esta grande afición dió margen á una sabida leyenda, que atribuía la generación de Alejandro á una serpiente, la cual no era otra cosa en esencia sino el mismo cuerpo de Júpiter que había revestido aquella forma en sus amores con Olimpias, cual revistiera la forma del cisne allá en sus amores con Leda y la del toro en sus amores con Europa.

El culto de Baco estaba entre las costumbres más vivas y arraigadas de Olimpias también. Este culto enardecía los sentidos y los llevaba, con los vapores de sus embriagueces, á una exaltación que así disponía de los nervios como de las ideas. El vino, mezclándose con la sangre, le prestaba fuego y la enrojecía de púrpura. El calor suyo impelíala con soberano impulso por las venas. Así desde la viña hasta la bodega obtenían templos. La fibrosa y oscura cepa, el flexible sarmiento, los pámpanos tan artísticos en su corte, las uvas cristalinas, el racimo en que los granos se agrupan como las piedras preciosas en joyeles, el zumo rebosante del amplio lagar y recogido en el ánfora, por tal modo encantaron á los

pueblos primitivos, que constituyeron éstos en su honra una religión de la naturaleza y un culto de doble carácter, sensual y litúrgico. Ceres y Baco formaban toda la teología del agrícola y de su agricultura, todos sus cultos. El primero se presentaba con mayor serenidad, personificado en matronas castísimas; el segundo vivía de naturales enardecimientos, personificado en joven voluptuoso. Pocos dioses habrán llegado á Grecia de tan lejos ni revestido tantas formas varias en su larguísima carrera. India lo había engendrado, Caldea lo había puesto en sus palacios junto á sus reyes, Frigia le había encendido las venas y prestádole su voluptuosa flauta, Grecia, por último, desvistiéndole de ropas sacerdotales y regias, completamente inútiles, habíalo lanzado desnudo en los senos de la naturaleza, henchida de sensualidad, después de rejuvenecerlo en su inspiración y prestarle su armoniosísima y serena hermosura. Desde aquel sacerdote que iba envuelto en los pliegues de su túnica oriental, coronado con altísima tiara y ceñido con litúrgicos cinturones, de barbas tan luengas y de tan ricas estolas, grave y reposado, hasta el efebo medio ebrio, cuyos ojos encendidos por el vino se pierden allá en visiones rojas, y cuyo cuerpo desnudo se apoya en la parra, llevando en sus manos copas y flautas, coronado de pámpanos y hiedra, con todo

lo cual esparce por doquier su propia voluptuosidad, hay una serie tal de transformaciones sucesivas que muestran cuánto viven las ideas y cuán múltiples y ricas aparecen siempre sus formas en la inmensa metamorfosis á que todos los seres se hallan sujetos por combinaciones de las fuerzas cósmicas dentro del inconmensurable é infinito universo. La hiedra, que facilita las evaporaciones del vino y conjura las borracheras nefastas; el tirso, donde las culebras enlazan sus colas y enseñan los áspides en sus fauces entreabiertas; la piña, que remata los trofeos y timbres del vendimiador; la cesta, que guarda los objetos sacros del culto báquico; el toro, que puebla con sus mugidos los aires y salta gozoso y valerosísimo sobre sus pastos; la liebre, representando una fecundidad muy bendecida por los labradores, que aprovechan los animales útiles con los domésticos y de labor y de carga; el cabrito, de velludas pieles y retorcida cornamenta; el asno aquel de tan fuertes rebuznos que aterró á los fabulosos gigantes; la flauta frigia, compañera de una vendimia ópima; el címbalo, á cuyos sonidos trénzanse los bailes voluptuosos; la máscara, copiada de los embadurnamientos con que pintaban sus caras de mosto los alegres silenos; la carreta cargada de cubas, y en la cual surgió de las facecias graciosísimas entre los cargadores el teatro

clásico; los sátiros, corriendo en busca de las bacantes; todo el simbolismo báquico ha dejado tales huellas de su paso en los viñedos y en los lagares, que todavía los vemos por las tardes sublimemente tristes del otoño, cuando sobre los pámpanos áureos y rojos se alzan los montones de racimos dispuestos para entrar en los apercibidos cenachos, y rompiendo el enlace de los sarmientos van las rebuscadoras en pos de los olvidados rebujos, entre los primeros cierzos que azotan la faz y las postrimeras despedidas lanzadas con tristes píos en el aire perfumado de mosto por las retardadas golondrinas. A las fiestas del dios oriental asistía siempre la oriental Olimpias. Y así como el órfico culto constituía la base primera de sus creencias teológicas, el culto báquico á su vez constituía la base primera de sus prácticas religiosas. Yo muchas veces me la figuro tal como pinta Homero en el cántico décimocuarto de su poema milagroso á la esposa de Júpiter. También ella debía tener una especie de santuario en sus palacios como los consagrados á las diosas antiguas. También para llegar á este santuario, donde se teme á la conspiración mucho por lo mismo que mucho en él se conspira, debían existir secretos pasadizos, semejantes á subterráneos, y puertas sólo franqueables á llaves mágicas y á conjuros cabalísticos. De seguro pedía también

á los dioses sus néctares y se untaba todo el hermoso cuerpo con olorosísimos aceites. Las trenzas de sus cabellos agrupábanse á una sobre su cabeza en guisa de oriental diadema. Túnica semejante á las puestas en sus hieráticos cuerpos sacros por las emperatrices asiáticas la vestía. Un manto de púrpura prendido con broches áureos bajaba de sus espaldas, un cinturón de franjas riquísimas adornaba y ceñía su cintura, zarcillos de tres piedras simbólicas centelleaban en sus orejas, un velo de plata tornasolado de rosa envolvía su hierática frente y unos borceguíes azules como los usados por Diana calzaban sus piés, parecidos á las aras y á los pedestales de un ídolo. Con todas estas preseas, tan semejantes á las usadas por Juno, imposible aguardar de ella las labores de su tierno sexo. Cuando salía de su cubículo seguramente se asemejaba por su parte, ó bien á un monarca en la plenitud completa de su propia soberanía, ó bien á un general que requiriese sus armas y convocase sus ejércitos.

El palacio de Nabucodonosor y no la gruta de Calipso cuadraba enteramente á su figura y á su persona. La poesía suya era el himno guerrero y no la oda erótica. Si á los campos iba, no gustaba del idilio anacreóntico lanzado como notas de ruiseñor sobre las plantas y las flores helénicas; gustaba del

furor báquico, que disponía tanto para los goces como para los combates.

Inútil hablarle de la paloma que arrulla y aletea melodiosamente; de la cigarra canora, escondida, sin carne ni sangre, como una divinidad, en los olivares sombríos; de la dulce abeja que chupa las flores y elabora las mieles; de las cabras, condenadas á comer el oloroso tomillo por alguna suave amarilis tallada en las antiguas églogas; de las flores, que ofrecen guirnaldas con sus ramos, y de las olas, que depositan caracoles y nácares en las riberas; Olimpias sólo gusta de las fiestas báquicas, arregladas y dispuestas como una gran procesión oriental, donde, al són de los címbalos y de las flautas, se oyen eróticas odas mezcladas con ecos de ósculos amorosos y carcajadas de borracheras delirantes. Los antiguos nos han dejado animadas descripciones de tales fiestas, semirreligiosas y semieróticas. Silenos vestidos de púrpura clara y oscura, componiendo matices del rojo, precedían la procesión inacabable. Sátiros numerosísimos seguían á los silenos, llevando en sus puños antorchas litúrgicas ornadas con guirnaldas de hiedra. Tras los sátiros iban coros de muchachas ornadas con los trajes de aladas victorias, quemando perfumes en riquísimos pebeteros. Sus túnicas llevaban bordados animales simbólicos, y sus gargantas pro-

ferían gritos de placer exaltado y embriagador. Veíase luégo un altar de oro, en torno del cual se agrupaban ciento veinte niños moviendo incensarios de plata y tocando agudas trompetas de metales diversos. Hermosísimas matronas, parecidas á divinidades que hubieran bajado de sus aras, presentaban en ofrendas, ora trípodes semejantes á los del respetadísimo Delfos, ora palmas venidas del desierto. Baco seguía luégo con su copa en la mano y puesto sobre un triunfal carro, de que tiraban verdaderas falanges. En torno suyo, tal poeta decía hexámetros; tal músico entonaba cánticos; el frigio coronado de serpientes bailaba; el quiromanta, vestido con traje oriental, formulaba misteriosos oráculos; las bacantes danzaban, ceñidas de hiedra y pámpanos, ebrias de vino y gozo, llevando en su mano el tirso rematado por la piña y compuesto de serpientes entrelazadas. Las vasijas de oro, los símbolos de liturgia oriental, las legiones de cautivos, los simulacros y efigies que figuraban, desde los asnos del sileno ebrio, hasta los elefantes en cuyos lomos saliera Baco de la India; las carretas cargadas con cómicos, representando al paso religiosos misterios; los flautistas frigios, las cantoras lidias, los magos adscritos á la composición de jugos para filtros; las bacantes medio desnudas, con sus pieles de tigre á la espalda; los instrumentos concertados

para producir deliciosas armonías; las ceremonias aparejadas con tradiciones que se habían bañado en las aguas litúrgicas del Ganges, del Éufrates, del Nilo; todo esto invitaba, con sus revelaciones y con sus prestigios, al culto de una síntesis más ó menos fantaseada, más ó menos poética, más ó menos religiosa, pero en cuyos términos iba escondida una transfusión del Occidente al Oriente, todo en una fuerza, movida, no sólo por las cortantes armas, sino también por las puras y reveladoras ideas. Todo cuanto hemos visto en la naturaleza y en la educación de Olimpias, todo parece apercibido y preparado á producir y generar el alma inmensa de Alejandro: las montañas del Epiro, que le han servido de cuna; el mar Egeo, que le ha servido de claro espejo; los combates, en que ha su voluntad acerado; las intrigas de tantos pretendientes como han urdido tramas contra sus hermanos y contra su esposo, tramas cuya urdimbre ha conocido mucho, destejiéndolas y deshilándolas; su antigua ufanía de una regia prosapia, en la cual se hallaba nada menos que un héroe como Aquiles; su profesión de las ideas órficas, crepúsculo vespertino del dogma oriental y crepúsculo matutino del pensamiento griego; su presencia continua en los misterios de Samotracia; su fuerte complexión, tan robusta como los encinares de Dodona, que despiden

belicosos bramidos; sus delirios báquicos, los cuales, no sólo remontan sus nervios hasta una sobreexcitación rayana en delirio, sino que iluminan su entendimiento hasta sumirlo en síntesis, de las cuales, así como saldrá la generación material de un hombre como Alejandro, saldrá también la generación intelectual de un dogma como el helenismo. Quizás para preparar una síntesis tan extraordinaria como la síntesis alejandrina se necesitó de unas entrañas tan ciclópeas como las entrañas de Olimpias, parecida de suyo á una de aquellas divinidades asiáticas, las cuales acababan por trocarse, desde sus tranquilos templos y sus serenos altares, en conquistadoras del mundo, como Semíramis. Lo cierto es que toda la epopeya con el nombre de alejandrina conservada en la posteridad saca una gigante sinfonía del colosal preámbulo con que la dota esta extraña biografía de Olimpias. Por ella vemos, no solamente los gérmenes de ambición que Alejandro recibe al recibir el sér y la vida, sino también los gérmenes de filosofía. Ella forma el corazón de su hijo para las cosas imposibles y el entendimiento para las concepciones vastísimas. Ella le comunica ese idealismo semifilosófico y semirreligioso, de cuyas vaguedades descendiera después al mundo, como levadura de vida, el sincretismo espiritual. Así Alejandro se parece unas veces en lo sublime al

inspirado Apolo que tañe su áurea cítara con sus dedos de artista y maneja el plectro y alza el cántico lleno de ideas órficas, y otras veces, en lo sensual, se parece también al Baco tendido sobre su lecho de pámpanos y coronado con sus guirnaldas de hiedra, sobre cuyo cuerpo hermosísimo vierten los silenos sus copas de mosto y tienden las bacantes sus voluptuosas miradas de sensual amor y divina embriaguez. Apolo, Baco y Orfeo: he aquí la trilogia de Olimpias.

La educación dada por tan extraordinaria madre á su extraordinario hijo bordábase toda ella sobre un alma de temple guerrero que había crecido viendo en Filipo, su generador también, guerras, batallas y conquistas. El heredero de la corona macedonia tenía tal idea de quien la forjara para sus inspiradas sienes, que á la continua recordaba en las conversaciones familiares y públicas con sus conciudadanos cómo éstos vivían cual tribus primitivas dentro de cavernas y erraban por bosques á guisa de salvajes, y cubríanse á lo sumo de pieles arrancadas á las alimañas feroces, y guardaban ganados nómadas, y tenían que habérselas con todos los bárbaros circunvecinos, hasta que su padre les dió la clámide ostentosa del soldado griego y los trocó en dominadores de las regiones y de las gentes á quienes siempre habían odiado y temi-

do. Poned sobre un alma fantaseadora la educación ideada por Olimpias, el ejemplo de Filipo sobre un corazón animoso, las batallas y las guerras por ejercicio perenne, y comprenderéis cómo Alejandro debía soñar, por lo que tenía de su madre, la conquista del mundo, y por lo que tenía de su padre debía cumplirla y realizarla. El temperamento militar de Macedonia compadecíase mucho con su organización puramente guerrera, y esta organización guerrera pedía un poder monárquico. Este poder monárquico le dió Filipo tan afortunado y feliz de suyo cual todos aquellos que aciertan con la forma propia del pueblo donde imperan. El único elemento capaz de contrastar estas fuerzas recibidas por Alejandro de su cuna y de su infancia fuera la custodia de un alma delicada, la custodia de una madre amorosa y tierna. Pero la varonil Olimpias, hija del rey Neoptolemo, que había combatido toda su vida con ardor, y sobrina de Arybbas, otro déspota implacable, y hermana de Alejandro, alzado también al trono por medio de combates, iba ya completamente habituada de antiguo á los conflictos cuando se casó con el rey Filipo, á quien conociera y tratara en los misterios de Samotracia, en el culto de Orfeo y Baco, entre orgías nocturnas, las cuales mezclaban las serpientes venenosas con las mujeres ebrias, y sugerían los ner-

vios una extraordinaria sobrexcitación generadora de sueños fantásticos, de visiones magnéticas, de presentimientos confusos, de profecías y aspiraciones increíbles. Aunque pocos matrimonios podían satisfacerla y honrarla tanto como el matrimonio con Filipo, cuéntase que mil pronósticos la retraían de celebrarlo, y mil imaginaciones la desgarraban á una con toda suerte de tormentos. Así la noche que precedió á sus bodas, lejos de recogerse dentro de sí para consagrarse á meditar en los medios indispensables al cumplimiento de un deber tan sagrado como granjear la ventura de su marido, excitada en los sueños por pesadillas y en los desvelos por fantasías, creyó ver nube tempestuosa y oscura que la envolvía con culebreos de relámpagos, con chasquidos de rayos, con trombas de fuego, y sintió las llamas de un cósmico incendio penetrando en sus venas y abrasándola entre horrorosos dolores. La ilusión llegó tan lejos que comenzó á proferir gritos discordes y á emprender desordenadas carreras con ímpetu, el cual llegó á sobrecogerla con agobiador cansancio, y tras el cansancio á darle un fuerte desmayo. Temperamento así, tan desordenado de suyo y tan sujeto á estos accidentes que parecen verdadera locura, debía engendrar, ó bien un héroe, ó bien un vidente, ó bien un genio sin igual, ó bien una sin

igual demencia. Si así procedía Olimpias en los años de su virginidad, imagináosla ya casada y en cinta. La exaltación propia de su carácter acrecentaríase, á no dudarlo, con la enfermedad continua de un doloroso embarazo. Lo cierto es que, así como la tragedia clásica nos ha presentado tipos cual aquel de Orestes, en una continua exaltación, perseguido por las Euménides, que le sugerían espantosos remordimientos, la historia clásica nos presenta el tipo de Olimpias asaltado por desarreglos nerviosos como una pitonisa delirante sobre su trípode sacra y poseída de un furor misterioso como si algo sobrenatural debiesen parir sus entrañas, sacudidas desde la concepción de Alejandro por estremecimientos horribles.

Después, en consonancia completa con las propensiones mostradas durante su embarazo, rodeó de fábulas místicas la cuna y nacimiento de su hijo. Aunque allá en privado se burlaba de las pretensiones, muchas veces aducidas por Alejandro, de tener una celestial prosapia entroncada con todos los dioses, y de haberlo generado Júpiter mismo en forma de serpiente, dejaba decirlo en público y aun divulgarlo entre los pueblos. En verdad que las fábulas, tomando direcciones diversas, unas veces daban por esposo verdadero de Olimpias al Júpiter olímpico, y otras veces al Júpiter Ammón.

Dícese más; dícese que, al interrogar Filipo los oráculos religiosos acerca del origen y del nacimiento de su Alejandro, indicáronle todos que venerase á Júpiter Ammón. La malicia de algunos cortesanos, muy devotos de las murmuraciones, atribuyó la paternidad natural del héroe, no á ningún Júpiter Ammón del Egipto, sino á un egipcio de carne y hueso conocido con el nombre de Neoptolemo y destronado en las competencias guerreras propias de tales tiempos. Unos atribuyeron la fortuna del proscripto á sus ventajas y prendas evidentes, mientras otros á sus magias egipcias. Dicen varios que la prestancia y el entendimiento de aquel africano cautivaron á la reina de Macedonia. Pero no falta quien crea tal triunfo debido á filtros hechos con hierbas regadas por las aguas del misterioso Nilo. Mas la historia no puede convenir en esta paternidad calumniosa, conociendo la fecha fija del arribo de Neoptolemo á Macedonia, fecha en que tenía seis años ya el supuesto hijo, el vencedor Alejandro. Las imaginaciones concebidas por Olimpias en su boda se repitieron del modo mismo, siquier con caracteres diversos en su embarazo, y las imaginaciones de su embarazo en su alumbramiento. Filipo vió ceñido el cuerpo de su Olimpias con misterioso anillo, en el cual resplandecía muy artísticamente grabado enorme león. Todos los reyes de

aquél tiempo tenían en su corte adivinos que les descifraran los sueños, quiromantes que les leyeran las manos, astrólogos que les revelaran los dichos de las estrellas. Y llamado á presencia de Filipo Aristrando, el cual conocía de los augurios predecesores á los holocaustos, tradujo el sueño como signo de valor y virtud en el infante próximo á nacer. Mas no pararon aquí los presagios. Una de las doce ciudades jonias sitas en las costas del Asia Menor se llamaba Éfeso y resplandecía por el excelso templo consagrado á la diosa Diana. Faro luminosísimo, santuario sacro, sitio de tradiciones y de recuerdos, museo de verdaderos exvotos, sobre sus altares, las divinidades helénicas habíanse á una transformado, y dejando el carácter oriental, como deja la serpiente su piel y como deja la flor su capullo, habían recibido la perfecta y acabada forma propia del mundo griego. Por esta razón, aquel templo de Asia parecía un anillo destinado á enlazar los dos continentes, y gozaba tanto de prestigiosa influencia como de merecido renombre. Por consiguiente, un respeto universal circuía tan célebre santuario y una continua peregrinación lo llenaba de fieles. Pues bien, aquel templo ardió cierta noche, incendiado por un oscuro criminal que se llamaba Eróstrato, y que había querido granjearse fama inextinguible con atentado tan enorme. El nombre de quien

semejante hazaña cometiera significa desde aquel entonces en todos los siglos la demencia de cuantos aspiran por todos los medios y á toda costa con actos de cualquier clase, más ó menos extraños, á universal renombre. Pues bien, el incendio de Éfeso coincidió con el nacimiento de Alejandro. La misma noche misteriosa en que paría Olimpias al conquistador de Asia, incendiaba Eróstrato el gran templo asiático. Esta demencia por el renombre y la fama debía mover también al predestinado para tan grandes cosas, cual había movido al predestinado para tan mísero crimen. Ardió el templo donde se habían transformado las ideas orientales en helénicas á la misma hora de nacer el que debía transformar las ideas helénicas en orientales. La fama infame del criminal Eróstrato y la fama justa del renombradísimo Alejandro dicen cómo la reputación y la fortuna se parecen de suyo en las distribuciones de sus contradictorios presentes, faustos unos y otros infaustísimos. ¡Cuántos renombres aspirarían al silencio y al olvido en la sucesión de los siglos!

La educación dada por Olimpias á su hijo corresponde con lo excelso de sus orígenes y con lo más excelso todavía de su fin histórico. Lo primero de que curó, atenta lo mismo á cuerpo y espíritu, fué de buscar una conveniente nodriza, en genio

bondadosa, en salud robusta, en ánimo entera y resuelta, para que sostuviese con la primera nutrición el temperamento fuerte de aquella criatura y lo dispusiese á sobrellevar la doble pesadumbre del combate y del gobierno continuos. A más de la nodriza procuró ponerle dos ayos tan expertos como su propio pariente Leonidas y el acarnasiense Lisímaco. Estas tres personas, dirigidas por Olimpias, á quien su ambición desapoderada y su amor materno impelieron en busca de influjo mayor al tenido por otras mujeres sobre su prole, formaron poco á poco el cuerpo y el espíritu de aquel que debía someter á su voluntad el mundo. Lo heroico de su natural despuntó en los albores de su vida y en los amaneceres de su alma. Desde sus primeros pasos prefirió á los externos afeites del vicioso lujo las íntimas é interiores virtudes del corazón. Un verdadero interés por todo cuanto le circuía, ya inanimado, ya animado, venía de suyo á mostrar las aptitudes varias de su compleja, más que compleja, de su complicada complexión. Grande agilidad tuvo desde su niñez, y para sumar, así en lo moral como en lo físico, cualidades contradictorias, tuvo también grande resistencia. En el hipódromo desafiaba, como caballero, á los mejores jinetes; y en el gimnasio, como diestro y forzudo, á los mejores atletas. Su paciencia en los dis-

gustos y adversidades, frecuentes en la vida, sólo podía compararse con el ímpetu y el placer en los goces. Inclinaba siempre la cabeza del costado izquierdo desde sus primeros años, como al peso de un gran pensamiento. Y esta inclinación, indeliberada é inconsciente de suyo, prestábale severa majestad. En prematura vocación á la gloria, gustaba de las merecidas alabanzas con voluptuosidad. Sabía de antiguo él mismo quién era y á cuánta excelsitud se hallaba destinado, pues viéndole sus amigos y compañeros de mocedad tan propenso á la disputa de premios y lauros en el estadio privadísimo de su palacio, le conjuraron para que fuese á competir en los juegos públicos de Olimpia, y contestó que lo hiciera de tener por competidores y contrarios reyes coronados. Un día súpose nuevo triunfo de su padre, sumado á los muchos obtenidos en su larga carrera militar, y como todo el mundo se holgase con aquella merecida fortuna, y sólo él permaneciese triste, explicó la causa de tan extraña tristeza diciendo cómo su padre no le dejaba cosa ninguna por intentar y hacer. Algún presentimiento muy tenaz le debió anunciar lo corto de su vida, pues huía porfiado al sueño, tomándolo por muy semejante á la muerte. Así acostumbró desde su niñez á dormir muy poco, y aun este poco lo solía interrumpir con máquinas é industrias que,

armando estruendo, le tuvieran por fuerza en continuada vigilia. Siempre hubo algo de poético y algo de sacerdotal en su vida y sér, desde la edad más tierna. La continua lectura de Homero y la incesante honra de los dioses embargaban con porfiadísimo embargo su alma. Gustaba tanto de quemar incienso en la pira, sobre las aras alumbrada, que le riñó su ayo Leonidas, enemigo de las profusiones, diciéndole cómo sólo podría quemar sustancia tan rica cuando conquistara los lugares donde se produzca. Conservó la reconvención aquella el niño con celo, y ya hombre, monarca, conquistador, envió al maestro una caja del perfume litúrgico, recogido por su propia mano, encargándole de pasada, en lección severísima, no escasease tanto otra vez las ofrendas á los dioses, pues veía por experiencia con qué dobladas creces remuneraban éstos las debidas ofrendas. Olimpias cuidó también de que sus compañeros le ilustrasen el ánimo en las conversaciones y le fortaleciesen el cuerpo en los ejercicios. Así dióse con aquel niño un raro ejemplo de virtud práctica. Tal sobriedad reinó en su mesa, y tal castidad en sus costumbres, que necesitóse toda la tentación de aquellas voluptuosísimas ciudades asiáticas para descaminarlo de su austeridad primitiva y corromperlo en los sensuales goces. Niño guardó tanta pureza, y la continuó,

joven, al despertarse las pasiones con tal perseverancia, que su madre se reía muchas veces de aquel cenobita criado en los palacios y le preguntaba sin pudor si era ó no propenso á las naturales inclinaciones de su sexo. Así criaron al conquistador Alejandro.

Toda la educación de su madre sirvió para exaltarlo, exaltada como era de su propio natural semejante reina. Y toda la educación de su padre sirvió para darle también aquel temperamento guerrero tan poco acorde con su temperamento de soñador y de poeta, pero concertándose ambos en él por un milagro de la naturaleza. Lo más extraño en Alejandro fué reunir al temperamento guerrero y al temperamento fantaseador un tal sentido profundo, verdaderamente profundo, de la vida práctica, que le hacía un consumado estadista. Tal cualidad no pudo aportarla otro á su educación y á su temperamento que Aristóteles, filósofo relativamente positivo en el antiguo mundo. Cuando leéis un diálogo de Platón creeríais leer profecías, por lo sublime, de Isaías, y hexámetros, por lo perfecto, de Sófocles. Yo no puedo recordar obras metafísicas tan excelsas como el *Banquete* ó el *Euforión*, sin oir aquella sinfonía de ideas armoniosas que las precede y las abre. Junto á los profundísimos conceptos de la inmortalidad y del entusiasmo en-

cuentro en mi fiel memoria el camino cortado por la palestra que conduce al Ilisso; el arroyo, al borde del cual se asentaba Sócrates para que le acompañase con el melodiosísimo susurro en las profundas meditaciones; el sol, inclinándose desde su cenit hacia el punto donde se alzaba el templo de Teseo; las aguas canoras del Cefiso, que componen, como si los hilos de sus linfas fuesen cuerdas de un arpa, verdaderas odas; las pendientes del alto Lycabetes, que fluyen mieles y pensamientos; la roca donde flamea el seguro de Atenas que dicen Acrópolis; la gentil y áurea lanza de Minerva, tras la cual se descubre, allá en el mar lejano, la celeste bahía de Salamina, donde se ahogaron los déspotas y vencieron, para gloria y ornato del mundo, la libertad y la república. No es aquesta, no, la filosofía de Aristóteles, desceñida por completo de todo ropaje artístico, y atenta, más que á las ideas abstrusas, á las relaciones entre los conceptos y los seres, aprendidas en una reconcentrada experiencia. El carácter poético é idealista de Platón le llevara por necesidad á un sistema político inspirado en vagas utopias, mientras el carácter experimental de Aristóteles le llevara por necesidad á una política de observación y experiencia. No sabemos quién aconsejó, entre padre y madre, la elección de Aristóteles para instruir al príncipe Alejandro. Una carta

corre como de Filipo encargando al filósofo la educación del hijo; pero huele tanto á hecha por un retórico artificiosamente, que la considera el sentido vulgar apócrifa. Si Olimpias influyó mucho en este, como en los otros asuntos, bien puede asegurarse que moderó la educación por ella sugerida y arreglada. Para contrastar los ímpetus de un temperamento exaltado y poner algún concierto en espíritus donde reinaban los ensueños órficos excitados por la sensualidad propia de las liturgias báquicas, no conozco en el mundo ningún calmante comparable á la filosofía de Aristóteles, toda ella experimental y práctica. En primer lugar el filósofo estagirita no busca los tipos y arquetipos como su maestro, busca en sus indagaciones los seres, y á lo sumo, las especies en que los seres se juntan y sistematizan. La relación del conocedor con lo conocido señorea toda su ciencia. La historia natural es acaso uno de los primeros ramos del saber en la filosofía peripatética. Las sublimes disciplinas pasadas á la posteridad con el célebre nombre de acromáticas refrenaron, á no dudarlo, un espíritu desenfrenado en las magias y en las teogonías orientales. Cuéntase por sus biógrafos antiguos que Alejandro cultivó la ciencia de Aristóteles hasta el extremo de prohibirle con severidad la divulgación de sus obras, á fin de gozarlas él solo, como si los

reinos de la ciencia pudiesen someterse á un rey cual se someten los reinos de la tierra. Mas lo que principalmente influyó en la vida y obra de Aristóteles fué su estudio profundísimo de la moral en sus aplicaciones á la política, pues si ésta enseña el arte de regir á los demás, aquélla la ciencia de regirse uno á sí mismo. Y no se rigiera con tanto empeño Alejandro, no dominara en tantas circunstancias de su vida el desordenado tropel de sus pasiones exaltadísimas, no se acomodara como se acomodó á cuanto pedían las circunstancias y los climas, no se distinguiera tanto por su moderación en la victoria como por su tenacidad en alcanzarla, si el maestro no hubiese aplicado toda su metafísica experimental á las leyes morales y todas las leyes morales al gobierno y dirección de los pueblos.

No puede, no, dudarse que Aristóteles ha clasificado las ciencias en el mundo antiguo como ningún otro y las ha definido en observaciones profundísimas, que permanecerán como una revelación verdadera. Nadie ha reparado tan bien las diversas características de los varios gobiernos ni las ha definido con tal exactitud. Sus observaciones acerca de los males que pueden perder cada clase de gobierno, quedan hoy como rigurosos apotegmas políticos de todo punto inenmendables. «Se perderá, decía, todo gobierno absoluto por el despotis-

mo, todo gobierno medio por la oligarquía, todo gobierno radical y democrático por la demagogia.» Yo no creo que hombre ninguno haya en la tierra medido con tanta exactitud lo que debe cada política en su desarrollo al medio de que brota y á las circunstancias impulsoras ó determinantes. Un observador así, de tal profundidad, acompañó al conquistador desde su niñez hasta su expedición al Asia, en que no quiso acompañarle. Pero, estudiando con su atención reconcentrada el estado que tenía su discípulo, dióle sabia fórmula, cuyos términos resplandecen todavía como nimbo de luz ideal en su alma inspiradísima. Comprendiendo la diferencia entre la civilización madura de los griegos avezados por su complexión privilegiadísima y por su historia ilustre á la fecunda libertad, díjole que no pretendiera una dominación en ellos, imposible, atentatoria tristemente á sus consuetudinarios derechos, é irrealizable por ende, y se contentase con la dirección intelectual y moral conocida bajo el nombre modestísimo de una sabia hegemonía. Mas viendo luégo la diferencia entre la civilización de los helenos y la civilización de los persas, y el abismo que mediaba entre una conciudadanía y una conquista, sugirió al conquistador la idea de tratar á los helenos como conciudadanos y á los persas como vencidos. El profundo pensador hele-

no, vista la superioridad incontestable de su patria en todo, atribuíala sin razón á lo más material y grosero, al clima, como si fuesen los humanos simples productos naturales. Creía valerosos á los habitantes del Norte, pero poco aptos para la sociedad; y muy sociables á los hombres del Asia, pero poco aptos para la libertad. El heleno, participando de las dos razas, independiente como los hombres del Norte, sociable como los hombres del Mediodía, tiene las aptitudes y capacidades necesarias para dirigir y gobernar con acierto á unos y otros. Por consiguiente, Aristóteles aconsejaba respetar las instituciones griegas y someter los pueblos asiáticos. En éstos y en aquéllos deseaba la estabilidad. Pero, conociendo que alguna razón había de procurar al establecimiento de autoridad tan alta y tutela tan enorme como las del rey macedón sobre las gentas todas, después de aseverar que se gobiernan estas mejor en la igualdad nativa de sus derechos, añadía este acertijo: «el de que allí donde un hombre supera en mucho á los demás, hay precisión de fiarle por fuerza el supremo poder.» Sus afirmaciones llegaban hasta creer los grandes hombres, no solamente superiores á las leyes, sino la ley misma en sustancia, y comparar los que les piden parte alguna en el gobierno á las liebres pidiendo un trozo en los despojos hechos por la fuerza y

por la pujanza del león. El sentimiento que allá en su interior experimentaba del propio valer Alejandro, bastaba de seguro á mantenerlo en esa especie de natural ensoberbecimiento, por cuya virtud se creía como un Dios. Bien es cierto que muchos á una, sin ser él, ni estar en las intimidades hondísimas de su espíritu, le daban también esos caracteres sobrenaturales. Polibio decía que superaba la medida de lo humano el genio de Alejandro. Y, por consecuencia, no debe maravillarnos de ningún modo si nacido en circunstancias tan milagrosas; por conquistador de muchos alientos engendrado; parido por madre soberbia y de ambiciones desapoderadas; puesto primero á la cabeza del mundo heleno, que representaba la cúspide culminante del humano espíritu, y considerándose luégo tan superior á los asiáticos, cual se consideran los humanos superiores á plantas y animales, soñase con avasallar al mundo entero, y reuniendo en sus brazos el Oriente con Grecia, como en lecho nupcial, confundirlos, á guisa de Dios, para transformarlos, al soplo de su espíritu.

Mas lo que principalmente prestó al conquistador su carácter aventurero fué la vida conyugal entre padre y madre, dados á disentimientos continuos. Olimpias estaba poseída por pasión predominante, mejor dicho, por la suma de pasiones en

espíritu altivo señoreadas, que se denominan á una en lengua vulgar ambición. Su alma de madre había con profético presentimiento adivinado el ministerio traído por Alejandro á la vida. Y viendo la desproporción puesta por naturaleza entre hijo y padre, libró sobre aquél todas sus esperanzas de imperio y dominación. Recién casados no más, entendió Filipo cuánto errara en elegir aquella mujer. Los temperamentos iguales desconciertan en los matrimonios. El rey macedonio había menester una esposa casera, delicada, muy mujer, y se veía con una sabia, con una sacerdotisa, con una colosal amazona, cuyos gustos diferían poco de sus gustos, y que sus ejercicios militares y políticos emulaba con porfiada continua emulación. Bien pronto se disgustó de su temperamento y se desarmó de su trato. A mayor abundamiento, las costumbres órficas y báquicas, que la llevaban á un contacto estrechísimo con la serpiente, repelíanle de su lecho y de su lado. El amor, necesario á todos los seres animados, impera con soberanía despótica en el ánimo de los guerreros. Entre la fuerza destructora que mata y la fuerza creadora que genera se han repartido el mundo animal y orgánico como entre las fuerzas de atracción y las fuerzas de repulsión la mecánica de moles y luminares. Una complexión heroica pide una complexión deli-

cadísima para su complemento y para su equilibrio. Por consecuencia, nada tan ocasionado á repulsiones como encontrarse Olimpias y Filipo con el mismo temperamento guerrero y la misma propensión al goce de las dominaciones incontrastables y absolutas. De aquí una diversión mutua en los sendos afectos de ambos esposos. Olimpias, á quien muchos calumniaran atribuyéndole mentidos amores con un rey proscripto y lanzado del trono y del territorio egipcio por azares de la fortuna, concentró su actividad toda en la educación de Alejandro, donde hallaban objeto sus ambiciones y pasto sus esperanzas. Mas Filipo no podía en esta obra capital absorberse, por lo mismo que la impedían sus mayores cuidados y que la llevaba con todo su ánimo esposa implacable y aborrecida. Bien pronto, pues, aquel estado tristísimo de los dos reyes cayó en una irremediable desavenencia, precursora del divorcio. Filipo, á consecuencia de la separación moral entre ambos cónyuges, se prendó perdidamente de Cleopatra, una florida doncella de tierno corazón y acabada hermosura, sobrina del célebre Atalo; pidiósela en matrimonio, resuelto como estaba de antiguo á un repudio. Imaginaos la cólera de Olimpias viéndose, no sólo despedida de aquel palacio donde tanto imperio ejerciera, sino contrariada en la educación de su

hijo cuando éste daba mayores promesas. A tal fecha, no solamente su industria en la retórica le sugería una elocuencia propia de los grandes oradores helenos, sino que había también aprendido la medicina profesada con la suma y síntesis de tantas otras ciencias por la mente universal de Aristóteles, en cuya familia dominó también Esculapio. Y no descuidaba Olimpias por esto los ejercicios corporales del adorado heredero. El día en que, traído un caballo de Tesalia, Bucéfalo, todos los picadores y jinetes de la corte marraron al montarle, de tal suerte que lo habían despedido por malogrado é inútil, y Alejandro supo contenerlo, refrenarlo, subirlo, quedó entre los suyos hasta por su agilidad y por su fuerza como el primero de los griegos. Su propio padre, con tal ocasión, le dijo que buscara otro reino mayor y más digno por parecerle á su grandeza estrecho y reducido el reino de Macedonia. Pues como quiera que Olimpias no se apartara un minuto del magno empeño, que consistía en favorecer la naturaleza por medio de la educación, indignóse mucho cuando los disgustos matrimoniales llegaron á perturbarla en sus oficios y á distraerla de su principal cometido. Todo el amor, con que debe corresponder en los matrimonios una esposa fiel á su marido, trocóse por aquellas circunstancias en odio, al cual co-

rrespondió Filipo proscribiéndola de su corte y casándose con su rival. Imaginaos la ira de Olimpias.

Celebrábanse las fiestas de la boda con todo el esplendor propio de aquellos tiempos. Filipo quiso que Alejandro las presenciase, y, á pesar de su repugnancia, las presenció Alejandro. Muy disgustado iba, no sólo por razones políticas dimanadas del temor á competencias con hermanos futuros, por razones afectivas dimanadas del dolor que le inspiraban las tristezas de su madre, mal avenida con su destierro, por lo que tenía de pena y por lo que que tenía de destronamiento. Ardían la mirra y el incienso ante los dioses en olorosas nubes; sonaba la música de los festines; la corte, ceñida de guirnaldas y envuelta en lujosas telas, tendíase por los aparejados lechos; abrían el apetito los platos bien olientes y rebosaban en las copas los más exquisitos licores; aquí un bufón decía gracias; allí un atleta ejercitaba sus fuerzas; no lejos los esclavos de rodillas ofrecían, ya los pasteles, ya los aperitivos, mientras los coros cantan y bailan las jóvenes más hermosas de toda Grecia. Nada ofende tanto como el general regocijo á los tristes. Cítaras por un lado, flautas de dos tubos por otro, guirnaldas de flores por doquier, lechos tallados en limonero y cubiertos de telas preciosas, vasos esculpidos en oro y plata por los primeros artífices, copas de ám-

bar, canciones anacreónticas, música suave, sólo servían á disgustar más y más con los placeres que por doquier se difundían el atribulado espíritu de Alejandro, en cuyas orejas deslizara su madre, al despedirlo, amarguísimas palabras. ¡Cuán triste para el príncipe, después de haber gobernado á los dieciséis años ya el reino, cuando su padre dirigía el sitio de Bizancio, verse ahora proscripto juntamente con su madre, y volver de la proscripción tan sólo para presenciar el regocijo de aquellos á quienes había siempre aborrecido y la tristeza de aquellos á quienes siempre había amado, todo por culpa de su padre! Tachaba éste á Olimpias para justificar su desagrado, ya crónico de altivez y soberbia. Pero, cohonestase ó no el rey con razones valederas su proceder, es lo cierto que consumó el desdoro y el desprecio de su propia mujer llamando el hijo á las bodas. Estaban en las postrimerías del convite, donde usábanse desde los tiempos homéricos entusiastas brindis, cual nosotros los usamos ahora. Atalo, tío de la novia, movido en parte por los vinos y en parte por las ambiciones, alzóse á brindar, y dijo que debían pedir los macedones á los dioses concediesen muy en breve á Filipo sucesor legítimo en el nuevo matrimonio. Imaginaos cómo heriría este brindis irreverente al heredero de Filipo. La imagen de su madre, la injuria terrible

á su nombre y nacimiento inferidas, el menosprecio de su legitimidad incontestada, el natural recelo de un sucesor feliz y poderoso, todos estos afectos irritaron su irritable ánimo y se le subieron como los vapores de un vino embriagador á la cabeza, trastornándola de modo que le sugirió un desacato. Colérico de suyo y agraviado, cogió una copa y arrojóla sin respeto ninguno á la cabeza de Atalo para que no volviese nuevamente á llamarle borde. Atalo se defendió lanzando su copa también sobre la cabeza de Alejandro, y este cruce de objetos ricos, trocados en proyectiles como piedras lanzadas por las catapultas, perturbó el convite y escandalizó á los convidados. Filipo, irritado de que se le infiriese aquel desacato y se le perturbara la celebridad de tanto regocijo, dirigióse, desnuda la espada, encendido el rostro, ciegos los ojos, al sitio donde se hallaba su heredero, que lo pasara muy mal, de no haber sobrevenido á su padre intenso dolor causado por una herida en la pierna, el cual dolor le cortó la carrera y le derribó por el suelo, impidiéndole con su violencia el arrebatado castigo. Indudablemente á la interposición de los generales y de los ministros, unida con la vergüenza y la pena de haber caído en tierra, se debió el que Alejandro no muriera en ocasión tan triste. A pesar de su cólera y de sus iras, hubiese aguar-

dado al monarca y recibido la pena sin desacatarle ni ofenderle. Esto no obstó, sin embargo, para que, pasado el hecho, se holgase refiriéndolo entre los suyos el príncipe y dijese á los militares con acerba crítica y amarguísimo sarcasmo cuál guía llevaban para conducirlos al Asia, quien difícilmente podía pasar de un pueblo á otro pueblo sin tropiezo, cuando no pasaba de un lecho á otro lecho sin caída. Las costumbres macedónicas asemejábanse mucho á las costumbres asiáticas. Los reyes tenían en sus cortes respectivas verdaderos harenes. Por ende muchos hermanos de todas procedencias competían con Alejandro. Y Olimpias, más ambiciosa cuanto mayor número de días contaba, y más susceptible á medida que iba recibiendo innumerables desengaños, no conocía reposo en el arte de conspirar y concitaba hijo contra padre. Tal era la situación de aquel matrimonio.

Dióle ocasión á sus empresas y á las satisfacciones de sus rencores el haber podido volver de nuevo á la corte de Filipo, donde los celos y las ambiciones le sugerían toda suerte de asechanzas al reino y al rey. Demarato, corintio de suma influencia, intercedió por hijo y madre, logrando al fin de Filipo, tras muchas instancias, aquel deseado regreso. Una vez en Pelas, que así llamaban la capital de Macedonia, Olimpias persuadió las ambiciones de su

hijo á que formara un gran partido, resuelto en su favor, y lo contrapusiera con decisión al partido formidable de su padre. Seguro ya del odio de éste, creíale Olimpias en el caso de granjearse, por medio de beneficios, con blandura y agrado, alianzas bastante poderosas á contrastar la malquerencia paterna. En sus siniestros pensamientos, aconsejábale Olimpias valerse con los fáciles de sus seducciones, con los tímidos de sus amenazas, con los fuertes de sus promesas, con todos arreo de sus dádivas. Filipo trataba siempre de ir desconcertando lo que Olimpias concertaba en el ánimo de su heredero. Cuando veía que lo industriaba en achaques de larguezas y dádivas, poníase furioso, pues las consideraba como lo peor factible: que no son de fiar los patricios adquiridos por presentes, más naturales en aquellos de inferior extracción, como ministros ó cortesanos, y poco decentes en quien todo lo debía granjear y obtener por su grandeza. Pero batallando siempre Olimpias con Filipo en el espíritu de Alejandro, le observaba cómo solía éste desaconsejarle de palabra lo mismo que le mostraba y enseñaba con ejemplos. El rey creyó toda su vida que no había cosa inaccesible al dinero, y, para confirmarlo, valíase del oro igualmente que del hierro. Así, pues, en concepto de Olimpias, trataba de abstraerlo á sus trabajos y de reprenderle para

que no usase contra él aquellos artificios usados por él contra hijo y madre. A fin de mostrarle cuán verdadero su juicio maternal resultaba, le dijo que tratase de captar á su padre para un matrimonio desigual, y vería cómo se indignaba de que le pasara por las mientes darle consuegros bárbaros, cuando él nunca observara lo mismo que persuadiera, pues á precio de prosperar poder, gloria y fortuna, casóse con mujeres de la más inferior extracción, allá por el país de los ilirios y de los getas, engendrando ellas muchos hijos naturales competidores de Alejandro. También Filipo trataba en esto de contrastar á Olimpias con empeño, diciéndole al hijo cómo debía proceder de blando entre tantos competidores, á los cuales tocábale de seguro exceder por su valor y por su virtud para que creyese todo el mundo provenía la corona futura más de sus méritos que de su padre y su nacimiento. Tal materia de controversia continua divorció los ánimos en el matrimonio, antes de que los divorciara el sendo apartamiento en que habían caído uno de otro los esposos. No se soldaban las quiebras hechas en estas mutuas competencias. El rompimiento llegó al cabo, rompimiento escandaloso y á la monarquía nefasto de todo punto. En estas riñas obsérvase cómo el natural de Olimpias aventaja y supera en violencias al natural de Fili-

po. Éste refrenaba los ímpetus de Alejandro, mientras aquélla los impelía. El uno predicaba moderación y la otra venganza. Con su propio hermano, rey del Epiro, trabajaba Olimpias, persuadiéndole al odio y al combate implacables contra Filipo. Pero éste, muy avisado y muy conocedor en su larga experiencia de todo el mal que podía causarle aquella enemistad terrible de su cuñado y vecino, púsose á desarmarlo, y para más tenerlo á su lado y obligarlo consigo le dió en casamiento una de sus hijas.

No cuadraban bodas y banquetes á la estrella de Filipo. En sus propias nupcias con Cleopatra estalló la cólera de Alejandro, y en estas nupcias de su propia hija con su cuñado, la conspiración de largo tiempo urdida sobre su corona y sobre su cabeza. Los descontentos abundaban mucho en la corte de Filipo, como suelen abundar en casi todas las cortes asiáticas. Tantos hijos naturales, tantas mujeres en el harén, tantos gobernadores de provincias, los innumerables pretendientes nacidos de las múltiples ambiciones aglomeradas en aquellos centros de poder, debían dar de sí una conjuración permanente, y esta conjuración permanente un atentado irremediable. Como protagonista de todas las maniobras allí fantaseadas, como puño de todos los golpes dados, como agente principal de todos

los trabajos hechos contra Filipo, estaba Olimpias, revestida del poder prestado por la posición, de cuyas ventajas disponía contra el mismo que se las granjeó y conservó. Cuando tantos odios van por los corazones y por los ánimos, nada tan fácil cual condensarlos en estallido supremo y conducirlos fuertemente al fin único de ruidosísima venganza. Olimpias aprovechaba todas las conyunturas imaginables y ponía por obra todos sus medios de satisfacer los añejos rencores. Un oficial de la propia guardia regia, llamado Pausanias, le ofreció la buscada ocasión. Valeroso, apuesto, joven, inteligente, privaba Pausanias mucho en la voluntad soberana de Filipo. Tales títulos dábanle derecho de asistencia indudable á todas las fiestas cortesanas. Y como una muy espléndida ofreciese Atalo, general de Filipo ya nombrado, con motivo de las bodas de éste, acudió Pausanias, ocupando en el festín lugar correspondiente con su dignidad y con su cargo. Excediéronse los convidados, llegando en tales excesos á irreverencias y maldades indecibles. Pausanias cayó en una embriaguez parecida de suyo á la demencia, y no supo durante horas lo que hacía. Riéndose de su estado los allí reunidos, le mancharon con la mácula indeleble de burlas vergonzosas. Su cuerpo, inerte bajo el sueño estúpido de una borrachera intensísima, fué ultrajado con ultrajes

sólo asequibles á las imaginaciones más viciadas y á los más depravados gustos. Cuando Pausanias volvió en sí, al verse ridiculizado, herido por facecias de borrachos, ultrajado con actos escandalosísimos, creyóse muerto en su honor, perdido en su carrera, malogrado en todas sus ambiciones, y pidió pronta satisfacción de aquellos ultrajes indecibles á su monarca y general Filipo. Mas éste, amigo y pariente de Atalo, con alianzas por Atalo presididas y sustentadas, no podía castigarlo sin ofenderle, ni ofenderle sin arriesgarse á una cólera muy de temer en aquellas intrincadísimas dificultades múltiples de los antiguos tiempos y de los pueblos antiguos. Contentóse Filipo con expedir Atalo, en compañía de su general Parmenión, á Oriente, dándole solícito encargo de prepararle allí las vías necesarias á la invasión de luengos tiempos prevenida. Pero este prodecer de Filipo con Atalo, antes premio que pena, enfureció á Pausanias y le obligó á meterse con arrojo y tenacidad en las más aviesas conjuraciones políticas No demandaba más Olimpias. Sus ojos iban siempre atisbando la conjuración, sus orejas requiriendo los amagos y anuncios de cualquier catástrofe. A todos ella se dirigía en el empeño de sublevación formal contra su ingrato esposo. Las ambiciones, las cóleras, las venganzas de Pausanias recibieron, al impulso de

aquella mano soberana, tal intensidad, que debían dar de sí tarde ó pronto criminal escándalo. Entre tanto Filipo no se ocupaba sino en las preparaciones para su expedición al Asia, rendidos y subyugados los griegos tras tantas y tan heroicas porfías. A los impulsos recibidos de la pasión que dementaba el ánimo de Olimpias, reunió Pausanias los sofismas de un filósofo tal como Hermócrates, ocupado en buscar el ritmo antitético de las cosas y las contradicciones dentro de todo pensamiento. Despechos como los del joven oficial, rencores tan agrios, odios tan feroces, no habían menester de tales impulsos para determinarse á una venganza. Y, sin embargo, si alguna vez dudara, sofismas y pasiones le impelieran al crimen. Hermócrates le aseveraba no poder granjearse gloria mayor que la proveniente de matar al mayor entre todos los hombres. «Altísimo quien puede acabar de un golpe con lo alto.» Esto decía el perverso sentido y la ponzoñosa palabra de aquellos á quienes las ideas les parecían vistosísimos objetos, buenos para juguetes. Todos los descontentos sumaron sus cóleras á la cólera de Pausanias, y estalló la catástrofe.

Las nupcias de la hija de Filipo con el rey del Epiro celebráronse allá en Ega, sitio cercano á Pelas, y parecido á nuestros sitios reales. Pocas veces había visto Macedonia tal concurso de gentes.

Expedidas por Filipo innumerables invitaciones, llegaron huéspedes ilustres de los cuatro puntos del horizonte. Los teoros, con esclarecidísima pompa, iban de Grecia portando coronas de oro. Los príncipes, y grandes, y militares del reino asistían, caballeros unos en sus mejores monturas, tendidos otros en sus carros áureos. Las muchedumbres llenaron las almas y los aires con aquellos gritos de regocijo que sólo sabe lanzar el pueblo y que toman resonancias oceánicas. Aunque Macedonia revistiera la forma de una monarquía, su proximidad á Grecia, y el carácter heleno que tomara en su naciente fortuna y en su civilización recentísima, le daban aspectos populares desconocidos en los viejos imperios. Así hubo una función de teatro y acudieron todas las muchedumbres. Aparte ciertos sitios reservados y preeminentes, la población se iba distribuyendo por las gradas múltiples de aquellos colosales edificios, á medida que iba llegando y presentaba las necesarias contraseñas. Aun no rayaba el alba de tan gozoso día cuando ya el pueblo tomaba camino del teatro. A la hora solemne y prefijada llegó Filipo. Muy pocas veces tan brillante y numerosa la corte. Los oficiales de su casa, los guardias de su persona, los príncipes de su familia, menos Alejandro, ausente, lo rodeaban á una con toda suerte de atenciones y le ofrecían particulares

obsequios. Así fuera muy difícil acercarse á él y matarlo, de no haber tomado una disposición tan temeraria como la de presentarse completamente solo, dividiendo su pompa y comitiva en dos grupos, los cuales iban muy apartados de él, uno detrás, otro delante. Tal medida ofreció seguro blanco al asesino golpe. Filipo no desconfiaba de nadie y menos de Pausanias.

Aunque por aquellos días consultara el oráculo de Apolo sobre la guerra de Persia, y éste le dijera cómo se aproximaba su fin, interpretó la inteligencia de tan dudosa respuesta en pro suyo y en ruina de los bárbaros, lisonjeándose con una buena salida en tan alto suceso. Así pudo envanecerse, mirando el esplendor inenarrable de aquellos juegos, cuya magnificencia superaba en mucho á todo lo visto hasta entonces por los macedonios, y precedía como un arco triunfal á sus empresas é intentos. El teatro rebosaba de gentes, y las gentes de alegría. Entre las preciosas alhajas que adornaban aquel estadio de las letras clásicas, ofrecíanse doce simulacros ó estatuas de los primeros dioses, en quienes la excelencia del arte competía con lo precioso de la materia, y después de ellas otra igual en mérito, representando á Filipo, ufanado y orgulloso como un Júpiter olímpico al presidir la corte de sus dioses. Los teatros antiguos diferenciábanse mucho

de los teatros modernos. Construídos éstos para fiestas nocturnas, y adornados en su mayor parte por pintadas tablas y telas, tienen analogía escasa con las herraduras dispuestas en gradería, precedidas por amplios pórticos ornados de grandes implubios; con su orquesta colocada en el primer escalón, sus coros y sus danzas en los proscenios, su altar erigido á Baco en el centro, los postcenios donde se vestían los actores y se aparejaban las máquinas, atrás; sin techos para que penetrasen libremente luz y aire; con agujeros practicados en el pavimento, por donde salían las sombras infernales; cortados por columnas, entre las que alzábanse con ordenación muy regular bellas estatuas; faltos de nuestros telones, y siempre abiertos en las rocas, á fin de darles mayor solidez y de unirlos á lugares altos, célebres y hasta religiosos: que todas las fiestas allí tenían universalidad muy desconocida en la multiplicidad moderna de los regocijos públicos y en la infinitesimal división del trabajo. Al llegar Filipo, los espectadores gritaron de alegría con fragor oceánico; las músicas rompieron á una en armoniosas sonatas; cantaron aquellos coros, tan bien dispuestos y ensayados, himnos triunfales; salieron al proscenio todas los actores vestidos con sus correspondientes trajes de aparato y ocultas las faces tras sus litúrgicas máscaras, produciendo tal osten-

tación un espectáculo verdaderamente deslumbrador, que realzaban los soldados con sus brillantes armaduras, los atletas con su corona de vencedores en las sienes y sus ánforas al lado, los cortesanos vestidos todos de galas rozagantes, los jóvenes venidos, de Nemea unos, con los atributos hercúleos; otros de Corinto con las guirnaldas ístmicas; éstos de Olimpia para entonar las odas magníficas de Píndaro; aquéllos del hipódromo donde habían alcanzado sobre caballos de Tesalia incomparables timbres, todos poseídos por satisfacciones inenarrables. Imaginaos, pues, lo que parecería en aquel momento Ega favorecida por tributos de Grecia y Asia, que la henchían de una felicidad, mostrada en tonantes regocijos. Filipo debió sentir un desvarío de satisfacción incomparable, bulléndole como le bullían á una en el cerebro tantas empresas, al ver Grecia toda reunida en aquella fiesta y disponiéndose á caer sobre Asia y á tomar de Asia las codiciadísimas venganzas. Su orgullo debió sentir un desvanecimiento, el cual privóle, á no dudarlo, de la vista, impidiéndole observar cómo le seguía, con qué siniestra mirada, con qué taimado andar, con qué agitadísima respiración, el asesino Pausanias. Al poner la mitad primera de su comitiva real á un lado, y á otro lado la segunda, quedándose completamente solo él, en aquella ocasión, debió agachar-

se como un tigre Pausanias, para cogerlo y devorarlo como coge y devora sus presas un rabioso león. Alguien había en tan supremo instante, quizás con asaltos interiores de iguales emociones, y era Olimpias, tan deseosa de venganzas como el mismo Pausanias. Lo cierto es que músicas, bailes, hosannas, clamoreos, himnos, felicitaciones, regocijos, no fueron parte á detener aquella firme voluntad, que muy rabiosa de suyo, y muy ciega de conciencia, impelió á la perpetración del crimen, como si tuviese una fuerza fatal é incontrastable. No había dado Filipo un paso hacia el regio sillón, que le tenían apercibido y ornado, cuando Pausanias le cogió por el cuello, y clavándole su cuchillo hasta la empuñadura en el corazón, lo dejó exánime, como un toro á quien remata con arte segurísimo matarife diestro en matadero cruentísimo.

Un asesinato conmueve siempre mucho á las multitudes, que se indignan á una contra los asesinos, por esas corrientes de ideas y de afectos naturales en las muchedumbres, y que toman fácilmente misteriosísima unidad y comunican uniforme impulso, cual si tantas individualidades diversas se reunieran y sumaran en superior voluntad. Al grito de cólera y de venganza lanzado contra el asesino, corre presurosísimo éste, requiriendo unos ca-

ballos apercibidos para la fuga en sitio próximo al teatro. Los guardias del rey le siguen desalados é indignadísimos, pero Pausanias les lleva mucho trecho por delante y huye con ventajas á su número y fuerza. Al cabo tropieza en su carrera y cae como herido. Este tropiezo y esta caída equivalieron á su muerte. Los príncipes de Macedonia se gozaron en herir y rematar al asesino, como si cada cual quisiera desquitarse del descuido y participar del castigo. La indignación resultó universal en Ega. Una excepción hubo solamente, la excepción de Olimpias. Apartado Alejandro de las fiestas, ausente de la corte, recayó la regencia en su madre y señora, por quien tenía un afecto de verdadero hijo respetado por todo el mundo. Estas horas de poder que le habían caído por casualidad en las manos, ¡ah!, sirviéronle á Olimpias para ultimar su horroroso desquite. En cuanto el marido espiró, Olimpias se presentó en Ega invocando el derecho suyo á presidir los funerales. Súbita transformación se había operado en ella. El águila, que agarra una presa, largo tiempo atisbada; la voraz lobezna, que harta su hambre voraz en sorprendido rebaño; la terrible leona que despedaza un caballo en el desierto y se bebe su sangre, no gritan de modo alguno con tanta ferocidad como gritaba la satisfecha venganza en todo el regocija-

do aspecto de Olimpias. Lo inmoderado é imprudente de sus temerarias manifestaciones difundieron sospecha bien terrible para su nombre y para su fama, la de que había contribuído en primer término á impulsar la mano que asestó el golpe mortal. Acabadas las fiestas fúnebres, Olimpias las coronó de nuevos crímenes, indispensables á sus infames satisfacciones. Encarándose con Cleopatra, recién parida, le arrancó del seno su hijo y lo arrojó á una hoguera. Tras tal holocausto enorme parecía deber hallarse por completo satisfecha. Pues no, La obligó á darse la muerte. Horror inenarrable siguió á todas estas protervias. Un rey valerosísimo y glorioso, acabado como res en el matadero; un príncipe de la sangre, consumido en las hogueras; una madre bella y joven, ahogada en terrible impuesto suicidio; los parientes de todas aquellas víctimas inmolados rodeaban á Olimpias de sombras tan horribles y nefastas, que parecía una diosa infernal con cabellera de víboras, con mirada exterminadora como la de un genio maléfico y protervo, con maleficios traídos de allá muy bajo, traídos de los abortos del infierno. Corrió ante tal tragedia muy válida la voz de que Alejandro no debía ser engendro de Filipo, cuando por tal modo consentía en la inmolación cruel de quien le diera vida y legara corona. Conociendo Alejan-

dro en las primeras emociones experimentadas cuánto le dañaba la mala opinión que de Olimpias adquiría el pueblo por su proceder en este momento, personóse precipitado en Ega y dió la orden de perseguir á todos los conspiradores con ánimo de castigarlos hasta cruelmente. Pausanias, después de muerto, fué alzado á una horca muy eminente para que vieran todos en él á la par un escarmiento del crimen cometido y un testimonio de los sacrificios que Alejandro quería presentar y ofrecer á su padre. Pero la feroz Olimpias, más cruel que todos los guerreros, monstruo de rencor y de venganza, deslustró aquel hecho, ciñendo con sus propias manos corona de oro al asesino. Tales enormidades ponían en riesgo extraordinario la vida y la corona de Alejandro. Sus hermanos legítimos y bastardos, sus primos engendrados en el trono, hasta sus parientes más lejanos, los gobernadores de varias regiones, los partidos en armas, el gran número de pretendientes impacientísimos, las intrigas de los persas, la indocilidad eterna de los griegos, los bárbaros tumultuados, Atalo medio subvertido, el ejército compuesto de naciones varias y muy propenso á la indisciplina, bandidos numerosos en las montañas, piratas no menos numerosos en los mares, el tesalio insurrecto y apoderado del paso de Tempe, los tebanos orgullosos, los atenienses inquietos,

los anfitriones divididos, los getas amenazadores y los ilirios en armas, enseñaban todos á una de qué suerte debía proceder Alejandro para calmar los ánimos sublevados contra Olimpias, la criminal, sin traicionar el amor debido á ésta ni menos infligirle su correspondiente castigo.

No faltó quien le aconsejara en estos momentos pactar con tantos rivales, y en vez de superarlas, burlar las dificultades. Pero en corazón tan fuerte y sublime no podía caber tamaña debilidad. Comprendiendo que todo se avasallaría en aquellas gentes al sentimiento nacional, pensó unirlas en el plan enorme de conquistar el Asia, vengando con inenarrables victorias las víctimas de Maratón y haciendo refluir la vida helena sobre todo el Oriente. En las largas deliberaciones, predecesoras del sublime intento, Alejandro encontró mucha contradicción y mucho contradictor. Olimpias vió, como su hijo, lo porvenir. En la ruina de todos sus sentimientos morales y en el ocaso de su conciencia, quedábale un faro de luz inextinguible y un motor de acciones heroicas, su afecto de madre. Cierto que, al irse Alejandro, no tenía otro remedio sino dejar en sus manos la regencia, y que un motivo de ambición podía impeler su voluntad y determinar sus acciones. Pero no desconozcamos que criminal, muy criminal, Olimpias en aquella sirte de

crímenes, por donde andaba Grecia y corría la vida griega muy perturbada ciertamente á la transformación que trajera la monarquía macedónica, guardó siempre su profundísimo amor de madre. Y este amor le hizo ver que si al principio de su gobierno empezaban los macedones á menospreciar los hechos de Alejandro, como se hallaran todavía temerosos y sin saber por quién resolverse, la retardación del proyecto, la torpe lentitud en realizarlo, podrían ocasionar que se juntasen todos en rebeliones varias y diesen con aquel trono reciente y con aquel príncipe mozo en tierra. La ira de las gentes mostró á Olimpias que se necesitaba urgentemente una persuasión á la obediencia, más bien aquistada por el esfuerzo propio que por los títulos heredados. La turbación, á tan profunda mudanza consiguiente, no podía calmarse ya, sino con aquella diligencia en el proceder á grandes cosas futuras, que pusiera olvido y desprecio en los ánimos de las cosas pasadas. Así, en los consejos, donde se presentaban al par de Olimpias Antipáter y Parmenión, Olimpias representó siempre las soberanas y decisivas resoluciones, indispensables para empujar una obra como la de unir el Asia con Europa. Ella fué parte principal á que su hijo anegase con generosidad sin ejemplo todos los recuerdos terribles de la trágica Ega en una lluvia de mer-

cedes. La generosidad de Alejandro, movida por el consejo y el ejemplo de Olimpias, alcanzó tal grado increíble de abnegación, que, al partirse para el Asia, era el más pobre de todos los soldados. Y como uno de los suyos le reconociese por tal derroche y le preguntase qué se conservaba para sí, contestóle Alejandro: «la esperanza.» Y, en efecto, sobre sus alas cruzó, como un vidente hipnotizado y fantaseador, de uno á otro mundo, é hizo todas aquellas inenarrables maravillas. ¡Qué naturaleza tan rica! Fascinado por la visión sobrenatural del Asia, que se le dibujaba en la retina, caldeada por la fiebre del genio y por la pesadilla del insomnio, parecía no caber la previsión y el cálculo entre tantos arrebatos de pasión y tantas inspiraciones de poesía. Pero atento á todo, á lo grande y á lo pequeño, mientras veía desfilar ante sus ojos los templos que iba con su genio á trastornar, los jeroglíficos misteriosísimos que iba con su pensamiento á leer, los dioses que iba con su excelsitud á igualar, los ejércitos que iba con su valor á romper, curábase de las minucias anejas al gobierno diario y organizaba la regencia de modo que no pudiese resultar á él, y mucho menos á Macedonia, daño ninguno. Necesitaba contar con una persona fiel y con una persona fuerte. La persona fiel, después de muy examinados todos los personajes del tiempo, resultaba su

madre Olimpias; la persona fuerte resultaba su general Antipáter. No podía ocultársele, no, en su congénita sagacidad al rey, que ni Antipáter ni Olimpias, en sus sendas ambiciones, podían satisfacerse con una regencia compartida. Pero hábil á la par de inspirado tan extraordinario político, intentó que las veleidades posibles, y aun fáciles de Antipáter al poder supremo, se contrastasen á una con la tenaz fidelidad natural de su madre, mientras que la falta de autoridad en ésta, por causa de sus conspiraciones contra Filipo, se compensase con la sobra de autoridad moral habida en el íntegro Antipáter. Y aquí debemos llamar el pensamiento hacia un hecho de verdadera y trascendental importancia, la perpetuidad del influjo ejercido sobre su Alejandro por Olimpias. La madre no se aparta un punto de su hijo, ni el hijo de su madre. La consulta corre del Indo al Egeo, y del Egeo al Indo. Lo mismo vuelve su pensamiento Alejandro á la madre, que le dió vida, cuando entra en los templos libios del Júpiter Ammón, que cuando entra en los templos semíticos del Jehovah hebreo. En Frigia ofrece holocaustos á los progenitores de Olimpias, y tras el Gránico, aquella inmensa victoria, reserva para Olimpias los primeros despojos. Como tal madre quiso á su cachorro, aquel fiero león quiso perpetuamente á su madre.

La despedida de Alejandro no parece de un héroe, parece de un chicuelo. General tan excelso, joven tan fuerte, lloraba como la noche primera en que lo destetaron. Poco ejército llevaba, convencido íntimamente de que Grecia debía vencer á los imperios asiáticos, no por la fuerza, por la inteligencia; no por el número de sus soldados, por el número de sus ideas. Acompañáronle hasta la primer jornada, como un coro de recuerdos, todos los veteranos, y, como un coro de esperanzas, todos los mancebos. Entre sus lugartenientes, unos habían pasado de la madurez y entrado en la triste ancianidad de su vida, mientras otros no estaban, como él mismo, todavía en su adolescencia. Pero ¡cuántos idos en compañía suya con oscuros nombres, como los Tolomeos, por ejemplo, adquiriéronlo tan imperecedero, que todavía los mentamos hoy en la política y en la ciencia nuestras! Veinte días tardó en ir de sus dominios macedónicos á la Propóntide. Aquella vía triunfal de tantos irruptores semejábase por tal ocasión á un vivo poema, porque los aires, impregnados indudablemente de recuerdos sacratísimos, debían resonar con las líricas voces de los héroes inmolados en los conflictos eternos entre la tierra del privilegio y la tierra del derecho. Alejandro, tan poeta como héroe y tan héroe como político, no cesaba un punto en evocar

os mártires de Maratón, de Salamina, de Platea, de Micala, de Tempe, inspirándose con su recuerdo; y á cada paso departía con los suyos de los esfuerzos hechos por los soldados lacedemonios bajo Agesilao y por los diez mil héroes de Xenofonte. Como por una fiesta continua pasó el rey por las orillas del Bósforo. Así llegó al punto de los Dardanelos, que separan Europa de Asia. ¡Cuántas emociones debían en su corazón levantarse! ¡Cuántos recuerdos en su memoria! Enamorado por entonces de la fama, no había tenido más amores que con esta maga ceñida de venenosos laureles. Mas por muy ajeno al amor y á sus goces, aquel solitario en medio de la muchedumbre, aquel cenobita en medio de las tentaciones, muy sensual como habrán de mostrarlo más tarde otras incidencias de su vida, contaba sólo veinte años y á tal edad bien debía ver las historias de amor guardadas en las conchas de aquellas arenas, en las algas de aquellas aguas, en las flores de aquellas orillas. El vuelo de la hermosa Heles debía brillar con sus aleteos de luz en los aires, y el cadáver de la martir Hero, abrazada con su Leandro, debía flotar sobre las ondas de aquellos mares á los ojos del joven poeta. Y á estos recuerdos uniríanse otros no menos vivaces y sacros, los recuerdos de aquellos dioses transformados al pasar del continente

asiático al continente europeo, y los recuerdos de aquellas irrupciones, cuya venganza y desquite había tomado sobre sus débiles hombros. Xerxes echó allí su puente de barcas para pasar del Viejo al Nuevo Mundo: que tal debía llamarse, nueva, por aquel entonces Europa, frente al hierático y secular territorio del Asia. Un millón de hombres traía Xerxes, y cincuenta mil apenas llevaba en el juego de su desquite Alejandro. Pero el millón de Xerxes representaba la casta, y los cincuenta mil de Alejandro representaban la Grecia. Esa fuerza de Xerxes no pudo vencer á la idea de Grecia en su irrupción; la idea de Grecia en su desquite vencerá la fuerza de los herederos de Xerxes.

La emoción de Alejandro al pisar Asia no puede hoy ni medirse ni expresarse. Juntando, como ningún otro héroe, intuiciones de poeta con cálculos de político, el gigantesco desmedido conquistador veía con sus ensueños realizarse un ideal y con sus ambiciones abrirse una inmensa dominación. Sentado en la nave que lo conducía y que semejaba un altar flotante por su carácter sacro y por su riqueza litúrgica, no quiso á ningún otro mortal ceder el timón, pues aspiraba siempre al primer puesto y á la primera autoridad, tanto por los títulos adquiridos en su herencia cuanto por los méritos granjeados en sus trabajos. Llegado sobre aquellas

aguas tranquilas á la mitad perfecta del canal, detúvose, y equidistando con exactitud matemática del continente nuestro y del continente asiático, inmoló á Neptuno un toro, alzó el cáliz áureo á las alturas en demanda y requerimiento de auxilio al apurar libaciones religiosas, asestó un dardo á la tierra donde sus conquistas debían ejercerse, y pronunció los nombres de un Hércules para evocar la fuerza, de un Júpiter para evocar la omnipotencia, de una Minerva para invocar la sabiduría, como si en vez de una guerra cruel y porfiada iniciase una ceremonia teogónica. Lo cierto es que, artista por la mayor parte de sus propensiones, tanto como guerrero, y político, y explorador, no quiso adelantarse al seno de la misteriosa tierra donde penetraba sin certificar por algunos hechos solemnes el enlace de todo cuanto ideaba y quería con lo intentado y hecho por sus predecesores inmortales. Él iba con igual empuje que los héroes de Agamenón y de Ayax á mantener la eterna porfía entre Asia y Europa, y de consiguiente hallábase obligado, por lo altivo de su carácter y por lo alto de su propósito, á recordar en el suelo mismo donde sucediera la epopeya helénica. Las tierras de Frigia, los campos de Troya, el sepulcro de Aquiles, obligáronle á desnudarse de toda vestidura regia, como si quisiera en esta desnudez mostrar la fundamental igualdad humana,

y después de ungirse con aceite oloroso, á vaciar las ánforas fúnebres sobre las piedras mortuorias y á deponer coronas en solemnísimos homenajes que acompañaban los tañedores con plañideras cítaras y los coros sublimes con versos elegíacos. Al mismo tiempo que honraba el sepulcro de Aquiles Alejandro, Efestión, su amigo, también honraba el sepulcro de Patroclo. Nada más natural que toda esta religión de los recuerdos. Pero lo que indica en cuánto superior grado sentía el héroe macedón las ideas luminosas, y cómo llevaba una síntesis por realizar antes que una conquista por cumplir, fué, sin duda, el sacrificio también ofrecicido sobre la tumba de Príamo, sacrificio verdaderamente destinado á simbolizar la conjunción luminosa entre dos ideas, las compenetraciones sucesivas entre dos almas, las síntesis superiores entre dos pueblos hasta entonces enemigos.

En las menores cosas Alejandro demostraba ser la viviente síntesis que debía prevalecer después de su muerte y quedar como un lazo de unión estrecha entre los dos continentes. Sus vestiduras distaban mucho de la sencillez griega y asemejábanse á las recargadas y ricas preseas orientales. Era de ver al dios, porque un dios parecía, circuído maravillosamente de su joven oficialidad, que se acercaba mucho por mil semejanzas al coro

formado por los dioses segundos en el Olimpo; del milagroso escudo, perteneciente á Minerva, precedido; centelleando á las chispas lanzadas por el esplendor de armaduras que atraían los ojos de sus amigos y deslumbraban los ojos de sus enemigos; la rodela de acero al brazo, el casco ceñido de blancas plumas, dispuestas en forma de penacho, á la cabeza; su cota de muchos dobleces al cuerpo; el collar de riquísima pedrería en su garganta; la espada, como rayo en lo ligera y en lo exterminadora, resplandeciente al costado; la túnica, fabricada en Sicilia con mucha delicadeza; el manto de púrpura en la espalda, y en los piés borceguíes como los usados por genios celestiales de todas las teogonías indoeuropeas en sus descensos á la tierra. No hay que dudarlo: cuantas particularidades se veían en aquella vida tan maravillosa y extraña; cuantas actitudes tenía el cuerpo suyo, flexible como una serpiente y fuerte como un león; cuantas palabras fluían sus labios, como cuantas empresas ejecutaban sus armas, todo en él obedecía por su conjunto al proyecto capital de su genio, á la unión estrechísima entre Asia y Grecia. Con estos pensamientos se acercó al Gránico, línea estratégica de primer orden, la cual debía darle, una vez franqueada, la clave del Asia Menor. Parmenión, el primero de sus generales, abrió en el enemigo

brecha, y aunque hubo de retirarse, por sólo llevar tres mil hombres, ante los movibles muros de lanza que le oponían los persas, la falange, formando un triángulo erizado de picas, la caballería tesalia con sus ímpetus, el genio de Alejandro con su arrojo, vencieron á Memnón, y desde tal victoria, lo mismo Éfeso que Mileto, lo mismo la ciudad de Esmirna que la isla de Chipre, lo mismo el monte Pago que el monte Tauro, lo mismo Tiro que Sidón, entregáronse al conquistador componiendo desde aquel entonces la sacra legión de pueblos en que debía reinar como una religión nueva el helenismo. Así no es maravilla que repartiera una parte de los despojos conseguidos en aquella ocasión entre los soldados que le secundaran, otra parte de los despojos entre los dioses que le favorecieran, reservando la tercera y última, menor por su volumen, pero excesiva por su valor, pues allí se hallaban todas las joyas, para su madre, á quien obedecía desde lejos y amaba con ternura incesante. No puede, quien haya descuidado estudiar el ministerio ejercido por Olimpias en Macedonia, conocer bien todo el influjo alcanzado por aquella mujer sobre su excelso hijo. No fué Olimpias tanto la esposa de Filipo como la cooperadora de su reinado y la coopartícipe de su autoridad. En Macedonia, Olimpias era, por su posición, algo

más que la mujer del rey, era una reina en activo servicio. Así como Esparta siempre tuvo dos reyes, este período de la historia helena preséntanos á Macedonia regida por Filipo con Olimpias y por Olimpias con Alejandro, en tal manera, que asistió á dos reinados y dominó sobre aquellos dos increíbles reyes. Cierto que su matrimonio con Filipo realmente obedeció á razones políticas más que á sentimientos afectivos y fué como una especie de tumbaga nupcial entre regiones heridas por una guerra incesante y reconciliadas en el tálamo de sus reyes. Mas conviniendo en esto, no cabe dudar que si Olimpias conservó el influjo y el poder debido á su nacimiento y á su matrimonio, debiólo en gran parte á su mérito extraordinario. De no tenerlo tan grande amárala el hijo cual suelen todos amar naturalmente á sus padres; pero no la oyera, como la oyó, en todos sus consejos, y no siguiera, como siguió, toda su política. Olimpias tuvo, durante la infancia de Alejandro, que contrastar la malquerencia de Filipo, con quien compartía la corona, y durante la juventud y madurez de Alejandro que contrastar la malquerencia de Antipáter, con quien compartía el poder necesario tras la separación larguísima de su hijo. Las increíbles odiosidades que sintieron ambos héroes contra ella, lo mismo Filipo que Antipáter, obligá-

ronla por necesidad á implacable lucha, en la que varias veces cometía crímenes horribles. Pero los tiempos eran durísimos. Mucho de lo que nosotros intentamos y hacemos por medio de la industria y del comercio se intentaba y se hacía entonces por medio de la conquista y de la guerra. Todos los empeños bélicos llevaban aparejadas naturalmente muchas crueldades. Y estas crueldades cometió en su vida mil veces Olimpias. Mas no cabe dudarlo: su mérito y su talento excedieron en mucho á sus ferocidades.

Cuando se observa toda la magnitud incalculable de los planes que no sólo ideó, sino que realizó también Alejandro, sin que un punto se apartara su ánimo de Olimpias, apenas puede concebirse ni explicarse tanta sumisión sólo por afectos filiales, que si subyugan el corazón de todos los bien nacidos, no fascinan así la inteligencia. Había pasado Alejandro la Tesalia y la Tracia; puesto la marca de su genio en las dos riberas del Bósforo; evocado á Troya de su tumba y traído nuevamente á Grecia el viejo heroísmo de Aquiles; ganado la batalla del Gránico por la superioridad indecible de su inteligencia; devuelto á su patria las ciudades aquellas del Asia Menor, que fueran manzana de discordia entre los dos viejos continentes; vengado, al tomar Tiro, las razas arias de los mil

agravios que les infirieran las razas semíticas; al emprender todas estas aventuras y cumplir todos estos portentos, levantando aquí formas de gobierno extintas, erigiendo allá templos á dioses desconocidos, juntando razas en la síntesis inmensa de su vasta mente, y volvíase, tras los días sin descanso y las noches sin sueño, entre los tonantes fulgores de un voraz incendio, sobre la carnicería de aquellas luchas titánicas, á su madre, y le contaba con todo espacio cuanto le sucedía, como si aquella madre fuera su dios ó su conciencia. En esto se desemeja el héroe griego de todos los sicofantas orientales que aspiraban por aquellos siglos á la dominación espiritual y se atribuían milagros ó se arrogaban leyendas. Los profetas teológicos, los taumaturgos de profesión, los enviados del cielo y reveladores de alguna idea dogmática ó religiosa no gustaban de que les recordasen sus madres, á fin de pretender con empeño una especie de sobrenatural nacimiento que les mantuviese la supersticiosa fe de los suyos. A nuestra vista misma, en las revoluciones religiosas que se han sucedido relativamente cerca de nosotros, los profetas y los reveladores han pretendido siempre, sino negar, desconocer á sus padres. San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, no han amado á su familia como la aman los demás hombres, y han

tenido en sus respectivas santidades los dos estos sendos flacos. La música moderna, en uno de los tres grandes poemas producidos por Meyerbeer, en *El Profeta*, nos ofrece tal condición de los sicofantas, quizás esencial á sus oficios religiosos y á sus caracteres místicos. Pero Alejandro, á quien la historia no podrá negar nunca ciertos visos, más que visos, ciertas facultades completamente intuitivas de revelador y de profeta, no quiso jamás que se olvidara su origen humano, y amó con amor de niño toda su vida, y entre las mayores grandezas, á su extraña madre. No daba una batalla sin escribirle un parte; no concebía un proyecto sin asesorarse de su consejo. Y cuenta que aquel hombre no tomaba ciudades tan sólo, tomaba templos sublimes y religiones enteras, arrojando en su carro de guerra, prisioneros y cautivos, lo mismo á los reyes que á los dioses. En su originalísima inspiración entraba por iguales partes la política, la estrategia, la táctica, la economía, el arte, la metafísica y todas las ciencias teológicas. Por consiguiente, aconsejar á un hombre verdaderamente sobrenatural, oirle sus ensueños y esclarecérselos, atender á sus proyectos y enmendárselos, hablarle con igual competencia de sus planes bélicos y de sus pretensiones teológicas, exigía una suma de aptitudes tal, que diríanse personajes así bajados

de algún Olimpo misterioso y hechos en la materia de que se hacen los dioses. Por su parte Alejandro no sólo escuchaba siempre á su madre, sino que la dirigía con reciprocidades múltiples de autoridad y sumisión, apenas concebibles, sino por su flexibilidad maravillosa y por su acomodamiento particularísimo á todas las situaciones, aun aquellas más dificultosas. En los doce años que duraron sus expediciones, Alejandro tuvo á diario casi que concertar los dos regentes, dejados por su previsión al reino, Antipáter y Olimpias. ¡Cuántas querellas no debía oir, y cuántos litigios no debía fallar en estas competencias eternas entre dos seres poderosos y ambiciosísimos! Pues á tan larga distancia y por medios de persuasión intensos y eficaces logró este genio extraordinario mantener la estabilidad inconmovible de su trono y el prestigio mágico de su gloria en todas partes. El amor de Alejandro á una madre tan imperiosa, y la destreza con que supo dirigirla, so color de obedecerla, constará entre las mayores calidades y virtudes varias de tal excelso genio y ofrecerá un ejemplo bien instructivo y bien curioso á la más remota posteridad. Olimpias jamás toleró, no ya un primero, un segundo, á su lado. Nacida con ambiciones extremas, el trono, lejos de calmarlas, solamente sirvió para recrudecerlas. Conspiró con-

tra Filipo, rey, por superior á ella; conspiró contra Antipáter, corregente, por compañero de ella. Consintió dos superioridades: únicamente aquella que la engendrara y aquella que á su vez engendró, la grandeza de sus dioses y la grandeza de sus hijos. Por Alejandro tuvo una pasión verdadera que obligó, forzó, constriñó la que á su vez le tenía éste también con tenacidad, en debida correspondencia. Y es tan cierto que mientras pudo mantener el doble gobierno de sus Estados hereditarios entre Olimpias y Antipáter, mantúvolo con agrado; pero en cuanto el equilibrio inestable de aquellas dos almas enemigas llegó á romperse con estrépito, el hijo amante optó por su desapoderada madre y encargó al general un trabajo dificultoso en Asia, más para separarlo de Macedonia que para divertirlo en otros altísimos deberes. Nunca olvidó este llamamiento el general, que pagó más tarde con su vida la reina.

Como quiera que nosotros debamos trazar la imagen y biografía de ésta, ya suficientemente delineadas, acabaríamos en seguida con sólo referir sus últimos hechos; pero imposible pasar ante las empresas y sucesos de Alejandro sin bajar nuestra frente con respeto y ofrecer nuestro necesario tributo de admiración más religiosa. ¡Qué batalla la del Iliso, por cuya virtud quedó como dueño del

Asia! Llevaba el rey heleno cuarenta mil hombres, y el emperador persa cuatro más por lo menos contra cada uno de sus enemigos. El campo de batalla era una planicie admirablemente dispuesta para que pudieran moverse los numerosos ejércitos y muy contraria por todos sus terrenos á la marcha del invasor extranjero. Mas con ver los dos combatientes notábase la superioridad moral del menor, el europeo, sobre el mayor, su contrario, el asiático. Mientras aquél mostraba la cohesión originada de afinidades interiores y la sobriedad de costumbres convenientes á la disciplina y á la obediencia, parecía éste voluptuosa corte andando en procesión aparatosísima. Vestiduras ligeras de un lado y mucho acero, mientras de otro lado vestiduras pesadísimas y mucha pedrería. Sobre la tienda del emperador persa un sol de oro encerrado en urna de cristal, y á su puerta un heraldo que solía agitar el aire con las vibraciones de su apocalíptica trompeta. El fuego sacro iba en argénteas aras circuído por legiones de cabalistas y astrólogos dados todos á la oriental magia; tras unos trescientos sesenta y cinco jóvenes, envueltos en púrpura y cantando himnos religiosos, resplandecía la efigie del dios mayor de aquellas gentes, rodeada por sacerdotes vestidos de blancas túnicas y armados con áureos cetros; no lejos,

para designar el puesto de los jinetes en armas, unos carros llenos de dioses, á cuyas espaldas veíanse de diez á doce mil caballerías montadas por individuos provenientes de todas las naciones subyugadas á Persia y ornados con sayales de crecidas mangas, todas recamadas por piedras preciosas; á trescientos pasos quince mil cortesanos con tales afeites y adornos que parecían hembras recién compuestas en sus tocadores; un trono ambulante soportaba la persona del monarca, circuído por maravillosísimas pompas, ahumado por nubes de incienso y demás aromas litúrgicos; seguíale luégo Nino y Belo en simulacros de metales riquísimos bajo sombrillas multicolores y entre colegios sacerdotales; doscientos príncipes de regia sangre rodeaban á todos estos déspotas del cielo y de la tierra, cuyas tiaras celestes, y bandas multicolores, y puñales ligeros, y sayos purpúreos, le daban el aspecto de ídolos, hasta que, cerrándolo todo, se descubría la raiz de tantos males, mal escondido so el viciosísimo lujo, un harén compuesto de trescientas concubinas, servido por innumerables eunucos y llevado sobre los lomos de camellos y elefantes; todo ello con el extraño aspecto de una ciudad, que se moviera nómada por aquellos inmensos territorios, sin norte y sin rumbo, sólo para ostentar su esplendor increíble y su asiática

magnificencia. ¿Qué había de suceder? El número inmenso empleado en estos oficios múltiples y adscrito á estos cargos de corte no servía ni á la defensa ni al ataque, no servía para combatir. Necesitado cada cual de atender al respectivo señor, ya ídolo, ya monarca, ya príncipe, no podía romper contra el común enemigo. El griego estaba destinado á dominar la muchedumbre del asiástico por su destreza, cual domina el nauta los oleajes del Océano por su inteligencia. Había un imperio y su corte de un lado, mientras del otro un pueblo constituído para el combate y en la organización y en la forma propias de un ejército. Alejandro, á caballo, lo animaba todo y ponía la confianza de cada cual en su fuerza y en su acción, mientras Dario, desde su santuario litúrgico, estaba como ausente. La falange macedónica y la caballería tesalia dieron en seguida cuenta de aquel harén populosísimo. El viento de las ideas occidentales pasó como un huracán sobre las castas. El héroe vencedor no significaba otra cosa en su esplendorosa victoria sino la libertad de Occidente, imponiéndose por su intrínseca virtud á la fuerza del Asia. Dario tuvo que descender de su elefante y tomar un caballo árabe para huir del campo nefasto y ponerse con algunos compañeros en cobro. Todas sus mujeres y todas sus riquezas cayeron

en manos de los griegos. Pero como Alejandro no se propusiera tanto vencer al Asia como asimilársela y difundir en ella su propio espíritu y sellarla con su idea, trató á la madre de Dario, á la mujer, á las princesas, como hubiese tratado á griegas de su familia idas al campamento. Ellas, que se creyeron próximas á la muerte tras la rota de los suyos, no sabían de cuál suerte corresponder al vencedor, ignorando cómo su propósito de respetar las vidas y las personas en ellas dimanaba del propósito superior de perseguir y desarraigar su dominación y su autoridad. El desquite de Grecia estaba cumplido, y el Oriente se abría, mal de su grado, pero se abría por completo, al genio y al pensamiento helénicos.

Da vértigos materialmente la carrera de Alejandro. Recogidos los despojos tras victorias tan enormes, entran sus huestes en Damasco y suben como águilas por las laderas del hermoso Líbano, cuyos cedros sirvieran á las primeras navegaciones, y domaran, convertidos en naves, el Océano indómito. Fenicia, Siria, Palestina, se doblegan á su paso como los débiles arbustos por su caballo de guerra tronchados en los bélicos empujes. El templo de Salomón le abre sus puertas, y el canto de los salmistas le bendice como si viniera de parte de Jehovah. Tiro, Sidón, Chipre, Lesgos, las tierras

más ilustres caen de hinojos á su presencia y ofrecen coronas á sus sienes. En la desembocadura del Nilo funda su Alejandría, cuyos faros dirigen las navegaciones y cuyos pensamientos renuevan el espíritu. Después de haber bebido las aguas sagradas en que van disueltos tantos misterios; después de haber saludado las pirámides iluminadas por las ideas y pulidas por los siglos; entre alamedas graníticas de obeliscos y mudos coros de gigantescas esfinges, dirígese al templo de Júpiter Ammón y conversa con el desierto líbico, fecundo en recuerdos, y con el cielo inmenso, esplendente de revelaciones. Su voz hierática se mezcla en himnos sin fin á las profecías hebreas, prosperando el mesianismo que las sostiene como sus manos sacerdotales ofrecen sacrificios al buey Apis en las murallas ciclópeas de Menfis. De allí, queriendo medirse con todos los poderes y tratar con todos los dioses, marcha rápidamente á Babilonia, no sin haber tenido que ganar antes batallas como la de Arbela, y no sin haber sumergido un poco su alma helénica en el inmenso panteísmo asiático. Después llegó á Persépolis, donde los monumentos titánicos desconcertaron sus ideas griegas respecto de proporción y de armonía. Los templos parecidos á montañas, las poblaciones parecidas á cordilleras; aquellas graderías como sobrepuestas para ofrecer ascenso

á dioses; las pilastras parecidas á edificios enteros y coronadas con diademas de palmitos, en las cuales se graban misteriosas leyendas; los colosos tallados en granito; las esfinges con sus cabezas de mujer y sus colas de vaca; los altares enormes, no hicieron más que agrandar las proporciones de su gigantesco espíritu y sugerirle ambición mayor á la sentida por su insaciable corazón hasta entonces. No contento con tales conquistas corre á las montañas medas y se propone penetrar en el centro mismo de Asia y en la matriz donde se forja la vida de tantas razas. Aquella Bactriana á que Semíramis había llevado con arrojo el espíritu de Caldea, vese invadida por el espíritu de Siria. En su afán de subir este hombre había subido hasta el techo de nuestro planeta, cual si quisiese tocar desde allí las estrellas. Sacerdotes de todos los cultos le acompañan, dioses de todas las teogonías le siguen como cautivos, despojos de todos los templos llenan sus carros de guerra, el mago y astrólogo caldeo, el gramático jonio, el sofista griego, el nabí de las religiones proféticas, el sirio domesticador de serpientes, el egipcio intérprete de jeroglíficos, el geta que invoca los dioses infernales al s ›n de su tambor diabólico le siguen y le obedecen como queriendo forjarle un cortejo de ideas. Así no sabrá detenerse ante ningún obstáculo. El Cáu-

caso y el Tauro le servirán de trono; el Caspio y el Mediterráneo de alfombra; con igual empeño requerirá para su imperio la vieja Troya henchida con una civilización secular que la bárbara Tartaria, desolada por guerras continuas. Él hará de la vieja Ecbatana un sitio real, de la hija semisalvaje del Oxo inexplorado su esposa, de los hechiceros sus oráculos, de la ignorada India su verdadero santuario. Después de haber pasado por los desiertos mongoles, después de haber asistido á la cuna del género humano en el paraíso llamado Kabul, después de haber mezclado en sus venas la savia de todos los primitivos árboles, después de haber departido con las viejas divinidades, entra en la India, donde salen á recibirlo mozos agitando en sus manos incensarios de oro, guardias que llevan ramas floridas pobladas por canoros pájaros, mujeres que le abren palacios cuyas puertas giran sobre goznes de esmeraldas, dioses ante los cuales parecen niños los dioses de Grecia, brahmanes sabedores de los primeros misterios, magos que acercan el cielo á la tierra, reveladores de ideas desconocidas y provenientes de templos que se dirían fundados sobre la eternidad, surgiendo á sus ojos un mundo, aunque antiguo, tan extraño por su ancianidad como por su juventud fuera extraño el Nuevo Mundo á los ojos de sus descubrido-

res. ¡Oh! Si no estuvieran tan cerca de nosotros sus días; si los tiempos suyos no fuesen tan históricos cual nuestros mismos tiempos, apenas creeríamos el relato de todos estos hechos, tomándolos, en verdad, por fábulas inverosímiles y absurdas.

Pero este hombre que se detiene al entrar en Asia como si entrara en viejo templo; y se desnuda como los atletas de Olimpia en el sepulcro de Aquiles sobre la tierra de Frigia, regada con la sangre de sus padres; y despide ideas en los combates como un árbol frutas ó aromas; y entra con igual respeto religioso en los templos del desierto líbico que en los templos de la sacra Palestina; y lleva en su manto el polvo de las soledades monoteístas, donde truena el Sinaí para sacudirlo sobre los verjeles de la India donde naciera el paganismo; y ofrece holocaustos así al Belo persa como al Marte griego; y desposa en Susa los héroes de su ejército con las princesas asiáticas, siguiendo todas las ceremonias litúrgicas de los cultos orientales; y trae rapsodas de la Jonia, flautistas de la Frigia, poetas de la Hélade, bufones de la Propóntide, heraldos de la Lidia, y hasta cenobitas de la India para que le sigan; cuando vestido con los trajes litúrgicos de Baco y acompañado de bacantes ebrias, despide misteriosos oráculos de sus divinos labios, no hace, no, en este

sincretismo de razas, de cultos, de dioses, de teogonías, de ideas, de ciencias, sino mezclar y confundir el alma de Grecia con el alma de Asia por toda una eternidad. Sin él no refluyera la vida helena sobre aquel inerte Oriente; no quedaran los helenidas establecidos en el cruce de todos los caminos que comunican el Asia con el Occidente; no vinieran los judíos helenos á las orillas del Nilo, y no marcharan los griegos judaizantes á las orillas del Jordán; Alejandría no combinara de ningún modo aquella ecléctica ciencia que luégo dominó en los concilios ecuménicos de Constantinopla y en las escuelas árabes de Córdoba; el Verbo divino, comentado por los discípulos de Platón, tampoco se revelara jamás á los ojos de las muchedumbres, y el Evangelio de San Juan animado por el espíritu de Alejandro, no se hubiera escrito; el Renacimiento mismo no hubiera cincelado las copas florentinas, ni sugerido la elocuencia de los inmortales humanistas, ni colgado las cítaras de Píndaro en los olmos de Italia, ni traído á la vida del fondo de las ruinas los dioses resucitados en una pascua inmortal, ni repuesto la hermosura helena en los altares del semita Cristo y en las estancias del intolerante vaticano: que todas estas maravillas, de cuyos efluvios vive aún en su esplendor el espíritu humano, se deben á religión

tan universal é inspirada como el divino helenismo.

Alejandro es la viva síntesis del mundo asiático y el mundo europeo. Y siendo esto, imaginaos lo que sucedería á una muerte como su muerte. Aquel grandioso poder, que sustentaba tantos pueblos reunidos, roto por la parca, los dejó en sus divisiones y en sus odios entregados á una guerra continua. Los generales, desamparados todos ellos de tan superior genio, desbocaron ambiciones refrenadas solamente por la mano poderosísima de Alejandro, y quisieron cada cual su trono. Las mujeres de Darío, tan protegidas por la grande alma del conquistador, suicidáronse unas, mientras otras murieron á cuchillo. Sacudieron los griegos la unidad, más ó menos forzosa, que les habían impuesto las victorias de Filipo y Alejandro. Pero quien más padeció de todas aquellas regiones fué ndudablemente Macedonia. Mal gobernada por la competencia de Antipáter y Olimpias durante la vida misma de Alejandro, agraváronse todos sus males á una luégo que Alejandro muriera. Olimpias, incapaz de perdonarle nunca, ofreció la mano de su hija mayor á Perdicas, sin ningún objeto más que combatir y contrastar la influencia de Antipáter. Resentido éste con Olimpias conoció todo cuanto se tramaba contra él, y trató de ven-

garse ruidosamente. Olimpias continuaba con su doble carácter de guerrera, de tirana, de conspiradora. Cuando podía tiranizar á Macedonia, la tiranizaba, y cuando no podía, íbase al Epiro, y desde aquellos montes, y con aquellos montañeses, conspiraba contra su antiguo reino y se desvivía por oprimirlo. Ningún respeto humano entraba en su corazón de tigre. Viuda un día de Filipo dominó y reinó, á pesar de su viudez; y privada de Alejandro más tarde, quiso reinar, como si Alejandro no hubiese muerto. Amazona mucho más que las descritas por Homero, no se paró ante ningún obstáculo, y si las circunstancias la obligaban á guerrear, pues, como cualquier soldado iba tal mujer á la guerra y dirigía sus ejércitos como cualquier general. Grecia supo con escándalo que, rodeada por sus hijas y por sus criadas, había mantenido batallas, asediado ciudades, roto ejércitos, ni más ni menos que su hijo Alejandro; y después de pelear ejercía el terror como cualquiera tirano de los peores pueblos. En su victoria última sobre Macedonia degolló cien patricios de las primeras y más poderosas familias. Imposible la fuerza y autoridad para los generales aspirantes al gobierno de aquella región mientras Olimpias viviera, sirviéndose para sus fines del propio valor y del prestigio debido al nombre de su hijo. Así Casandro, que

se había por su fuerza en los tristísimos y varios sucesos de aquel desorden alzado al poder supremo, pensó reflexivamente y llevó á efecto con madurez la idea de inmolar á Olimpias y fundar sobre tal inmolación todo su poder. Pero astuto y sagaz, poco amigo de contraer grandes responsabilidades, quiso con empeño declinar sobre Macedonia el sacrificio de la reina. Así convocó al pueblo en Asamblea y le propuso que decidiera sobre la suerte de Olimpias, la cual estaba herida por uno de sus continuos reveses en sitio vecino, y castigada ya con una proscripción reciente. Citados los macedones, por fuerza entre todos ellos habría muchos parientes de los cien primates inmolados. Presentáronse á una tanto y tan malherido deudo en trajes de luto, con clamores y plañidos de duelo, volviendo las manos al vencedor, en requerimiento de castigo al crimen altísimo. Abrióse la causa y no tuvo la reina defensor alguno. El general, deseoso de libertar pronto aquel territorio y no contraer ninguna responsabilidad, avisó á Olimpias de que se marchara pronto si quería huir al fallo de sus airados enemigos. Olimpias, con aquel ánimo esforzado que la distinguiera desde su niñez, desafiando todas las iras aglomeradas sobre su frente, notificóle con soberbia en su respuesta la resolución irrevocable de presentarse ante los

macedones y ver si osaban herir y condenar á la esposa de Filipo, á la madre de Alejandro. Comprendió el general qué riesgos corría en tal trance extraño su poder propio, y temiendo al temperamento de los macedones, muy tornadizo, y al influjo de Olimpias, muy poderoso, resolvió matarla. Doscientos hombres fueron expedidos á la ejecución terrible con el encargo de consumarla sin escrúpulo de ningún género y destruírla con aquella rapidez con que acaba el rayo á sus víctimas. Los doscientos llegaron en tumulto al palacio de Olimpias. Ésta, lejos de conmoverse ni agitarse, vistióse las preseas regias, ciñó á sus sienes la corona esclarecida por tantos recuerdos gloriosos, y acompañada con pompa sin igual de toda su corte, como si marchase á una festividad de las frecuentes en los días del triunfo y del poder, adelantóse al encuentro de los recién llegados cual si los creyera sus súbditos en vez de sus verdugos. Al verla éstos retrocedieron espantados por la majestad soberana de su porte, por la fascinación hipnótica de su mirada, por el recuerdo gloriosísimo de todo lo que había personificado sobre aquella tierra heroica. Volvieron, pues, las espaldas y echaron á correr como si en vez de amenazadores fueran ellos los amenazados. Viéndolos venir el general, indignóse de su timidez y diputó los parientes de aquellos

patricios inmolados por Olimpias á la ejecución del castigo. Estos mismos, no atreviéndose á mirarla de cerca, lapidáronla desde lejos. Ella parecía un águila en medio de la tempestad. Su grito de mando resonaba más que las voces de cólera; sus ojos de furia centelleaban como nunca siniestros relámpagos. Lejos de huir á la pedrea, hízole cara, y la recibió sin retroceder como un general que muere de pie y erguido entre los suyos. Ni una lágrima llovieron sus ojos enardecidos, ni un suspiro partió de aquel pecho despedazado. Sus manos compusieron las canas trenzas de su cabellera gris al caer, y ya en el suelo mismo los pliegues de sus vestiduras para que ninguna fealdad manchara su cadáver y ningún miedo deshonrase su agonía. Murió la grande amazona, cual si hubiera caído victoriosa en campo de batalla, con la misma entereza que su Filipo y su Alejandro.

DIDO

En Olimpias concluye la civilización verdaderamente griega, y en Dido comienza la civilización verdaderamente romana. Como la madre de Alejandro pertenece al ocaso de una civilización histórica y de un espíritu colectivo, tiene realidad viva de que por su parte carecerá Dido, adscrita en el desarrollo de los tiempos á los albores de nuevo pueblo, y por lo mismo rodeada con celajes de poesías y leyendas. Así como no pertenece Olimpias, epírota, del todo á Grecia, no pertenece del todo á Roma Dido, fenicia. La poesía ó la leyenda romana, con esas intuiciones propias de todas las artes, y que tanta gloria y tanta grandeza les prestan, personifican en Dido los comienzos de aquella Cartago, destinada en el tiempo á porfiar con Roma por el dominio de la tierra entonces conocida y por la tutela de todos los pueblos diseminados en el

planeta. Dido proviene, pues, de Fenicia, y está con las mujeres fenicias enlazada, por su origen y por su carácter, pues á tal raza debió su nacimiento la rica y poderosa Cartago. ¡Qué pueblo este de Fenicia! Colocado entre las pendientes del sublime Líbano y las orillas del mar Mediterráneo, la montaña fertilísima le ofrece maderas y el agua inmensa y celeste le ofrece tranquila superficie, como invitándole una y otra con constantes invitaciones á sus dos oficios capitalísimos, la navegación y el comercio. Cerca del istmo que unió hasta nuestros días el Asia con el Africa; cerca de las orillas del Eufrates por un lado, y por otro lado de la desembocadura del Nilo; con sumas facilidades para dirigirse tanto á Mesopotamia como á Grecia; con el coro de las islas helenas delante ofreciéndole facilísimas estaciones á sus continuos viajes; encerrada en arrecife particular, el cual sólo mide sesenta leguas de largo por algunos kilómetros de ancho; toda la historia con toda la geografía de Fenicia y toda su índole propia, en último término, aparejábanla de suyo á los cambios, y necesitando cambiar, al comercio, alimentado siempre por agricultura é industria, sus naturales orígenes y fuentes. El pueblo fenicio, dígase cuanto se quiera en contra, pertenece por completo á las familias semíticas. Quien lo dudare habrá de razonarnos cómo

su lengua se diferencia tanto de las lenguas arias é iranias y se parece tanto á las lenguas árabes y hebreas, que casi con esta última se confunde y se identifica. Nosotros creemos á los árabes los guerreros, á los judíos los sacerdotes, á los fenicios los comerciantes del viejo semitismo. Pero naturalmente, cuando un pueblo se halla en sitio tan estrecho como el reducido espacio donde se levantara Fenicia, sitio cortado por bahías naturales, abierto á todos los vientos del cielo, nutrido por los torrentes que descienden del Líbano y por todos los vapores del oleaje que le mandan las aguas mediterráneas; cerca de Judea, de Grecia, de Egipto, su carácter propio y su índole peculiarísima se alteraran mucho al contacto con tales regiones diversas y á la infusión de tal extraña sangre. Por eso el pueblo fenicio representa una mediación tan estrecha y continua entre todos los pueblos antiguos; por eso de sus costas, como de otros tantos nidos, escapan á manera de aves entre acuáticas y aéreas las barquillas encargadas por el cielo de tender sobre la superficie de nuestro mar azul aquellas primitivas estelas del comercio, á cuya luz resplandecerán, y á cuyo calor se vivificarán en el espacio y en el tiempo tantas, tan próvidas, tan brillantes y numerosas ideas. Así no podrán los fenicios tener los caracteres peculiares y propios que su aislamiento prestó

á los judíos, pues aunque hijos, como éstos, del desierto, caldeos desprendidos de los senos del Asia para extenderse hacia Grecia en Europa y hacia Egipto y sus anejos en África, deberán poseer múltiples calidades adquiridas de sus múltiples trabajos. Por consecuencia, el pueblo fenicio, muy parecido al pueblo egipcio por su colocación particular en el espacio, como por su nacimiento en el tiempo, no disponiendo en manera ninguna de la tierra inmensa, puesta por el cielo á disposición del Egipto, rebosaba fuera de sus límites y se iba por los mares en pos de archipiélagos y continentes lejanísimos. He ahí por qué la hija de Tiro aparecerá en las costas de Africa, no lejos del Egipto, frente á frente de Italia, representando el genio colonial y el genio mercantil de su raza, que así trasciende á las costas helenas como á las costas líbicas, y así penetra por Oriente allá en el templo de Jehovah con sus maravillosos productos como por Occidente aquí en nuestra isla de Cádiz, donde todavía se ven bajo las arenas el ciclópeo pedruzco de sus templos y en los aires el resplandor amortiguadísimo pero eterno de sus ideas y de sus dioses. Dido en Cartago representa la personificación de una raza tal como la semíticofenicia, mientras Eneas representa la personificación de una raza tal como la raza iraniohelénica. Por esas intuicio-

nes propias de todo genio, revestirá el poeta en su magnífica epopeya las contradicciones de ambas razas, inmanentes á nuestros días, en los amores de Dido por Eneas y en los desdenes del pío Eneas á Dido.

La verdadera imagen de Dido ha quedado grabada en la retina y en la conciencia del género humano por los versos inmortales de Virgilio. Este poeta, cantor eximio del campo, arroja su dulce caramillo con que acompañara los idilios de los pastores en Mantua y Parténope, tomando la trompa épica de las batallas resonantes y de los héroes mitológicos. Como romano, presta en su ardor patrio á Roma los caracteres de una divinidad omnipotente y omnisciente, rodeándola con todos los esmaltes prestables por un genio tan universal como el suyo á los orígenes apartados y misteriosos de la Ciudad Eterna. En los tiempos clásicos no querían las ciudades venir de cerca, y no se contentaban todas ellas con menos que con descender del cielo y contar entre sus progenitores á los dioses. Ignorantes entonces de las razas que nos han generado y del ministerio por cada pueblo cumplido en la persona de sus progenitores, limitaban la cuna de los hombres y de los dioses al horizonte más ó menos estrecho de la poesía y de la historia clásica. Por consecuencia, Virgilio no

podía llevar los orígenes del sacro Lacio y de las soberanas gentes latinas allende aquella Troya, por tan apretados nudos ligada con las gentes helénicas. Además, el poema épico de los romanos debía unirse con el poema épico de los griegos en los enlaces mutuos entre las dos razas, las dos religiones, las dos lenguas, las dos literaturas. Troya, pues, la Troya destruída por los aqueos, le parece la madre única, bastante propia y digna del pueblo romano. Y así la *Ilíada* y la *Eneida* se confunden, y el drama que sirve para la iniciación en el mundo de Atenas sirve también para la iniciación en el mundo de la divina Roma. Los celos de Juno reaparecen. La terrible manzana de Paris vuelve á rodar por los espacios. El troyano Eneas, que corre á las riberas lavinias en pos de un espacio donde pueda erigirse con verdadero brillo ciudad rival de la perdida y acabada por el furor heleno, se halla expuesto, como sus padres, á la cólera devastadora de Juno. Ésta protegía también á Cartago y la designaba para impedir el dominio de Roma soñado en sus desapoderadas ambiciones por el troyano fugitivo. A mayor abundamiento, había leído en los horóscopos de las férreas hojas donde graba el destino sus decretos cómo un pueblo de sangre troyana debía nacer destinado á derribar las torres cartaginesas y envolverlas en los sudarios de las are-

nas líbicas. Así habíase propuesto Juno apartar á los troyanos del codiciado Lacio y dispersarlos á los cuatro vientos para que no pudiesen fundar ciudad ninguna rival de su predilecta Cartago.

Tantæ molis erat romanam condere gentem.

Bogaban los troyanos por los tranquilos mares de Sicilia, cortando las aguas azules con sus quillas y los aires perfumados con sus velas, cuando Juno se irrita y ensoberbece al verlos tan seguros de sí mismos, como si no contaran los cuitados son su enemistad y con su odio. Palas había quemado la flota de los griegos tan sólo para castigar las blasfemias de Ayax, y ella, Juno, la esposa de Júpiter, no tomaría iguales desquites y no desahogaría toda su cólera en análogos enemigos suyos. ¿Quién que tal viera podría ofrecer nuevamente holocaustos y sacrificios en sus inútiles altares? Ardiendo su corazón al fuego de tales sentimientos, propúsose perseguir á los nautas con sus desenfrenados huracanes y precipitarlos y hundirlos en los profundos abismos. Así marchó rápida en busca del dios Eolo y le rogó desatara los vientos contra Eneas á cambio de la ninfa más bella que pudiera encontrar entre su cortejo y acompañamiento de preciadísimas hermosuras. Eolo, que había merecido á Juno el favor de

subir hasta la residencia donde truenan los dioses mayores y sentarse á su mesa, tenía por obligación que trocar en mandatos las instantes súplicas de Juno. Así hiere con el cuento de su lanza las montañas, en cuyo seno se abrigan los aires violentísimos, y apenas las golpea, cuando por aquella herida salta la bramadora cohorte y se derrama en torbellinos sin fin por los mares designados á su furor en la terrible cólera de Juno. Las ráfagas tempestuosas á una se precipitan sobre la mar tranquila, removiéndola en sus profundos abismos y encrespándola en tormentosos oleajes. Los cielos desaparecen, las nubes se amontonan, los relámpagos culebrean por los cuatro puntos del cielo, retumba el trueno, los rayos lucen como látigos manejados por los dioses, vibran las cuerdas de las naves, se desgarran las velas, se desunen y rompen las tablas, los remos se tronchan, la proa y la popa se apartan divididas por el furor de las aguas, hierven las arenas, tiemblan las islas, y entre tantos horrores flotan por todas partes fríos cadáveres, en cuyos rostros verdea la siniestra muerte. Si Neptuno, receloso del poder de Eolo, no hubiese levantado la cabeza ceñida con sus algas del abismo y remitido á los vientos favorables, al Euro y al Céfiro, el calmar tantos torbellinos y trombas, indudablemente fuera Eneas estrellado contra las agrias sirtes por los te-

rribles huracanes. Pronto el dios anciano, conducido en su carro de conchas y de perlas por sus airosos tritones, tranquiliza los mares y les hace reflejar en sus cristalinos senos toda la limpidez de un cielo sin sombras y sin nubes. Pero desde las costas de Sicilia los troyanos dieron consigo, arrastrados por la tormenta, en las costas líbicas. Allí estaba Cartago, y en el seno de Cartago le aguardaba Dido. Naturalmente, como las grandes competencias entre los dioses helenos y los dioses troyanos continúan en este momento, Venus ha de proteger á Eneas, como Juno ha de combatirle. Y Venus consigue de Neptuno que salve á los náufragos y que serene la tormenta. Pero en las costas adonde arriba y en los mares aquellos tan celestes y tranquilos aun aguardaban á Eneas tristes asechanzas.

El sitio de arribo aparecía delicioso por extremo. A derecha é izquierda sendas rocas escalando el cielo, por cuyas laderas crecen seculares y altísimos árboles, que dejan pasar con varios amortiguamientos los resplandores del día y dibujan mezclas de luz y sombras, así en las aguas celestes como en las riberas tranquilas. Efectivamente, allí parece dormido el Mediterráneo. Su azul superficie penetra por los puertecillos humildes, por las modestas radas, semicirculares ó elípticas, y á veces de una belleza verdaderamente irregular y varia. No hay ne-

cesidad, por tanto, de cables que retengan los cansados navíos á la ribera, ni de áncoras que los encadenen. Lugar bellísimo aquel, según Virgilio lo describe, donde podrían unirse tanto los genios del mar como los genios del campo en suaves conciertos y suavísimas armonías. Los troyanos, combatidos por las hirvientes aguas del naufragio, tienden sus miembros entumecidos, ora en las blandas arenas, ora en los céspedes mullidos. Su industria les aconseja frotar unos cantos con otros cantos, y extraer por el roce y por el calor la chispa brillantísima, que, cayendo sobre las ramas y las hojas secas, enciende una voraz hoguera, la cual presta luz y calor al mismo tiempo. Entonces extraen todos de los navíos el pan mojado que les resta, y lo calientan al fuego encendido recientemente. Eneas dirige la vista por todas partes, y mientras en el mar inmenso no descubre un solo velamen, por el bosque descubre los ciervos que van pasando rápidos con flores enredadas en sus múltiples cuernos. Y como quiera que á todo náufrago suele presentársele, por una regla general, el trabajo en sus formas primitivas, así como acuden al método viejo de producir fuego y llama por el roce, acuden también á una caza propia de los tiempos en que luchaba el hombre sumergido en los senos de la naturaleza más porfiada y tenazmente con los animales inferiores, para pro-

curarse nutrición, muy adecuada de suyo á su índole, por aquella sazón combatiente y carnicera. Empeñado Virgilio en llevar al seno de la civilización latina todos los manantiales fluyentes de la civilización helena, reunía y condensaba en su *Eneida* las dos epopeyas del mundo antiguo, la epopeya del combate y la conquista, ó sea la *Ilíada*, y la epopeya del comercio y la navegación, á la cual llamamos *Odissea*. Por consecuencia, sus héroes habrán de combatir, como los aqueos en los campos frigios, y habrán de navegar, como Ulises y sus compañeros, por el mar Mediterráneo. Así, encontrándose náufrago, salvado por un destino favorable sobre las playas amigas, tendrá que dedicarse á las sabias industrias propias de quienes deben domar la naturaleza rebelde, sin más aguijón que su voluntad y su inteligencia propias, y sin más instrumento que sus propios brazos. Así el combate perdurable, intenso como ley de nuestra naturaleza, como necesidad inflexible de nuestro destino, se impone al hombre, nacido verdaderamente para la guerra y criado entre luchas donde su voluntad y su pensamiento se aceran al contacto inevitable con el dolor y la desgracia. Todas estas epopeyas humanas representan y significan al fin y postre los factores necesarios y fatales de nuestro inflexible destino.

Para contrastar todas estas adversidades recurre con fortuna Eneas á filosofía consoladora, propia de quien ha combatido mucho. Sin embargo, no hay consuelo que alivie sus intensas ansiedades por los camaradas y amigos dispersos al azote del huracán, los cuales no parecen por ninguna parte. Si á esto se añadiera la repulsa de recibirlo en Cartago, Eneas se vería muy herido por la triste adversidad y muy próximo á la desesperación. Satisfechas las primeras y más rudimentarias necesidades suyas, recobrado por el sueño un poco de ánimo con otro poco de necesario esfuerzo, desligadas ya sus ansias de las incertidumbres y perplejidades que le traían lo incierto y perplejo de su destino propio, conságrase á pensar en los demás y requiere los montes, los valles, las olas para que le digan dónde han ido á parar sus fieles compañeros. Además, habiendo arribado á una tierra hospitalaria, ve por doquier copudos árboles que le prestan sombra, grutas que le ofrecen asilo, costas y riberas pacíficas; pero no ve habitación alguna y no sabe qué clase de habitantes pueblan los espacios aquellos. Cuando más emboscado se halla en sus requerimientos é investigaciones, topa con su madre Venus, que se le aparece bajo la forma de una virgen espartana conducida por briosos corceles en carro de guerra. El arco de los

bosques pende á sus espaldas, el cabello en desorden da y entrega por completo á las brisas del mar y á las auras del campo sus hilos áureos, la flotante azul túnica se repliega sobre su rodilla desnuda, y luciente piel de tigre brilla sobre sus hombros como la que llevan en tiempo de vendimia las bacantes. Aunque las apariencias humanas de la diosa ocultan su carácter y su origen divino, trascienden afuera como la esencia encerrada y contenida en bello pomo. Así Eneas le pregunta quién es, y le dice cómo, sea quien fuere, debe aguardar sus holocaustos y sus ofrendas, pues le parece, á primera vista no más, una verdadera diosa. Venus le replica diciéndole que aquel traje suyo, parecido al de las divinidades olímpicas, suele usarse por las vírgenes tirias, acostumbradas al carcaj y al coturno. Con este motivo revela de grado al náufrago y á sus compañeros el sitio donde se hallan y las gentes con quienes habrán de tratar en su permanencia indispensable allí. Naturalmente, lo primero que revela es el jefe y dueño de tales sitios y los caracteres con que se ofrece á todo el mundo, y especialmente á los que llegan de arribada. Y en tal coyuntura surge de sus labios lo que más podía interesar á los fugitivos y asilados, la historia de los poseedores y soberanos de aquel territorio. Y como sean éstos una mujer que se lla-

ma Dido, cuenta á Eneas su hijo la vida interesante de tal mujer.

Dido habitaba Fenicia, donde tuvo por esposo el más rico entre todos aquellos potentados. Llamábase Siqueo, y desde la primera juventud inspiró á la mujer que compartiera su tálamo intenso y profundo amor. Un feliz himeneo coronó esta pasión, dando al matrimonio la más ingenua ventura. Mas pronto cansó al cielo ésta. Cierto hermano de Dido, que se llamaba Pigmalión, subió, por aquel entonces, al trono. Parecía natural, contando Siqueo en el puesto primero de aquella región á tan próximo pariente suyo, que descansara sin cuidados ni recelos. Pero el rey tuvo desde su nacimiento las propensiones y contrajo después en su larga vida la costumbre de un terrible tirano. Y entre las pasiones y los vicios de su tiranía resaltaba la codicia desordenadísima. Y esta codicia le llevó á desear los tesoros de su cuñado, y este deseo le llevó á perderlo é inmolarlo sin piedad alguna. Un día que se hallaba el esposo de Dido al pie de los altares ofreciendo culto litúrgico á la divinidad propia de su patria y de su raza, el tirano lo inmoló sin piedad y sin consideración alguna, en sus brutales pasiones, á que sacrificaba una hermana querida, por quien tuviera siempre particular ternura. Largo tiempo escondió su crimen, y por medio de mil

industrias odiosas y mil mentidas fábulas entretuvo el dolor de una esposa infortunada. Mas, como quiera que, dados los ritos antiguos, todo muerto insepulto volvía del otro mundo á este mundo, Siqueo volvió en sombra, y cuando estaba Dido entregada en el desierto lecho á sueños propios de sus intensísimas zozobras, se le apareció, y mostrándole sus heridas, le mostró también el nombre del perverso que se las había torpemente inferido. Los misterios del crimen quedaron revelados y Dido pudo tocar por medios sobrenaturales aquella terrible arma que había partido el corazón de su esposo. Viuda triste del único sér á quien amara en el mundo, hermana de aquel verdugo que le arrebató de un golpe toda su felicidad, no podía vivir en su patria bajo tal tirano, y decidió partirse. Agradecido el esposo á tal muestra de amor, contóle desde la eternidad el sitio donde guardaba innumerables tesoros, burlados á la codiciosa tiranía por su discreción y por su inteligencia. Recogiólos Dido con arte bastante para esquivarlos al avaro monarca, y reuniendo en las naves donde los almacenara todos los disgustados de la tiranía y todos los heridos por sus excesos terribles, dióse á la vela en busca de territorios más propicios. Y habiéndolos encontrado en la tierra de África, levantó allí Dido una segunda ciudad que le recordara con

sus preseas y con sus grandezas las glorias de su amada Tiro. Entonces Eneas, lanzando un profundísimo suspiro, contóle cómo provenía de los campos frigios; cómo juntara veinte navíos bajo su mando en aquellas célebres costas, y como solamente le quedaban siete, cuitadísimo, infeliz, herido por su adversa estrella, lanzado por dioses enemigos de Asia como de Europa sobre los arenales líbicos. Venus le dijo al troyano que se apaciguara, y que creyera en el encuentro de sus compañeros, como él náufragos, pero como él también redivivos y salvos. En su divino lenguaje la diosa comparó las naves troyanas burlando el furor de los vientos con cisnes heridos y escapados al furor de las águilas. Así aconsejó por último á Eneas que no descansase hasta dar con el palacio donde se albergaba Dido, y una vez tal consejo expresado, se huyó, revelando en la huída su inenarrable divinidad. Eneas quiso retenerla, pero Venus partióse con ligereza natural á su templo de Pafos, donde los inciensos de Sava humean eternamente sobre altares ceñidos con guirnaldas de frescas y suaves rosas.

El fugitivo se vió en la necesidad imprescindible de obedecer tomando el sendero conducente á la nueva ciudad fenicia. Bien pronto, desde una colina cuya cumbre alcanzaran sin esfuerzo, descubrió

su mirada el sitio en que los trabajadores congregados por Dido iban construyendo los nuevos edificios. Allí, en aquel recodo, solamente ocupado por cabañas rústicas y por pueblos incultos, elévase una ciudad en formación, donde pasman y admiran las enormes piedras sobrepuestas en murallas y en torres apercibidas á recibir todos los ornamentos del arte con todas las delicadezas del gusto. No trabajan las hormigas al atrojar su grano en la honda tierra, no zumban los enjambres al elaborar sus dulces y olorosas mieles en la próvida colmena, como trabajaban y zumbaban los jornaleros adscritos á la construcción de Cartago. En el sitio donde abordaran, veíase un bosque perfumado, y en el centro de tal bosque la milagrosa cabeza de un ardiente corcel, que Juno les había designado, cual horóscopo fehaciente de las felicidades y de las fortunas, para ellos apercibidas y guardadas en sus providenciales designios. Cartago sumaba entonces, con todos los elementos propios de una ciudad populosa, todas las delicias de los campos. El aire parecía embalsamado por la salvia y el tomillo; parecían las aguas fluir naturalmente de las grutas,como si la humana industria no hubiese podido expulsar de allí los dioses campestres. Dido naturalmente correspondía con magnífico templo á los favores de Juno. Vestíbulos de bronce abrían paso

á puertas incrustradas en riquísimos y varios metales. Y como quiera que no cabía templo ninguno antiguo sin el ornamento y el auxilio de las más bellas esculturas, al entrar Eneas, no solamente las halló de primer orden, sino que halló en ellas y en sus cuadros, así en los frescos cual en los bajorelieves, las escenas varias que había enaltecido la *Ilíada* de Homero y sembrado los recuerdos de la troyana guerra por todo el viejo mundo. Entre los héroes que allí había pintados y esculpidos, no sólo encontró Eneas á sus padres, á sus parientes, á sus amigos, á sus compañeros varios, hallóse también á sí mismo. Y estos encuentros con los antiguos tiempos, con los recuerdos sacratísimos, con las viejas historias, le consolaron por todo extremo en su inmenso dolor, y le advirtieron cómo no había perecido con ellos y con su fortuna su nombre y su memoria.

Mientras Eneas admiraba las pinturas y parecía fuera de sí en aquella contemplación estática, Dido aparece rodeada por completo de jóvenes y hermosas compañeras. Llévala por aquellos sitios el deseo de inspeccionar las obras y de mover los obreros al trabajo. Sentada, después de haber aquellas largas galerías recorrido, sentada en su trono, donde solía dictar los juicios, proclamar las leyes y sostener con premios y distinciones á los trabaja-

dores, Dido parecía una diosa. Eneas quedó un momento deslumbrado viéndola, pero no pudo fijar todavía su atención bastante por descubrir con asombro, al lado mismo de Dido, á los compañeros que creía muertos bajo el azote de la tempestad y ahogados en los mares profundos. Bien es verdad que no iban allí como Eneas hubiera deseado, pues todos ellos aparecían como suplicantes y demandaban alivio en algún dolor, consuelo en alguna desgracia. Efectivamente, Dido no había conseguido aún tomar todas las razas líbicas y someterlas á su cultura. Por eso indudablemente los náufragos, en vez de abrigo, habían encontrado terrible desabrimiento, y en vez de la paz y amistad con que soñaban, piratescos procedimientos encaminados á desvestirlos de todos sus trajes, desposeerlos de todas sus haciendas y precipitarlos en los mares profundos, á cuyos oleajes y á cuyos abismos habían por tan milagrosos medios escapado. Dido, bajos los ojos y encendida la faz, les respondió diciéndoles cómo los duros comienzos de todo nuevo imperio exigían aquellos procedimientos durísimos y aquellas tolerancias con las gentes bárbaras. Pero conociendo, como conocía, la grandeza de Troya, sus guerreros sin par, sus hazañas y sus heroicidades sin segundo, ora quisieran arribar á la hermosa Hesperia y á los campos de Saturno, ora detenerse

más cerca de allí en la idílica Sicilia, estaba resuelta de todo en todo á prestarles sus servicios, pues consideraba como dos ciudades hermanas la ciudad mártir de donde provenían ellos, y Tiro, donde había ella nacido. Y no solamente les ofrecía todo esto, sino que deseaba, con deseo vivísimo, ver y encontrar á su rey Eneas, de quien oyera siempre hablar satisfactoriamente, y con quien deseaba tener amistades muy naturales en los nacidos y criados al amor de Asia. Mientras estas cosas pasaban en torno suyo y las oían tanto Eneas como sus demás compañeros, quedaban, por los artificios propios de aquellas edades mitológicas, completamente ocultos, circuyéndolos próvida nube, mandada por Venus con oportunidad, á fin de que vieran y no fuesen vistos en tal particularísima escena. Y mientras tanto ardian en deseos vehementísimos de mostrarse á los suyos, referirles cuánto habían sufrido, estrecharlos contra su corazón, y apoyados unos en otros salir con ventura propicia de los terribles eventos.

Por fin la nube, donde habían los genios propicios envuelto á Eneas, acaba por disiparse, apareciendo éste á los ojos de todos los circunstantes. La inesperada resurrección del héroe hiere con profunda herida el ánimo de Dido que, sin darse cuenta del afecto cariñoso por su corazón experimenta-

do en aquellos minutos supremos, atribuye á mera curiosidad histórica el interés profundo por un troyano héroe infeliz y fugitivo. No bien determinadas todavía las ideas de su mente y las pasiones de su corazón, ora se muestra Dido compasiva por las innumerables desgracias de su Eneas, ora por las viejas relaciones entre su patria y su padre con los padres y la patria del náufrago. Lo cierto es que conduce á Eneas dentro de su palacio, dispone la celebración de su encuentro en todos los templos y envía ricos presentes á los compañeros de su dolor y su infortunio. El palacio de Dido arde con tal ocasión propicia en fiestas y en festines. Penden de las paredes riquísimos tapices; arrebolan estos tapices con sus reflejos de carmín la púrpura de Tiro, mientras brillan sobre las ebúrneas mesas y junto á los multicolores lechos los vasos y los jarrones de plata y oro cincelados con relieves parecidos á una epopeya compuesta de armoniosas líneas. Eneas, no sabiendo cómo agradecer á Dido tantos obsequios, manda traer los despojos troyanos embarcados con él en sus naves; las túnicas admirables donadas á Helena por su madre cuasi diosa; el cetro llevado por Ilione, la primogénita de Príamo; los collares de perlas y los joyeles de oro y pedrería salvados al incendio de Troya. Venus, madre del héroe, se complace mucho con tales dis-

tinciones; pero temiendo un refriamiento en ellas y una desgracia, por ende, irremediable de su adorado Eneas, quiere alzarle allí algo más que un hogar hospitalario debido á los afectos de amistad, un trono alto y propio, desde cuyas cimas pueda reinar sobre poderosas gentes y evadirse á las iras y cóleras de Juno. A este fin transforma su Cupido, el dios de los amores, en Ascanio, el hijo de su Eneas, y le comisiona ó expide para que, al abrazarlo Dido en sus senos y juguetear con él á guisa de muchachuelo inocente, transfunda éste por sus venas las ponzoñas de su encendido amor. Cupido cumple, como siempre, las órdenes de su padre. Pero en el espacio que mediara entre los primeros asomos de su amor y la erupción ya tempestuosa, quiso conocer toda la historia del héroe, desde su despedida del reino troyano hasta su llegada más ó menos feliz á las riberas líbicas. Eneas, después de pintar la última noche troyana, cuenta cómo recorrió los mares frigios; Creta, la isla de los misterios; Delos, el templo de Apolo; aquellos bosques de Ida, donde surgieron los fragorosos coribantes; Naxos, por cuyas montañas elevadas corre Baco ebrio; el mar de las arpías tan terribles y nefastas; las tierras donde se alzan altares á la luz del sol y reina con dominación tranquila el rey Heleno; los golfos y muros de Tarento; las faldas inmensas del

Etna, heridas por terremotos continuos; la epiléptica Trinaquia por los estremecimientos del volcán azotada y en tierra firme removida como los navíos por el viento; la feliz Selinunto con sus palmeras orientales, y la temible Lilibea con sus escollos multicolores, uniendo por tan maravillosa manera en su relato histórico los combates de la *Ilíada* con los viajes de la *Odissea* por verdaderas armonías y en varias narraciones de todo punto épicas.

Nada interesa tanto el corazón de las mujeres como el combate y la guerra en los hombres. Aunque Dido comenzó á sentir, desde que abrigara en su regazo al fingido Ascanio, la profunda y encendida pasión que Venus había querido sugerirle, aquellos relatos de la pugna con los hombres y de la pugna con los elementos sirviéronle para encender y acrecentar más y más el fuego de su pecho, á cuyo calor corría con vertiginosa celeridad la sangre de sus venas impelida por los golpes de un corazón en delirio. Así, al mismo tiempo que las hermosas facciones por su imaginación esculpidas con arte van quedándose grabadas en el pecho, las palabras oídas de sus labios coloran todo aquel conjunto con reverberaciones encendidas. La primera consecuencia del estado de ánimo en que cayó la reina fué su falta de sueño. En vano quiso contraerlo cerrando los párpados con verdadera porfía

y combatiendo tenaz las imágenes relampagueantes por su retina y las ideas hirvientes en su corazón. El sueño no caía sobre sus ojos, y mucho menos la tranquilidad sobre su espíritu. Así el primer albor no había dorado todavía las líneas del Oriente cuando ya estaba Dido, tras aquella noche de insomnios y pesadillas, requiriendo algún confidente y alguna confidencia capaces de recibir sus hondísimos secretos y aliviar su lacerado corazón. Nadie como su hermana para esto de compartir las penas del alma y granjear un delicado consuelo. Encaminóse, pues, Dido á las habitaciones de Anna, y le contó lo que pasaba por ella en presencia del náufrago. Su aire noble, sus ademanes distinguidos, la hermosura de varón que revelaba todo su curtido cuerpo, las guerras con tanta elocuencia referidas, las faenas y contrariedades con tal sublimidad soportadas, habíanla cautivado y rendido en términos de no poder apartar, ni la figura de sus ojos, ni la voz de sus oídos, ni los hechos y las hazañas de su memoria, ni los afectos admirativos y cariñosos de su corazón. Anna le respondió por modo natural y lógico lo que cualquier otra confidente le respondiera en su caso, y le dijo cómo aquel su amor no podía serenarse ya en el mundo sino en propicio y religioso matrimonio bendecido por los dioses y sancionado por los hombres. Al oir esto

Dido se airó contra sí misma, por no airarse, cual debía, contra su racional y sesuda hermana. Sus ojos se desencajaron como á impulsos del dolor físico; sus brazos se retorcieron como si la enlazaran entre nudos gigantescas serpientes. Muerto Siqueo á manos de Pigmalión, aquel Siqueo en quien Dido pusiera todos sus amores, y que, vuelto del orco en sombra ó espíritu, había revelado á su viuda riquezas escondidas, mediante las cuales pudo arribar á las playas líbicas y establecer en sus arenas un trono altísimo, no podía ni debía pagar tantos beneficios, dictados por el amor, con otros amores, convidando al tálamo y al solio de Siqueo un extraño, quien, por grande y digno, carecía para ella de suficientes honores y títulos, como debiera tenerlos todo varon llamado á regir en el ánimo suyo y en la ciudad cartaginesa. Así es que Dido creía, no ya cuestión de dignidad para su nombre y para su alma, cuestión de pudor para su cuerpo, el retraerse á todo nuevo matrimonio, permaneciendo en una inconmovible fidelidad, como exigía y demandaba la querida memoria del llorado Siqueo, su primer esposo.

Inútilmente le dirigía reflexiones profundas, le presentaba como cosa de imposible realización el intento de permanecer joven y bella en una soledad eterna, le pintaba cómo los afectos á la mu-

jer más atractivos son siempre un cariño maternal y un amor pagado con verdadera correspondencia; inútilmente, repito, le decía cómo las sombras de un alma y las cenizas de un cuerpo no podían llenar los abismos de su corazón; Dido se parapetaba tras los juramentos prestados, y por combatirse á sí misma y vencerse, combatía y negaba cuanto le dijera su adorada hermana. Mas ésta no podía satisfacerse tan sólo para moverla con razones de afección pura y simple; hablábale, como debe hablarse á una reina, de altas necesidades políticas. No obstante su genio superior y su elevada índole, una mujer, con la debilidad y ternura del sexo propio, debía considerar cosa imposible mantener en paz regiones amenazadas por los gétulos, pueblos indomables en la guerra, y los mímidas, jinetes parecidos á las ráfagas del huracán, y los barcios, asaltados por furores comparables tan sólo con los furores de la tormenta. Para mayor desgracia, Cartago, alzada en los arenales ardentísimos y circuída por las tribus salvajes, no podía contar con amparo alguno extranjero á causa del odio que Tiro, por el homicida hermano gobernada, profesó de antiguo á Dido y á su ciudad, por haber conducido riquezas exclusivamente suyas al territorio africano. Y en esta situación, cuando hasta el terreno, sobre cuyas arenas Car-

tago se levantaba, podía sublevársele, encontraba inesperadas armas y súbitos recursos muy bastantes á procurarle preciadas grandezas y á conservar bajo su imperio todo lo aquistado. Dido no consintió en dar por esto su brazo á torcer. Conociendo que, no ya las reflexiones de su hermana, su propia ceguera, voluntaria, de inteligencia, su propio imperioso corazón, le iban imponiendo aquel amor desapoderado hacia Eneas, refugióse con empeño en la religión y pidió á los sacrificios y á los exvotos litúrgicos la victoria que no podía recabar de sus fuerzas naturales. Bajo la techumbre sacra de un templo, al amor del fuego religioso, suspensa con arrobamiento sobre las entrañas recién abiertas de sus víctimas, teniendo una copa consagrada en el sacro altar, pide auxilio divino á los genios superiores para que la socorran y la fortalezcan contra ella misma. Inútil, completamente inútil, toda su apelación. El amor penetra con su fuego hasta en lo interior de sus huesos. Como las ciervas heridas en los prados de Dictea por los pastores de Creta guardan su flecha, y cuanto más huyen de quien se la dirigiera, más se la clavan en su vientre, Dido pretende huir de su Eneas, y cuanto más á él huye por los consejos reflexivos de su conciencia, más á él vuelve por los impulsos indeliberados é inconscientes de todo su sér ínti-

mo. Así cuanto consigue del sacrificio presentado á las primeras divinidades para que la sostengan y para que la socorran es un llamamiento nuevo á Eneas, al temido Eneas, al rechazado Eneas, temeridad cohonestada con el deseo de allegar algunos consejos suyos y demostrarle los muros y el circuito de Cartago á fin de industriarle del grandor y poder que tiene una ciudad, erigida gracias á las riquezas fenicias aportadas de Tiro y de Sidón, y ampliamente distribuídas por discretas previsiones y por sesudos acuerdos.

En efecto, la reina lleva, entre tantas obras como hay allí comenzadas, al huésped; mas, queriendo hablarle de las altas cosas políticas, no sabe cómo componérselas, pues le habla siempre de afectos y le halaga y entretiene con ardientes y sentimentales conversaciones. Ningún coloquio, ningún diálogo dura lo que durar debiera por una ley natural, á causa de las volubilidades con que salta Dido, sin poderlo remediar, desde los motivos más ligados con el gobierno á los motivos más ligados con el amor. Estas conversaciones se repiten mucho con el querido huésped. Frecuentes y largas, cuando la hora de separarse llega todas las noches, Dido no puede conciliar el sueño, y sus ojos y su pensamiento se fijan á una en el hombre á quien acaba de rendir su albedrío contra todo su grado, llamán-

dole señor y soberano de su alma. Con esas industrias propias del amor, siempre que Dido se retira, suele llevarse consigo al niño Ascanio y acostarlo en su lecho por la resemblanza que tiene con su padre. Dada tal situación, cáensele á Dido las riendas del gobierno, y al caérsele por su triste absorción en los amorosos pensamientos, la fábrica de Cartago se interrumpe. No suben ya las torres, no suenan las armas, no crecen los puertos; todo trabajo queda suspendido, y las moles, que se apilaban unas sobre otras, amenazan desprenderse, aplastando á quienes las habían amontonado. Juno quería divertir de Italia con empeño á Eneas reteniéndolo en Cartago, mientras Venus impelía á Eneas hacia Italia para darle mayor fortuna y pujanza. De aquí un combate mortal entre las dos diosas, combate verdaderamente dramático, pues mientras la una, Venus, ha sugerido el amor á la reina para que su hospitalidad resulte mucho más afectuosa, su émula ó enemiga Juno quiere aprovechar tal sentimiento para impedir la futura grandeza de Italia y quebrantar el sumo poder del rey Eneas.

A fin de realizar mejor sus propósitos, la reina de los cielos infundió en él aficiones á fiestas, cazas y divertimientos varios, en que pudieran Dido y Eneas verse para decirse mutuamente sus afec-

tos y quizás tropezar en las soledades y retiros del campo, uniéndose por el nudo indisoluble de su mutua pasión. Así comiénzase una ruda fiesta, en que mezclaban los empeños de la caza con los empeños de la pesca. Gran muchedumbre de caballeros masílicos acompaña en su diversión á los príncipes. Aun no habían despuntado los resplandores primeros del alba, cuando ya se veía de pie á la reina, esperada y seguida por todos los potentados y por todos los magnates de su reino. Apuesto caballo, resplandeciente de oro y ceñido de púrpura, en la puerta del palacio aguarda impaciente á la reina, tascando con noble rabia el freno de oro blanqueado por las espumas de su boca. Dido aparece, la clámide tiria pintada por las múrices del mar sirio en su cuerpo, los borceguíes celestes parecidos á los que usaba Diana en sus pies, las cintas y diademas de oro á su cabeza. Eneas la sigue, y el poeta, que celebra y canta estos amores, no sabiendo con quién compararlo, compáralo con Apolo en Delos, su isla maternal, circuído por coros sacros, adorado por sacerdotes que se pintan el cuerpo y danzan trémulos alrededor suyo en misterioso círculo, ceñidas de laureles sus sienes y las flechas de oro en el carcaj puesto sobre sus espaldas. No hay en el mundo antiguo y en la vieja historia cazador al-

guno comparable á este cazador excelso y divino, pues de haberlo, con él ciertamente comparara su poeta épico Virgilio al bello y piadosísimo Eneas. Apenas comenzada la cacería, y cuando las flechas se cruzan en todas direcciones y los gamos y los ciervos en tropel corren, espesa nube oscurece los horizontes, despide sobre la tierra fuerte lluvia mezclada con fríos granizos. Todos los compañeros de caza huyen por los cuatro puntos cardinales en requerimiento de refugio, mientras Dido y Eneas quedan solos en cercana gruta, que, al resplandor de la tempestad convierte la demente Dido en templo y tálamo de improvisado himeneo, por ella juzgado en su locura tan divino cual si las más altas potestades del cielo y de la tierra pudieran á una consagrar con nombres santos y legítimos títulos fugitivas embriagueces del sentido y delirios más fugitivos aún, cuyos estremecimientos no lograran nunca la serenidad propia del verdadero amor. Aquel día murió Dido, exclama Virgilio, porque nada pudo retenerla dentro de su deber, ni la decencia, ni el pudor, y fué osada, en su ceguera y delirio, á encubrir su imperdonable debilidad con la denominación respetable de himeneo. En cuanto la fama llevó por el espacio los ecos de tal suceso, terrible cólera se despertó en Yarbas, caudillo de aquellas tribus y señor de aquellas tie-

rras, el cual, dirigiéndose á los dioses, conjurólos para que castiguen á la mujer extraña, errante por los linderos de aquel su imperio, donde construye á precio de oro en espacios primitivos suyos una ciudad, y cuando le ofrece y le presenta él su fuerte mano, requiriéndola de amores y designándola para esposa suya con ánimo de salvarla y defenderla contra tantas asechanzas, le prefiere al nuevo Paris, circuido por un cortejo de mujeres livianas, coronado por la tiara libia, oliendo á femeniles perfumes, y en su debilidad, incapaz para el combate, siquier ladrón ó raptor de quien debía buscar otras alianzas y enlazarse con otros hombres. Los clamores de aquel bárbaro debieron, á la verdad, hendir el cielo y penetrar en Júpiter, cuando éste diputó á Mercurio para que apartase á Eneas del propósito de quedarse fijo en Cartago, y le dijese cómo habiéndole preservado el cielo de las armas y de las teas griegas en Troya y del huracán horroroso en los mares africanos, lo hizo así para que pudiera cumplir sus personales destinos y dar origen á la romana gente. Mercurio, cumpliendo las órdenes de Júpiter, se calza los borceguíes alados, que le conducen rápido sobre los mares y las tierras; empuña la varilla milagrosa que sugiere los sueños y evoca las almas; pasa por lo alto del Atlas enorme, cuyas espaldas sus-

tentan los cielos, y cae sobre los líbicos arenales, donde halla á Eneas ceñido ya con la púrpura tiria y armado con las espadas fenicias. Invisible, pero persuasivo, el dios, reconviene como un remordimiento la conciencia del piadoso Eneas, quien queda inmóvil de horror, pálido el rostro, cerrados los labios, erizada la cabellera, sintiendo cómo los dioses le apartan de aquellos sitios contrarios á su finalidad natural, y le arguyen por aquellos ocios indignos de quien estaba llamado á presidir, según decretos celestes, obra tan colosal como los orígenes y comienzos de la Ciudad Eterna. Pero, poco fijo en sus intentos, poco resuelto por su índole y por su carácter, de ánimo perplejo, de ideas ondulantes, no sabe por donde salir, y ya se le aparece á los ojos febriles el destino malogrado por su culpa, ya la mujer á quien perdiera con sus condenables ligerezas. Por fin resuelve partirse, y llamando á sus compañeros de navegación les encarga con sigilo aprestar los barcos á la inmediata fuga y esquivarse por todos los medios al furor de Dido.

¿Cómo engañar á una mujer amante? Aunque su poder y su vigilancia de reina en autoridad y en ejercicio no le dijeran todo cuanto necesitaba saber, diríanselo sus profundos afectos y los avizores ojos de su alma. En cuanto lo advierte, un delirio se apodera de sus nervios y enciende su

sangre, delirio comparado por el poeta latino á la embriaguez impulsora de las bacantes, que les inspira en sus bacanales aquellos sus gritos dicordes y aquellos sus desordenados movimientos. Demudado el rostro, destrenzada la cabellera, desceñido el traje, la ira en los ojos, la hiel en los labios, el resuello de un moribundo que pelea con los asaltos de su agonía en el pecho, Dido corre á la presencia de su Eneas para detenerle con imperio á su lado é impedir aquel viaje, á cuya horrible tristeza no podría, no, sobrevivir la cuitada. El primer adjetivo lanzado al rostro de su ingrato amante, adjetivo muy propio de las acciones que perpetra, es el adjetivo de pérfido. Hiérela en sus más íntimos sentimientos, oféndela con imperdonable ofensa el que haya Eneas creído posible ocultarle un proyecto como el proyecto de su fuga y huir salvo de sus reconvenciones y de sus quejas. Un amor sin límites, un reino sin fronteras, una riqueza sin medida, una mujer sin esperanza ya en el mundo, si después de haber traicionado á su marido Siqueo la deja y abandona en su dolor aquel por quien cometió la traición, debían rendir todo pecho, no helado por la nieve de un desdén sin ejemplo. Aquel hombre, á pesar de sus empresas calmoso, y á pesar de sus guerras tímido, siempre á las precauciones dispuesto y siempre sujeto al do-

minio de su conciencia y de su pensamiento, ahora, como atolondrado é imprevisor, alza el cable y tiende los velámenes en la estación de los aquilones deshechos, en el tiempo de las tormentas, cuando el rudo invierno todo lo azota y el mar á toda navegación se resiste. Ni por Troya resucitada, ni por sus padres redivivos, ni por los antiguos penates y dioses, ni por toda su raza y gente, se hallaría justificado el abandono, inexplicable de todo punto, dirigiéndose, como se dirigía entonces, á tierras nunca vistas para dominar sobre pueblos desconocidos. Así la reina enamorada, rendida, que había por su Eneas faltado á juramentos fúnebres tan obligatorios y corrido los riesgos de conjurar en contra suya las naciones líbicas, los reyes nómadas y aun los tirios mismos, perdido ya el pudor, vulnerada la castidad que ofreciera como un exvoto á sus dioses, convertido el delirio de un minuto en sacro himeneo con mengua del respeto que debiera guardar á la santidad de su doctrina y al deber en una reina de los buenos ejemplos ante sus vasallos, no pide su amor al ingrato, le pide compasión. Si cuando recatada viuda, buena mujer, próvida gobernante, celosa reina, hermanos como Pigmalión se proponían demoler los muros de su ciudad, y vecinos como Yarbas llevarla cautiva por los desiertos á sus tribus indóciles, ¿qué

no harían ahora viéndola claudicar y pagada su enorme culpa imperdonable con el desprecio y el abandono de aquel por quien, demente y ciega, claudicara? ¡Ah! En los rápidos amores, en aquel delirio de su alma no le restaba consuelo ninguno, ni siquiera la prenda carísima de amor que deja el más vulgar de los esposos á su esposa, un hijo parecido á él y destinado á recordar en esta semejanza el antiguo amor.

¿Qué podía responder á todo esto Eneas? El destino antiguo lo encadenaba como á los héroes de la tragedia clásica. Buscaba en su interior medios de servir y obedecer á la esposa cuya pena le partía en mil pedazos el corazón; pero no los hallaba, sumiso como debía estar á los imperiosos madatos de Júpiter. La hermosura de aquella mujer desolada rendía su ánimo; el recuerdo inextinguible de sus beneficios pesábale con inmensa pesadumbre sobre la conciencia; desde sus sentidos más groseros hasta sus facultades más elevadas le hablaban de sus deberes para con ella; y, sin embargo, no podía contrastar la inflexible voluntad omnipotente del cielo, superior á su individual voluntad. Lo único un tanto consolador para él entre las acerbas reconvenciones, ya de su Dido, ya de su conciencia, estaba en la falta cometida, en que, si bien le llamaba esposo, no había empeñado pala-

bra previa de tal y recibido las sanciones de un verdadero himeneo en aquel delirio de un momento. Como no pudo quedarse allá en su patria para enterrar el despojo sacratísimo de toda su raza y sostener los sacros muros de su Troya renaciente para los vencidos, pues debió ir, obedeciendo las órdenes de Apolo y los oráculos de Licia, en busca de Italia, imposible también quedarse allí en Cartago, como imposible le fuera de todo en todo á la reina volverse de nuevo á Tiro. Roto, fugitivo, desterrado, errante, sin la patria de sus padres, sin el templo de sus dioses, sin el sepulcro de sus progenitores, por la sombra de aquel que lo engendrara y por la suerte de quien él engendró, debía dejar las líbicas riberas y trocarlas por las riberas italas. De consiguiente, cuando todavía las cuádruples alas del mensajero Mercurio agitaban los aires; cuando resonaba la voz de Júpiter en los cielos, no había lugar á reconvenciones y á quejas, sino á conformarse con el destino, á quien irritaban todas aquellas voces con todas aquellas lágrimas inútiles, y seguir, siquiera fuese de mal grado, hacia Italia. Estas excusas no persuadían de ninguna suerte á Dido, antes bien por vanas iban derechas á despertar sus invencibles cóleras. Los ojos le saltaban de las órbitas como su corazón del pecho, y no sabía ya de cuál palabra valer-

se para contestar á tan cruel desdén. No, no podía tener Eneas por madre una diosa ni llevar en sus venas la vida de Dardano. Sólo el siniestro Cáucaso aborta criminales como él y las tigres de Hircania crían á sus impíos pechos cachorro semejante. Cuando, náufrago y miserable, la tierra lo había rechazado y el mar lo había escupido, ella lo recogiera y asilara; cuando, sin espacio para sus hogares y sin patria para sus hijos, ella le cediera un feraz imperio; cuando, pobre y desnudo y hambriento, estrellada su nave y roto su cuerpo contra las escollos, le colmara con todos los bienes del mundo, ¡ah!, Eneas tan sólo sabe responder á esto con la ingratitud más implacable y con los más feroces desdenes.

La infeliz no puede comprender que se invoque para crimen de tal modo enorme, ni los dioses, ni los oráculos, ni los consejos de Apolo, ni las órdenes de Júpiter, ni los mensajes de Mercurio: que no turban las divinidades celestes el olímpico reposo propio por las mortales miserias. Al contrario, si han de responder á la justicia que les impone lo superior de su naturaleza íntima, si han de castigar al malvado, si han de volver por la virtud y la inocencia, en vano buscará entre las ondas su imperio Eneas. El viento lo estrellará contra las rocas, las olas se tragarán hirvientes los restos de

su cuerpo destrozado, y al morir la palabra última de sus labios habrá de ser el nombre de la mujer abandonada, y al entrar en la eternidad, allí en el orco, habrá de hallarse frente á frente con su sombra reconviniéndole y atormentándole por siglos de siglos. Viéndose tan desdeñada, huye á los ojos de su Eneas Dido, furiosa consigo misma por no haberse á ellos esquivado y huído en días más propicios, antes de tropezar en su corazón y despeñarse infeliz en sus brazos. Eneas, conociendo todo el horror de la desgracia infligida, y fidelísimo al natural dulce de sus padres heredado, quisiera extinguir con frases y besos de amor aquellas amargas quejas y hasta quisiera detenerse allí; mas no lo permiten los dioses, cuyos mandatos á la resistencia se redoblaban, y tiene que rehacer su flota, carenarla, ponerle mástiles y remos recién cortados en los verdes árboles, mientras Dido gime desde alta torre, viendo en tumultos las riberas ocupadas por tantos trabajadores y cubierto el mar de leños y velámenes, confundidos los clamores de las gentes con los clamores de las olas, y todo el aire y todo el suelo en ardor y en movimiento. A pesar del odio que las acciones de su Eneas le promueven allá en el alma, todavía le quiere, y viendo cómo los troyanos aperciben cordajes y velas á los vientos favorables, y cómo coro-

nan las popas bellísimas con guirnaldas frescas, no pudiendo comprender que así castiguen ellos con daño tal á quien solamente les granjeara bienes, pide á su Anna, invocando el mutuo fraternal cariño y trayendo á sus mientes la distinción y amistad con que siempre la trató Eneas, una intervención activa en su desgracia para conjurarle á que recuerde los beneficios recibidos, el amor gustado, la felicidad sentida, y ya que no preste la debida fe á un himeneo traicionado, ni renuncie al imperio de su Lacio apartadísimo, le conceda tregua en su dolor y se quede hasta los meses rientes de la dulce primavera, en los cuales un cielo claro y sereno, un mar celeste y dormido, unos céfiros favorables habrán de auxiliar á su navegación y ofrecerle á su término y fin una tierra florida y serena, en la cual puede hallar la felicidad completamente imposible para él de resistirse á este último ruego y negarse á este último favor. Pero ninguna de tales instancias ablandan aquel corazón endurecido por los mandatos de los dioses. No parece sino que sus oídos están como tapados y como amordazada su boca, pues ni oye las instantes súplicas ni encuentra en su elocuencia palabras de alivio y consuelo al dolor por su propia tenacidad engendrado. Italia le pide y á Italia va. *Italiam non sponte sequor.*

En tal angustia Dido se ve afectada, no sólo del dolor que le causa el despego de su Eneas, sino del remordimiento que le causan sus actos propios. Ya no quiere verse á sí misma ni en el espejo de las fuentes, como si del propio sér se hubiera desceñido. Ya no quiere convertir los ojos al cielo, como si del cielo se hubieran los dioses ausentado. La luz tan brillante se trueca para ella en sombra; el calor de la vida en frío mortal. Inútilmente corre á los altares; el dios de su predilección la rechaza. En vano presenta libaciones; el hidromiel se vuelve negro y el vino de los cálices sagrados se cambia en sangre coagulada. Cuando mira los genios propicios á quienes enderezara tantas oraciones y de quienes recibiera tantos bienes, estos genios toman las formas y los aspectos de siniestros remordimientos. Visiones fatídicas en los ojos, crueles puñaladas en el corazón, gritos discordes en la conciencia, perplejidades sombrías en el espíritu: he ahí el estado terrible de Dido. Un templo tenía en su palacio consagrado á los manes del esposo difunto, y allí, donde blanqueaban siempre sobre las aras albos vellones y olieran frescas guirnaldas, siéntese ahora como estremecimientos en el suelo, como gemidos en el aire; vese la noche más oscura en medio del día, cual si todo el espacio se hubiera convertido en duelos, y lutos, y mortajas, y sudarios. Sus pa-

vimentos de mármol, sus columnas de ágatas coronadas por chapiteles de bronce, sus techumbres de negro ébano incrustadas en marfiles de Persia y en oro de Ofir, sus nichos resplandecientes de pedrería, sus candelabros alimentados por olorosos aceites, sus incensarios, donde arden las olientes resinas de India, despiden aves nocturnas de ojos fosfóreos, buhos gigantescos, los cuales de allí se alzan, y, abriendo sus alas sedosas, parecidas á velos fúnebres, envuelven de sombras nefastas la vivienda y la persona de Dido, al par que murmuran siniestras maldiciones en sus desgarradas orejas. Las Euménides, que amargaran en Tebas los días de Penteo; las Furias, que persiguieran por las orillas del mar á Orestes con sus gritos feroces; la Medea en su carro, tirado por serpientes que silban; la esposa de Agamenón armada con antorchas infernales no dan idea exacta, no, del aspecto revestido por los dolores y remordimientos de Dido en la hora funestísima de su desesperación. Poco á poco su mala estrella le dice cómo no le consiente ya el destino adverso ningún otro refugio, sino el que guarda en su hondo silencio, en su terrible frío, en su espantosa oscuridad, en sus negros abismos, la implacable muerte. Morir, morir, morir, dice por tres veces Dido en su dolor intenso, después de haber visto despoblado el cielo y despoblada el alma de toda esperanza.

Tomada esta resolución arbitra los medios de cumplirla. Pero tiende á ocultarla de todo el mundo, engañando, ya que ha sido engañada ella. Su confidente, su hermana misma, no consigue de esta ley general exentarse. Dido lo dice con burla reconcentrada, y de muy difícil comprensión, haber encontrado el medio conducente, ó bien á reconciliarle su Eneas, ó bien á desasirla de su amor. Por las tierras lejanas que al Océano se avecinan, allí donde á diario el sol se apaga en las ondas, extiéndense las apartadas regiones de negra Etiopia, en que sostienen sobre sus espaldas el Atlas inconmensurable los ejes resplandecientes del cielo estrellado, tierra, que le manda una sacerdotisa, perteneciente á la nación de los masilios, guardadora del templo de las Hesperies, la cual alimentaba de líquida miel y embriagadoras adormideras el dragón vigilante, bajo las ramas sagradas de los árboles sobrenaturales, y que maga de oficio, encantadora, hechicera, industriada en horóscopos y sortilegios y quiromancias, se ufana de ligar y desligar á su grado los corazones, impeler atrás los ríos, subvertir los astros, evocar los muertos, estremecer la tierra; para todo lo que necesita apercibir una hoguera en el patio principal de palacio, cuyas voraces llamas, consumiendo todos los dones llevados allí por Eneas, sus armas troyanas y su tá-

lamo nupcial, consumirá con todos estos objetos los intensos y nefastos amores. Imposible que la tierna confidente adivine cómo su hermana mayor junta todo esto, no para hechicerías y encantamentos inútiles, para su propio fin y muerte. La que ha sufrido cosa tan grave como el traspaso desde nuestro mundo al otro de su primer marido Siqueo, bien puede sufrir todavía los desdenes del pío y tierno Eneas. Así no halla inconveniente alguno en que los haces de leña olorosa y seca se hacinen por los patios del regio palacio cartaginés y sobre su tope ó cima se pongan los regalos de Troya traídos, la espada reluciente, su efigie misma y el tálamo nupcial donde fueran felices en amores exentos de cuidado. La magia tiene todos estos caprichos, inventa todas estas brujerías, recurre á liturgias extrañas, extrae maleficios de las cosas más vulgares y bien puede aguardar algunas virtudes eficaces del oloroso pino, del chisporroteador sarmiento, de los aromosos leños hacinados en una inmensa hoguera. Álzase, pues, la terrible pira, predestinada, sí, á extinguir la pasión de Dido, pero extinguiéndola también á ella. Como desde la hora y punto en que tomó tal resolución la cuitada concluyeran sus combates, y con sus combates sus perplejidades, sonriéndole calma bien ajena de las tormentas anteriores, aquella cal-

ma del sueño eterno, tan propicia y seductora para los infelices, el ceño de Dido se desarrugó, tornóse tersa la frente, cayeron á sus piés como muertas las penas producidas por sus recientes combates, irguióse majestuoso el cuerpo tronchado antes á los empujes del huracán, los ojos relucieron como no habían relucido durante la condensación de tantas nubes, una sonrisa de santa esperanza y de tranquila felicidad se dibujó en aquellos labios de rosa, y la transfiguración prestada por su proximidad á las sombras del sepulcro aumentó la belleza de aquel rostro, sereno ya, con la paz de aquel ánimo, suspenso, cual una estrella vespertina, sobre los insondables abismos realzados por los reflejos del crepúsculo.

Antes de conciliar Dido el sueño eterno visitó los espacios y lugares donde había de dormirlo aquí en la tierra. Como la simiente busca el hondo surco para brotar, crecer, florecer y fructificar, busca el hombre la honda tumba para transformarse después de muerto y revivir en la serena inmortalidad. Cartago, siguiendo la costumbre fenicia, depositaba los muertos en concavidades que bien podían llamarse grutas, cuevas ó cavernas, arrebatándolos así á la vista humana y á la diurna luz. El misterio, el secreto, el reposo, el silencio, todo lo que nos acerca de suyo á la eternidad re-

quiere sitios profundos y ocultos, donde no puedan penetrar ni el resplandor del sol, ni el examen de la indagación, contradictorios con todo cadáver. Allí dentro, en aquella soledad, en aquellos abismos sólo abiertos á las oraciones de los vivos, preparaban al muerto sudarios de lino que lo envolvieran, sarcófagos de piedra que lo guardaran, ataúdes hermosísimos de olorosos cedros que le granjearan un tálamo tranquilo en sus desposorios con la muerte. Sobre los sarcófagos veíanse esculpidas palmas en señal de combate, coronas y guirnaldas en señal de victoria, próvidos árboles de sombras propicias y necesarias al reposo y descanso en la eternidad. Algunas veces, como Tiro se hallaba tan cerca del territorio egipcio, y las costumbres del Egipto alcanzaban tanta validez entre los pueblos occidentales, imitaban los cartagineses la sabida liturga del Nilo, y convertían sus muertos en momias de cabelleras rizadas como las asirias, de trajes multicolores como los trajes de Menfis ó de Tebas al par que de rostros tan armoniosos y serenos como los rostros de las estatuas griegas. Pero no tenían los muertos aquella continua y vistosa exposición del Egipto. Creíase de necesidad para ellos la tierra con el fin de ocultarlos á esta luz natural, dejándolos esclarecidos tan sólo por la luz sobrenatural de las regiones eternas. Un ataúd allí era

como arca cerrada para el mundo y como nave abierta para los vientos del cielo, que podían empujarla más ó menos suavemente á la eternidad. Para que no penetrase la vida nuestra, ni la luz nuestra, ni el aire nuestro en los ataúdes, cerrábanlos con clavos, poníanles anillos de hierro y relieves de bronce. Pero al mismo tiempo dejaban en torno de los ataúdes frascos y pomos rebosantes de embriagadores aromas, vasos fúnebres que los griegos llamaban alabastros y que se componían ciertamente, no de la piedra indicada por tal nombre, sino de ágata y marfil, ídolos, amuletos hechos de pórfido como el escarabajo místico, palomas representantes de la pasión amorosa por su hermosura y por sus arrullos, el carro de los viajes eternos uncido á caballos con alas, Anubis rematado por su cabeza de chacal, hojas de oro enlazadas en diademas fúnebres, lámparas ardientes con los olorosos aceites y las mechas propias de los grandes sacrificios, los collares, los anillos, los espejos, las joyas, símbolos expresivos del viaje hacia las riberas eternales. Dido, que tenía indudablemente de sus padres el culto á la muerte, arregló el traspaso de la vida presente á la vida futura cual hubiese podido arreglar cualquiera de las expediciones ordinarias emprendidas por su persona ó por su corte.

Después de haber visitado el sepulcro visitó también el templo, buscando en él aquellos auxilios y fuerzas indispensables á su largo viaje. La virgen protectora de sus abuelos, Astarte, recibía ofrendas y sacrificios en aquel sacro sitio. Dido, serena como quien ha tomado una resolución incontrastable, se paró algunos instantes en el vestíbulo. Las altas arboledas pobladas de aves sacratísimas, las fuentes rumorosas que desataban sus claras aguas bajo un cielo y sobre un terreno ardientes, los largos intercolumnios de aquellos patios alabastrinos que á la frescura y al descanso invitaban, los coros de jóvenes de ambos sexos acompañados por cítaras y liras, las nubes de incienso levantadas á los aires de los cien áureos pebeteros ardientes, el arrullo de las palomas en su nido mezclado con el vibrar de las palmas, el enlace de los mirtos con los laureles, el aroma de los azahares y jazmines, la danza de las sacerdotisas sirias coronadas por guirnaldas de granado sobre las cuales relucían las tiaras y mitras de oro, los afectos de fe viva, y esperanza, y amor, debían alentar, no al suicidio, no, á la reconciliación estrecha con mundo como el nuestro, donde las religiones y las artes acercan el cielo á la tierra y comunican á los hombres con los dioses. Después de visto el panteón, después de visitado el templo,

después de aparejadas todas las joyas litúrgicas indispensables al postrero trance, debió la reina dirigir su mirada con tristeza y amor á la obra de aquella ciudad levantada por su inteligencia y con sus riquezas. El mar se dormía en sus puertos. Acueductos soberbios, arrancando desde manantiales muy lejanos, proveíanla del agua fresca indispensable á los abrasados climas. Anchos fosos la separaban del temible vecino en armas, que circuía sus muros, errando á su alrededor, como los tigres y leones en torno de los vivos, y como los chacales y las hienas en torno de los muertos. Formidables murallas, compuestas de colosales piedras y cortadas por múltiples torres, concluían la defensa. Como todas las ciudades fenicias, Cartago resultaba una inmensa factoría. Y esta factoría se hallaba defendida materialmente por tropas mercenarias y defendida moralmente por dioses allegadizos. Sobre todas las colinas se alzaban, ó bien las acrópolis respondiendo á las ideas de fuerza material, ó bien los templos á las ideas de fuerza moral. Largos peristilos, anchas plazas, galerías interminables, templos de vestíbulos espaciosos y de patios amplísimos, cuarteles inmensos como los habían menester aquellos ejércitos que llevaban máquinas tan enormes cual los elefantes consigo, depósitos inacabables, palacios colosales, todo esto se pre-

sentaba fácilmente á la vista en aquella población caótica, no definida y arreglada todavía, donde los marineros codeaban á los milites, los sacerdotes asiáticos á los comerciantes fenicios, los negros libios y los númidas feroces á los helenos adobados ya por su excesiva cultura. Dido vió panteones, palacios, sepulcros, factorías, con la mezcla de satisfacción y de tristeza naturales en quien por un lado había sabido producir todo aquello y por otro lado se apercibía tristemente á dejarlo en el mayor abandono y precipitarse de un golpe y de un salto en los senos del orco.

Todo estaba, pues, apercibido. Alzábanse ya los funerarios altares. La sacerdotisa del culto infernal, esparcido el cabello, desnudos los pies, invocaba con voz tonante los genios del abismo; rociaba los cuatro puntos del aire con aguas lustrales; cogía en la encina el muérdago verdinegro con hoz de oro al rayo pálido de la luna y presentaba los panes sacros necesarios para los tránsitos á otra vida y á otros mundos lejanos. Observados todos estos rituales, apareció Dido, el traje y el cabello desceñido, los brazos y los pies desnudos, atestiguando en su recogimiento y en su dolor toda la enormidad terrible de aquel supremo trance. Eran las altas horas de la noche. Profundo sueño pesaba sobre todos los seres animados acallándolos y petrificándolos como pu-

diera la misma muerte. Dido, sin embargo, velaba y requería un cualquier asidero á su amortiguada vida. Mas ¿qué hacer? De no morir, ó tocábale presenciar solitaria los lugares testigos de su felicidad, ó tocábale mendigar un himeneo indigno de su estirpe á los reyes númidas que tanto despreciara, ó tocábale acompañar á los troyanos y ser ella, reina, en el cortejo de su mismo Eneas, una mísera esclava. Así no veía en torno suyo asilo ninguno que le asegurase un calmante á su dolor como el asilo de la eternidad. Mientras Dido se retorcía de tal suerte al pie de su pira, soñaba Eneas, en pesadillas terribles, acostado sobre la popa de su nave capitana, con siniestros ensueños. Y todas sus visiones interiores, y todas las voces discordes oídas por sus remordimientos, le impelían y le aguijoneaban á dejar aquel sitio y requerir Italia. En su natural perplejo vacilaba mil veces, y hasta se volvía de nuevo á mirar con ojos compasivos la traicionada reina y la herida ciudad. Mas como quiera que se le presentara en persona Mercurio á darle nuevas órdenes é imponerle una pronta partida, fuera de sí, disponía imperiosamente á los nautas que desempeñaran todas sus maniobras, yendo al remo el remero y al timón el piloto. Así la espada suya corta las amarras que unían las naves al puerto, y su voz manda todas las evoluciones indispensables al

movimiento é impulso de los barcos. Aun la blanca luna se veía en el cielo y rayaba el crepúsculo matutino con las rientes alboradas meridionales, cuando, en su día último, al contemplar la reina desde torreón altísimo el Mediterráneo, á lo lejos, columbra las velas que arrastran consigo las naves troyanas por los bordes últimos de los celestes horizontes. El dolor en ella toma tal intensidad que se golpea el seno y se mesa los cabellos. Cuando ya nada tiene remedio, cuando solamente le resta su desesperación, irrítase contra sí misma por no haber puesto las armas en manos de sus tirios y no haber concluído al troyano. Habíale dado el sacratísimo lecho de su predilecto Siqueo, el cetro de su ciudad Cartago, con la mitad del alma la mitad del reino, y el infame cometía horrible traición, que debió impedir ella, incendiando sus naves, rompiendo sus armas, desgarrando su cuerpo en compañía de las furias vengadoras y de las divinidades infernales, acudidas á sus apremiantes evocaciones para secundarla en sus desquites y venganzas. Ya lejos él, henchida su lona de viento favorable, gallardo su barco sobre las aguas rientes, lánzale inútiles maldiciones y quiérele malogrado en su juventud y hundido en los abismos. De aquí, de tal maldición, brota en este momento supremo todo lo que hará Cartago contra Roma. Los juramentos

terribles de Amílcar, los nefastos incendios de Sagunto, la batalla de Trasimeno, el sitio puesto por Anníbal á la Ciudad Eterna, tantos desastres, tantos horrores, tantos hechos cruentísimos, únense á esta maldición suprema. Pero en su desesperación ya no puede retener por más tiempo la vida. Cegada por un último asomo de cólera, sobrecogida de un transporte nervioso que le quita el sentimiento y el sentido, siniestra y errante la mirada, lívido el rostro, fría ya con el helor de la muerte, sube á lo alto de su palacio, descuelga la espada, signo de su natural soberanía, se detiene á contemplar algunos minutos los regalos traídos por Eneas, las joyas propias, el tálamo nupcial, y ya consumado todo en derredor suyo y consumidas las pavesas últimas de su esperanza, prende fuego á la pira, se parte casi al mismo tiempo el corazón sin otro pensamiento que mostrar á Eneas con lo triste y horrible de aquel sacrificio lo intenso de su amor.

Así como el inmortal Homero había cantado en su *Ilíada* la rivalidad entre Asia y Europa, Virgilio cantó en su *Eneida* la rivalidad entre Africa y Europa. No podía de manera más poética llegar hasta la posteridad aquel conflicto perdurable, llamado guerra púnica, el cual estuvo á punto cien veces de acabar con Roma y concluyó con la extirpación de Cartago. No es mucho si Dido ha pasado á todas

las literaturas y puesto su nombre imperecedero en todas las historias. Ella rompió el estrecho recinto de Fenicia y llevó consigo la cultura tiria, que había reemplazado el jeroglífico misterioso con el claro y popular alfabeto, á un amplio continente como el continente africano. Desde allí, desde tan favorable sitio, debía dominar el mundo, no con colonias militares, con colonias mercantiles, uniendo riberas, comarcas, regiones, por los esplendores de la navegación y por los movimientos del cambio y del comercio. Troya le dispustaba con sus restos, con sus hijos expulsos aquel dominio, y Dido, representante de la vida fenicia, se opuso con su amor á esta obra terrible de concurrencia y de guerra. Frustróse todo el intento de la civilización fenicia representada por Tiro. Los penates de Troya pudieron llegar á los hogares lavinios y erigir la Ciudad Eterna; pero Dido, que cumpliera con su raza, deteniendo encadenado por el amor al héroe de la raza enemiga, frustrado su intento, rota su empresa, debía sembrar el aire de maldiciones, á cuyos ecos brotaron los guerreros púnicos, aquellos terribles africanos de origen asiático tan implacables y tan feroces que mil veces asestaran la espada y el puñal de su progenitora ilustre al corazón del pueblo romano, y mil veces pusieran la pira, donde acabara ella, en torno del Capitolio. Mujer así, tan

admirablemente cantada en la *Eneida* de Virgilio, y cuya historia puso en los fastos del antiguo mundo y en sus *Heroidas* la inspiración de Ovidio, necesariamente debía ir sobre las alas del genio de un siglo á otro siglo, de unos Olimpos á otros Olimpos, ya como dechado perfecto de las desgracias del amor, ya como personificación de rivalidades cruentísimas entre razas contrarias. Ovidio había reducido en una parte de sus fastos la historia de Dido á la fuga de su ciudad natal y á los desdenes sentidos por Yarbas, que la requiriera tantas veces de amor y sitiara su ciudad solamente para rendir victorioso á su reina é imponerle por fuerza ó de grado un himeneo apetecido con todos los intensos furores amorosos naturales á un verdadero bárbaro. Los amores de Dido y Eneas corresponden principalmente á la inventiva de Virgilio, que compuso y propaló esta preciosísima fábula, destinada en su mente á expresar la histórica rivalidad entre Roma y Cartago. Pero también Ovidio, en sus fastos, introduce, olvidado él mismo de lo que antes dijera, los amores de Dido y Eneas, amores cronológicamente imposibles, porque median siglos entre la ruina de Troya y el nacimiento de Cartago. Pero no tiene remedio; tipos así atraviesan las edades y entran en todas las literaturas. Prolijo é inútil sería enumerar los cuadros, los bajorrelieves, los simu-

lacros y estatuas que han reproducido la imagen de tamaña heroína y han logrado grabarla, digámoslo así, en la conciencia universal. Nosotros mismos, tan románticos por naturaleza, contamos en el siglo décimoquinto y décimosexto una ciudad, á la cual debemos llamar clásica, no sólo por sus relaciones con Italia, sino por su literatura, fundada toda ella en la tradicional y consagrada poética de italianos y helenos. Cristóbal de Virues, capitán más famoso que por sus armas por sus versos, obedeciendo á la tradición clásica propia del Renacimiento, y formando en aquel coro que quiso imponer al teatro español un clasicismo destrozado por la iniciativa potente y por la inspiración inextinguible de Lope, á quien secundaron luégo ilustres discípulos y sucesores, algunos tan grandes como él mismo, Cristóbal de Virues presentó á Dido en escena, tal como la presentara Ovidio, en los amores de Yarbas, amores tan repulsivos á la índole y al natural de la reina, que, por no perder la ciudad si los desdeña y por no perderse á sí misma si los oye y satisface, muere víctima de sublime suicidio. Tal es la persona y la historia de Dido.

EGERIA

Dido representa el simbolismo de la influencia cartaginesa en Roma; Eneas representa el simbolismo de la influencia frigia; Rómulo representa el simbolismo de la primera fuerza romana, mientras Numa representa los comienzos de aquella legislación que había de levantarse á verdadero dogma y había de recibir un culto verdadero. ¿Quién era, pues, Egeria? ¡Ah! Egeria representa la inspiración que anima tanto á los sacerdotes como á los jurisconsultos romanos; representa la inspiración de Numa. El mundo antiguo, persuadido siempre, desde sus comienzos hasta su fin, del antropomorfismo universal, ó sea de que todas las cosas y todos los espíritus, el sér puro y la idea pura toman ó revisten formas estéticas y se alientan en el alma humana, divide la representación de lo creado y de lo increado entre matrimonios perennes, entre parejas perpe-

tuas de hombres y mujeres. Así el cielo tiene su Júpiter y su Juno, la tierra su hermosísima Cibeles, el mar su Neptuno y su Anfitrite, su Ceres y su Baco la campiña, su Proserpina y su Plutón el abismo y las sombras. Por consiguiente, las legislaciones y los cultos romanos en el desarrollo histórico tendrán también una mujer, su Egeria, que, con Dido, se levanta sobre la cuna de Roma y sobre los orígenes de aquella poderosísima civilización. Con Dido nos encontrábamos en pleno poema épico, y con Egeria nos encontramos en pleno poema hierático é histórico. Imposible conocerla y apreciar bien su influjo sin conocer con ella la edad en que surge y el hombre á quien inspira. Historia verdaderamente mítica la historia de tal ninfa, no obstante su carácter, ha pasado á representar un sér mucho más real que otros seres cercanos á nuestra edad y verdaderamente históricos. Así como de la *Ilíada* homérica, de las fábulas helenas, de aquella tradición que no podemos concretar ni definir en todos sus caracteres, nacieron personalidades tan célebres que han allegado la inmortalidad como Helena, como Ifigenia, como Casandra ¿por qué no habían de alcanzar idéntico privilegio personalidades romanas como Egeria y otras muchas de su mismo carácter y de su misma estirpe? Lo cierto es que Virgilio recogió para pres-

tar vida y espíritu y pensamiento su Eneas, derivando así de Asia, de Troya, de las antiguas divinidades y de los genios antiguos, del sacro Ida y de la épica Ilión, los fundadores de la Ciudad Eterna y los poemas épicos consagrados á describir y á cantar su origen. Pues bien, los cultos romanos, las legislaciones romanas habían menester un poema, un héroe, una heroína, y el poema es la historia de los reyes, y el héroe se llama Numa y la heroína Egeria. En Dido reteniendo á los troyanos con la seducción de su hermosura y de sus riquezas hemos visto el origen fisiológico y etnológico de la gran guerra entre Roma y Cartago contenido dentro de una superior fábula épica, y en Numa y en Egeria vemos los orígenes de la religión y de la jurisprudencia romana contenidos en fábula verdaderamente cíclica, hechura de anonismo poeta nacional, que será el pueblo acaso, y transmitida de memoria en memoria, de labio en labio, como una especie de vínculo verdaderamente secular, pues no otra cosa de suyo son en sí mismas, ni otra cosa representan desde los tiempos prehistóricos las grandes tradiciones.

Todos los sitios que rodean á Roma están consagrados por bellísimas leyendas más ó menos talladas en los hechos históricos. No puede uno recorrer los alrededores de la Ciudad Eterna sin que

le sigan por todas partes las venerandas sombras de aquellos progenitores nuestros, tan cercanos á la vida presente y á las generaciones contemporáneas por el recuerdo, á pesar de su alejamiento en el tiempo, que sus nombres entroncan todos con nuestra genealogía, y su vida entra en el sér de nuestra vida como necesaria levadura, y la religión por ellos profesada resulta como raíz de nuestra religión, y las palabras de sus labios desprendidas forman y componen como la madre de nuestra lengua. No puede irse, ya lo hemos dicho, á ningún punto, bien de Roma, bien á Roma próximo, sin que se levante una sombra tan unida con el sér nuestro, que parece formar como parte del alma. Id á Tívoli, por ejemplo, y aunque desconozcáis completamente la historia romana y no alcancéis gran cosa de sus gloriosos hechos, como quiera que algunas más ó menos inciertas nociones han de quedaros por esa especie de absorción intelectual adquirida por todos los poros del alma, semejante al del ave respirando por todas sus plumas, las ruinas de Tusculum os hablarán de Marco Tulio, que allí medita sobre los dolores de la vejez y sobre los presentimientos de la inmortalidad; el campo cercano, extendido al pie de la pendiente, os expedirá la sombra de Aníbal; aquellos arcos rotos, aquellas columnas caídas, los fragmentos de

aras y altares en la quinta adriana os recordarán el sincretismo alejandrino; y luégo Alba, la hermosísima incomparable Alba, desde la cual se descubre la campiña romana en toda su extensión, poblada de sepulcros vacíos y de acueductos caídos, mientras por otro lado el Mediterráneo azul y sus islas esmaltadas con todos los arreboles de la luz meridional os murmurarán en los oídos versos de la *Eneida* y os describirán en sus líneas las mitológicas figuras del pío Eneas y sus compañeros teucros. Pues lo mismo sucede ya dentro de Roma. Yo declaro que, al registrar los fundamentos del puente Sublicio, al perderme por las orillas del Tíber en las cuevas atribuídas á las ninfas, no he visto solamente allí las cicutas, las zarzas, las hierbas parietarias nacidas en todos los escombros, hè visto la sombra del Sumo Sacerdote que ha dado su denominación augusta y perdurable al jefe y regulador de nuestra religión; he leído en el fosforeo despedido por las retinas de cualquier vulgar ave nocturna ó en el brillo de las luciérnagas aladas tan semejantes á misteriosos aereolitos, las fórmulas jurídicas rudimentariamente inventadas por Numa, y que forman parte de nuestro derecho mismo, y la inspiración de aquella Egeria que recogía en los cielos vivificadores pensamientos y se los comunicaba en perpetua comunión á los sabios y á los legisladores de su tiempo.

Pasa con Egeria exactamente lo mismo que pasa con Rómulo, con Remo, con los fundadores de la Ciudad Eterna. ¿El nombre de Rómulo proviene de Roma, ó el nombre de Roma proviene de Rómulo? Nadie lo sabe. Los orígenes de la tradición se parecen á los por tanto tiempo ignorados orígenes del Nilo. Nosotros lo vemos crecido y hasta desbordado cuando componen sus caudales un río de los primeros y sus inundaciones casi un mar que se dilata sobre las arenas del desierto; y como todo lo fecunda y como todo lo embellece, dámosle fuentes misteriosas; y siglos de siglos creen sus aguas descendidas del cielo y portadoras de una virtud sobrehumana ó misteriosa. Pues bien, lo mismo acontece, lo mismo, con los orígenes de Roma. La tradición los ha recogido de oídas, y luégo un poeta, que se llama Ennio, los ha encerrado con la fidelidad que cada imaginación se permite á sí misma en sus versos, hasta que otro poeta, llamado Virgilio, los ha pulido con su pluma perfecta, y los ha puesto entre las inmortales obras de una civilización plena y acabadísima.

Porsena, el rey de los albanos, Marte y sus amores, la sacerdotisa Silvia entrada en el bosque sacro para escanciar el agua lustral indispensable al templo y sorprendida por su raptor divino, la higuera salvaje á los pies del monte Palatino, la

terrible loba sedienta que bebe las aguas del Tíber y lacta los dos gemelos, de quienes provendrá la gente romana, componen todos ellos como los personajes de misteriosas relaciones contadas al amor de la lumbre allá en las largas noches de invierno durante la velada, ó cantadas en coro por los pueblos de las campiñas que procuraron á Roma sus primeros habitantes, y que la conservan todavía soberana y hermosa, merced, no sólo al heroísmo de su valor junto con el sol y luz de su inteligencia, sino también á la intercesión perpetua de todas sus oraciones con todos sus dioses. No puede, al fin y al cabo, darse orígenes más humildes á una ciudad más duradera, pues ninguna dominó á tal número de gentes ni por tanto tiempo. Uncidos vaca y buey á un arado, rompen con la punta de reluciente hierro el surco profundo en torno de humildes colinas. A este trazo le llamaron Pomerio. Un foso muy estrecho, unas cuantas piedras designaban aquel mundo, de cuyos senos surgirían tantos héroes, y en cuyos abismos habrían de caer más tarde tantos muertos inmortales. Remo, sin embargo, creyó fácil atravesar aquellas piedras y las saltó con menosprecio. Pero el destino, que velaba por la eterna Roma, concitó al hermano contra el hermano, á Rómulo contra Remo, y cayó éste sin vida, violentamente sacrificado, al pie de su gemelo.

Nunca pudo Rómulo consolarse de aquel sacrificio, donde inmoló, al inmolar á su hermano, los afectos de su familia y de su corazón á los afectos inspirados por la tierra y por la patria. Pero, desde aquel entonces, quedó ya completamente determinado y fijo que ningún mortal podría en adelante atravesar los muros de Roma contra la voluntad de los romanos sin caer muerto en el acto. He aquí por qué la tradición ha unido el nombre de Rómulo al nacimiento material de Roma. Pues el nombre de Numa se halla unido al nacimiento de aquello que constituye como la parte moral y religiosa del pueblo romano, al nacimiento de su religión, y el nombre de la ninfa Egeria unido también al nombre de Numa. Egeria es como la diosa en el Olimpo, como la musa en el Parnaso, como la sibila en el templo: una inspiración que resplandece cual estrella matutina en los orígenes misteriosos de la Ciudad Eterna.

Estos primitivos tiempos de Roma se confunden con la poesía y forman, ya lo hemos dicho, como una epopeya. Difícil distinguir en ellos lo proveniente de la narración histórica y lo proveniente de la narración poética. Destruídos por el incendio de los galos todos los monumentos de alguna certidumbre, cinco siglos, los primeros de la historia romana, se animan á una en la poesía y se transforman en

leyendas. La memoria recurre al auxilio de la imaginación y le pide así líneas como colores y esmaltes. La narración histórica, de labio en labio comunicada, y de oído en oído recogida, concluye por tomar una vaguedad generada por la inventiva tanto del que narra como del que oye y transmite lo ya oído con algunas alteraciones irremediables. Si á nuestros mismos ojos y en nuestro mismo tiempo hemos visto negados el Cid y Guillermo Tell, todos los pares de Francia que acompañaron á Carlo Magno en sus conquistas, los caballeros del Santo Grial y de la Tabla Redonda, Bernardo el Carpio y Roldán, el tributo de las cien doncellas, la Cava y sus amores ¿cómo extrañarnos de que luminaria tan lejana é incierta cual Egeria desaparezca también del horizonte sensible adonde alcanza y llega la crítica histórica? El pueblo romano se diferencia naturalmente del pueblo griego mucho en materia de arte como en materia de política. Mientras la península de este último se tiende hacia Oriente, inundado todo él de luz y de ideas, la península itálica se tiende hacia Occidente, envuelto por aquellos días de la histórica aparición del pueblo rey en espesísimas sombras é impenetrables misterios. Así el rapsoda, presidido por el invisible coro de las musas, coronado de mirtos y laureles, con su cítara en la una mano y los plectros

en la otra, su cuerpo ceñido por una especie de túnica sacerdotal, levantados los ojos á la esfera celeste, vibrantes los labios de cánticos y melodías, como necesita para esto un pueblo feliz, un escenario artístico, el mar celeste coronado por las algas violeta que llevan en sus cintas enredados corales y perlas, el marmóreo islote parecido á un pedestal y ornado de vegetales semejantes á guirnaldas, no reaparecerá en las bituminosas orillas del Tíber, por las arideces del campo sabino, sobre las estepas impregnadas de fiebres, entre las laderas agrias, donde un cultivo áspero alterna con el combate diario y no le queda otro reposo al hombre, después de sus faenas y del jornal pagado al terror ingratísimo, que la guerra y el combate. Así la leyenda romana tendrá un carácter más positivo y práctico que la leyenda griega, y el pueblo rey no procurará tanto referirnos el origen de los dioses, cuya mayoría encuentra ya hecha por el genio heleno y transmitida fielmente á su tiempo y á su templo, como el origen de sus tribus, de sus gentes, de sus curias, de sus comicios, de su patriciado, de su plebe ó pueblo. En los entierros, en las bodas, en los festines, en los empeños públicos, en los triunfos militares gustan los romanos de separarse y dividirse como en dos bandos, á quienes bien pudiéramos llamar coros, con el fin de versi-

ficar y aun cantar sobre las materias de interés estético verdaderamente que lo atraen y lo conmueven.

Las fiestas lupercales exigen dos coros, de los cuales uno canta, por ejemplo, la rabia del hambriento lobo, mientras otro la paciencia y dulzura del corderillo; los sacerdotes arbales, que se alzan sobre la cuna del pueblo rey, tienen igual contradicción y ritmo igual en sus oraciones y rezos; tantas facecias como dice una parte del ejército al general vencedor, mientras otra lo encarece y alaba; tantas bromas y chanzonetas en las fiestas nupciales; el plañido y elegía en las cenas funerarias; todas estas grandes contradicciones, todas, sin excepción alguna, puestas en verso y hasta en cadencia, como habían de celebrar por fuerza los personajes históricos y las familias antiguas, dado el orgullo latino, iban poco á poco tejiendo una historia, en la cual resaltaban personajes como Rómulo, que significa la Roma guerrera, como Numa, que significa la Roma legal y religiosa, como Vesta, que significa la Roma del culto, como Egeria, que significa la inspiración romana. Por consecuencia, toda la realidad histórica, de que despoja el análisis moderno á Egeria, se compensa, y aun crece, con la realidad ideal, pero efectiva y poderosa, que consiguen á una todos estos extraor-

dinarios personajes históricos elevados á sombras de una civilización y de una edad.

El reinado de Numa no puede sujetarse á fecha ninguna cronológica. Diciendo que lo creen las gentes discípulo de Pitágoras, mientras muchos creen á Pitágoras posterior en cinco generaciones al rey romano, está dicho todo. En lo que no puede caber duda de ningún género es en su carácter y en su origen sabinos. Todo el mundo sabe cómo los romanos primeros, gente allegadiza y rebelada, encontrándose por completo solos en su refugio del Pomerio á causa de no haberles ninguna mujer seguido á sus aventuras y correrías, tan difíciles como peligrosas, tenían manifiesta imposibilidad, no ya para formar un pueblo, para formar una familia, y recurrieron á una sabida industria muy aleve, llamando los sabinos del próximo vecindario suyo á una fiesta, en la cual entraron éstos, para más alegría y júbilo, con sus mujeres, arrancadas á su amor en terrible rapto impuesto á la naciente Roma y á sus primitivos moradores por indeclinable ley de la necesidad. El reinar un sabino en el sitio donde se perpetrara tal crimen, y sobre sus perpetradores impenitentes, prueba cómo se había llegado á una conciliación, representando Numa el sacro y fecundísimo afecto de amistad entre ambos pueblos subsiguiente á su discordia.

Por esta causa parecen las naturales evoluciones de su desarrollo é historia invertidas entre los romanos, por aparecer allí antes un rey militar que un rey teócrata, cuando en el orden lógico y natural de los hechos precede siempre á la milicia la teocracia. Pero predominando en Rómulo sobre su carácter hierático su carácter militar, no deja por eso de tener algún viso religioso y algún aspecto teocrático en su persona y en las leyes que da y en los organismos que constituye, como, no obstante, predominar en Numa lo litúrgico, lo religioso, lo sacerdotal sobre lo guerrero, no deja por eso de cuidar la guerra y cultivar en lo posible á su pueblo y gente para este fin capital de su fundación y para este ministerio capitalísimo de su alma y de su crianza. Lo que más carácter presta de teócrata en el mundo á Numa es aquel acompañamiento perpetuo con Egeria, que parece como una esposa de su entendimiento. Los antiguos entregaron el ministerio religioso á la mujer. Medea, por ejemplo, resulta una sacerdotisa en el culto y dogma de la magia. Allá por Delfos la pitonisa, puesta sobre la trípode sacra, recibe de Apolo el soplo que alienta su alma y enciende sus ideas en llamaradas inextinguibles, difundidas á todos los circunstantes, quienes se revuelcan en una especie de atormentador delirio parecido á una epilepsia. La vestal que

guarda el fuego sagrado en Roma contribuye con su cuidado y con su culto á la vida y al poder de los romanos, como el guerrero en su campamento, el patricio en su curia, el plebeyo en su comicio, el rey en su trono. Egeria, por su carácter de ninfa misteriosa, da principalmente á Numa su sacro ministerio y su aspecto sacerdotal.

Muerto, mejor dicho, inmortalizado Rómulo, cayó, durante mucho tiempo, el gobierno en manos de una oligarquía. Por no avenirse romanos y sabinos, estos dos factores componentes de la Ciudad Eterna, el poder anduvo flotando y distribuído entre varios, sin aquella fuerza de unidad y de pensamientos indispensable á los poderes públicos. Vinieran los dos pueblos, el romano y el sabino, á guerra civil implacable, de no acordar sus pensamientos y sus voluntades para elegir nuevo monarca. Y eligieron á Numa, perteneciente por su nación á los sabinos y designado, á pesar de su cuna, y de su estirpe, y de su origen, por la misma gente de Roma. Esto de que los romanos designaran un sabino, y de que los sabinos tuvieran un monarca suyo, concordó los ánimos discordes y mantuvo una paz perpetua. Imbuído en aquellas ciencias helénicas, las cuales en sus comienzos tuvieron tanto de asiáticas, virtuoso por su natural bueno y por su educación esmeradísima, dado al culto de

las ideas invisibles y de los dioses tradicionales, despegado de la voluptuosidad y de las riquezas, apegado al honor y á la gloria, Numa parece como un patriarca latino, juez, legislador, pontífice y soberano al mismo tiempo. La majestad y los goces á ellas consiguientes tentaban su corazón tan de ligero que vivió la vida particular y civil con verdadera modestia, y no quiso elevar ni familia, ni padre, ni mujer, á la comunidad con él de los honores públicos y de los goces regios. Su esposa, Tacia, le sirvió trece años de compañera, compartiendo su modestia, mas rehusando todos los timbres y todos los títulos anejos en los pueblos á la reina consorte. Muerta la esposa en edad temprana, encontrándose viudo, y solo, y joven, gustó del retiro y del campo. Las verdes praderas, las soledades silenciosas, los bosques ungidos con litúrgicas señales y habitaciones de los dioses, ofrecíanle un retiro, al cual consagró verdadero culto y en el cual vivió la vida superior del espíritu. En aquellas antiguas sociedades clásicas, donde las relaciones entre los ciudadanos tenían una estrechez y una intimidad tan grandes, convirtiéndose así la plaza pública en una especie de hogar amplísimo, no comprendían las gentes ese amor á la soledad, propio de los tiempos asiáticos y después de los tiempos cristianos, unos y otros incomprensibles

para los nacidos y criados en Roma y en Atenas, donde todo se animaba de la comunicación entre los individuos, y todo se resolvía en una vida verdaderamente social, pues, teatrales, muy teatrales, aquellos clásicos períodos, necesitaban á una del público y de sus ruidosísimas sanciones. No ya la soledad, no ya el apartamiento y el retiro, no ya un modo de vida casi monástico, no ya el solitario de los inmensos desiertos, el asceta y el penitente indio; estas contemplaciones modernas del cielo, del mar, del aire, del bosque, del arroyo, aparecían incomprensibles á quien habitaba pueblos donde las agoras, los foros, los templos, los teatros, estaban á la continua henchidos de gente y rebosando vida. Por consecuencia, explicaciones verdaderamente paganas debía tener en tales tiempos y pueblos el amor de un rey como Numa, tan connaturalizado con las viejas tradiciones antiguas, al silencio y al retiro. Para los romanos el rey no estaba solo, no podía estar solo. Alguien le acompañaba en sus paseos solitarios, en sus absorciones múltiples, en su contemplación extática, en su arrobamiento cuasi místico por la naturaleza.

El pagano, el clásico, todo lo explicaba por una especie de animación universal, demostrando así claramente su descendencia del ario, del iranio, del indio, como queráis llamar á nuestros comunes

abuelos. Pero existía una separación señaladísima entre las concepciones naturalistas de los indios y las concepciones naturalistas de los helenolatinos. Aquellos compenetraban el hombre con la naturaleza, pero disolviendo en la naturaleza el hombre, mientras los helenolatinos disolvían en el hombre la naturaleza. Así, en todo lo poético, en todo lo bello, en todo lo dulce y armonioso del mundo material, veían una mujer, la cual no era solamente sacerdotisa, como hemos dicho en otro lugar, era también diosa. Las ninfas cantaban en los ramajes, las ninfas resplandecían en los juegos de la luz diurna y nocturna, las ninfas palpitaban en las ondulaciones del arroyo y en las espumas del mar, las ninfas iban embarcadas en los astros, las ninfas tintaban los pétalos y los cálices, las ninfas gemían en los plañidos del viento y lloraban las lágrimas del rocío. Los hombres, cual Numa, que se ocultaban en los bosques y se perdían en los prados, y se comunicaban con los árboles y con las flores, no podían resignarse, no, á la soledad aquella destituída por completo de todo encanto. La causa de su absorción en la naturaleza externa explicábase fácilmente por estas animaciones vulgares del paganismo, por la presencia en el árbol y el arroyo de bella ninfa que sabía hendir la soledad aquella con el resplandor de sus ojos, con el suspiro de su pecho, con la

dulzura de sus palabras, con la fuerza que sostiene la creación entera, con el amor. Numa tenía en los bosques sagrados, en los campos inmensos, á la orilla de los arroyos, una esposa más ó menos visible de su alma, esposa efectiva y amada, con la que sabía compartir su existencia y poblar de risueñas ilusiones, de suaves encantos, de consoladoras esperanzas aquella soledad.

El buen Plutarco, tan bondadoso y cándido, no duda en afirmar que si patricio simple Numa se casó con noble y virtuosa mujer, ya rey, Numa se casó con toda una divinidad. Por esta compañía, invisible á los humanos ojos, puede ya explicarse con facilidad el que apareciera solitario y asceta quien vivía tan bien acompañado y tan absorto en sobrehumanos goces. Con ella, por ella, merced á ella, no solo había gustado Numa lo más difícil que de aquistar hay aquí en el mundo, la felicidad, había también aquistado el conocimiento de las cosas divinas, tan superiores á la frágil vida nuestra. Plutarco no quiere considerar estas nupcias de la ninfa Egeria con el rey Numa cual uno de los muchos cuentos narrados al amor de la lumbre por los pueblos más sencillos respecto de las relaciones entre los hombres superiores y las divinidades varias. Mirando á la diosa Egeria, y su comunicación estrecha é íntima con el monarca sabino, diserta

largamente Plutarco sobre los amores de las diosas con los mortales, y sobre las amistades de los mortales con los mortales dioses. Cuentan que fué amigo de las divinidades, entre los frigios Attis, entre los arcadios Endimión. Y el biógrafo griego, que traza, bajo la protección de Roma, sus vidas paralelas, no tiene inconveniente alguno en admitir la comunicación íntima, y hasta el comercio amistoso entre los seres naturales y los seres sobrenaturales. No cree que á Dios le guste, como á cualquier caballero, un caballo, ni que á las diosas les guste, como á cualquier dama romana, un ave, aunque lleve su paloma Venus y su pavón Juno; los hombres han de parecer á los dioses preferibles sobre las bestias más ó menos feroces. Pero, á pesar de esto, cuéstale mucho creer, y se le hace muy duro de tragar, que los seres divinos lleguen á prendarse de la belleza humana y mortal, hasta tener con ella contactos corporales. Muy sutiles de suyo los egipcios, mantenían á este respecto capciosa distinción, juzgando cosa posible que un dios se acercase á una mujer hasta el punto de fecundarla, mientras un hombre no puede fecundar á una diosa. Por la teoría egipcia marraba el pensamiento de Plutarco atribuyendo relaciones, y relaciones nupciales, á Egeria con el monarca Numa. Mas, para desvanecer hasta las objeciones de una teogo-

nía tan apartada del sentido romano, como la teogonía egipcia, pónese Plutarco á contar los afectos de amistad y amor existentes entre los dioses del cielo y los hombres del mundo. Apolo fué amigo de varios monarcas. Pan gustaba mucho de las poesías pindáricas, y consideraba en sus adentros á Píndaro como un poeta de su divina corte. Los dioses tributaron á Hesiodo y Arquíloco verdaderas honras fúnebres, porque los creyeron favoritos de las musas. Esculapio se alojó, una vez que vino á dar su correspondiente paseo por la tierra, en casa del poeta Sófocles, visita por tal modo cierta como cualquier hecho histórico, pues afirma con verdadera candidez é ingenuidad el historiador haber en su tiempo y vida encontrado pruebas fehacientes de todo ello. Y aquí entra la moral del cuento, aplicado á este caso de Numa y Egeria, matrimonio manifiesto entre un humano y la divinidad correspondiente. Si un historiador como Hesiodo, un lírico cual Píndaro, un trágico cual Sófocles, han contado con el afecto amistoso de los dioses ¿por qué no habían de alcanzarlo aquellos que tanto superan á músicos y á poetas, los fundadores de repúblicas, los guías de reinos, como los padres de pueblos? Cuando iban los dioses al comercio y comunicación espiritual y directa con los compositores de poesía ó de música iban por

mero pasatiempo; mas cuando iban á tratar con seres tan sobrenaturales como Zoroastro, Minos, Licurgo, Numa, los cuales, desde Persia á Creta, desde Creta á Esparta, desde Esparta á Lacedemonia, iban por instruir, impeler y guiar á los humanos, dándoles el espíritu de las leyes, el secreto de los gobiernos, la forma y el poder de los estados, eso que se denomina en el mundo autoridad, y que mantiene unas almas pendientes de otras almas, sujetándolas á la más severas disciplinas, uniéndolas en las mayores y más difíciles y más concertadas armonías, para formar el compuesto sublime que se denomina en el vulgar lenguaje humana sociedad. Por consiguiente, si Numa rey, obligado por su ministerio y oficio á tratar con los mortales por necesidad, se recluía y encerraba en el campo, era porque allí había encontrado una diosa, y esta diosa le había sugerido con la inspiración y con el amor todos sus altos pensamientos. Y después de certificar esto con la gravedad propia de un verdadero notario que asiste á la certificación de serio y grave matrimonio, detiénese á decir esta observación más humana: que si Numa y los demás célebres personajes llamados á gobernar muchedumbres indóciles y bárbaras hubieran necesitado suponer que las alteraciones y reformas por ellos traídos dimanaban de los dioses, engañado habían

á las gentes, pero con fábulas y engaños, no por muy mentidos menos saludables y provechosos para los mismos burlados.

La verdad es que, según sus aciertos, no parecía por una divinidad aconsejado Numa, parecía una divinidad en persona. De noble nacimiento, de virtuosa familia, de ocupaciones altísimas como son todas las referentes al espíritu, de calma interior procurada por una religión y por una filosofía superiores, amaba sobre todos los estados un estado de paz, y no podía resolverse á dirigir pueblo como el pueblo rey, decidido á fiar todos sus adelantos y todas sus ventajas en el mundo al combate continuo, exterminador y horroroso. Así, cuando los enviados de Roma le cercaron y le prometieron la corona de Rómulo, instándole con súplicas, Numa opuso á sus instancias la consideración del enorme trabajo y de las agudas penas que le traerían unos deberes tan altos y tan múltiples, tras los esfuerzos empleados por él en su vida toda para conciliarse aquella paz del sabio, superior á todos los dolores y exenta de cuidados. Mas como insistieran los embajadores, Numa les respondió cómo no podía recibir cargo tan repulsivo á su temperamento como el cargo de monarca sin el voto concorde y unánime de todos los llamados á designar el primero en las monarquías. Convi-

nieron en esto y se presentó en la grande Asamblea nominadora, donde no le faltó uno siquiera de los electores congregados y legítimos. Tras tal votación, que le nombraba materialmente, lanzó el pueblo entero un clamor de fragoso regocijo. Pero Numa objetó que la elección aquella no se podía dar por hecha, faltándole, como le faltaba, el asentimiento de los dioses, á quienes debía consultar desde la montaña Tarpeya después de haber consultado al pueblo desde la montaña Palatina. Los sacerdotes le precedían, los adivinos le rodeaban, é instalado en el sitio verdaderamente litúrgico del viejo territorio romano, el jefe de los augures le veló completamente la faz, le volvió al Mediodía, é imponiéndole su diestra mano sobre la frente, convirtió los ojos avizores á los cuatro puntos cardinales para escudriñar y saber, bien por el vuelo de las aves, ó bien por el soplo de los airecillos, ó bien por otros signos análogos, si lucían ó no signos favorables y prósperos. Un silencio sepulcral reinó durante la ceremonia. El pueblo levantó una oración interior al cielo para volvérselo propicio; tanto recelaba perder la dirección y gobierno de aquel hombre. Al fin por la derecha de Numa vinieron los augurios felices, las aves buenas, y al verlas, tomó la vestidura real compuesta de lino y púrpura, declarándose monarca.

El pueblo lanzó agudo grito de alegría y le bendijo con toda suerte de bendiciones clamorosas. Su primer acto de soberanía fué licenciar la guardia, por su predecesor adscrita, desde los primeros días del reinado, á la persona regia. Esos aparatos denotan, ó que desconfía el pueblo de sus jefes, ó que desconfían los jefes del pueblo. En uno y otro caso un buen monarca no debe reinar. Y fiado en esta confianza él, aumentó los flamines al colegio sacerdotal romano; extendió y multiplicó las fiestas litúrgicas en que los pueblos se congregaban; llamó los ojos del vulgo hacia la idea invisible respresentada por las estatuas y simulacros visibles de los dioses; sustituyó los sacrificios cruentos con hidromiel y harina y libaciones; creó y organizó el Ponticado máximo; consagró por medio de las vestales el fuego sacro que debe arder eternamente dentro de Roma como en el sol su lumbre; purificó el culto prestable á los muertos; erigió el templo de Jano á la paz y otro templo á la buena fe pública; impuso públicas horas de recogimiento y de silencio; consagró la propiedad conjurándola y perpetuándola por medio del dios Término; dulcificó las relaciones sobrado adustas de los padres con los hijos; añadió al año compuesto de diez meses y empezado en Marzo, Enero y Febrero; dispuso fiestas públicas muy semejantes á libres

asambleas, donde pudieran los pueblos vecinos ó aliados congregarse; y todo lo hizo inspirado por esa ninfa Egeria, que fué como una musa para él y una verdadera divinidad para su pueblo y para su tiempo.

LUCRECIA

El nombre de Lucrecia está unido al término y acabamiento de la república romana. Mujer tan excelsa y célebre ha quedado en la memoria universal, donde perdura, como severa imagen de una casta república, representando todo aquello que la república debe representar, el respeto á las leyes, el culto á la familia, el juramento al matrimonio, la fidelidad del esposo á la esposa, y de la esposa, por su parte, al esposo, las virtudes privadas, gérmenes vivos de todas las virtudes públicas, el ideal de una severa y grande austeridad. Pasa con Lucrecia lo mismo que pasa con Egeria, como pasa con Egeria lo mismo que pasa con Helena; son tipos ideales aumentados por la tradición y por la poesía, en quienes, unas veces el pincel, otras el buril, otras el plectro, han recogido su impulso para crear, dejando así figuras espléndidas que á una

hermosean, así los anales humanos como las esferas artísticas, formando y componiendo algo de lo que forman en sus espléndidas constelaciones los astros del espacio, luminosas estrellas del tiempo. Y no creo este último pensamiento una mera comparación retórica. Digo que los nombres célebres son en el tiempo aquello mismo que los astros en el espacio, porque guían, porque iluminan, porque arroban al artista, y al pensador, y al filósofo, cual esos puntos luminosos en la etérea inmensidad guían al peregrino y al nauta. ¿Cómo se han formado los astros? No podemos pasar de las hipótesis. La ideada por La Place da razón y explicaciones á mayor número de fenómenos, y por eso la creen todos próxima de suyo á la verdad. ¿Cómo se han formado los nombres míticos y poéticos que luégo pasan á verdaderos nombres históricos? Pues tampoco lo sabe nadie. Wolff y Niebhur suponen las epopeyas de Homero y Ennio una colección de cánticos recogida y fijada bajo artificiosa unidad en tiempos de prosa y erudición, pasando así á la categoría de historias y así revistiendo los caracteres históricos. No lo dudamos. Pero descubrimientos y revelaciones de nuestros tiempos deben preservarnos tanto de la extrema desconfianza como de la extrema confianza. No me parece fundado creer á Lucrecia personaje puramente histórico;

pero tampoco me parece fundado creerla personaje puramente ideado y mítico. Podría sucedernos alguna vez lo mismo que nos sucede ahora con el Cid, podía sucedernos con Helena, con Lucrecia, con todos los personajes míticos, el que cayese un rayo de luz por cualquier increíble hallazgo sobre los tiempos antiguos y nos revelase la parte verdadera y tangible de su viviente realidad. Ya sabemos que algunos personajes declarados históricos, y puestos luégo en tela de juicio por la crítica del siglo pasado, no han podido recobrar su realidad, derruída completamente á los golpes de un rudo y profundísimo examen. Por ejemplo, Guillermo Tell se ha ido poco á poco desvaneciendo, y los esfuerzos de aquellos que creen deberle su nacionalidad y su república, no han logrado volver al crédito histórico á su glorioso nombre y á su luminosa vida. Pero no ha pasado lo mismo con ciertos héroes de los siglos medios, tenidos por fabulosos durante muchas generaciones, que luégo han penetrado en la realidad histórica, y con iguales caracteres á los que les había prestado la poética leyenda. Sobre un apellido como el Cid pasó la crítica su esponja y lo borró. Durante los primeros lustros de nuestro siglo no se creía en su existencia. Masdeu lo declaró un mito. La vida suya, trazada en latín por algún monje ó cualquier otro es-

tablecimiento monástico, interesados en tener tal protector y revestirlo con el dón de los milagros, esa vida de tantas y tan varias transformaciones quedó completamente destrozada bajo el escalpelo de los críticos. Grandes oradores hispanos, de los que más conocían el desarrollo histórico de nuestra nacionalidad, cayeron en el vulgar error y declararon que no había el Cid existido jamás. ¡Ay, pues, de nuestro romance, de nuestro teatro, de nuestra Toledo, de nuestra Valencia, en la Edad Media, cuyos timbres nacionales quedaban estrellados y rotos contra un frío y analítico examen de fuentes y de orígenes históricos! Pero vino superior ciencia, husmeó los trazos perdidos de las historias árabes, y leyéndolas y comentándolas encontró, no solamente la existencia real del Cid, sino conforme con todo cuanto idearan tradición y leyenda en sus narraciones más célebres. Y el Cid reapareció, no solamente como el héroe de las canciones llamadas gestas, como el protagonista de aquellos poemas donde acaba el bárbaro latín de la Edad Media y da sus primeros vagidos nuestra engua castellana, como el Dios victorioso de nuestro romance y de nuestro romancero, como el nexo entre la escena española y la escena francesa, sino también como el héroe real y vivo de nuestra reconquista, como el que, después de Santiago, con

más moros arremete y más ciudades gana, reinando en Valencia y poniendo en los adarves y almenas de tan oriental ciudad la cruz dos siglos antes que la repusiera D. Jaime en la suprema reconquista. ¿No podía suceder algo semejante con todos estos personajes históricos? Un siglo que ha encontrado los testimonios fehacientes de Troya, puesta entre los mitos por innumerables cavilosos, y ha revelado el enlace de las lenguas indias con todas las lenguas arias de ambos mundos, y ha sabido rehacer la historia de los egipcios con la historia de los iranios, ignoradas cien años antes, como ha traducido los jeroglíficos entallados en conos y pirámides por las orillas del río Nilo, como ha interpretado los ladrillos cúficos del Éufrates y del Tigris, como ha conseguido reconstruir Nínive con Babilonia deletreando los cilindros caldeos, como ha obrado tal número de milagros y hecho tan extraordinarias maravillas, también algún día rectificará los restos de las tradiciones clásicas y hará seguramente histórico aquello que hoy parece legendario, y quizás legendario aquello que hoy parece histórico. Si en el poema de los reyes, como se ha llamado á las edades transcurridas entre Rómulo y Tarquino, éste representa los excesos de la monarquía oriental etrusca, incompatibles con el austero genio romano, Lucrecia, por su parte,

representa el principio y fundación de la república. Podrán las tradiciones equivocarse, podrán habernos compuesto un drama, el cual ponga todos los vicios en Tarquino y todas las virtudes en Lucrecia; no debemos dudar un punto de que la tradición ha estado bien aconsejada cuando ha dicho que las perversidades propias á toda tiranía se vinculaban en el último rey romano, mientras todas las virtudes en aquella excelsa familia cuyo apellido se halla por siglos de siglos identificado con el establecimiento y aparición de la república. Por consecuencia, falsa ó verdadera, mentida ó real, histórica ó legendaria, la persona de Lucrecia representa y simboliza todo lo creído por el mundo romano respecto de la monarquía y de los monarcas y todo lo aguardado de la república y de los republicanos. La palabra rey fué tan odiada y resultó de suyo tan odiosa que no se atrevieron jamás á pronunciarla de nuevo los labios de aquellas gentes, maldiciéndola y execrándola por siglos de siglos ante su conciencia y ante su historia.

Entremos en la narración. Los Tarquinos son los postreros representantes de la monarquía en Roma. Reinaba el modesto Anco Marcio. Ciertos acueductos á su trabajo atribuídos y el agua por éstos á Roma llevada, todavía tienen hoy renombre popular. En su modestia no puede compararse

ni con el sacerdotal Numa ni con el revolucionario y popular Hostilio, pero siguió con provecho la política del primero, fomentando los campos del fecundo agricultor contra los campos de batalla y escribiendo leyes conducentes á mantener la paz y la justicia. Mas el templo de Jano, que cerrara Numa, estuvo abierto en tiempo de Marcio. No le sonrió la paz, tan sonriente á su ilustre abuelo. El tumultuoso Lacio rompió las alianzas antes contraídas con Roma, y tuvo que luchar con él, tomándole cuatro ciudades y recluyendo en el Aventino á sus principales guías, quienes rivalizaran desde allí en competencias perpetuas con sus vencedores los patricios. Estas luchas no fueron parte á detener su actividad; antes bien, la impelieron y aguijonearon. Fundador del puerto de Ostia, donde la corriente del río Tíber desemboca; constructor del puente Sublicio, tan venerado por la familia romana; ingeniero muy ducho en el arte de abrir fosos y levantar parapetos y muros de previsora defensa, dos monumentos dejó bien expresivos de su política: la fortaleza que guarecía la Ciudad Eterna del lado de los etruscos y la prisión mamertina en las entrañas del Capitolio, á la cual se bajaba por una escala conocida con el nombre de gemonia por los muchos gemidos resonantes en sus duras piedras y las muchas lágri-

mas allí derramadas. Pero si Marcio impidió que los etruscos entraran en el recinto sagrado á fuerza de armas, no pudo impedir que entraran á fuerza de intrigas. Bajo el reinado de Marcio un extranjero se había establecido en Roma. Creíanle unos de gente corintia, otros de gente romana, otros de gente etrusca. Bien griego, bien romano, bien etrusco de la Etruria, iba requiriendo poder y honores en la Ciudad Eterna. Hizo tal viaje aconsejado por su mujer, la cual se llamaba, según unos, Tanaquilia, muy ducha en artes mágicas, agorera de los destinos reservados por el cielo á su esposo, y según otros se llamaba Cecilia, la buena hilandera, muy honrada por los novios en Roma. Tarquino se distinguió por sus riquezas, cosa importante de suyo en todas partes, importantísima en ciudad tan pobre y austera como por aquella sazón parecía Roma. Tarquino se ganó el ánimo y el albedrío de Anco Marcio hasta el punto de confiarle sus hijos éste y pedirle su próvida tutela para ellos. Tarquino, á quien llamaremos el Viejo como le llamaba Tito Livio para distinguirlo del Soberbio, en quien la monarquía concluyó, dió á Roma la grandeza ya y el aspecto de una ciudad oriental. Aquellos muros con que la ceñía, semejantes á los muros alzados en las orillas del Tigris y del Éufrates; aquel foro, antes despoblado, y en su tiempo

embellecido por interminables intercolumnios y disecado de sus aguas infectas; aquel Capitolio convertido en sustentáculo de altos monumentos; aquellos circos donde se representaban fiestas etruscas; aquella cloaca máxima, jamás resentida por los terremotos, frecuentes en tan subvertido suelo, y jamás desgastada por tantas irrupciones; todo aquel trabajo inmenso denota, no solamente el inmenso botín arrancado á los pueblos limítrofes en sus guerras perpetuas, el dominio ejercido sobre los romanos que se conformaban así á tan penosos deberes. Etruria le mandó las haces para sus lictores, la corona para sus sienes, el cetro rematado por un águila real para sus manos, el trono para sus pies, la púrpura para su cuerpo, apareciendo así como una especie de fantasma oriental entre las austeridades propias del pueblo romano. El triunfo primero que allí celebraran los vencedores, el triunfo tan aparatoso, como que aun se guardan los arcos erigidos hace veinte siglos para celebrarlo, esos triunfos, esas procesiones militares tan ruidosas y brillantes, comenzaron en tiempo del primer Tarquino, quien los celebró rodeado por toda la pompa etrusca, vestido de toga sembrada por flores áureas en carro tirado por cuadrigas blancas, entre palmas y laureles, tras doce lictores, asentado en sillas curules de marfil,

demostrando así cómo el despotismo asiático tomaba su natural asiento en Roma con esta soberbia y aparatosa monarquía.

Mas no paraban las alteraciones traídas por el monarca etrusco en esto. Alteraba las clases y sus leyes también. El Senado, defendido á los plebeyos, sufrió una terrible irrupción de la gente inferior con cien senadores más aumentados á su antiguo número. Nuevas centurias de caballeros, fundadas contra derecho, llevaron la perturbación y el escándalo á la tradicional política de Roma, encerrada en los viejos cauces de seculares costumbres. Los augures le volvieron las espaldas á Tarquino y los pastores atentaron á su vida. En todo pueblo muy apegado á lo antiguo resiste con resistencias invencibles las temerarias invasiones sociales. Como Tarquino trajera en su compañía una mujer de muchos alcances, profundamente industriada en los negocios públicos, ocultó su muerte, á la hora terrible del asesinato, que no llegó á desconcertarla, y nombróle un sucesor perenne, como pudiera nombrarle modesto sustituto en ausencia rápida. Llamábase con el nombre de Servio éste, y por su apellido creyósele de antiguo un verdadero siervo. Mas otros le creían etrusco ido á la Ciudad Eterna con gente de su raza y amado por el rey Tarquino á causa de su origen. Libre ó siervo el nuevo rey ex-

tendió la ciudad por aquellas colinas y completó su organización por medio del censo y de otras instituciones análogas, encaminadas á distribuir con acierto y regular por disposiciones legales aquella su vida. Conmueve mucho la geografía del territorio romano, tan unida con su espíritu secular como cuerpo y alma entre nosotros. Hoy mismo, cuando el arqueólogo señala, tras prolijas investigaciones, aquella Roma cuadrata, donde se disponían altares con las piedras rodadas por los torrentes desde las altas colinas y el rayo de Júpiter consagraba los espacios y sitios litúrgicos con sus chispas relucientes y tonantes, no puede uno menos de contemplar asombrado tantas ruinas, las cuales aparecen como un fruto caído, vano y seco, después de haber sido germen ó semilla saludable de humanos é inmanentes progresos. ¡Qué diferencia entre aquel monte Palátino, donde la patricia Roma del privilegio brilla, y aquel monte Aventino donde brilla la plebeya Roma del derecho! Después, bajando del Palatino al valle, topa uno con el Foro, semejante á seco y árido cauce hoy de ideas innumerables, donde las piedras, melladas por los siglos, las columnas caídas unas de sus plintos ó levantadas como aislados mástiles otras, dan á todo el espacio aspectos de un campo de batalla en que hubieran peleado con porfía gigantes y dioses. Luégo sube

uno al término del Foro, por el lado que confina con la ciudad y en que concluye la vía Sacra de los antiguos, la pendiente capitolina, y se halla en la cumbre del mundo romano, todavía hoy bendecida y adorada en la piedra de místicos hogares fundados sobre sus leyes, y en el ara de nuestros dioses ungidos por el óleo filtrado de sus senos. Y el Esquilino, y el Quirinal, y el Vaticano, y el monte Sacro, se divisan más lejos, cada cual con sus monumentos respectivos por cumbres ó laderas, y sobre sus monumentos, y hasta sobre sus terruños, enjambres de ideas envueltas todas ellas en legendarios ó históricos recuerdos. ¡Cuánto, pues, no debe interesarnos el nombre y el día, bajo los cuales todas estas colinas, en cuyos senos la vida nuestra se ha elaborado con trabajo, iban uniéndose unas con otras, y formando como el organismo material de aquel espíritu romano que, traspasando y traduciendo á la práctica todos los principios metafísicos de las doctrinas metafísicas helenas, debía producir así la política como el derecho congénitos á nuestros pueblos modernos. Estado, código, sacerdocio, curia, comicio, municipio, idioma, todas estas entidades varias, espirituales unas, materiales otras, referentes así á la vida civil y política como á la vida intelectual y moral, aun subsistentes con sus caracteres casi romanos, allí revis-

tieron aspectos necesarios al desarrollo de nuestro sér y al pleno cumplimiento de nuestro destino. Será una expresión Rómulo de los guerreros errantes, que combatían por tales comarcas á la continua, y que fijaban su campamento, convirtiéndolo en ciudad; será otra expresión Rómulo del patriarcado litúrgico y religioso, apercibido á presidir con su teocrática solemnidad al nacimiento y origen de todas las sociedades humanas; será otra expresión Histilio del vencido, mal domado y soberbio hasta el punto de allegar con su esfuerzo la soberanía; representara de nuevo Anco Marcio á los patricios y Servio Julio á los plebeyos que han de porfiar en porfías perdurables hasta la consumación de los tiempos romanos; pero, símbolos hieráticos ó realidades vivas, no podemos sino considerarlos como florones de nuestra histórica genealogía todos cuantos nos creemos latinos y encontramos en el sacro Foro de Roma y en sus cenizas inmortales toda la sucular levadura de nuestra ilustre raza. Este supremo interés tiene también la tragedia de Lucrecia, que ha penetrado como un tópico necesario en las lenguas latinas, como un ejemplo de fidelidad en los hogares, como un símbolo de las instituciones republicanas en el seno mismo de nuestra tormentosa política. He ahí, pues, determinada su indisputable importancia.

Pero continuemos la narración. Servio ganaba territorios y distribuía estas ganancias entre los plebeyos. Celoso el patriciado, cuya importancia política residía en su riqueza material, conspiraba contra Servio. Tenía éste dos hijas y las casó con dos hijos del viejo Tarquino. La unión entre la familia de Servio y la familia de Tarquino representaba la unión entre la plebe latina y la monarquía etrusca. Esta unión estrecha debía disgustar con gran disgusto á los patricios, quienes tan grandes propensiones por la república sentían que durante aquel interregno entre Numa y Rómulo quisieron ser dirigidos, no por monarcas, por senadores, y formaron una república de oligarquía, sí, pero al fin y al cabo una república. El viejo Tarquino dejó dos hijos, y Servio tenía dos hijas, de las cuales era una muy arrogante, la llamada Tulia. Por contradicciones frecuentes en los matrimonios, ésta, la hija mala de Servio, su Tulia, se había casado con el hijo bueno de Tarquino, y la hija buena de Servio se había casado con el hijo perverso, con Lucio. Pero bien pronto estalló la incompatibilidad completa de humores en el matrimonio, que Tulia resolvió envenenando á su propio marido y la esposa de su cuñado, su propia hermana. Tras este doble fratricidio, la viuda, Tulia Servia, y el viudo, Lucio Tarquino, quedaron en franca disposición

para casarse. Viendo el pobre rey cómo los etruscos, es decir, los infames Tarquinos, habían viciado su ciudad hasta corromperla con costumbres orientales, y cómo habían perdido á su propia familia manchándola para siempre con fratricidios imperdonables, pensó, como buen plebeyo, en abolir la monarquía y entregar el gobierno de aquella ciudad infeliz á la sabia y republicana institución del consulado. Muy alarmado Lucio Tarquino por el carácter republicano que á sus planes daba Servio, y muy alarmados los patricios por el carácter plebeyo, aunque no pudieran unir sus almas, unieron sus rencores y derribaron á Servio. ¿Quién se puso á la cabeza de tal conjuración? Tulia. ¿Quién secundó á Tulia? El infame Tarquino. Tito Livio describe la triste ambición de éste con una frase magistral, diciendo que prefería obtener la dignidad de rey á esperarla. *Se esse Priscii Tarquinii filium; qui habere, quam sperare regnum mallet.* Una pasión tan desapoderada movida por una mujer tan perversa necesariamente había de generar espantosa catástrofe. La tigre, por el infeliz rey Servio engendrada, no se detenía en su desordenados apetitos ante consideraciones, ni humanas, ni naturales, ni divinas; el cetro pedía con toda voluntad, aun á precio de todos los crímenes. Tarquino y Tulia se unieron sobre los cadáveres todavía

calientes de sus respectivos cónyuges. Servio cometió la debilidad imperdonable de no impedir aquel matrimonio repugnante y la pagó con su vida. En el hogar, en el tálamo, á la mesa, de día, de noche, Tulia no dejaba un punto á su esposo, impeliéndole, ora con reconvenciones amargas, ora con burlas cruentísimas al doble crimen perpetrado en la persona de su padre y de su rey. Un ambicioso impulsado por mujer ambiciosa también, por la mujer á quien Dios creó para serenar las pasiones y endulzar la vida; un ambicioso espoleado por tal excitación perenne, debía vivir en perpetua conjuración, ganarse los jóvenes con liberalidades, los viejos con honores, los humildes con promesas, llegando á una sedición irremediable. Así un día, cual si las curias, ó los comicios, ó las tribus, ó las gentes, ó cualquiera de los grandes organismos que revestía el Estado entonces, lo hubieran designado para el cargo de rey, se ciñe la diadema, empuña el cetro, toma la regia púrpura, y, alzándose airado en el trono defendido por la religión del derecho, se declara sin escrúpulo rey de los romanos. Los primates, á quienes adulara; los senadores todos, recién instituídos por su padre; las gentes ganadas con dispendios; los corrompidos por sus dádivas; los alentados por sus promesas; los afectos á cambios; los duchos en conspiraciones; los débiles, temerosos

de todos los fuertes, acuden al audaz y le prestan con sus complicidades y con sus bajezas de diversa índole, pero de igual maldad, el codiciado triunfo. Todo cuanto podía contribuir al inmediato logro de su terrible usurpación, todo lo empleó aquel monstruo del vicio manchado por la deshonra. Esclavo denominó á Servio en las innobles arengas con que movía los ánimos á la rebelión y cohonestaba su crimen, esclavo, hijo y nieto de antiguos esclavos, usurpador, demagogo, autor del censo para señalar con él y su importe á la envidia del pobre la fortuna del rico; todas estas invectivas increíbles y soeces dirigió á quien debía profundo y religioso respeto. Mientras tales blasfemias profería, llega Servio y pregunta cómo ha podido, en su increíble audacia, su yerno, su discípulo, su pupilo, su vasallo, levantarse al trono por él ocupado y convocar las curias por él dirigidas. Tras estas palabras, la sedición comienza, con la sedición el combate cuerpo á cuerpo entre los allí presentes, y en el combate se perpetra el vil crimen, apenas creíble, de Tarquino, quien, agarrando á su padre y monarca Servio por el cuerpo, lo estrella contra las gradas del Senado. En la corrupción traída por el despotismo etrusco á Roma, sabíase lo que debía suceder: la monarquía tocaba de derecho al más criminal por ser el más atrevido, y al más atrevido por

ser el más afortunado y victorioso. Así el cadáver de Servio, del rey y del ciudadano que defendiera la ciudad y la monarquía, muerto por esta defensa en las gradas del Palatino, según unos, y según otros en su propia vivienda, y á manos de su yerno, fué de un punto á otro arrastrado entre ofensas é insultos, y, por último, tendido y dejado sin sepultura y sin piedad en medio de las calles, á merced ¡horror! de los cuervos y de los perros.

Y todavía no se colmaba la medida. Tulia, sentada en su carro como una diosa del Asia, se dirigió al sitio donde su marido se hallaba en porfías con todo el mundo por la dominación; y á pesar de las inmensas muchedumbres á todos temibles cuando están desencadenadas, y mucho más á una débil mujer; á pesar del tumulto creciente y amenazador en todas las diversas direcciones promovido; á pesar de las armas y de las iras que relampagueaban tormentas, en el colmo de su alegría saludó á Tarquino con el nombre de rey, gozándose con ser la primera en rendir tal homenaje, y le impulsó á una pronta exaltación en el trono vacío. Temeroso Tarquino de que sus audacias pudieran atribuirse á sugestiones de la esposa más que á movimientos de la voluntad, ordenóle severamente la inmediata partida de aquel sitio y aun le señaló con ademán imperioso el abierto camino. Partióse llena de ale-

gría, radiante con el fulgor que daban á sus ojos las ambiciones logradas, fuera de sí como una demente, cuando, al llegar por la calle Cipria y á la puerta del templete de Diana, como el conductor volviese hacia la esquina Birbia, deseando abreviar el paso al Esquilino, detuvo los caballos, y crispadas las manos, demudado el semblante, fuera casi de las órbitas los ojos, señaló un objeto allí tendido, el cual aterraba, no sólo al cochero, á los mismos caballos, encabritados hasta el extremo quizá de huir y desbocarse. Alargó Tulia el pescuezo para mirar el obstáculo á su carrera, y el obstáculo fué nada menos que su propio padre, allí tendido, muerto, profanado. Tulia no se conmovió á su vista, y con ademán sereno, voz entera, tranquilo rostro, conminó al conductor de su carro para que continuase la carrera. Maquinalmente azotó éste los caballos que, al súbito latigazo, echaron á correr, pasando cascos y ruedas sobre aquel inerme y desacatado cuerpo. La sangre, todavía caliente, de Servio, manchó la vestidura de su hija, y sin quitarse las manchas, que por no decir cosa ninguna en su corazón y en su conciencia, cubrieron de infamia eterna su nombre, llegó hasta el ara de los dioses penates, y ofrecióles con sus manos impuras domésticos sacrificios religiosos para que sostuviesen la maldad y prosperasen el crimen. No hubiese ha-

bido justicia en el cielo, ni paveza de conciencia en el hombre, si aquel acto de barbarie no trajera en su hora y sazón la correspondiente catástrofe.

Tarquino subió al trono. Su padre llevó el apellido de Prisco, que quiere decir viejo, antiguo, anterior; y llevó él, por su parte, otro apellido no menos correspondiente con su complexión y con su vida, el apellido terrible de Soberbio. Temiendo que su propia violencia enseñara violencias análogas á los demás, rodeóse de guardias destinados á mantener por la fuerza un derecho no reconocido ni por el Senado ni por el pueblo, que quien gana su poder por el crimen lo conserva por el terror. Poco á poco aquella idea etrusca del poder y del gobierno al modo asiático llegó á sus mayores desenvolvimientos en él, y prescindiendo por completo de curias, de centurias, de comicios, de legisladores, de Senado, contrayendo la inmensa responsabilidad efectiva de alzarse con todos los poderes, gobernó bajo la inspiración de consejos ocultos, como los sátrapas y los déspotas; declaró la guerra ó hizo la paz á su grado; requirió á los extraños para que le sirviesen ó auxiliasen contra los propios, castigando así al pueblo rey con todos los excesos y todos los vejámenes de una tiranía insolente y audaz. El menosprecio á todas las formas legales y á todos los cuerpos del Estado le llevó

hasta citar asambleas y luégo negarles su presencia. Si alguien se desmandaba, y no podía matarlo de frente, lo manchaba con cualquier calumnia, hiriendo de un solo golpe á su víctima y á las leyes. No tuvo aptitudes verdaderas sino para los combates y conquistas, para todo aquello que pide instintos carniceros y se inspira en la musa del odio. Tras porfiadas guerras contra los volscos conquistó á Pomecia, encontrando tan copioso botín, que, vendido por cuarenta talentos de oro y plata, le permitió erigir templo vastísimo, consagrado en el nombre á Júpiter y en la realidad á su propia soberbia. No se valía en estos oficios guerreros tan sólo de su fuerza, empleaba también su astucia. Metido en guerra con Gabia, como no lograse vencerla y reducirla cual redujera y venciera tantas ciudades vecinas, diputó aquel hijo suyo que había de perderle por sus desórdenes y por sus vicios, el hijo menor y más querido, Sexto, para que fingiese huir de su padre, quejarse de la paternal tiranía, y en su desesperación acudir allí demandando el auxilio indispensable á derrocar tan parricida tirano. Creyéronle cándidamente aquellos ciudadanos y confiaron la dirección del pueblo y del gobierno al fugitivo Sexto, quien principió por dirigirlos con arte y acabó por descabezarlos con crueldad, entregando luégo aquel cuerpo sin cabe-

za en manos de su padre. Una madre como Tulia, un padre como Tarquino, sólo podían dar de sí el engendro de Sexto, destinado á corromper con sus vicios más y más á Roma, pero también á traer, en virtud y por obra de aquella terrible corrupción, el necesario castigo. Ocupado el déspota en acabar su templo á Júpiter Capitolino, templo destinado á la ostentación de su piedad y de su soberbia, no perdonó medio alguno conducente al apetecido logro de su objeto, deseando, como todos los déspotas, reinar en el otro mundo y engañar á la muerte. El oro del Estado y el esfuerzo del pueblo contribuían de consuno al esplendor del monarca y al crecimiento del templo á la manera y modo que las córveas impuestas á los esclavos del Asia; y el dinero de los tesoros sacros é imperiales sólo servía para palacios como los construídos á las orillas del Tigris y para pirámides como las levantadas á las orillas del Nilo. La penuria del tesoro se remediaba con tributos gravosísimos, y la impaciencia por el templo se satisfacía con esfuerzos múltiples. Ya tallaba graderías en los circos, ya en las entrañas del territorio romano abría las cloacas aun hoy existentes, y cuyo grandor y cuya mole nos maravilla por el esfuerzo y nos aterra por el coste cuantiosísimo de libertad, de sudor y de sangre. Los historiadores antiguos enlazan los hechos natura-

les de la historia con los hechos sobrenaturales de la religión. Según ellos, la divinidad no interviene sólo en las cosas humanas por medio de sus leyes, interviene también por medio de su voluntad individual, efectiva y patente. Así cuentan maravillas, milagros múltiples y varias señales del cielo que revelan relación misteriosa entre lo natural y lo sobrenatural, de la que no quieren ver prescindir en modo alguno á la historia. Y refieren lo que vais á leer. Cierto día, de una columna salió espantable serpiente, la cual espantó en el regio palacio á todos los palaciegos. El hecho llegó á embargar la voluntad y conciencia de Tarquino el Soberbio no por lo que fuera en sí, por lo que presagiara y anunciase para lo futuro. Muy perito en adivinaciones etruscas, muy ligado con los agoreros de su raza y patria, no quiso consultarlos, prefiriendo el oráculo de los oráculos, el oráculo de Delfos. Así mandó allí dos de sus hijos, y con dos de sus hijos un extraño, aunque no del todo, á ellos, pues era su primo, el célebre y cuasi mudo Junio Bruto, quien, sabedor de cómo las gastaba Tarquino y cuántos peligros corrían todos los privilegiados por algún dón excelso en aquella corte corrompida, fingióse imbécil y mudo, á fin de recabar á la indiferencia y al silencio una vida que acaso perdiera luciendo las altas dotes y las extraordinarias calida-

des recibidas en su voluntad y en su inteligencia del cielo. Llevó su ficción y engaño tan lejos, que le denominaban Bruto, como el apellido más correspondiente á su índole. Compañero de príncipes, una pregunta natural debía surgir en aquella compañía: ¿cuál de los tres, él ó los dos hijos del tirano, debían obtener tras Tarquino el gobierno de Roma? «El primero, dijo la pitonisa, que llegado á la ciudad, bese á su madre.» Llegado á Roma, Bruto besó la tierra, y se cumplió así la predicción del oráculo.

Aquellas pervertidas costumbres del despotismo forzosamente debían chocar con Roma y con la gente romana. El carácter oriental dado por los Tarquinos á la institución monárquica repugnaba en el fondo al romano como esta institución misma. En la originalidad nativa de sus primeras leyes y de su rudimentaria sociedad, el orientalismo no tenía una gran cabida. Pero aun pudo permanecer y quedarse, de no haber intentado pasar, como levadura indispensable de la vida toda. En otras maneras de gobierno, la corrupción sobreviene, como sobrevienen las epidemias, por una especie de perversión espiritual y moral muy generalizada y muy parecida de suyo á la perversión atmosférica. En el despotismo, la perversión es como la consecuencia de todo el sistema, como un medio y como

un fin, instrumento y objeto del Estado. Solamente seres muy débiles por su complexión íntima ó muy debilitados por el vicio se doblan fácilmente al yugo despótico. En los fuertes el despotismo suele cebarse para debilitarlos, y en los debilitados ó débiles para impedir un mejoramiento de naturaleza que resultaría un regreso á la libertad. Como Tarquino el Prisco engendrará un hijo que le superó, Tarquino el Soberbio, engendró éste á su vez otro hijo que le superó también, Sexto Tarquino. Porque su padre mandaba en Roma creíaselo permitido todo tal atolondrado. Para él no había honor seguro. Las mujeres ajenas, cuanto más recatadas de naturaleza y de costumbres, más tentaban sus apetitos, empeñados en hacer de Roma su oriental harén. Las tristes austeridades consiguientes á la vida en campaña y á los ejercicios militares, lejos de calmar los ardores de aquella encendida sangre suya, exacerbábanlos con terribles exacerbaciones. El caprichoso dado, el embriagador vino, el deleite sensual en todas sus formas ocupan su vida entera de soldado. La tienda que habita parece un garito, una taberna, un burdel. Como la mayoría de los malvados, descubre á la continua en todos los vicios mismos de que adolece y á todos imputa una vida semejante á su vida. El ocio que le deja el placer lo emplea en la murmuración. Su lengua lleva el

veneno de las víboras y asesina su venenosa palabra. A quien más persigue y se atreve hombre tal desalmado es á la mujer indefensa y ausente. Hijo de rey, nieto de rey, rico en bienes, como que añade á su riqueza propia la riqueza de todos, si corto en dádivas, largo en promesas; sugiriendo á una juventud, pervertida tanto por aquel régimen como por la gente criminal que lo personificaba y dirigía, sus vicios, acababa con la flor de los romanos, pues podría esa raíz de la esperanza que se llama juventud. Desde su abuelo, Tarquino el Viejo, pasó la gangrena corrosiva con facilidad á su padre, Tarquino el Soberbio, y desde su padre al cuerpo suyo en vicios y al espíritu en errores. Y como el agua estancada y podrida difunde las fiebres, el ejemplo suyo difundía males y errores. De su contagio estaban como enfermos todos los jóvenes romanos, y especialmente los jóvenes distinguidos. Si alguien se libertaba por un esfuerzo de voluntad, se le creía conspirador y se le designaba seguidamente al destierro y aun al patíbulo. El ejemplo de Bruto, fingiéndose imbécil para ocultarse dentro de su alma, pues no creía ningún otro seguro bastante sigiloso y fuerte, prueba cómo las almas allí se habían todas envilecido y doblegado al terrible opresor. Cuando, por engaño, entró en una ciudad enemiga, fingiéndose con arte pérfido á su terrible padre hostil,

bastó que delante de un embajador suyo, recibido en el jardín de su palacio, tronchase Tarquino unas cuantas flores de adormideras para que comprendiese cómo él debía corresponder al paternal aviso tronchando algunas cabezas de hombres. El vicio en su sangre podrida, el error en su conciencia oscura, el puñal en sus manos malvadas, el engaño y la traición en sus combates, el despotismo en su política: tales eran los medios de que Sexto se valía para prepararse primero él y preparar después á los demás en su proterva obra de corrupción y envilecimiento. Aquella corrupción sistemática hubiera concluído con Roma seguramente de no haberse Roma defendido por un milagroso esfuerzo. Los Tarquinos habían atentado á todo, y todo á estos atentados había caído. Ellos asesinaron la moral pública y los respetos monárquicos asesinando al rey Servio Julio. Ellos burlaron los comicios alzándose á reyes usurpadores sin voto alguno y sin consentimiento y sanción de los poderes públicos. Ellos alteraron hasta el Senado, inmortal Asamblea en la que veían todos un sacerdocio de las viejas tradiciones romanas, una especie de colegio augural que guardaba las romanas leyes. A todo se atrevieron, pues, á todo, estos malvados. Pero había una institución intacta, no obstante sus errores y sus ejemplos perversos. Había una institución sacratísima

que conservaba incólume su grandeza moral y su influencia política. Esta institución era la familia. El terrible natural de Tarquino, el parricidio de Tulia por tantas maldades agravado, la conversación y la vida del monstruo por Tulia y por Tarquino engendrado, la conversación y la vida perversísimas de Sexto, no habían, no, ya herido ni asombrado siquiera la familia, esta ciclópea base del poder y del Estado en Roma.

Pero un crimen de Sexto, un crimen personal, acabó de revelar todos los males encerrados en la monarquía y de abrir el abismo donde se hundiera. Este crimen fué su atentado al honor de Lucrecia, esposa y madre de familia. El hogar doméstico aparecía como un templo sacro en la vieja Roma. Santuario verdadero el sitio donde habitaba la familia, ungíalo un respeto religioso incompatible con toda profanación. El padre allí parecía un dios. El vínculo, el dominio, la propiedad perteneciente al instituto llamado familia se alzaba en los afectos de aquella sociedad á una especie de tierra sacra. La unidad religiosa, económica, política, jurídica, representada por el padre, imponíase con rigor inexorable. El hombre libre y sin tutela ninguna, la mujer con este hombre unida por las leyes y por los ritos, el hijo con su esposa y con sus hijos, las hijas solteras constituyen los factores esenciales

de la familia romana. Por más que los hijos puedan tener algún rebaño aparte, peculio, los bienes todos familiares puestos en común y repartidos entre la comunidad familia pertenecen al padre, quien, soberano, legislador, sacerdote, juez, verdugo de toda su gente, dispone hasta del agua que beberá, con el fuego en que se calentará toda su familia. La patria potestad romana, revestida con todas estas facultades y poderes, tiene una perpetuidad ignorada en otros estados y entre otras gentes. La muerte, solamente la muerte puede romper el vínculo que ata esa especie de cosa como el esclavo, llamada hijo, con la superior y altísima persona del padre. Buscando la ciudad en sus instituciones y en sus leyes un férreo temperamento apropiado á la primera entre todas las virtudes romanas, á la fortaleza, sólo pensaba en forjar hombres fuertes, capaces de hacer por su parte vigorosísimo y formidable al Estado. La soberanía, la potestad, las facultades, las jurisdicciones al Estado pertenecientes, provenían de la familia, del padre, del patricio, del soberano, á quien se le obedecía como á un rey, se le veneraba como á un sacerdote y se le oía como á un oráculo, resplandeciendo en toda su persona cierta especie de autoridad religiosa, la cual llegaba de suyo hasta tomar caracteres litúrgicos. Un hogar sacro, una propiedad inviolable, la fami-

lia unida y respetada, el rito familiar celebrado como un culto público, los penates queridos y adorados en común, el fuego perpetuo sobre las aras ungidas por oraciones y por sacrificios constituían una institución por tal modo fuerte, que no sólo tocaba con sus raíces y con sus derechos al Estado, sino también por su perpetuidad y por su aspecto religioso al cielo. En esta familia la mujer estaba, como todos los individuos del hogar, bajo la tutela del marido, quien, no embargante su poder y su fuerza, permitíale una dirección administrativa y aun política en la casa de verdadera y trascendental importancia. La mujer en Roma, después de haber compartido con su esposo la torta nupcial, confarreación, y de haberse dejado partir con una lanza el cabello por mitad, y de haber pasado los vestíbulos y límites domésticos en brazos, para que no los tocase con sus plantas, aunque por todos estos signos parezca sierva, es realmente señora, y señora muy activa de su hogar. El esclavo molerá el trigo y guisará la comida, pero bajo la inspección suprema de la mujer, quien trueca esta inspección, verdaderamente consuetudinaria, en autoridad restricta por el poder inmenso de su marido, pero verdadera, y real, y activa.

El arado constituía, digámoslo así, una especie de blasón superior en la primitiva familia romana,

que no concebía de ningún modo al padre sino guiando á la yunta. Así el buey era tan querido como el siervo en aquellas leyes inexorables y en aquellas costumbres rigurosas. La vara con que dirigía el labrador sus bueyes tomaba el aspecto y la importancia de un cetro, y como la vara del labrador era también el huso en las mujeres. Un arado y un huso constituían los dos grandes blasones de la familia romana. Al hijo se le daba una porción de propiedad con el nombre pastoril de rebaño, y á la mujer se le daba el vellón de este rebaño para que lo transformase y lo convirtiera en lana hilada y apercibida para las vestiduras de todos. Así la verdadera matrona romana se nos aparece, cual si en los ojos la lleváramos grabada, en su amplia sede, los pies calzados por las sandalias, sobre un taburete, la sacra lámpara de sus vigilias puesta sobre una trípode, de la cual se levanta una columnilla estriada y concluída con una copa donde relucen los resplandores de la luz alimentada por oloroso aceite, y el huso en las manos, el huso, tenido, no sólo como un instrumento de trabajo, como un cetro que indica su autoridad particular y que completa la significación tan importante del arado. Las dos bases, pues, de la familia romana consistían en la obediencia más ciega prestable al *pater familias* y en el culto religioso á la castidad

de la mujer y la sujeción más completa y más constante á la parte de poder y autoridad que le tocaba en el gobierno y en la dirección de todos. Estos caracteres de la familia romana no tenían sólo una índole privada, tenían también una índole pública, una índole verdaderamente religiosa, y alcanzaban la excelsa magnitud del Estado. En todo tiempo sucedió así, porque la familia romana constituía la piedra fundamental de aquella organización. ¡Cuánto más no debía suceder en los tiempos primitivos, donde se concentraba, como en una semilla se concentran las ramas, las flores, las fructificaciones futuras, se concentraban todos aquellos institutos que habían de componer el colosal organismo de Roma! No hay, pues, que decir cómo y cuánto á los antiguos ciudadanos del respetable Lacio les interesaba la conservación de sentimientos, sin los cuales aquella ciudad podía sufrir en su vida interior un detrimento cual nunca se lo infirieron sus enemigos exteriores. Más le valía ciertamente á la Roma pagana perder las piedras de sus hogares, la cortina de sus muros, los dioses de sus aras, las legiones de su ejército, que perder aquella virtud suprema, la cual para la gran suma de su autoridad inmanente y poderosa extraía del doble respeto á la terrible majestad del padre y al pudor sacrosanto y á la religiosa castidad de sus matro-

nas. Así, nadie tenía tanto interés en la continuación de todas estas virtudes sociales como aquel ó aquellos á quienes la sociedad encargaba su dirección y su gobierno. Los Tarquinos en general, y en particular Sexto, por lo mismo que se llamaban príncipes y reyes, por lo mismo que tenían el mundo romano á su cargo, estaban interesados, como ningún otro ciudadano, en que fuera el hogar un verdadero templo, la familia una verdadera institución litúrgica y la madre una diosa verdadera. Desconocer esto equivalía, en suma, desgraciadamente para ellos, para Tarquino el padre y Sexto el hijo, á perder la monarquía. Pues nada menos que á la familia quiso atentar Sexto Tarquino, heredero del Soberbio, y atentando á la familia perdió todo el poder y autoridad de los suyos y enterró consigo la monarquía romana. No se puede hojear la historia sin ver cumplidas en cada uno de sus episodios las leyes de una justísima expiación demostrativa de que hay un Dios en el cielo y de que este Dios no niega jamás al mundo su necesaria é incontestable Providencia.

Corría la guerra con los rútulos, quienes habitaban ó tenían la ciudad de Ardea, célebre, á la sazón aquella, por su poder y sus riquezas. Estos dos privilegios llamaron sobre sus muros el asedio y el asalto, sobre sus habitantes la guerra y el comba-

te; porque, agotados los dineros públicos en los dispendios necesarios á las obras y edificaciones magnas, necesitaba Tarquino llenarlos con robos, ocultos bajo las necesidades inevitables de una formal conquista. Además, la soberbia, la voluntariedad, la tiranía, las crueldades graves cometidas con tanto ahinco para ganarse la dominación suprema primero y luégo para conservársela de un modo perdurable, habíanle desavenido y enajenado todos los súbditos opresos bajo el formidable gravamen de tan terrible arbitrariedad y humillados bajo el oficio de siervos impuestos á su condición altiva por las innumerables construcciones. Todo déspota intenta dorar las cadenas de sus esclavos con glorias militares y divertir los deseos de libertad en los empeños de la guerra. El sitio de Ardea ocurría con oportunidad á todas estas necesidades, y ocupaba en una especie de vistoso juego militar á los nobles y á los plebeyos, que pudieran dejarse atraer y seducir al reclamo de las tenaces aspiraciones políticas, tan extendidas como arraigadas, hacia el derecho y hacia la libertad. Sitio de tal género se arrastraba con languidez y servía para que los sitiadores se holgasen y jubilaran con gana. Juegos de todas clases, principalmente los de azar, simulacros militares de todos géneros, orgías en las tiendas, tertulias indecentes entre los

jefes, deserciones nocturnas á las circunvecinas ciudades y aun á la Ciudad Eterna: he ahí en qué pasaban su tiempo los enemigos de Ardea. Con decir que Sexto Tarquino dirigía lo que pudiéramos llamar familiarmente el cotarro, está dicho todo. En su tienda se reunían los jefes á departir sobre murmuraciones y escándalos, á jugar con dados y á emborracharse de vino viejo. Estaba en una de las cenas dadas por Sexto un joven patricio llamado Colatino, esposo de una bella romana llamada, como hemos dicho, Lucrecia. La conversación de los jóvenes recayó sobre materia tan divertida como las mujeres. Y, en vez de darles el naipe, como tantas otras veces, por dicharachos y calumnias, les dió por alabanzas y encarecimientos. Loaba cada cual á porfía su propia mujer, compitiendo en hipérboles múltiples y aun arriesgando apuestas considerables. Colatino, exaltado por su propia elocuencia, cual suelen todos los gárrulos, propuso la prueba más fehaciente, una correría nocturna en aquel mismo instante á Roma, fácil de realizar en breve tiempo, y cerciorarse así de las ocupaciones respectivas en que se hallaban embargadas las mujeres de cada cual á su arribo. Jóvenes y arriesgados y de aficiones aventureras, nada tan fácil como á caballo montar y con rápido paso dirigirse al hogar, donde la virtud individual

de cada mujer se probaría fácilmente por la ocupación particularísima en que muy de súbito las podían sorprender y encontrar. Aceptado el reto, jugaron la partida y salieron á todo correr hacia Roma.

Llegaron al término de su carrera en momento muy propicio á sus investigaciones, en el crepúsculo vespertino. La incierta luz, el cansancio de una larga jornada, el comienzo de las sombras, el término de los trabajos diarios, invitan en tal instante del día con imperiosa invitación al necesario recreo, y con el recreo al consiguiente descanso. Un trabajo á tal hora y en familias nobles ó patricias indicaba una práctica perfecta de altas virtudes domésticas. La experiencia dió el triunfo á Colatino y confirmó la entera verdad y el sólido fundamento de su juicio. Mientras la mujer de Sexto Tarquino y la corte de matronas y damas que la circuían se gozaban á una mesa espléndida con oir deliciosa música, oler embriagadores aromas, gustar sabrosos manjares, apurar en áureas copas vinos ardientes, y ver cómo danzaban las doncellas de su séquito y los atletas á la usanza griega ofrecían escultóricas actitudes, mientras todo esto pasaba en los regios palacios, Lucrecia, recatada en sus sentimientos, recogida en su hogar, dentro de lo más hondo y más oculto del cubículo romano, circuída

por las mujeres de su servidumbre, sentada en su sede, los pies sobre su taburete, el huso en la mano, hilaba esperando la hora del sueño y departiendo con la familia en coloquios elevadísimos de cosas completamente honestas. Los dos Tarquinos, el príncipe y el rey, pernoctaron en casa de su conciudadano y dijeron cuánto admiraban el orden allí reinante y la virtud allí resplandeciente. Con efecto, Lucrecia los agasajó con toda la obsequiosidad, pero con toda la reserva y compostura propias de virtuosa matrona romana que observa y cumple sus deberes con los amigos de la casa y de la familia, sin dar motivos, ni por actos, ni por gestos, ni por frases, ni por miradas, á sospecha ninguna respecto de su esclarecida virtud, tanto más bella cuanto que arraigada en las costumbres y en la vida no se permite ostentación. He aquí, pues, confirmado el juicio de Colatino por su propia esposa y desconcertadas todas las dudas del recelosísimo Sexto, que había perdido una importante apuesta, y además de una importante apuesta, la paz del alma, salteada en aquel espectáculo de virtud y grandeza moral por un bajo pensamiento que le condujo al más vil de los propósitos.

La castidad tentó al vicio. Para el audaz y el temerario no hay como la fortaleza muy alta y el fruto muy prohibido. Manchar aquella conciencia,

pervertir aquella voluntad, tender por tierra una virtud tan elevada, acercarse á un lecho inaccesible, perder á una esposa virtuosísima, aspirar esencias y gustar mieles reservadas á uno sólo en la tierra, aumentar los goces con las dificultades y las resistencias invencibles, burlar al marido, reirse de su confianza y desquitarse de su apuesta, penetrar en santuario tan cerrado, ¡qué voluptuosidad para un voluptuoso incapaz de guardar ningún respeto, ni divino ni humano, cuando está por medio el codiciado logro de su deseo y la satisfacción de sus apetitos! Sexto Tarquino, que tenía todas las propensiones del vicio por complexión y por hábito, no pudo aquella noche, terrible para él, conciliar el sueño, pensando en la hermosura de Lucrecia y en la felicidad de Colatino. Apremiados por sus deberes militares el rey, el príncipe y el patricio, tuvieron que volverse todos en veinticuatro horas al sitio de Ardea, desde donde habían ido á Roma, residencia de la familia real, y á Colacia, residencia de la familia colatina. En el momento de separarse y decirse adiós, la dignidad majestuosa de Lucrecia, la ternura de las miradas dirigidas á Colatino, la reserva tan pudorosa de su noble actitud, acabaron por trastornar á Sexto y por inducirle al nefasto crimen. Apenas se habían separado en alegre compañía todos del hogar, cuando ya se prometie-

ra él á sí mismo volver, y volver con toda celeridad, impulsado en parte por sus propensiones al vicio y en parte por el deleite más triste y mezquino todavía de asaltar una inaccesible castidad y reirse á mandíbulas batientes del burlado marido. No pensaba en su perversión irremediable aquel hombre todo cuanto iba con su atentado á vulnerar, el hogar sacro, la virtud femenina, los dioses lares, los afectos de amistad, los respetos debidos al honor ajeno, las leyes todas civiles y morales, aquella confianza de que solamente un desalmado se hace indigno y aquella religión de la hospitalidad, tan válida entre los romanos y tan verdaderamente indispensable para las relaciones sociales. La voluptuosidad en Sexto le cegó, y, sobreponiéndose á todos los afectos humanos y desoyendo todas las voces divinas que resuenan hasta en las más sordas conciencias, concibió su intento y le llevó á término, atrayendo así un irreparable castigo sobre su propia cabeza y sobre su poderosa familia.

Huyendo Sexto del antiguo comercio con Colatino, y recatándose á su compañía con el fin de poder alguna vez partirse á sus anchas del sitio sin que lo notase por modo alguno el amigo á quien se proponía herir, maduró el proyecto, poniéndolo con sigilo y con oportunidad por obra. Cierta noche, seguro, muy seguro de que no podía notarlo

Colatino, se partió acompañado por un militar solamente, y tras una desbocada carrera llegó, entrada ya la noche, á Colacia. En la hospitalidad romana de aquel tiempo no tuvo Lucrecia otro remedio que amoldarse á las costumbres reinantes y admitir el huésped, á pesar de hallarse allá en Ardea ocupado el jefe de la familia y dueño del hogar, su esposo Colatino. Bien es cierto que todas las tradiciones romanas á una se hallan contestes en que, dados los respetos religiosos de aquellos hombres y de aquellos tiempos á la hospitalidad, no podía contraer la matrona romana sospecha ninguna sin exceso de susceptibilidades y sin verdadera cavilosidad. Así el huésped cenó á sus anchas, y tras la cena pasó á dormir en su apartamiento. Imaginaos cómo dormiría. El continente majestuoso de la mujer deseada; las palabras de unos á otros dirigidas; el aroma de virtud que, lejos de amortiguar, avivaba el deseo; la consideración de hallarse todos bajo el mismo techo; la vecindad del cuarto de Lucrecia; lo muy meditado de aquel intento, que los asaltos de todos los apetitos y los ensueños de todas las voluptuosidades recrudecían; el cercano logro de un fin preconcebido con tan grande anticipación y alcanzado en aquellos angustiosos minutos, debían tener fuera de sí á Tarquino en la hora nocturna y terrible de su

crimen. ¡Con qué ansiedad aguardaría el silencio! ¡Cómo el menor airecillo, el crujir de cualquier puerta, el gritar de cualquier ave, los ruidos más leves, los ecos más apagados, le desasosegarían allá en su interior, sin tener que contar además con los recelos de sí propio y las reconvenciones de sus remordimientos! Lo cierto es que Tarquino aguardó con espera indispensable, como el bruto rapaz y carnicero que atisba su presa, el momento y la coyuntura indispensables á la satisfacción de su apetito. Dormía todo, callaba todo, cuando el hijo de los Tarquinos se dirigió al cuarto donde dormía y reposaba Lucrecia.

Las casas de nuestras ciudades modernas se dilatan por tal modo sobre la calle, y ostentan á una tanto número de huecos abiertos en sus fachadas, y permiten una multitud de vecinos tan enorme, que parecen construídas para lo exterior y no para lo interior, para una comunicación abierta con la gente de fuera y no para las estrechas relaciones íntimas entre los individuos de una misma familia y gente. La casa romana, por modo bien diverso, converge hacia lo interior. Por eso todas las habitaciones dan á las galerías y todas las galerías á los patios. Como la llama del fuego sacro mantiene dentro de aquel templo vivo todo el calor indispensable á los hogares, la diurna luz de éstas pare-

ce, como la proyectada por los lampadarios en las noches, una luz doméstica é interior, proviniendo de cielos extendidos sobre los patios y reflejados en la taza de sus fuentes. Una casa en Roma, después del vestíbulo donde se levantaba el limen ó línea divisoria entre lo interior y lo exterior, tenía el atrio, sitio adonde todas las habitaciones de recibo daban, y después del atrio tenían el peristilo, adonde daban todas las habitaciones de familia. Una diferencia enorme y muy característica existía entre la casa griega y la casa romana. Mientras en la primera, más vecina de suyo al Asia y con el Asia más correlativa, había un gineceo, apartamento destinado á las mujeres, pálido recuerdo, pero al cabo recuerdo del harén oriental, en la segunda, mujer y marido disfrutaban de las mismas habitaciones, lo cual traía mayores intimidades á todos los miembros componentes del hogar y mayor predominio á la esposa sobre su cónyuge y á la madre sobre sus hijos. Dadas las costumbres latinas, que facultaban á la mujer para en su hogar presidir, no solamente las visitas, la hospitalidad, fácilmente se comprende que Lucrecia debió instalar su visitante y huésped en el más cómodo lugar, y, de consiguiente, dentro del peristilo, en habitaciones quizás lejanas á las suyas, pero dando sobre las galerías llamadas fauces, que daban sobre los patios interiores. La

virtud verdadera no peca de recelosa. El mal y el vicio se conocen poco por aquellos que no los han vivido realmente. Una mujer se creía tan segura en su lecho como una diosa en su ara. El romano de aquellos primitivos tiempos ofrecía tanto culto al honor de sus matronas como al poder de sus divinidades. Lucrecia no se curó, ni de puertas, ni de cerrojos, pues no creía posible ningún atentado á su honra guarecida por el culto de los romanos á estas instituciones de la familia y á sus tradiciones y á sus liturgias. Habíase casado por la confarreación. Diez testigos nobles asistieron á su boda. El pontífice la bendijo con bendiciones de rúbrica. Un sacerdote flaminio asistió al pontífice. Las haces resonaron en los vestíbulos del hogar paterno ceñidos con flores frescas y olorosas. El sagrario brilló dentro del hogar como debe á la continua brillar en todo festejo doméstico. Admitido el esposo y declarado que participaría de sus lares y de sus cultos, quedó, como parte de su sér propio, entrando en la participación debida de su sacerdocio, pues todo jefe de familia es un sacerdote, y toda madre de familia un asistente necesario al oficio y ministerio sacerdotales. Todo esto quedó coronado litúrgicamente con el sacrificio á Juno, protectora del matrimonio, y la oferta de un pan amasado por la novia, dos libaciones, una de vino mielado

y otra de leche, los holocaustos ó inmolaciones de víctimas ó animales, á los que se les arrancaba la hiel á fin de arrancar con ella todas las acerbidades y todas las amarguras á los dos esposos. Después los jóvenes de la familia del esposo habían fingido robarla del regazo de su madre, y ésta le había dado una rueca llena con albo copo de lana en su tope y acompañada del huso, timbres y blasones verdaderos de su delicado y hermosísimo sexo. Todas estas ceremonias daban al hogar patricio aspecto de templo, al tálamo de altar, al cubículo de santuario, al marido y á la mujer de verdaderas divinidades, al matrimonio de una religión. Desconocer la hospitalidad, herir á un amigo en su honra, profanar el lecho nupcial, obscurecer con beso adúltero la frente de una matrona, desconcertar la familia, desoir el mandato de la propia conciencia con el mandato de los dioses lares, arrancar á Roma la piedra más fundamental de todas sus instituciones, la piedra del hogar, larga serie de crímenes contra el derecho público y el derecho privado, contra la ciudad y contra los dioses. Pues nada contuvo al perverso. Cuando ya todo había caído alrededor suyo en profundísimo silencio; cuando el sueño primero acababa de convertir los seres activos en seres inertes, coge Sexto Tarquino, á la cabecera del hospitalario lecho granjeado por

el cariño de una grande amistad, su espada de general, que para mayores empresas le diera su patria, y se dirige al cuarto de Lucrecia, sorprendida del todo: que su inocencia, su castidad, su virtud, el respeto á sí misma, el sentimiento de su honor, la confianza en el príncipe llamado á reinar sobre su patria, le habían afianzado una inmovilidad como la que pudieran tener, ya lo hemos dicho, las divinidades romanas en sus templos respectivos.

El espanto de Lucrecia no tuvo límites al ver en su presencia, inclinado sobre su lecho, á Sexto Tarquino, desnudo, en una mano su luz, en la otra mano su espada, notificándola el apetito que sentía por ella y su resolución de satisfacerlo á toda prisa y á toda costa. Con ese pudor propio de la mujer Lucrecia se acurrucó en la cama, se tapó más y más el cuerpo con las sábanas, y dijo podía darle aquel infame ladrón doméstico á mansalva muerte, pues prefería la pérdida de su existencia inmediatamente á la pérdida de su honor. Pero Sexto Tarquino le respondió cómo su honra se hallaba más perdida negándose que cediendo, pues proponíase, después de matarla en el acto, á traer un esclavo, colocarlo junto á ella desnudo y muerto en el mismo lecho para difundir la especie de haberlo enamorado y atraído á sus brazos la matrona, en los

cuales sintió un goce intenso, despertador de una pasión demente, á cuyos impulsos la mató, arrancándola por este arrebato de intensa desesperación á las caricias de su esposo, generadoras naturales y facilísimas de los desapoderados y rabiosos celos. Tras reflexiones, súplicas, instancias, amenazas, resistencias múltiples, en que palabras, y lágrimas, y fuerzas se agotaron, Lucrecia fué vencida por la tenacidad inconcebible de aquel avieso raptor, quien salió huído seguidamente hacia el campo militar más orgulloso de su crimen, atentatorio á patricios y á dioses, que satisfecho de placeres tan resistidos y por fuerza física é imposiciones brutales torpemente alcanzados. Lucrecia, por su parte, congrega la familia, toda la familia en torno suyo, pues los individuos varios de ella, los parientes en grados próximos, componían como una especie de senado en el hogar y gozaban de lo que podríamos llamar con propiedad hoy el voto consultivo. Llegan á este llamamiento su padre Lucrecio y su esposo Colatino en compañía de otros deudos, entre los cuales resaltaba por su concentración y por su silencio Bruto, tío de Colatino. Al verlos, el sollozo lanzado por Lucrecia partió el corazón de los suyos herido y despedazado. Tras este sollozo supremo, en frases entrecortadas por los suspiros, con estremecimientos de dolor imponderable, les narra lo

sucedido y les comunica su resolución de matarse. Al oirla, quieren ellos evitar el suicidio; pero con la rapidez del rayo saca un cuchillo que llevaba oculto en los pliegues de su traje, se lo hunde con furor en el pecho y cae sin aliento á los pies de los suyos, muerta y acabada por avivar y sostener su honra. Lucrecio y Colatino, con el dolor propio de padre y esposo, abrázanse cual dos náufragos próximos á morir juntos, y sólo sienten la idea y la voluntad incontrastables de morir con la mártir que acaba de inmolarse por ellos como víctima ofrecida en aras del honor. Pero Bruto, menos interesado en el aspecto doméstico de aquella tragedia, y más interesado en el aspecto político, saca de la herida el puñal, y por aquella sangre casta y pura, goteando del arma, jura fundar un gobierno libre y destruir con los monarcas etruscos la monarquía romana. Dicho tal juramento, conjura los ánimos de cuantos allí se hallan para que á él se asocien, y los conjura con sobrada elocuencia. Tenido por mudo y por imbécil desde su primera juventud, aquella inteligencia que se alza vigorosísima y aquella palabra que resuena elocuente aparecen como un milagro divino y como un augurio celeste á favor de la naciente república. La promesa de concluir con los tiranos dada sobre aquella arma ensangrentada y humeante se transmite de labio en

labio por la ciudad de Colacia, que pide á una la exposición del cuerpo mártir y el cumplimiento de una cruenta venganza. El dolor de Lucrecia, la desesperación de Colatino, la elocuencia súbita de Bruto, mueven los ánimos primero á compasión y después á entusiasmo. Los dos grandes motores de las acciones humanas, el odio y el amor se juntan, amor á los héroes libertadores, odio á los tiranos vencidos, y de consuno destrozan aquella monarquía corrompida y hunden una tan fuerte como austera república. Así la nueva institución se fundó en Roma exigiendo por su naturaleza y por su origen austerísimas virtudes.

Expuesto el cadáver de Lucrecia, reunidos en torno suyo los parientes de duelo, un sentimiento corre por toda la multitud romana, el horror á los tiranos, la compasión por sus víctimas; y los ciudadanos más débiles vociferan todos á una palabra de muerte contra los Tarquinos, palabras de amor para los vengadores; y en el foro, ante los templos, sobre la tribuna llamada de los Céleres, Bruto, usando aquella elocuencia que parecía súbitamente inspirada y sugerida por el cielo á sus labios, pinta los crímenes de Tarquino, del parricida que inmola en las gradas mismas del templo de las leyes á su próvido biehechor; los crímenes de Tulia, quien pasa las ruedas de su carro sobre su propio

padre muerto, y se salpica, cual siniestra hiena, con la sangre que había originado su sangre, y, por último, los crímenes de Sexto, traidor en sus vicios á un culto como el culto de la hospitalidad romana, capaz de gastar con sus uñas el granito férreo, sobre cuya resistencia se funda la Ciudad Eterna, el hogar y la familia. Dirigidos por tan protervos criminales, encadenados al carro de una monarquía despótica, constreñidos, como los vasallos de las antiguas sociedades asiáticas, á la córvea de un trabajo enorme que construye palacios para los reyes y calabozos para los ciudadanos, el pueblo aquel no tiene otro recurso que derribar la monarquía, ni puede acercarse á otro puerto que al seguro y firme de una verdadera república. Estos estallidos sublimes de una elocuencia no escuchada en Roma, después que la tiranía se ha levantado sobre las espaldas colosales de aquella ciudad gigante, conmueve los ánimos en tal modo, y con fuerza y virtud tanta, que Tulia, la reina proterva huye de su palacio entre maldiciones parecidas á gritos de furias, y muere maldecida; Tarquino vuelve del asedio de Ardea y se halla con las puertas de su ciudad cerradas y el ejército en armas contra él; Sexto corre á Gabia, donde acaba de golpe violento como á sus crímenes cumplía, mientras el pueblo y el Senado á una, en solemnes decretos, abrogan

la monarquía, y proclaman la república, y entregan el puesto, el sitio, el poder de los reyes á dos electivos cónsules verdaderamente responsables, en quienes Roma puede ver su hechura, su nombre, su honra, su derecho, su poder omnímodo y su autoridad majestuosa. ¿Nos extrañaremos ahora de que Lucrecia pase como un tópico á todas las lenguas, como un sujeto trágico á todas las literaturas, como un modelo á todas las artes? Su llorosa estatua se levanta entre la tumba de aquella monarquía etrusca y el comienzo de la república patricia. Así el arte ha buscado en esta vida extraordinaria conmovedores argumentos. Unos han pintado á Lucrecia en su cubículo, circuída por sus criadas, vigilante y cuidadosa, hilando su copo y apercibiendo su lana para los trajes y enseres domésticos; otros, como Tintoreto, han pintado á Lucrecia en el acto de su resistencia, caída violentamente de su lecho, asiendo por los cabellos al bárbaro violador en el mayor desorden; muchos, como Andrea del Sarto, Guido Reni, Ticiano, Lippi, han pintado á Lucrecia en el momento de abrirse las entrañas para mostrar á su esposo y á su padre toda la entereza del corazón y toda la nativa inocencia de su sangre. Los pintores nuestros, poco dados á los asuntos clásicos de suyo, por la nativa originalidad y la riqueza infinita del genio

español, que han preferido los argumentos propios á los argumentos paganos, tienen hoy, en el Museo de Madrid, una obra de Rosales y otra obra de Plasencia pintando la romana mártir, y que pueden fácilmente competir con los más hermosos modelos de la paleta contemporánea. Plasencia nos presenta la exposición del cadáver de Lucrecia en el foro Colacio y las indignaciones clamorosas del pueblo sublevado y dispuesto á proclamar la república. Cuadro de verdaderos efectos, realzados por un colorido local de todo punto admirable, reproduce aquella indignación de los tiempos clásicos, contenida y reservada hasta en sus excesos mayores, y que no se desconcierta nunca ni propende á la exageración propia del hiperbólico genio moderno. El cuadro de Rosales representa otro episodio de la gran tragedia, el momento de matarse Lucrecia. Pintor verdaderamente sabio, están los objetos puestos allí, no sólo con fidelidad arqueológica, sino con esa fuerza de reproducción ingénita en los verdaderos artistas y en las magnas obras de arte. Renace allí, en aquel hermoso lienzo, con magistral renacimiento, el mudo romano. Y no renace tan sólo en los objetos, fáciles de copiar, dado el número riquísimo que guardan los museos, está en lo más difícil, en los personajes, los cuales parecerán-nos todos generados por la Roma primitiva, si ob-

servamos aquella mezcla de labrador y de guerrero tan admirablemente caracterizada y fija en sus figuras por un milagro de genio. Así el padre como el esposo que mantienen á Lucrecia recién herida; Bruto que contempla en el centro estoicamente la sangre pura destilada por el puñal de la suicida, como Valerio, indignadísimo á un costado, parecen todos ellos actores oralmente descritos á nuestro excelso artista por el mismo historiador de aquella escena, por Tito Livio, evocado y redivivo. Algo de nuestro cuadro tiene también la tragedia de Pousard. Inspirada primero en las décadas lívicas, y después así en las vigorosas escenas de Corneille como en el misterioso arte con que ha sabido Shakspeare en sus obras romanas reproducir el viejo mundo clásico, lo cierto es que ha quedado Lucrecia en la memoria universal como el prototipo de la matrona romana, cuya virtud acaba con la tiranía, sustituyéndole la santa y fecunda libertad.

VIRGINIA

El pueblo romano personifica todas las fases de su espíritu y todos los períodos capitales de su historia en otras tantas mujeres extraordinarias de una poderosa y desmedida influencia. Tulia representa los crímenes de la monarquía, mientras Egeria sus inspiraciones y sus aciertos. Vesta guarda el fuego sacro, de cuyo calor se alimenta Roma. La castidad y pureza de Lucrecia tiñe con resplandores de virtud el nacimiento de la república romana. El vigor brilla en la madre de los Gracos, en Veturia, madre de Coriolano, en las esposas de Pompeyo y de César, en Livia, que ha engendrado á Tiberio; en Cleopatra, que ha pretendido ahogar la Ciudad Eterna por medio del panteísmo materialista de su patria y sustituir los dioses grecosemitas de las ciencias alejandrinas á los dioses romanos. Todas representan grandes encar-

naciones de Roma, una cristalización sucesiva de sus ideas tan varias y tan múltiples. Entre todas estas personificaciones y símbolos no hay ninguno que alcance á eclipsar el simbolismo representado por la casta y pura Virginia, cuyo nombre resplandece con luz perpetua en la conciencia y en la historia. Aquí ya no vemos la matrona, vemos la doncella. Su juventud y su virginidad añaden prestigios indudables á esta hermosísima plebeya. Su historia significa la más trascendental quizá de todas las transformaciones romanas. Con caer la monarquía no cayó el patriciado; por lo contrario, en Roma los mayores enemigos del principio monárquico fueron siempre los patricios. Y la prueba se halla en que la institución, por excelencia noble y aristocrática en la Ciudad Eterna, el Senado, se arrogó la supremacía pública tras la muerte de Rómulo, y no quiso entregársela de nuevo á un rey sacerdotal como Numa, sino después de que lo reclamó el pueblo á voces, que les impuso á los patricios romanos la monarquía sabina. El plebeyo no pudo nunca olvidar todo cuanto debió á Servio. Su reinado instituyó aquellos capitales organismos, en los que la democracia se cuaja y se organiza. Los reyes etruscos, los Tarquinos reaccionarios y soberbios oprimieron al pueblo con la imposición del trabajo forzoso, pero más to-

davía oprimieron al Senado, adulterándolo con arte sistemático y corrompiéndolo con el aditamento de senadores nuevos. Cuando llegó la república, hubo una reacción hacia el privilegio, hacia el Senado, hacia el noble, quien ya no temió al rey como lo temiera durante la monarquía, y se arrogó para sí, para los cónsules, ó sea para sus hechuras, las múltiples prerrogativas reales. En la primitiva Roma republicana los electores podían pertenecer todos á la plebe, pero los elegibles pertenecían todos á la nobleza. Esta organización llevaba consigo una extraordinaria competencia. Y esta competencia generaba toda la vida entera del pueblo rey. Como profundamente observa Maquiavelo en sus admirables comentarios á las décadas de Tito Livio, la superioridad enorme del pueblo rey sobre los pueblos griegos estriba en que nunca los romanos tomaron el camino de las revoluciones para prosperar su derecho. Y es más, las competencias entre patricios y plebeyos no salieron de cierta mesura mientras vivieran y conspiraran los Tarquinos. En los patricios estaba el poder. Sus familias señalaban las gentes mayores, sus apellidos se inscribían en letras de oro, tocábales el sacerdocio y el consulado, sus curias constituían la grande asamblea parlamentaria, sus inteligencias y sólo sus inteligencias podían escu-

driñar los augurios y poner los negocios públicos y privados bajo buenos auspicios, por todo lo cual resultaban aquellos nobles monarcas poderosísimos que admitían los comicios del pueblo como pudiera en una corte admitirse cualquier consejo áulico. Maravilloso litigio en el cual no sabemos qué admirar más, si lo viva y luminosa que allí en la conciencia de los plebeyos estaba la idea de su derecho personal ó las formas jurídicas tan elevadas con que supieron defenderla y prosperarla. Pues bien, Virginia representa uno de los mayores triunfos obtenidos por la plebe sobre los nobles, y al representar esto, personifica una de las fases más espléndidas y más bellas del espíritu romano.

Resumiendo: lo que distinguía principalmente al patricio del plebeyo era la superioridad religiosa. El poder llevaba en sí dos factores: auspicio é imperio. El imperio aparecía como el cuerpo de todo poder, pero como su alma el auspicio. Por tales caracteres el uno se recibía de los electores y el otro se recibía de los dioses. No bastaba con obtener la magistratura en el Senado, había que pedirla también al templo. En la religión romana, tal como Cicerón la explica, el dios Júpiter, conociendo previamente por preciencia los actos del hombre, les apercibe su aprobación ó su reprobación por medio de signos varios clarísimos y cog-

noscibles al iniciado en los divinos secretos y en las teúrgicas interpretaciones. Hay sanciones divinas provocadas por el hombre como las conseguidas por el azar y la suerte, cual hay consultas como las hechas intencional y solemnemente á los oráculos. Pero muchas veces Júpiter previene, apercibe, conmina y pena por medio de signos impresos en el espacio, por medio de advertencias incursas en el orden regular de los hechos y en las leyes patentes del universo. Nada tan propio y natural como el vuelo de las aves. Pues en la dirección que toman y en la manera de agitar sus alas, hay encerradas muchas divinas advertencias y muchos celestiales mensajes. Existían pájaros agoreros y no agoreros; pájaros pintiparados para ciertos augurios y otros pintiparados para augurios diversos. Las aves domésticas, las gallinas con especialidad, servían á los augurios militares. Algunos reptiles compartían con las aves en tamaños caracteres sacratísimos y religiosos. Pero lo principalmente augural en aquel tiempo y en aquel pueblo eran los signos celestes; entre los signos celestes el relámpago y el rayo. Relampagueantes de suyo los cielos meridionales, sobre todo en las noches calurosas del estío, tomaba el romano augurio por augurio fausto un relámpago culebreando de izquierda á derecha en horizonte sereno. Pero si los comi-

cios celebrados en el campo de Marte, al pie de colinas ornadas por pabellones rojos, ante altares consagrados á los dioses y sobre cuyas aras corriera sangre, si comicios con todas las condiciones litúrgicas y legales se veían por una gran tronada suspendidos, dispersábanse cual disueltos por un mandato de los cielos. Por lo contrario, si al dar su trigo á los polluelos dejaban caer algunos granos, considerábase tal descuido como un próspero augurio. Si un objeto sacro llega en el templo á caerse por casualidad; si el silencio profundísimo de sus espacios se interrumpe; si el oficiante comete una equivocación en sus latines; si un mal sobreviene á los fieles como cualquier ataque de nervios, en todo ello hay verdadero augurio. Cualquier epiléptico disolverá un comicio romano meramente por un asalto de súbita epilepsia en el menor comitente. No digamos nada si el animal apercibido á un sacrificio religioso huye ó muestra en sus entrañas alguna equívoca señal. Cuando salía un romano de cualquier sitio para ir á un trabajo, si topaba por casualidad con la vista de cuervos en bandadas y volando con opuesta dirección á la suya, volvía sobre sus pasos y dejaba para otras ocasiones el asunto. Pero la importancia principal de todo ello estribaba en que no sabían los simples mortales jamás el secreto de los augu-

rios y la clave necesaria para escudriñarlos, necesitando así una indispensable apelación al intérprete, quien daba la correlación entre los hechos observados y las voluntades divinas. Pendiendo de los auspicios el nombramiento de un magistrado, la reunión de un tribunal, el cambio y alteración de una ley, las asambleas no solamente de los comicios por centurias y por tribus hasta de los comicios por curias, la partida de los generales al ejército, el comienzo de las batallas en los campos y el comienzo de las sesiones en los parlamentos, imaginaos la influencia ejercida por los augures, por los arúspices, por los adivinos etruscos, por los pontífices máximos, por los sacerdotes y los sacerdocios, á quienes comunicaba Dios en sus oídos las fórmulas y revelaba también á los ojos el signo de su pensamiento luminoso y de su incontrastable voluntad. Todos los autores, que nos han transmitido las ideas madres y capitales tanto de la política como de la jurisprudencia romanas, hannos dicho que Rómulo primero, después los reyes sus sucesores, tras los reyes sus sucesores los cónsules, con éstos el Senado, es decir, la clase patricia, recibieron del cielo y su Júpiter máximo la interpretación de los auspicios, y por lo mismo guardaron las señales del poder con la sanción que lo mantiene y lo perpetúa. El Senado reconocía la

existencia del poder supremo en toda la ciudad; pero como sobre la ciudad se hallaban los dioses, más poderosos de suyo que los pueblos, y á los dioses nadie sino los patricios podía entenderlos é interpretarlos, de aquí el quedarse la pública potestad en manos de los nobles y volverse la soberanía del comicio plebeyo una triste y amarguísima burla.

¿Cómo, teniendo tanto poder los patricios, no impidieron la llegada de los plebeyos al gobierno? Pues muy fácilmente la historia explica esto. Ciudad esencialmente militar la vieja Roma, necesitaba, no sólo extenderse y agrandarse combatiendo, sino también herir á las ciudades émulas y á las tribus vecinas. Para esto necesitaba llamar á la continua su ejército, y para tener ejército necesitaba rellenarlo y henchirlo con todos los ciudadanos. Fuera de las mujeres, fuera de los niños, fuera de los esclavos, todo el mundo concurría en aquella ciudad al ejército, y concurriendo al ejército, aprendía y practicaba todo el mundo su libertad personal. Las gentes, ó sean aquellos que habían resultado en el desarrollo de la vida romana primero más fuertes y más ricos, también resultaron los más nobles. Padres por excelencia se llamaban ellos por ir á la paternidad unida en Roma de suyo á la soberanía. Curia se llamaba el Senado tam-

bién, como se llama entre nosotros indistintamente Congreso á la reunión de diputados y al edificio que tal reunión abriga y contiene. Los cónsules eran como verdaderos mandatarios del Senado. Cuando los senadores aparecían calzados con sus botas bermejas, que á las piernas se ataban por medio de cueros bermejos también, y ceñidos de su toga pretexta, toga muy alba, realzadísima por bordados de púrpura, en su traje semisacerdotal, en su actitud majestuosa, en su porte sereno, en su mirada olímpica, en su cabeza calva, en sus luengas barbas, veían los romanos reflejos y reverbeos de dioses. Así ellos se arrogaron el derecho de nombrar á los cónsules, quienes, á modo de reyes, ejercían jurisdicción judicial y mando militar. Dos fueron, para evitar el peligro de las usurpaciones individuales. El Senado, pues, alcanzó una grande autoridad en la república, porque nombraba de derecho á los cónsules, mientras en la monarquía los reyes nombraban á los senadores. El Senado se reunía por curias ó familias, y por centurias ó compañías militares se reunía la plebe. Los cónsules congregan las centurias, y á su reunión se le llama, como ahora, la reunión de los electores, comicio. Los comicios no tienen derecho de iniciativa, ese derecho primordial de las grandes asambleas parlamentarias, tienen derecho de voto. Reunían se,

pues, los comicios con verdadero carácter militar. No había roto el día, ni siquiera su primer albor, cuando las bocinas llamaban los plebeyos al campo de Marte, extendido al pie de las colinas sagradas, fuera de los límites del Pomerio, porque su carácter militar le impedía estar dentro de la Roma sagrada. En días de mercado reuníanse los comicios. Estos días debían pertenecer al número de los faustos, que llegaban á doscientos treinta todo el año. Celebrada la convocatoria por los cónsules, no hay para qué decir cómo tenía privilegio de convocador el Senado. Con nueve días de anticipación señalaba éste las proposiciones, á fin de que no pudieran iniciar ninguna los plebeyos. El derecho de iniciativa hubiese transmitido el poder desde las curias á las centurias, desde los patricios á los plebeyos. Por ende, vedábanles toda iniciativa. Pero aun había más, aun pasaba más: las asambleas no podían reunirse allí en Roma sino por medios litúrgicos y entre ceremonias religiosas. Pues bien, estos medios litúrgicos se hallaban completamente vinculados por los patricios, y en estas ceremonias religiosas ellos, tan sólo ellos, intervenían, á causa del conocimiento que alcanzaban en el arte y en la disposición de los ritos. El augurio, el auspicio, el procedimiento, estaban por completo en manos del noble. Éste usa fórmulas sibilinas,

ofrece holocaustos religiosos, aprovecha los culebreos del relámpago y los estampidos del trueno, habla con los númenes, recibe las confidencias divinas, y, por consiguiente, lleva consigo todos los medios de regular á su antojo los comicios y hacerlos una secuela del Senado. Que soplan los vientos en tales direcciones, que la corneja canta con este ó el otro grito, que los cuervos vienen ó se van, que los oráculos balbucean tales ó cuales sentencias, que los procedimientos jurídicos se incoan bajo ciertos augurios ó auspicios, el Senado, sólo el Senado, conocerá tal materia, porque al patricio exclusivamente corresponden ciertos secretos y su revelación. Las centurias, pues, eran como una Cámara baja, compuesta de plebeyos, mientras las curias eran una Cámara alta, compuesta de patricios. En la Cámara baja podían discutirse y votarse las leyes; pero la Cámara alta se reservaba el poder con tres facultades más ó menos concretas, con la facultad de iniciativa ó de proposición, la facultad de veto, la facultad de promulgación. Si los plebeyos predominaban, tenían dos medios de influencia los patricios: el sacerdocio y la dictadura. Por el sacerdocio ejercían un poder permanente sobre las almas, y por la dictadura se arrogaban un poder extraordinario y excepcional en las circunstancias supremas. Además, la dirección del Te-

soro público se hallaba en manos del Senado, y el Senado podía por este medio invalidar ó validar los acuerdos de la plebe. El primer gobierno de la república romana era un poder oligárquico. Las aristocracias se quedaban merced á él con todas las ventajas sociales. Algunos plebeyos entraban en el Senado; mas como no tenían capacidad para ser elegidos, quedaban á merced completamente de los patricios. Pero tenían los plebeyos el germen de sus derechos, teniendo la representación parlamentaria, que ya hemos visto, en las centurias y en los comicios. Incorporados á la vida pública, debían crecer naturalmente con sólo ejercitar aquellos derechos provinientes á una de las leyes y de las costumbres. El Senado no se atrevía en último caso á decir que le tocaba el poder solamente á su corporación. Ponialo en la comunidad de los ciudadanos, y al ponerlo en la comunidad de los ciudadanos daba participación por fuerza ó de grado á los plebeyos. Si á esto se añade la necesidad que tenía la nobleza de la plebe para el ejército y para la guerra, veráse muy claramente dónde se hallaba la raíz verdadera de todo el derecho público romano.

Pero lo que principalmente distinguía las clases nobles de las clases bajas era la diferencia económica. El patricio se quedaba con todas las riquezas. Representando, con razón ó sin ella, de antiguo, al

Estado, percibía rentas que apenas comprendemos nosotros ahora en la división de poderes, acaparaba la sal y el trigo, administraba tanto el Tesoro como los rendimientos públicos, enriquecíase á sí mismo con creces y arruinaba sin piedad al pueblo. Luégo venían las deudas de éste y las usuras del rico. La pobreza del uno se agravaba y recrudecía con los intereses pedidos por el otro. La cuestión de deudas concluyó por ser la gran cuestión social, y esta cuestión social por conducir al pueblo hasta medidas graves de cierto sabor exagerado y revolucionario impuestas por la necesidad. El aristócrata romano inflexible se atrajo odios, fácilmente conjurables por una mayor flexibilidad. Encastillado en sus viejas prerrogativas, las cuales componían una especie de islote, combatido por oleajes y tempestades á la continua, prefirió anegarse á transigir. Practicándose impíamente las exigencias al pago de las deudas, llegóse hasta los límites fronterizos de la guerra civil, que hubiera sobrevenido y tomado el carácter de guerra social si los plebeyos no conocieran á una tan profundamente los derechos habidos en sus manos y la virtud y la fuerza incontrastables de estos derechos. Cuando estaban afligidos por sus mayores apuros decretóse la que podríamos llamar quinta, leva ó conscripción, un recuerdo al pueblo de sus deberes para con el Es-

tado en el servicio militar. Fingió haberlos olvidado resistiéndose á este oficio, y el cónsul Publio Servio, para cumplirlo, tuvo que permitir la escarcelación de innumerables deudores plebeyos. Recibida tal ventaja, y apreciada en todo su valor, corrió á la guerra el pueblo y triunfó. Mas triunfante, volvieron las exacciones, con las exacciones las consiguientes resistencias, y con las resistencias el encierro y prisión de los ya escarcelados. Mas vino la guerra de nuevo, y con la guerra formidable negativa unánime á todo servicio. Ante peligros tamaños, Roma reconoció su remedio supremo la transitoria dictadura, y el dictador fué Valerio, de la gente patricia, pero amigo del plebeyo, por considerar el gobierno de su patria honor y no lucro. Ante aquella dictadura cedió el pueblo, y merced á sus concesiones triunfó el Estado en la guerra. Mas concluída ésta y ajustadas las paces, el Senado no quiso acceder á los alivios de las deudas presentados por el dictador. Entonces el pueblo apeló á uno de los actos que más honran su nombre y con mayor gloria brillan hoy en los humanos anales. Deseoso de mostrar al patriciado cuánto le necesitaba, desterróse á una eminencia, sita entre los ríos Tíber y Anio, llamada desde aquel entonces con razón Monte Sacro, porque allí se consagró el derecho popular y se mostró en la majestad soberana de una

paz imperturbable cuánto vale y cuánto importa el pueblo en toda sociedad. Solos, abandonados á sí mismos, no podían los nobles, ni cultivar las tierras, ni producir los artefactos necesarios á la industria y al comercio, ni defender la patria en el ejército. Cabeza sagrada, pero sin cuerpo; sangre aristocrática, pero sin músculos ni nervios que regar y sostener, vió el patriciado cómo todos los órganos de la sociedad debidamente compuestos y distribuídos forman el organismo indispensable á encerrar la vida total. Y entonces los patricios cedieron, y á esta cesión surgió el Tribunado, es decir, el establecimiento de dos magistraturas populares, análogas á las ejercidas por los dos cónsules, y cuyos representantes, asentados al ingreso de las curias, oponían el veto á cuantas disposiciones pudieran lesionar los derechos supremos del Estado y las prerrogativas del pueblo. Así marchaba la plebe romana con toda esa majestad al mayor de los bienes, á la igualdad política y civil que hoy mismo es el timbre supremo de nuestra raza y el título de superioridad que puede presentar ante la historia sobre todas las razas germánicas.

Los aristócratas debían siempre tender á la reacción, y para conseguirla minar las fuerzas de los tribunos. El consulado aristócrata porfiara con el tribunado plebeyo como el Parlamento compuesto

de las centurias. Un tribuno, Terentilio, propuso el nombramiento de una comisión que preparase leyes, á cuya letra y espíritu debieran sujetarse los cónsules, muy poco ceñidos á deberes concretos por el derecho tradicional y consuetudinario fiado á la memoria y transmitido por medios puramente orales. Fijar el derecho resulta en los génesis de las ideas una de las mayores victorias que puede alcanzar la humana libertad. Diez años resistió la nobleza en sus porfías á esta saludable alteración. En estos diez años mostróse una vez más la complexión jurídica del pueblo romano. Obstinados los de arriba en resistir, obstinábanse aun más los de abajo en reclamar. Por fin llegó la hora de dar el Código, para cuya redacción se dirigieron y diputaron diez patricios á Grecia con encargo de profundizar aquellas legislaciones republicanas y democráticas. Estos diez patricios absorbieron en sí el tribunado y el consulado. Fijar, escribir las leyes, daba mucha seguridad al pueblo en su derecho, pero quitaba el poder de los tribunos, poder mayor á medida que mayores eran las violencias consulares. Los decenviros, no solamente amortizaron el poder ejecutivo, sino que dividieron el poder legislativo, apareciendo como un comicio dentro de los comicios y como un Senado dentro del Senado. Institución verdaderamente interme-

dia, no la querían los senadores por lo que llevaba en sí de tribunicio, y no la querían los plebeyos por lo que llevaba en sí de consular. Pero al mismo tiempo unos y otros la sostenían, el noble para que no volvieran los tribunos, el pueblo para que no volvieran los cónsules. Dentro del Senado y dentro de la nobleza existía un partido muy notable por su moderación altísima. Este partido, el cual se hallaba comandado por los Horacios y por los Valerios, quiso acelerar el término de los decenviros, temiendo en su duración desatentada un comienzo de locas provocaciones al pueblo. Pero si hombres como Pablo Valerio representaban la moderación y la prudencia, hombres como Appio Claudio representaban en el partido noble todos los extremos y todas las resistencias. Semejante ciego patricio, lleno de ira y de soberbia, retador imprudentísimo, un combatiente y no un estadista, mantenía los decenviros y el anormal poder suyo con el ímpetu que provoca las catástrofes. Appio Claudio había conseguido una odiosidad tan acerba como la odiosidad que persiguiera siempre á Tarquino. Así había puesto la ciudad romana en verdadera fiebre revolucionaria. Y como Lucrecia fué causa ocasional de que la fiebre contra los Tarquinos estallara, Virginia fué causa ocasional de que la fiebre contra los Claudios estallara en otra revolución también.

Los Appios vinculaban, por una especie de atavismo, en sus apellidos el odio al pueblo. Los cónsules no les parecían á ellos magistrados puestos con auspicio é imperio por los dioses y los hombres á la cabeza del Estado; les parecían verdugos apercibidos á torturar la clase plebeya en inenarrables tormentos. Así, cuando Appio Claudio columbraba un tribuno, perdía el sentido y el seso. Alguna vez mandó sus lictores contra los magistrados preferidos del pueblo y los mandó en plenos comicios que debían defender y defendieron á su natural hechura. Mil tempestades provocara, mil agravios trajera sobre la gente patricia y sobre la curia romana, de no haberle algunas veces los patricios mismos arrancado á las asambleas y conducídole consigo á puerto seguro. En vano le conjuraban á no sostener otros poderes que los compatibles con la concordia universal; en vano le decían cómo la república se desorganizaba tirando de toda ella en dos contrarios y opuestos sentidos tribunos y cónsules, quienes mutuamente concluían por paralizarse y destruirse. Mandado á la guerra contra los volscos, cebóse con furor en los soldados, á quienes aborrecía por sus caracteres y por sus orígenes plebeyos. Sin tribunos de la plebe, como los tenía de cónsul, y sin comicios de las tribus y de las centurias como los tenía de senador, entregóse á sus propensiones despóticas.

El soldado plebeyo le devolvía este de spotismo con verdadera indisciplina, importándole poco la honra propia, y menos la obediencia militar, si habían de ceder en provecho de Appio Claudio. Quien apenas podía mandar en el ejército, menos podría mandar en Roma. Dentro de los campamentos provocó una sedición. Por vez primera vióse un ejército suicida provocando la derrota en odio á su general. Combatió el soldado romano para que los volscos no se acercasen al campo, mas no combatió como hubiera podido para perseguirlos y exterminarlos. Lleno de ideas tiránicas, las cuales no habían pasado ni siquiera por las mientes del tirano Tarquino, no pudo comprender jamás cómo en una ciudad libre, cual era la Ciudad Eterna, cómo ningún ciudadano puede mandar sino con el consentimiento y el voto de sus conciudadanos. Así perdió, no solamente las batallas, sino el ejército, más irritado contra él que contra sus naturales enemigos. Luchaba este hombre con la rabia del milano y del águila, que ven desde las alturas del aire los pajarillos en el abismo, y los atisban, y los husmean, y los persiguen, y los fascinan antes de cogerlos entre sus garras y despedazarlos con su pico. No parecía un jefe de partido, parecía un caudillo de facción. Fiera la faz por los vapores ardientes de su encendida sangre, despreciativos

labios y ojos, rudo en sus maneras, en su actitud insolente á la continua, en sus discursos agrio, aquel hombre debía dejar vinculada una odiosidad eterna de los plebeyos en su familia como representante fidelísimos de los patricios y además prototipo de tal clase privilegiada, prototipo en sus ideas, prototipo en sus actos, prototipo en sus principios, prototipo en sus procedimientos.

El nombre de Appio Claudio debía ser también funesto á los decenviros. Estos prototipos aparecen y desaparecen á una en la historia primitiva durante diversos periodos siendo, por su número, personas diversas, pero por sus caracteres, por sus pasiones, por sus pensamientos, por sus propósitos, personas idénticas. Hay un Appio Claudio, cónsul, que muere antes del Appio Claudio decenviro. Pero su identidad con este último es tal, que ha originado la idea muy acreditada negando su existencia y haciéndoles personajes fabulosos inventados para llenar las genealogías patricias. Un Appio perteneció, pues, al decenvirato. Tal comisión legislativa, cuyo ministerio en aquel tiempo, ya hemos dicho, dominara por mucho espacio de haber tenido la mansedumbre con que inaugurara sus funciones. Así como el poder de los reyes había pasado á los cónsules, el poder de los cónsules había pasado á los decenviros. Y así como lo perdieran los reyes

por su tiranía, por su tiranía lo perdieron los decenviros. Culpa fué todo ello de Appio Claudio, quien jamás apareció como un magistrado sino como un conspirador. En su mente sólo entraban planes que tendían á disminuir la grandeza y libertad del pueblo. Los decenviros á la postre resultaron diez reyes. Cada cual de ellos se hacía escoltar por doce lictores, quienes les iban abriendo paso con sus haces, amenazadoras á toda libertad. Tarquinos parecían y no magistrados. Su tribunal juzgaba por la calidad de las personas y no por la índole intrínseca de los hechos. Todo se corrompía, porque ninguna institución se renovaba. Lo que no soportaron de los reyes los romanos ¿podían soportarlo de sus compatricios y de sus iguales, siquier se llamasen aristócratas y nobles? No quedaba ni el recurso de la palabra, porque todo lo perseguían estos desatentados oligarcas. Un día expidieron ciertos asesinos contra uno de los primeros ciudadanos, á quien mataron en criminal emboscada horrible. Mas para que tuvieran todo género de parecido con tiranos depuestos aquellos oligarcas infames, también corrompieron las costumbres, también macularon el hogar, también rompieron el ara de la familia, también atentaron al honor de las mujeres. Narremos.

Había en Roma una casa plebeya, espejo de

todas las virtudes y ejemplo vivo para todos los ciudadanos. Componíanla padre, hija y madre, formando un conjunto de amor y de virtud que llamaba y merecía el culto público de todos los ciudadanos. El padre, centurión, procedía en las centurias militares cual procedía como padre de familia en el hogar, como miembro de comicio en el campo. La madre hilaba, cosía, guardando el fuego sacro ante los penates como una vestal, y disponiendo la casa como un templo y la familia como un sacerdocio. Su hija predilecta se llamaba Virginia, y en ella, en su hermosura, en sus prendas morales, en sus virtudes precoces, tenía puestos sus ojos aquel feliz matrimonio. Virginia, por su recato, por su modestia, por su pudor, por mil virtudes varias, resaltaba entre las jóvenes romanas. Bien pronto, pues, la requirieron de amores y la reclamaron en casamiento á sus padres. Deseosos de granjear la felicidad á quien por tantos títulos debía merecerla, Virginio se fijó en Icilio para esposo de su hija. Era éste un plebeyo muy honrado, que había ejercido la magistratura tribunicia en tiempos harto difíciles para la Ciudad Eterna y para el pueblo rey. La honra, el amor, la virtud, la gloria, se juntaban allí para dar venturas sin cuento á dos seres sin mancilla. Mas ¡ay! que ni la honra ni la vida están seguras donde creen los tiranos disponer á su

arbitrio y antojo del derecho de todos. Mientras Icilio y Virginia, novios, se daban á sus sendas esperanzas, prometiéndose una vida larga y feliz en el seno de un hogar tranquilo y honrado, Appio Claudio, aquel producto de cien tiranos soberbios, los atisbaba para perderlos. El hermoso continente de la joven, su castidad purísima, su belleza inenarrable, las gracias de su alma, los ecos de su renombre, todas las ventajas que debían servir al respeto universal y reservarla para el hombre á quien prefería su corazón, atrajéronle, para su desgracia, el amor de un déspota, quien, acostumbrado á hollar todas las leyes y á vencer todas las resistencias, no podía comprender la ley del honor ni detenerse ante la resistencia de una verdadera y acrisolada virtud. La felicidad tranquila de los dos amantes, sus proyectos y planes para lo futuro, la devoción con que cada cual se consagraba completamente al amor, aguijoneaban los apetitos del tirano Appio Claudio, en cuyo sér voluptuosidad y tiranía eran vicios hereditarios, como si los llevara disueltos en las partículas de su noble y clara sangre.

Apeló el enamorado voluptuoso á todas las seducciones propias de quien tiene mucho poder y muchísimo dinero. Larguezas increíbles á cuantos rodeaban á su codiciada Virginia, inducciones á ella misma de aprovechar su juventud y su her-

mosura, celadas á cada paso tendidas bajo sus plantas, industrias como las usuales en cazadores que persiguen á las inocentes avecillas, frustráronse á una y cayeron deshechas y despreciadas por la virtud de una doncella honestísima, que ponía toda la felicidad en matrimonio legítimo y en amores aceptos á la religión y respetados por el mundo. Entonces Appio Claudio imitó servilmente los procederes de Tarquino, repitiendo, en nombre de la república y de las leyes, cuanto había hecho el tirano con su feroz despotismo en representación y nombre de la monarquía. Semejante ceguera no podía menos que traer consigo, y traer pronto, una catástrofe parecida por completo á la que derribara los Tarquinos.

Como la seducción marró, apelóse á la violencia. Y esta violencia no se libró á los medios materiales y á las fuerzas propias de que podía disponer el hombre y el ciudadano, tomó su autoridad pública, el poder supremo, de que disponía, y lo dedicó á la obtención de los placeres codiciados por su impaciente apetito. La ley, la justicia, la magistratura, quedaron heridas por el ardor de aquella sangre hirviente y por los espoleos de aquellas locas impaciencias. Appio sugirió á uno de sus clientes la tenebrosa idea de convertir el derecho contra el derecho mismo, y cohonestar con razones lega-

les el rapto y la violación. Así arbitraron reclamar la doncella como esclava de su familia, y, por consiguiente, como cosa propia. Estas reclamaciones litigiosas no podían llegar hasta una resolución y una sentencia sino después que se hubieran sostenido las acciones correspondientes por aquellos que las tenían y se llegase tras todos los términos del procedimiento y en sereno juicio á una definitiva sentencia. Y suponiendo que Appio tuviese razón, que la joven le perteneciera por el bárbaro instituto de la esclavitud, que le correspondieran las acciones entabladas, que, correspondiéndole, se le admitiesen, y que, admitiéndolas, entrara en pleito el asunto aquel, todavía le restaba entre sus medios de natural defensa y legítimo valimiento á Virginia el medio de la libertad provisional, subsistente para ella en toda la duración del proceso. Poner encima de aquella joven la mano, por fuerza, pero sin derecho, equivalía en el fondo á un tremendo rapto, como el que pudiera cualquier bandido y salteador permitirse á sí mismo en despoblado. No se necesitaban ni demandas litigiosas, ni fórmulas jurídicas, ni pleitos, ni procesos para coger una joven apetecida por los deseos de cualquier poderoso y llevársela consigo á virtud tan sólo de su querer y para sus sensuales recreos. Mas el tirano pretendía convertir los derechos, escritos en las leyes y practicados

por las costumbres ya seculares sin género alguno de interrupción, en mullido lecho para sus placeres y para sus vicios. Ausente, allá en la guerra, el padre de Virginia, que mandaba una centuria, este apartamiento y separación de la Roma política y legal alentó al bárbaro aristócrata en su nefasta empresa. Iba Virginia, modesta y recatada, cual cumple á una prometida, ó novia, que debe pronto fundar familia, iba, fijos los ojos en el suelo, recogida en sí, á la escuela de letras, donde su padre había querido cultivara el espíritu, adquiriendo las ideas necesarias al gobierno regular de su casa y al esplendor intelectual de su familia. Llegada cerca del Foro, donde las escuelas radicaban, el tercero á quien había buscado Appio en su clientela para cometer el doble crimen de robar su castidad á la mujer y su virtud á las leyes, lanzóse cruel sobre la joven y la detuvo en su camino. Para que nadie pudiese desconocer la causa y motivo de aquella brutalidad, el ladrón declaró que, hija Virginia de un su esclavo, y esclava también ella, le pertenecía, como cualquier objeto perdido en su casa y encontrado en la calle. Y como los objetos poseídos en propiedad absoluta y directa no tienen derecho á quejarse, tampoco lo tenía Virginia, cosa verdaderamente apropiable y no individualidad libre, según aquellas leyes. Imposible toda resistencia, en sentir

del cliente, á tamaña determinación. Hay que seguir al propietario, si no de grado, por fuerza. La pobre joven, sorprendida, no sabe qué hacer y vacila. Pero el pudor en ella se sobrepone á todo, y resiste al imperio invocado por el infame cliente. Y mientras ella resiste, la nodriza clama con clamores y gritos agudos, á los cuales el pueblo generosamente se congrega y reclama la víctima. El cliente dice que va tan sólo á llevarla en litigio ante un tribunal, y allí podrán oponer los defensores de Virginia sus correspondientes excepciones. Acompáñanla sus amigos, sus partidarios, su gente, los plebeyos, para certificar de su honra, y cuando las puertas del tribunal se abren, hállanse frente á frente, no de la justicia, del crimen; no del juez, del reo. Appio Claudio era el magistrado que debía conocer del hecho y convertir la justicia en tercería de sus placeres. Había, pues, decidido adjudicar á su cliente Virginia con el fin de acapararla y llevársela consigo. Al verlo allí, profanando el sacro derecho romano y convirtiendo las leyes todas en mancebas suyas, los defensores aducen las excepciones dimanadas del padre ausente, á quien nadie puede arrancar los hijos en su ausencia, y piden el depósito provisional en su propia casa y bajo la custodia de los suyos, á fin de que no pierda la honra con la libertad. Appio Claudio, que fiaba

todo su plan al accidente de aquella triste y aprovechable ausencia, niega las acciones de los que demandan, y dice que sólo el padre podría oponer la excepción por ellos aducida, y que, mientras la opone ó no, él se la lleva donde le convenga, porque la libertad provisional no corresponde al caso aquel ni cuadra de ningún modo al estado particularísimo de la doncella. El pueblo murmura, oyendo tales sofismas presentados por la magistratura en persona contra toda justicia divina y humana. Sus murmullos van á estallar en verdaderas indignaciones y llegar hasta la violencia, cuando aparece Numitor, tío de la joven, é Icilio, su novio. Ambos á dos reclaman autoridad sobre Virginia. La multitud, que abriera paso á los parientes de la doncella con respeto, sostiene sus pretensiones con furor. Pero los soldados de la justicia romana, los lictores, habiéndose reconocido firme ya el juicio por Appio, van á cumplimentarlo, impeliendo la joven hacia la puerta señalada por el juez criminal. Entonces Icilio se interpone y dice que todos los soldados del mundo no podrán arrancarle aquella virgen, prometida esposa de su corazón, á la cual está unido con promesas y con palabras más fuertes y más duraderas que su vida. La muchedumbre le hace coro y le presta formidable auxilio. Appio, en su orgullo patricio, apellida tribuno á

Icilio, y le dice cómo sus turbulencias tienen sólo el intento político de amotinar al pueblo, intento que sabrá él desconcertar aplazando la realización de sus disposiciones hasta la vuelta de Virginio, á quien llama y convoca para el día siguiente, notificándole que, de no comparecer á la convocatoria, pararíale un daño terrible, la pérdida de aquella libertad de Virginia, que sólo podía dilatarse por veinticuatro escasas horas. Entonces, puesta en libertad provisionalmente la joven, prescribe Appio á los generales del ejército por medio de mensajeros que no permitan al temido padre ninguna licencia temporal, por breve que fuese.

No le valió la treta. Los defensores de la joven le ganaron por la mano y le trajeron al amanecer. Despierto el pueblo, apareció Virginio vestido de duelo, conduciendo de la mano á su hija desolada, en compañía de sus parientes llorosos, para pedir el honor de su familia y la seguridad de los hijos á todos los que tienen casa y á todos los que son padres. Al eco de aquellas palabras, al paso de aquel fúnebre cortejo, á la contemplación de tantas lágrimas, el pueblo se indigna con una de esas grandes indignaciones que llevan en sí aparejada la revolucion inevitable. Appio se asienta en su tribunal como un déspota en su trono, y declara á Virginia esclava, y adjudica la posesión de aquel vil objeto

con toda solemnidad á su cliente. Cuando va éste con arrojo á cumplir la sentencia, poniendo su mano sobre la joven, Virginio lo rechaza, con Virginio toda la plebe circunstante, diciendo á los voluptuosos cómo no puede parearse una virgen romana con cualquiera que la codicie, como se parean allá en los bosques los machos con las hembras. Tras estas palabras el honrado centurión, curtido en los combates y cubierto de gloriosísimas cicatrices, dirígese á su gente y le anuncia cómo no resta otro recurso en tanta esclavitud y en tanto deshonor sino el recurso de las armas. Entonces el decenviro contesta que también él tiene su ejército. Y allí aparece más gente armada, con el fin de validar por la fuerza el mandato que ha creído él de su deber decretar en virtud de las leyes. Al verse Virginio burlado por aquel oráculo de la justicia, circuído por gentes armadas que le vedan toda defensa, amenazado en su honra por quien debía defenderla, saca un cuchillo, y, cogiendo á Virginia por las trenzas y volcándola con furia sobre su rodilla, como pudiera un sacrificador en el ara y en el templo con las víctimas dispuestas y preparadas para el sacrificio, le parte furioso el corazón, tras lo cual coge la sangre pura y virginal que vierten aquellas entrañas y con ella salpica ciego al tirano para que se levanten los dioses infernales y se

lo lleven consigo en justa punición de su bárbaro crimen á las llamas eternas. Pero no, el castigo estará más cerca: los afectos humanos se atropellarán á una con fuerte golpe contra tanta tiranía. La madre se acordará de sus inocentes hijas, el novio de su prometida, cada cual de su casa y de su honor, todos á una del peligro que corren bajo aquella intolerable arbitrariedad, y los gritos y las vociferaciones contra el déspota irán seguidos por apremiantes amenazas y por apelaciones presurosas al valor del pueblo y á la justicia del cielo. Las haces quedan rotas entre las manos de los plebeyos, el tribunal queda herido y profanado por la revolución, Appio Claudio huye á su casa cubriéndose la cara con su toga, el Senado se reune con ánimo de dar cualquier satisfacción al pueblo; pero ya es tarde, muy tarde, porque subvertido éste al empuje de una cólera tan justa, y sublevado en favor suyo todo el ejército, en quien el centurión Virginio gozaba una poderosa influencia, no queda otro recurso que morir, como todos los tiranos, en la ignominia, y disolver el decenvirato aristocrático, devolviendo á la plebe sus tribunos y á las leyes su fuerza, con lo cual registra un día fausto más aquella democracia romana, cuyos derechos han sido tan gloriosos gérmenes de la democracia universal.